JAVIER MELERO

BASADO EN UN CASO REAL

FRÁGIL VIRTUD



Ariel

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Esta historia está basada...
Nota del autor
Era un restaurante lujoso...
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Basado en hechos reales, este libro relata el descenso a los infiernos de un grupo de burgueses del cinturón de Barcelona que deciden resolver algunos agravios flirteando con el crimen. La contratación de un sicario con agenda propia desencadenará una vorágine en la que nada es excesivo; ni el secuestro, ni el asesinato, ni la propia aniquilación. Autores y víctimas comparten su desprecio por cualquier freno moral en una historia en la que los inocentes brillan por su ausencia.

FRÁGIL VIRTUD

(Basado en un caso real)

Javier Melero

Ariel

Esta historia está basada en un caso real. Los personajes y los lugares son ficticios. Cualquier parecido con personas reales vivas o muertas es pura coincidencia.

Nota del autor

Este libro está basado en hechos reales, en experiencias del pasado que se abordan desde la ficción con varias finalidades. La primera y más obvia es la de preservar la intimidad de las personas afectadas, muy especialmente las víctimas. El relato de su sufrimiento puede tener algún tipo de interés público, pero la divulgación de un crimen nunca habría de suponer un nuevo proceso de victimización; lo que podría denominarse una victimización secundaria. La misma consideración, aunque desde otro prisma moral, debe hacerse sobre la identidad de los autores. Quienes cometieron los crímenes que son la base de la narración pagaron —en unas ocasiones con largas penas de prisión, en otras con su propia vida— las consecuencias de sus actos. Nada bueno puede surgir de remover la memoria de los muertos, aunque sus errores y debilidades, su maldad si se quiere, tal vez ofrezcan alguna luz sobre los impulsos más oscuros del alma humana.

Por tanto, son todos ellos personajes de ficción —«criaturas del aire» en la feliz denominación de Fernando Savater— que encarnan las vidas y las experiencias de seres de carne y hueso. Hubo asesinatos, pero ni el número ni los rasgos del carácter ni siquiera la nacionalidad de los asesinos se corresponden con los que aparecen en el libro. Hubo robos de droga y confidentes implicados, pero ninguna de las personas que vivió esos hechos aparece reflejada con su propia identidad en estas páginas. Hubo torturas, pero, por ejemplo, si el verdugo disfrutó al infligirlas es una mera especulación del autor. Los hechos ocurrieron en diversos momentos de un pasado no muy reciente, pero se relatan en tiempo presente y de manera simultánea.

Los que podríamos denominar personajes secundarios (abogados, jueces, fiscales, policías) son meros arquetipos que sobrellevan el peso de hacer avanzar el relato para dotarlo de humanidad y, en la medida en que eso sea posible, de amenidad. Quien escribe tiene en sus propias experiencias la principal materia prima de sus sueños, pero cualquiera que crea reconocer a alguno de los sujetos que pululan por los juzgados, fuman, beben o disertan sobre política o sexo a lo largo del texto cometerá un error.

Muchas veces la ficción se construye a partir de la realidad y es posible que hubiera una estatua muy antigua por la que la gente estuviera dispuesta a matar como vimos en la película *El halcón maltés*. Tal vez solo la ficción concede el privilegio de construir una fábula sobre la codicia sin que importe la identidad del escultor.

Era un restaurante lujoso de decoración trasnochada frecuentado por gente a la que hubiera retorcido el pescuezo sin pestañear. Arribistas enriquecidos con el ladrillo y periodistas corruptos, abogados doctorados en trapicheos, peritos en blanqueo de capitales y lo que por aquí llamamos empresarios: un surtido de tiralevitas incapaces de vender una estufa en Siberia sin sobornar al esquimal de turno. El mundo sería un lugar mejor sin ellos y yo mismo me llevaría a un par por delante. Tal vez lo hiciera algún día. Era solo cuestión de oportunidad.

Compartí con algunos de ellos esos platos de tres estrellas con los que camuflan su total carencia de gusto, les reí las gracias y les deseé un pronto cáncer de colon. Como mucha gente, yo quería ser bueno, pero no demasiado bueno y tampoco todo el tiempo. Salí a la calle algo tonificado por el desprecio.

I

El día después de un juicio me levanto más tarde y preparo café sin prisas. Sobre todo, si el juicio ha sido de los duros, con jurado, una fiscal avinagrada y un cliente por cuya inocencia no darías ni un céntimo. Había ganado. Al salir de la sala de vistas uno de los jurados, una rubia alta de ojos grises, me lanzó un guiño. Se lo devolví y pensé en ella toda la noche. Sueños para adultos pegajosos y enervantes.

Eran las nueve cuando tomé una ducha, elegí un traje gris antracita y una corbata azul oscuro y me miré en el espejo antes de salir. Todo parecía en orden. Un abogado bien vestido y algo desalentado al que a veces guiñan el ojo. Hay días que empiezan peor.

Conduje hacia mi oficina por Aribau y la Diagonal. A aquella hora de la mañana, cuando todo el mundo tendría que estar trabajando o en la cola del paro, el tráfico pesado decía mucho sobre las autoridades municipales que habían dejado un solo carril de circulación en sentido norte. En el autobús que avanzaba penosamente a mi derecha los pasajeros inclinaban la cabeza sobre sus teléfonos móviles con el rostro cubierto por las mascarillas y aspecto de penitentes mientras yo escuchaba a Basté en la radio. Estaba narrando las vicisitudes de una estrella del equipo local con tal entusiasmo que lamenté muy sinceramente no sentir el menor interés por el fútbol. Por lo visto, el tipo —que cobraba un montón de millones al año— estaba deprimido porque el presidente del club no le daba todo el cariño que merecía. Era una historia muy triste y me solidaricé con un deportista tan sensible. Yo también trabajo mejor rodeado de afecto, aunque no lo busque en los váteres de las discotecas de la zona alta.

Cuando llegué al aparcamiento ya estaba enterado de todo lo que hacía falta saber acerca de la política local. Gente sin escrúpulos pretendían sustituir a otras personas del mismo perfil. Todos decían que eran inocentes y que tenían un plan, y todos mentían. La fría honestidad de la mujer que hablaba del tiempo destacaba como una esfinge en medio del desierto.

El despacho estaba a cien metros escasos del paseo de Gracia, frente a los jardines del palau Robert y de la torre Muñoz, que había sido la sede de las oficinas de un millonario barcelonés lo bastante importante como para hacerse construir un edificio tan feo como le diera la gana. Ahora era el domicilio de un departamento del Gobierno que bostezaba entre tanta vulgaridad arquitectónica. Las cotorras argentinas parloteaban y la mañana de junio amenazaba con el calor húmedo que estaba por llegar. Pequeñas nubes grises flotaban como una depresión sobre los tilos y las palmeras.

Saludé a Lola, mi secretaria, una hispanoguineana muy hermosa y algo triste. Sonreí y me

devolvió la sonrisa como si hubiera recordado dónde encontrarla.

—Felicidades por el juicio. El cliente debió de quedar muy contento: ha llamado hace un rato pidiendo la factura —me dijo.

—Un hombre inocente y, además, buen pagador. Esas son las señas del perfecto caballero —repuse.

—¿Fue muy difícil?

—Podía haber sido difícil, pero la fiscal era una perfecta imbécil —le expliqué—. Perdió al jurado en cuanto abrió la boca y, cuando dieron el veredicto, los miró como si le hubieran robado el bolso.

—¿Usaste algún truco?

—Me puse una insignia del Barça en la solapa de la chaqueta —bromeé.

Lola rio lánguidamente. Una risa breve, cálida y profunda. Las pequeñas manchas de sudor en sus axilas me perturbaron. Su piel parecía tersa como el satén.

—Ha pasado Vázquez y ha dejado dicho que lo avises en cuanto llegues.

Vázquez era uno de los socios del despacho. Un especialista en fiscalidad que vestía demasiado bien y tenía debilidad por los becarios imberbes y por unos coches caros que envejecían del *parking* de casa al del trabajo sin hacer apenas kilómetros. Sus clientes eran un buen puñado de empresarios prósperos necesitados de consuelo, de esos que creen que es mejor pagar abogados caros que impuestos. Tipos que no podrían gastar lo que tienen en un par de vidas, pero que disfrutan robando unas monedas al Estado y que cargan las cápsulas del café a sus empleados pensando que son unos perdedores que cobran más de lo que merecen.

Me acerqué a su oficina en la otra punta de la planta por un pasillo con una iluminación fluorescente que le daba el aspecto de una estación espacial. En sus boxes, abogados jóvenes contemplaban ensimismados las pantallas de los ordenadores y tecleaban con furia. Parecían obreros tayloristas de los inicios de la Revolución Industrial fabricando piezas para productos que nunca verían en funcionamiento. Juicios que harían otros, consejos de administración a los que no asistirían, citaciones de Hacienda para los ojos de los socios principales, primas de éxito de las que no olerían un euro. Hasta que, si no acababan en la cuneta, una nueva generación los desplazara de la base de la pirámide.

Tras la puerta de Vázquez el aire olía a colonia francesa y a las gominolas azucaradas que llenaban lo que en su día fue un respetable cenicero. Estaba recostado en su butaca ojeando un diario de color salmón, la prensa del corazón para ejecutivos. Al verme, tiró suavemente del pañuelo de cachemir que asomaba del bolsillo de la chaqueta como un ramillete de violetas con sus dedos largos de uñas brillantes y me señaló lánguidamente uno de los confidentes de cuero. Era un abogado duro y exitoso, pero sus grandes ojos azules y acuosos me recordaban a ciertos fracasados que había conocido. Me senté frente a él y pasó un minuto largo antes de que se dignara a dirigirme la palabra. Una franja de luz atravesaba la mesa y hacía que se notara el polvo.

Empezó con condescendencia. En los grandes bufetes, los penalistas son como una especie de parientes pobres a los que hay que tolerar por el bien de la firma, pero que jamás podrán llegar a facturar como los abogados de moqueta y de los grandes del IBEX. Un mal necesario inspirado por la democrática convicción de que todo el mundo delinque y la gente más dudosa no vive necesariamente en los peores barrios.

—Tengo un asunto que podría interesarte y arreglarte, de paso, los números del año —dijo Vázquez.

Encogí los hombros y le lancé una sonrisa equívoca. Murmuré algo sobre las ventajas de las sinergias entre colegas y esperé.

Vázquez continuó, exactamente como si yo no hubiera hablado.

—Se trata de un industrial de Sabadell de la vieja escuela. Antes se dedicaba al textil, pero vendió la empresa a unos chinos y, como toda la gente original, se metió en negocios inmobiliarios que no le fueron nada mal. Soy su abogado de cabecera desde hace años y ayer vino a explicarme una extraña historia.

Su mirada se clavó en mí como si buscara alguna respuesta o hubiera detectado una mancha en mi camisa. Callé. Se ahuecó el pelo con los dedos y siguió.

—No es un hombre blando. Estos tipos del tocho, lo que los cursis llaman sector inmobiliario, no suelen serlo. Lo mismo que untan a algún político o a algún técnico municipal, contratan a gitanos para la vigilancia de las obras o se las arreglan para que los inquilinos de renta antigua se marchen por piernas. Además, tiene algunos socios en unas promociones en Rumanía que tampoco son hermanitas de los pobres. Pero ayer estaba hecho un flan.

—¿Una querella de Hacienda, tal vez? —aventuré.

—Para eso ni te hubiera llamado. Hay gente en el despacho con mejores contactos con el fisco que tú. Me habló de asesinato y extorsión. Algo que empezó hace seis meses.

—¿Y te lo cuenta ahora? Un poco tarde.

—No lo sé. No acabé de entender lo que explicó, pero parecía muy grave y tenía algún sentido —dijo por fin, con una voz que insinuaba que no sabía cómo seguir.

Se levantó lentamente y se sentó en el borde de la mesa con los ojos clavados en el suelo. Si en aquella mierda de oficina se pudiera fumar, este habría sido el momento de encender un cigarrillo.

—Será extraño, pero está asustado y lo conozco bien. En Sabadell nos conocemos todos, ya sabes que yo también soy de allí —continuó Vázquez.

Lo cierto es que hasta entonces no sabía de dónde era Vázquez y tampoco me importaba, pero cabeceé comprensivamente.

—Lo mejor será que venga y te lo explique él mismo. ¿Tienes libre la hora del almuerzo?

Asentí.

—Las horas de la comida también las cobrarás. De eso me ocupo yo. Y vale más que estés ágil, porque te va a preguntar qué tiene que hacer y será mejor que parezca que sabes de lo que

hablas. Tú entiendes de policías. Y también de asesinatos. Le expliqué tu caso con los colombianos y quedó muy impresionado.

Vázquez se refería a un caso en el que yo había ejercido la acusación un par de años antes y que tuvo algún seguimiento en las noticias. El secuestro y asesinato de un notario por unos esbirros tan torpes que conseguir que los condenaran fue poco deportivo. Eso me dio alguna notoriedad, para disgusto de mis colegas, y me quitó las ganas de pasear por ciertos barrios de Medellín.

Me acompañó hasta la puerta y la abrió con gesto aparatoso. Me pareció que me daba las gracias con un ligero movimiento de cabeza, pero estaba equivocado.

—Sé que sabes moverte, pero procura evitar los chistes. Por lo demás, creo que Badía te gustará. Fuma como una chimenea. Reservaré en la terraza del Roig Robí.

Me volví al salir.

—Al menos comeremos bien —dije.

Pero Vázquez ya me había olvidado.

Antes de salir me había dado un papel amarillo con sus notas. Estaban escritas con su caligrafía anticuada de puro elegante y una inusual tinta verde. El papel olía como la colonia y las gominolas, algo dulce y empalagoso.

Empezaban con el nombre del cliente: «Badía», y un listado de empresas, sociedades anónimas y limitadas y sus domicilios. Uno de ellos aparecía subrayado. Se trataba de una nave industrial en Castellar del Vallès. Vázquez, muy melodramático, había escrito «lugar de los hechos». Seguía otro nombre, «Pascal», y la anotación «intermediario». En resumen, venía a decir que se había celebrado una reunión en la oficina de Castellar para tratar la compraventa de unas naves y que alguien podría haber muerto. Desde entonces Badía pagaba cinco mil euros al mes para evitar males mayores.

Entré en Google, esa solución para todo a un clic de distancia, y busqué a Badía. Resultó ser un hombre de unos sesenta años, de los que no genera hostilidad ni complacencia; de mediana estatura y facciones recias, algo toscas, como si antepasados rústicos procuraran no dejarlo olvidar de dónde venía. Conservaba todo el pelo, muy negro, con esas sienes plateadas que gustan a algunas mujeres, y le sobraban unos kilos en el perímetro de la cintura. En las fotos, sus ojos no tenían ningún color concreto, eran unos simples ojos muy abiertos.

A mediodía me dirigí hacia la calle Séneca caminando entre tiendas de diseño progres, agencias de publicidad y un taller donde cosían zapatos a medida tan elegantes que hacían que mis John Lobb parecieran alpargatas. Había que reconocer que el filósofo estoico no había salido mal parado en el callejero de Barcelona. Mozart no podía decir lo mismo, ni Sancho Dávila. Llegué al restaurante a la hora exacta, pero Badía y Vázquez ya estaban allí, dando cuenta de lo que parecía un zumo de tomate aguado. En las mesas de la terraza abundaba la gente elegante,

hombres encorbatados y parejas de mediana edad. En una de ellas, un grupo de asiáticos vestidos de gris daba cuenta de un plato de jamón y del sempiterno pan con tomate. Su aire de refrenada superioridad me indujo a creer que eran una especie de técnicos, o peritos en algo.

Badía vestía una ligera cazadora de ante amarillo y una camisa blanca que hacía resaltar el vello oscuro de sus manos. Tenía ante sí sobre el mantel un par de teléfonos móviles y dos paquetes de tabaco, las llaves del coche y el estuche de unas gafas. Solo le faltaba un ventilador portátil.

Vázquez me presentó y Badía me miró no muy convencido, suspiró, dio un trago al tomate y arrancó a hablar mientras estrujaba un cigarrillo sin decidirse a encenderlo. Empezó en voz baja, la vista fija en unas aceitunas con hueso cortesía de la casa. Tenía la cara grisácea y surcada y encogía los hombros como alguien perdido en el mundo. Cuando vio que estirábamos el cuello para oírlo, subió algo el tono mirando alrededor con cautela.

—Pascal era un colaborador —comenzó Badía—. No tanto como un amigo, pero nos llevábamos bien. Compraba y vendía joyas y conseguía clientes para locales y pisos a cambio de una comisión. No sé cómo lo hacía, pero, con crisis o sin ella, siempre encontraba a alguien interesado y las naves de Castellar son como una piedra en el zapato. Cuando me dijo que tenía un comprador me dio una alegría. Quedamos el siete de enero en una de las que tengo en venta hace ahora seis meses. Me acuerdo porque era después de Reyes. Y porque no se me va de la cabeza...

—¿Se presentó el comprador? —pregunté.

—Llegaron tres tipos en un Hummer amarillo, lo que ya me dio mala espina. ¿Qué clase de gente circula con eso? Uno que parecía el jefe entró en el despacho. Pascal ya lo conocía y me lo presentó como Eduardo. Estuvo mirando por allí y todo le pareció bien, hasta el precio. Ni rechistó. Ahora pienso que eso debería haberme extrañado. Todo el mundo discute el precio, aunque solo sea para decirse después que al menos lo intentó. Me propuso hacer un pago a cuenta, pero tenía que ser en efectivo. Quinientos mil euros. El resto lo abonaría en blanco, y le bastaba con un recibo hasta que fuéramos al notario. Pascal estaba encantado y le palmeaba la espalda, pero no creo que se hubieran visto más de una vez. Entonces, Eduardo dijo que el dinero estaba en el coche y que sus socios lo iban a traer.

—¿Y lo llevaron?

—Los llamó y entraron con una bolsa negra que uno llevaba cruzada sobre el pecho, como si se tratara de algo de valor. Eran dos hombres más jóvenes que Eduardo. Uno, el más alto y fuerte, de aquí. El otro, extranjero. De algún país de Sudamérica.

Badía dejó de jugar con el tenedor en el plato y tamborileó sobre la mesa una especie de clave rítmica, como si un preso se comunicara con el de la celda de al lado.

—Eduardo abrió la bolsa y, en vez de dinero, sacó una pistola. Apuntó a Pascal y le dijo que había venido a cobrar —explicó.

—¿A cobrar qué?

—¡Yo qué sé! Lo apuntaba y, de vez en cuando, también me apuntaba a mí. Entonces Pascal se lanzó sobre él e intentó quitarle el arma —siguió Badía—. El otro disparó y le arrancó el pulgar de un balazo. Pascal empezó a sangrar, pero no soltaba el cañón de la pistola. Hay que reconocer que los tenía bien puestos. Una vez me dijo que había estado en la legión francesa. Entonces, el más joven se acercó por un lado, cogió un extintor de la pared y le golpeó en la cabeza. Se oyó un crujido horrible y la frente de Pascal se hundió. Cayó al suelo inconsciente y el joven y el latino lo agarraron por los pies y lo arrastraron hasta la puerta. Eduardo siguió encañonándome, hizo que me sentara sin dejar de apuntarme con el arma. Luego me dijo que íbamos a grabar un vídeo.

—¿Un vídeo? —inquirí.

—Sí. Yo tenía que decir que era socio de Pascal, que íbamos a medias en todo y que nos dedicábamos a blanquear capitales. Que Pascal había estafado a unos clientes y que yo respondía por cualquier suma que se debiera. Me senté y el más joven me grabó con el teléfono. Estaba muy nervioso y no salió hasta el tercer intento. Luego me hizo manosear la culata y el cañón de la pistola mientras me apuntaba con otra. Primero descargó la que me puso en la mano, claro. Cuando tuvo bastante me dio unas palmadas en la espalda y me ofreció un vaso de agua...

Badía me miró fijamente. Hay mil maneras de interpretar las miradas, pero con esta no había duda: el tipo tenía miedo. Vázquez se apoyó con los dos brazos en la mesa.

—¿Cómo quedó la oficina? —preguntó.

—El suelo estaba lleno de sangre —dijo Badía—. Se oían los quejidos de Pascal desde la puerta. El latino cogió un rollo de cinta americana que había encima de unas cajas y le vendó la herida de la cabeza y la del pulgar, que no paraba de sangrar.

—Comprendo —asintió Vázquez con cara de no haber comprendido gran cosa—. ¿Has vuelto a saber algo de él?

—Espera, deja que acabe con esto. Eduardo me dijo que se llevaban a Pascal para tener una charla; que lo soltarían cuando pagara. En cuanto a mí, estaba claro que era su socio y las deudas pasaban a ser mías solidariamente. Lo dijo así: «Solidariamente». Pascal había estafado a sus jefes y lo habían contratado para cobrar, como una especie de cobrador del frac a las malas. Eso dijo, el cabrón.

—¿Concretó qué se tenía que pagar? —tercié.

—Sí. Un millón de euros o que me atuviera a las consecuencias. Él y el joven se iban a llevar a Pascal y el otro, el sudaca, me iba a hacer de canguro. Tenía que llamar a mi mujer y decirle que esa noche no iría a casa. Que me inventara un viaje... Lo hice. Llamé y le dije que tenía que ir a Madrid para una venta... Se extrañó de que no pasara por casa a buscar el pijama y una muda... No quedó muy convencida, pero no insistió. Se fueron con Pascal y escuché el rugido del Hummer al arrancar.

—¿Se quedó con el latino en la nave? —le pregunté—. ¿Este también iba armado?

—No vi ningún arma. Me estuvo hablando de su infancia en Puerto Rico y de sus años de

juventud en Miami. Dijo que era informático y que, si tenía que arreglar algún ordenador, él podía ocuparse. Parecía una especie de vago presumiendo de estatus y contando historias, pero estas eran una mierda. Me recordaba a Cantinflas y solo quería que se fuera, o, al menos, que callara. Había anochecido. Cogimos mi coche y me hizo conducir hacia el Baricentro de Barberà; hasta el hotel que hay al lado. Pidió una habitación doble y encargó cena para dos. Subimos y nos sentamos uno en cada cama, frente a frente. Cuando llegó la cena, se echó encima como si no hubiera comido en su vida y encendió el televisor. Yo me tumbé dándole la espalda y dejé pasar las horas —siguió relatando Badía.

—¿Y no intentó irse, o gritar, o llamar la atención de alguien del hotel? —pregunté.

—No tuve huevos —respondió—. ¿Te sorprende?

Lo observé con más atención. Tenía un aspecto próspero y decente. Un empresario que va a las reuniones del gremio con un buen traje y sin llamar la atención de nadie, que da opiniones ponderadas sobre el Barça y la política y que ha creído durante mucho tiempo que es un hombre afortunado. De los que consiguen lo que quieren mientras los demás vamos dando vueltas a la rueda. Ahora parecía que todo ese sólido aplomo burgués se había esfumado entre pulgares arrancados a tiros, cráneos envueltos en cinta americana y noches de hotel junto a la autopista en compañía de un matón con veleidades tecnológicas. De repente, su mirada parecía melancólica, como si dudara entre dirigir su agresividad contra mí o contra sí mismo.

—No pegamos ojo en toda la noche. Él comiendo y comentando lo que iba viendo en el televisor y yo abotargado, intentando contar los coches que pasaban por la autopista. Por la mañana llamaron a la habitación y era Eduardo. Se había cambiado de ropa y parecía un artista de cine, o un *playboy*. Llevaba un jersey negro de cuello cisne y una cazadora de piel también negra.

—¿Dijo algo de Pascal?

—Sí. Que estaba bien y que las preguntas las hacía él. Luego volvió a lo del dinero. Estaba dispuesto a hacerme un descuento por pronto pago. Ahí ya vi que lo de la deuda del millón y lo de sus jefes no era verdad. Me dio el nombre de mi mujer y de mis hijos, mi dirección y la de algunas fincas que tengo en Barcelona. Se equivocó en algunas cosas, pero en lo de mis hijos no. También dijo que Pascal era un estafador. Que robaba en los negocios con joyas. Que había robado a una gente de Bruselas... Esto me extrañó, porque habíamos estado en Bruselas hacía poco y allí había habido un incidente...

—¿Qué incidente? —continué preguntando.

—Le habían robado a uno que venía con nosotros en un viaje a Bélgica, un tío de Rubí que quería comprar diamantes. Pascal tenía que presentarle al vendedor... Pero eso no tiene nada que ver con lo mío.

Su expresión parecía sufrir continuos cambios, pasando del miedo a una fría indiferencia.

—¿Y le dijo a Eduardo que pagaría? —quise saber.

—Sí —afirmó Badía—. Le dije que estaba mal de liquidez y que tenía que vender algo, pero

que pagaría. Le pareció bien, pero, en prueba de buena voluntad, tenía que entregarle cinco mil euros cada mes. Además, se llevaba mi coche, un Porsche 911 acabado de estrenar. Me callé otra vez, ¿qué queríais que hiciera? Avisó de que me tendrían vigilado. Salí de allí al cabo de un rato, bajé al vestíbulo y pagué la habitación. Después pedí un taxi y volví a la nave. La habían limpiado, pero aún quedaba alguna salpicadura de sangre en la pared... Todavía están allí. Dije a los de la limpieza que dejaran de ir.

Dio una profunda calada y me miró.

—¿Sabe algo de Pascal?

—Cuando pregunto, Eduardo me dice que aún no colabora, pero lo más probable es que esté muerto. Un golpe como aquel no se cura sin pasar por un hospital. Lo he estado llamando, pero nunca contesta. Hablé con su exmujer, Inés, que no sabía nada de él. Creía que se había ido a pasar una temporada en Francia, como hace a veces, pero al cabo de una semana llamó a sus padres en Perpiñán y le dijeron que no tenían noticias suyas desde enero. Por eso, hace un mes fue a la policía y denunció su desaparición.

—¿Y los pagos? —seguí.

—Los pagos los hago —dijo Badía—. Todos los meses me llama Eduardo y quedamos en el Viena de Sabadell, el que está detrás de los juzgados. Charlamos un rato, me insiste en que venda algo para pagarle al menos medio millón y me explica cosas de su vida. Que fue mercenario, que tuvo una discoteca en Calella... El caso es que no puedo más. No duermo, no como y no sé ni cómo mirar a mi mujer. —Se pasó la mano por la frente y encendió otro pitillo—. No soy ningún héroe, pero me gustaría ver a cualquiera en mi situación. Solo espero que todo termine, pero con la seguridad de que no acabaré muerto.

—Esa es la cuestión —repliqué—. Acabarlo sin riesgos. Tal vez sería bueno saber más cosas de Pascal: historial, amigos, negocios..., a quién podía deber dinero... ¿Quién puede ayudar con eso?

—Su exmujer tal vez podría, pero dudo que quiera. Y aún dudo más que Pascal le explicara gran cosa. Era un hombre que se movía mucho y trabajaba con dinero contante y sonante. No dejaba huella. Ten en cuenta que no sé en qué otros negocios andaba metido. Según Eduardo, eran todo tipo de asuntos turbios. Yo no pongo la mano en el fuego por nadie, pero solo faltaría que me involucraran en cualquiera de esas mierdas. Los únicos tratos que he tenido con él son los de los pisos y las naves, y no había nada raro en ellos, como mucho algún problema de los que solo pueden interesar a Hacienda.

—De esos ya me ocuparía yo —intervino Vázquez.

—Entonces, tendrá que autorizar que gaste algo de dinero en detectives. Y que hable con policías de mi confianza sin desvelar, por el momento, su identidad —le dije, mientras Álvarez me miraba, por una vez, con aprobación.

—Todo autorizado. No repares en gastos. Y tutéame.

—Así será —repuse con una sonrisa consoladora y toda la empatía de que fui capaz.

Vázquez dio pruebas de por qué era uno de los abogados con mejores resultados del despacho mientras terminaba su café.

—Pues vamos y nos firmas la hoja de encargo.

Badía se volvió hacia mí y empezó a toquetear su teléfono.

—Tengo una fotografía con Pascal. Nos la hicimos el año pasado en Bruselas. Dame tu número y te la paso.

—¿Tenéis algún negocio allí? —pregunté.

—No, yo no. Hice una vez un viaje con él para comprar un coche de segunda mano. Pascal también se dedicaba a eso. Y la otra vez que te dije, con gente de aquí, cuando robaron a Prat, el de Rubí. Pascal sí iba mucho por lo del oro y las joyas. O al menos, eso decía.

Le di el número y recibí una imagen de Badía con otro tipo en la Grand Place, un hombre alto, con hombros tan anchos que hacían que su cabeza pareciera pequeña y una sonrisa blanca y forzada. El cabello rubio, ni corto ni largo, que mostraba unos reflejos grises, le crecía no muy alto en la frente; en pleno invierno lucía una piel bronceada por el sol. Debía de tener unos cincuenta años, una edad entre la de Badía y la mía. Le cubría la espalda uno de esos abrigos con capucha que durante un tiempo se llamaron montgomery y parecía en buena forma. En conjunto era un buen ejemplar masculino, aunque los pequeños ojos azules le daban un aire un tanto mezquino y parecían escrutarme desde la distancia. Como los de un muerto.

—¿Cómo podía saber un matón de Barcelona que Pascal había robado a ese Prat en Bruselas? —pregunté.

—No tengo ni idea —respondió.

Parecía harto de mí, del restaurante y de la conversación. Sus ojos se opacaron, como si hubiera vuelto la mirada hacia su interior y la hubiera fijado en alguna imagen de su mente.

Salimos a aquella calle que habría sido íntima y discreta de no haber estado bloqueada por furgonetas de reparto y el camión de la basura. Badía y Vázquez se dirigieron hacia los jardines de Gracia y yo a asomar la nariz por la tienda de compraventa de oro de Pascal. Estaba en la calle Sicilia, muy cerca de la Sagrada Familia, ese pastel de piedra que solo gusta a los japoneses. Aunque no tanto como para hacer una buena oferta por ella y llevársela de una vez.

Caminé siguiendo la ruta de los turistas que va de la Pedrera al templo en cuestión, un kilómetro salpicado a intervalos regulares por establecimientos de carcasas para móviles, kebabs sospechosos y un número sorprendente de tiendas de colchones. Gente de todo el mundo avanzaba en grupos compactos y mostraba que el desprecio a los semáforos no es una característica exclusivamente local.

La tienda tenía un aspecto discreto. Las vitrinas del exterior mostraban algunos relojes de segunda mano, de aquellos extraplanos que hicieron furor en su día y que ahora nadie con alguna pretensión se pondría en la muñeca, un par de candelabros de plata dignos de una película de Cristopher Lee y un surtido de camafeos con imágenes lacadas de gente remota. Un cartel negro con letras blancas anunciaba que allí se compraba oro y plata, sin despreciar los relojes y las

antigüedades. También advertía que se hacían empeños. En el interior no había más que una mujer que miraba la pantalla del móvil como si fuera a encontrar en ella el sentido de la vida. El vestido negro sin mangas parecía pintado sobre su cuerpo y su cabello color miel mejoraba el de cualquier metal que pudieran tener en la caja fuerte. Era muy hermosa pese a las ojeras negras bajo sus ojos, visibles desde la distancia. La ex de Pascal, por lo que había dicho Badía. Pascal debía de ser un hombre muy seguro de sí mismo o un auténtico cretino si la había dejado escapar. Decidí no entrar ni contaminar cualquier futuro contacto profesional. Era lo más razonable. Con ese aspecto, le hubiera comprado hasta un reloj de pared.

II

Hice una llamada y Judith Vila aceptó recibirme en su despacho de Sabadell. Judith era una detective que se hartó de la gran ciudad, donde había trabajado en agencias importantes. No le gustó lo que vio, aunque aprendió el oficio y se quedó con unos cuantos clientes, de esos pocos que apuestan por los nuevos valores más que por los nombres consagrados. Me gustaba su estilo y este parecía un asunto en el que todo ocurría en el Vallès, en los alrededores de sus ciudades, en los polígonos azotados por la crisis y en las urbanizaciones de medio pelo. Lo decía un poeta al que cantaba el gran Ovidi Montllor, Pere Quart: «Com el Vallès no hi ha res».

Conduje hacia el norte sorteando la plaza de las Glorias, un lugar en obras de remodelación desde hace treinta años que dice muy poco del amor a la humanidad de ediles y urbanistas, y enfilé hacia Sabadell por la C-58. El tráfico era denso y una corriente ininterrumpida de luces avanzaba por la autopista. El sol estaba bajo cuando crucé la ciudad hasta llegar al centro. Aparqué cerca de la agencia de detectives, situada en un edificio funcional próximo a la plaza del ayuntamiento.

Los niños jugaban y los viejos ocupaban los bancos ensimismados rumiando la proximidad de la muerte, como asustados ante la idea de volver a casa a cenar. A esa hora los edificios tapaban lo poco que quedaba de sol y le daban a la escena un toque lúgubre.

Pulsé el timbre. La secretaria debía de estar esperando, porque abrió la puerta inmediatamente. Era una mujer de mediana edad vestida con un traje pantalón y chaqueta negro y una blusa blanca. Tenía el cabello recogido listado de blanco y un aspecto amable y profesional. La gente, en las ciudades pequeñas, se toma mucho más en serio eso de vestirse para ir a trabajar. Pasé al interior y Judith se levantó de su escritorio y me tendió la mano y me lanzó una rápida y brillante mirada. Le dirigí una leve sonrisa y me la devolvió.

—No tendría que haberte recibido hoy. No esperaba visitas y el despacho está hecho una leonera.

El despacho, en realidad, estaba ordenado como un quirófano. Sobre la superficie de la mesa solo destacaban las manos de Judith, y la iluminación suave daba al ambiente un aire ambiguo, semejante al de una habitación de hotel.

La detective era una joven delgada de ojos oscuros y burlones y cabello negro con la que había colaborado en otros casos. No disponía de los servicios de las grandes marcas, pero era eficaz y yo aún no sabía si iba a necesitar seguimientos con varios coches ni reportajes fotográficos. De momento, tan solo quería acudir a la policía manejando los datos disponibles.

Tener, por lo menos, una hipótesis que impusiera su lógica a acontecimientos caóticos. A fin de cuentas, a veces las pruebas están mal situadas y apuntan hacia quien no deben. Y, a veces, los clientes mienten a sus abogados.

Le conté lo que sabía.

—Este es un tema para la policía —afirmó con escasa creatividad—. Que lo denuncie, que lo sigan hasta la próxima entrevista con ese Eduardo, detención, interrogatorio y, a otra cosa. No veo cómo puedo ayudar —dijo en tono serio.

—Estoy de acuerdo —le respondí—, pero hay algo raro en la actitud de Badía, aunque puede que sea solo miedo. Me gustaría saber algo más antes de hablar con la UCO. Llámalo intuición, pero parece que todo tenga que ver con Pascal y sus negocios. Con los contactos que pudiera tener con ese Eduardo y la cita para comprar las naves. Lo más preocupante es que Eduardo tuviera tanta información sobre él, y no de la que encuentras en internet, colegios de los niños, propiedades... Alguien tuvo que haberlo informado.

—Eso está claro. ¿Vas a ir a la Guardia Civil?

—Estoy pensando en hablar con Gonzalo y ver si me lo compra.

La Unidad de Crimen Organizado de la Guardia Civil me parecía ideal para una trama de la que formaban parte un empresario extorsionado y otro posiblemente muerto, un sicario de modales corteses y un portorriqueño dedicado a la informática. Los fiscales abusan de los delitos de organización criminal, pero la definición, aquí, venía como anillo al dedo. Además, estaba Gonzalo, un capitán recién ascendido y muy motivado que, a diferencia de la mayoría de sus colegas, estaba dispuesto a escuchar. En el lado malo figuraba su suspicacia frente a cualquiera que no fuera guardia civil o, mejor, hacia cualquiera que no fuera un miembro de la UCO del cuartel de Sant Andreu de la Barca. Su nómina de sospechosos incluía a la inmensa mayoría de la población mundial.

—Antes tendrías que averiguar lo que puedas sobre Badía y Pascal —le indiqué a Judith—. Trapos sucios, negocios raros. Incluso una escapada a Bruselas como un par de tórtolos. Aquí tienes la foto.

—Dos tipos con pasta de escapada en Bruselas —masculló sarcástica—. Estos sí que saben divertirse.

—No estaban solos. Según Badía, Pascal propuso el viaje y se apuntó alguien más de por aquí.

—Los hacía más de La Habana o Punta Cana —repuso maliciosa.

—Creo que algo pasó, un robo, al parecer. Si supiéramos los nombres de los que fueron, podrían ser útiles, aunque todavía no sé para qué.

—Si no contrataron el viaje con alguna agencia, lo veo difícil. Ahora todo se reserva por internet. Lo hace hasta mi madre...

—¿Podrás ponerte a ello enseguida? —le pedí.

—Podré, pero no esperes gran cosa. Y cuenta con que será un buen número de horas al precio

habitual. Pásame toda la información que te haga llegar el cliente y procura enterarte del día de la próxima entrega de dinero en el Viena.

—De acuerdo. «Viena.» Como el *saloon* de Joan Crawford en *Johnny Guitar* —evoqué con tono soñador—, el western con el mejor diálogo de amor de la historia del cine.

—No la conozco. ¿Qué dice el diálogo?

—Ella pide que Johnny le mienta, y él lo hace.

—Me parece de lo más corriente. Dame un par de días y veré qué tengo para ti —propuso Judith.

—Estaré en Madrid hasta el viernes. Ponme un mensaje cuando te haga falta y te llamo.

Me despidió con un buen apretón de manos y un guiño que hacía que el de la jurado del día anterior pareciera más insípido que un bocadillo de tofu. Judith no era de esas mujeres que ofrecen las mejillas para que se las besuqueen hasta los comerciales del seguro de entierro —una costumbre detestable por la que el movimiento feminista no parece dispuesto a alzar la voz—, pero por lo menos guiñaba el ojo.

Volé desde El Prat el miércoles por la tarde. Cuando nos aproximábamos, el avión perdió altura y pude ver a lo lejos las torres del Real Madrid como cuatro menhires grises, o como unos ídolos de Lovecraft presidiendo la llanura manchega. Los pueblos de Paracuellos, Alcobendas y Torrejón parecían compactos y ordenados desde los cielos y el tránsito en las autovías avanzaba con pesadez. Una ininterrumpida corriente de pilotos rojos huyendo de la ciudad, como insectos de luz buscando sus madrigueras en urbanizaciones de calles con nombres de pájaros y árboles bordeadas de casas idénticas de ladrillo visto. El nuevo confort español, a pagar en treinta años.

Pedí al taxista que me llevara al Only You de la calle Barquillo, un lugar con estilo cerca de los tribunales y de algunos bares muy recomendables. Era un hombre moreno de mirada amistosa que me ilustró con todo lujo de detalles sobre los avatares de la política peruana. Así recorrimos el atasco de la avenida de América hasta la calle Serrano, dándole vueltas a cuándo se jodió el Perú. Cuando los taxistas te hablan, siempre tienes la extraña sensación de que te están esperando para hacerte partícipe de sus problemas, pero este era un caballero.

Un recepcionista más elegante que la mayoría de los clientes me recibió como a un viejo amigo y me dio una habitación con vistas al teatro Infanta Isabel. Subí a dejar mis cosas y salí al balcón. Los dependientes del estanco ya estaban bajando la pesada persiana de hierro y se oían voces que subían desde la terraza del hotel. Vi pasar a algunos invidentes con su bastón blanco. Había un centro para ellos cerca de allí y caminaban animosos y confiados, como si el mundo fuera un lugar compasivo. Bajé a cenar y, cuando estaba a punto de dar cuenta de un tataki de atún, recibí una llamada de Badía.

—Hoy he visto a Eduardo. Me estaba esperando a la salida de la oficina —dijo con tono apremiante.

—No me habías dicho que hoy era día de pago.

—No lo era —aclaró—. Cuando lo he visto sabía que algo iba mal. Me ha hecho subir al

coche, ¡a mi coche!, y me ha dado una vuelta. Estaba más amenazador que de costumbre.

—¿Qué quería? —le pregunté.

—Contarme que Pascal está muerto. Que él no quería hacerlo, pero que sus jefes tenían prisa por cobrar y no estaba colaborando. Que se les ha acabado la paciencia y ahora me toca a mí. Tengo que pagar como sea o soy el siguiente.

—Y tú, ¿qué le has dicho?

—Le he dado largas, como siempre. Me he inventado que tengo las naves a punto de vender y que podré pagarle en unos meses, pero que tiene que esperar. Ha dicho que el tiempo se acaba, pero que podrá contener a «los de arriba» un mes más. Ese es el límite.

—No puedes mantener esta situación por más tiempo. Te llamaré en cuanto vuelva y decidiremos qué hacer.

—No tardes —me rogó Badía—. Sabía que Pascal estaba muerto, aunque en algún momento quería dudarlo.

—Hace falta gente para mantener un secuestro tanto tiempo. Eso lo puede hacer algún grupo terrorista, o una banda mafiosa. Lo más cómodo es matar e intentar cobrar, por ese orden. —Hice una pausa—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —dijo en un tono que lo negaba—. Dime algo cuanto antes.

—Necesito tiempo hasta el lunes.

—Hasta el lunes aguantaré —afirmó Badía—, no mucho más.

El atún ya estaba frío cuando volví a concentrarme en él. Dejé el plato a medio comer y me fui a dormir. Al día siguiente tenía unas declaraciones en la Audiencia. Uno de esos complicados delitos económicos en los que la investigación se prolonga durante años y acaba testificando hasta el caballo de Espartero. En los que, cuando se llega a juicio, a nadie le importa el resultado. Los fotógrafos consiguen la imagen de alguien envejecido entrando en la cárcel y se restablece, dicen, el equilibrio de la fuerza. De algún modo, la verdad acaba siempre por resplandecer. El problema es que para entonces ya se ha ido todo el mundo.

Apagué la luz. El traje colgado en el galán de la habitación parecía una visita indeseada.

El lunes, de vuelta en Barcelona, tomaba mi café en un vaso de cartón mientras leía un análisis astrológico de mi carácter altamente improbable, pero muy divertido. Judith llegó a la hora convenida y dejó sobre mi mesa un delgado expediente. Me miró con reconcentrada calma.

—Ahí tienes lo poco que hay con datos, nombres, direcciones y fechas. Otra cosa es que te sea de utilidad —me anunció.

—Ya lo leeré, pero hazme un resumen. Algo que yo pueda entender.

—Eso va a ser difícil. Haría falta una pizarra y tizas de colores —rio.

—Inténtalo.

—Nuestro cliente, Badía, está limpio como una patena. Tiene un patrimonio sólido, que dará

para que vivan varias generaciones sin pegar golpe, y buena reputación. Un hombre serio, que paga lo que debe y que, si hay que ponerle alguna pega, dispone de poca liquidez porque suele invertir casi todos los beneficios.

—¿Muy poca liquidez?

—Cuando hablas de poca liquidez en alguien como Badía, hablas de más dinero en el banco del que veremos tú y yo en toda la vida, pero, para sus estándares, va algo justo de efectivo —contó Judith.

—Eso me cuadra —repuse—. ¿Y Pascal?

—Ahí es donde la cosa se pone interesante. Antonio Pascal Gaillard, nacido en Perpiñán y residente en Barcelona. Empresario del sector de la joyería, intermediario inmobiliario y vendedor de coches de segunda mano de alta gama. Con antecedentes policiales cancelados por estafa y dos condenas de pocos meses de prisión por delito fiscal. Separado y con dos hijos que viven con su exmujer en un piso de Pedralbes de los que quitan el hipo. La información bancaria nos habla de alguien al borde de la indigencia, con lo justo para pagar la pensión compensatoria y pufos con todas las Administraciones. Una extraña compañía para nuestro Badía.

—Entonces es posible que conociera a Eduardo y que tuviera alguna deuda con él —murmuré.

—Vete a saber —dijo Judith—. Parece la clase de tipo que puede tener tratos con gente así. Creo que con lo que hemos tenido suerte es con el viaje. Pregunté por las agencias y encontré una donde tenían registrada una venta a Bruselas en esa fecha. A la chica le gustaba hablar y resultó ser observadora. Habían contratado las reservas dos hombres, y uno de ellos es un cliente habitual, Prat.

—Ese es el nombre que mencionó Badía —dije.

—Sí, y el que lo acompañaba era su cuñado, un tal Pepe. Busqué en internet y resultó que Prat tiene una fábrica de cartonajes en Mollet. Un pedazo de fábrica, por cierto. Vi que los vigilantes de seguridad eran de Sentinel y que el jefe del área del Vallès es un antiguo colega; quedé con él y, después de aguantar durante una hora la aburridísima historia de sus éxitos, entré en materia.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunté.

—Eso es cosa mía —repuso con un mohín misterioso.

Me hubiera gustado conocer sus trucos por si, en el arte del engaño, hubiera ido a dar con la horma de mi zapato, pero las relaciones con los detectives siempre son así. Tú pones cara de asombro por su ingenio y ellos dejan que pienses lo que te dé la gana, aunque eso incluya identidades supuestas y sartas de mentiras más largas que los collares de la mujer de Franco.

—El caso es que en ese viaje robaron a Prat —prosiguió Judith—. Trescientos mil euros de nada que llevaba en billetes, por lo visto para comprar diamantes. Cuando volvió se estuvo planteando denunciarlo y lo habló con mi contacto. Este le dijo que era cosa de la policía belga y que aquí se lo sacarían de encima sin contemplaciones. No sabe cómo acabó la historia, pero parece que no hubo denuncia. Seguramente Prat no quería explicar que se iba al extranjero con

esas cantidades y aún menos que eran para comprar piedras y traerlas de extranjis. Por otro lado, está claro que tampoco necesita el dinero para comer.

—¿Pudo describirte el robo?

—Con todo lujo de detalles —sonrió malévola, empujando su informe hacia mí.

La cosa tenía su interés. Prat quería comprar diamantes y un amigo de Barcelona lo iba a poner en contacto con un judío de Amberes. Judith no había averiguado quién podía ser ese amigo, pero todo apuntaba a Pascal.

Prat y Pepe llegaron a Bruselas la noche de la transacción y se alojaron en un Radisson cerca de la Grand Place. Judith había incluido unas cuantas fotos sacadas de la web del hotel y de una aplicación de mapas para vestir el santo. El edificio era uno de esos feos y modernos encajonado entre otros de los que siguen dignamente en pie un siglo después de que los fantasmas de sus constructores se hayan desvanecido. El vestíbulo parecía un lugar frío, donde unas grandes lámparas como alas de gaviota de color rojo tenían algo de moderno y bastante de siniestro. Parecía que en cualquier momento podían ponerse a volar para lanzarse contra los ojos de los huéspedes.

Después venía una foto de Prat tomada de un diario comarcal. Era un hombre mayor y tenía la nariz algo torcida, como un púgil mal restaurado, y un pelo inusualmente oscuro para un hombre de su edad. Y eso era así porque era obvio para cualquiera que lo mirara, salvo tal vez para él mismo, que llevaba con poco garbo un peluquín.

Tal como Prat se lo había explicado al hombre de Sentinel, habían quedado para cenar con el amigo de Barcelona y sus acompañantes, entre los que debía de estar nuestro Badía, en Chez Léon, pero antes tomaron una cerveza por las calles del centro.

Son lugares que conozco bien. Calles sinuosas y empedradas que llevan de la Place hasta el edificio de la Bolsa, un pastel decimonónico con una escalinata que suele estar llena de turistas y vagabundos de aspecto lúgubre. Uno de esos lugares que construyó el rey Leopoldo cuando le llegaba a los muelles todo lo que robaba del Congo. Por eso debía de haber ahora tantos negros por las calles: para recordar a los belgas sus muchos pecados. Por allí está uno de esos bares donde sirven la mejor cerveza del mundo, un antro identificado por un elefante de color rosa con una barra de madera en la que reluce una batería de tiradores de cerveza y donde se acoda una clientela internacional de todas las edades. En el interior huele a serrín y humedad, lo que resulta extrañamente agradable.

La última vez que fui a Bruselas para una reunión con el abogado de un ruso residente a ratos en Marbella e investigado por crimen organizado estuve allí. Tomé unas pintas de color oscuro y me entretuve mirando las tapas de barril clavadas en el techo y a un par de ciudadanas valonas de aspecto amistoso con las que trabé una conversación trivial cargada de segundas intenciones. Me gustan los bares, y esas relaciones fugaces que se fraguan en las barras están llenas de sentido para mí. Allí siempre había gente variada, con aspecto irritable, despierto o feliz, y seguro que Prat, pese al peluquín, no debió de sentirse incómodo. Tal vez lo atendió la misma camarera con

pinta de jamaicana que a mí. Una sílfide de mirada dura y ojos fatigados que una vez me sonrió y, por un instante, el rostro de una mujer más joven y más hermosa que ella ocupó sus facciones.

Al salir fueron al restaurante y se encontraron con los otros. Chez Léon es un sitio típico al que acude gente de todas partes y parroquianos de siempre, donde los camareros circulan entre las mesas cargados de bandejas y pesados calderos de cobre. Algo así como el 7 Portes de Barcelona, músico incluido. Cenaron mejillones y una especie de croquetas y Prat pagó la cuenta. Entonces, se dirigieron a un estriptis llamado club Pélican, donde iba a tener lugar la transacción. Habían comido y bebido copiosamente y decidieron ir andando. A medida que avanzaban fueron dejando atrás la zona céntrica y atestada de gente y accedieron a otra más despejada. Solo habían caminado unas cuantas manzanas, pero parecía que habían recorrido varios kilómetros. Fue entonces cuando Pepe le preguntó a Prat si llevaba el dinero encima y este se lo confirmó: lo llevaba bien apretado contra el cuerpo, en una de esas faltriqueras modernas diseñadas para viajar a sitios peligrosos.

El club tenía pinta de lo que era, una discoteca con una pista para el estriptis y chicas de lugares remotos con cara de aburridas y muy ligeras de ropa esperando a gente de mediana edad o a grupos de jóvenes de despedida de soltero —*enterrement de garçon*, que dicen por allí— para aligerarse aún más. El tipo de sitio al que un hombre nunca llevaría a su novia.

El amigo de Barcelona pidió champán y se dedicaron a mirar la evolución de las chicas en la pista mientras esperaban al contacto. Prat, para entonces, ya iba bastante cargado, pero siguieron bebiendo mientras las *strippers* revoloteaban por el local con el mismo entusiasmo que un coro de plañideras. Bajó al baño y cuando cerró la puerta sintió una presencia a su espalda, luego un fuerte golpe en la cabeza. Al cabo de un buen rato, Pepe bajó a buscarlo y lo encontró tirado en el suelo. Yacía cuan largo era junto a los urinarios, la mejilla sobre un charco de aspecto sospechoso. Tenía los pantalones bajados hasta las rodillas, la camisa abierta y los bolsillos girados. La billetera estaba tirada en un rincón; la faltriquera no estaba. Pepe se arrodilló a su lado y le colocó la mano en la parte posterior del cuello. El pelo de la coronilla estaba apelmazado y una marca violácea indicaba el lugar donde lo habían golpeado. Prat jadeó e intentó incorporarse. Pepe lo levantó y lo sentó en la taza del váter hasta que se despejó un poco, palpó sus ropas y vio que el dinero había desaparecido.

El que seguramente era Pascal quiso hacerse cargo de la situación, pero Pepe lo apartó. Le dijo al camarero que pidiera un taxi y se olvidara de la policía, que solo había sido un mareo y una caída. Cogió a Prat por el codo y cruzaron el bar hasta la salida. Los camareros no dijeron nada. Eran gente de la noche que, para mirar algo con interés, hubieran necesitado un desfile de *majorettes*. Veían demasiadas cosas raras. Al llegar al hotel, Prat cayó en la cama como un saco.

Cuando llegaron a Rubí al día siguiente, Prat representó ante su mujer una comedia perfecta. Atribuyó el chichón en la cabeza a los adoquines resbaladizos por la lluvia y le habló de los mejillones y de lo bien que lo habían pasado. Ella no sabía nada del dinero. Nunca le explicaba

nada de sus negocios y así les había ido bien. Era una mujer sencilla que agradecía el confort que proporciona la riqueza y no hacía preguntas.

—Alguien sabía que llevaba el dinero, si no, esto no tiene ningún sentido —dije pensativo.

—Por lo que dice mi amigo, Prat nunca llegó a sospechar de nadie del grupo de catalanes —repuso Judith con tono profesional—. Más bien pensaba en un par de moros jóvenes y bien vestidos que había visto en el club timándose con las chicas. Por lo visto, su cuñado es un hombre más suspicaz y recelaba de todo el mundo. Pero ninguno del grupo había bajado al baño con Prat, lo que los descarta del todo.

—Sí, comentaré todo esto con Badía a ver qué me cuenta —le dije—. Pero la pregunta aquí es cómo Eduardo pudo saber del asunto de Bruselas y del robo a Prat. Esto habla de algún tipo de vínculo, y de los raros. Aunque lo urgente era saber que Pascal tenía unos antecedentes dudosos (lo que puede explicar algunas cosas) y que Badía está limpio. Voy a denunciar hoy mismo.

—Ya estabas tardando.

Noté que Judith apenas podía disimular que consideraba que había perdido tontamente el tiempo con esta investigación y que, cuanto más me demorara en acudir a la policía, más extraña parecería la actitud de mi cliente. Sin duda tenía razón. Le di los datos para que hiciera su factura y la acompañé a la salida. Su cabello olía a un perfume de Kenzo con flores y cítricos, pero su sonrisa de despedida y su apretón de manos no prometían nada.

Volví a mi mesa e hice las llamadas necesarias.

El cuartel de la Guardia Civil de Sant Andreu de la Barca era un mazacote de hormigón en mal estado que ningún contratista había querido reparar. Un complejo de varios edificios, dos de ellos con grietas alarmantes en la fachada, de aspecto severo y achaparrado que retrotraía, como mínimo, a los años setenta. Tras la garita de control, la entrada principal conducía a un patio duro del que emanaba una profunda tristeza, una sensación de desánimo invencible. Si algún día un arquitecto diseñara un edificio para la policía que alegrara la vista, la civilización tal como la conocemos se vendría abajo irremisiblemente.

Gonzalo me esperaba a la puerta de uno de los bloques. Saludó con la mano, llevándosela a la sien como si yo fuera la bandera, y me condujo a la cafetería de los guardias, un establecimiento tan castizo que aún servían el café en vasos de duralex. Gonzalo era un hombre alto en excelente forma física. Estaría por la mitad de la treintena y sus ojos verdosos eran duros e inquisitivos. Sabía que la gente de mi profesión le inspiraba la misma simpatía que un sarpullido, pero habíamos coincidido en un par de asuntos y me tenía un cierto afecto. Seguro que si salvarme la vida le costaba menos de un euro, lo pagaría sin rechistar.

—¿Los malos necesitan algo de las fuerzas del orden? —me preguntó al verme.

—No me extraña que te pongas tú mismo en el grupo de los buenos. Nadie más lo hará —repuse en un tono que no dejara la menor duda de que estaba bromeando.

—Así que haces investigaciones por tu cuenta antes de venir a denunciar. ¿Crees que eres Jason Bourne?

—No. Pero vamos al mismo gimnasio —contesté—. Y no he hecho ninguna investigación. He hecho que mi cliente gaste un buen dinero para asegurarme de no venir a molestarte con tonterías.

Le expliqué con detalle todo lo que sabía y vi que la suspicacia asomaba a su rostro. En su mirada brillaba una expresión de fastidio. Era como el hombre que tiene que cumplir una misión entre los pobres y se ve obligado a perder el tiempo con los ricos, pero le gustaba escuchar. Lo hacía con una sonrisa en los labios, igual que si escuchara su música favorita.

—¿Sabe ese Badía que estás hablando conmigo? —preguntó.

—Me ha autorizado a contártelo todo. Y como ya sabía que eso no te basta, le he dicho que esté a punto para venir a verte.

—Pues ya lo puedes llamar y decirle que esté aquí a las doce —replicó Gonzalo—. Y eso de que lleve seis meses aguantando mecha sin decir nada es algo sobre lo que hay que entrar en detalles.

—Aunque todo es relativo, podríamos decir que sí —repuse—. Me he asegurado de que es un hombre de buena reputación y tenido por creíble. Cuando va a ver al alcalde por alguna promoción, lo tratan como a un antiguo cliente. Así sales un poco de los narcos de poca monta y de los robagallinas.

—Lo que tú sabes de la Guardia Civil es lo del *Romancero gitano* de Lorca, ¿no? —dijo Gonzalo. Luego, señaló hacia la entrada del complejo.

—Anda. Vete a esperarlo y, cuando llegue, me pones un mensaje y subís.

—¿Y qué hago yo en Sant Andreu de la Barca una hora dando vueltas? —me quejé.

—Hay un parque muy bonito, el parque de la Solana. Puedes irte a los columpios, o mirar a los de los patinetes. ¡A mí qué me cuentas!

Eso sí, Gonzalo pagó los cafés.

Dejé el coche en el aparcamiento del cuartel y me dirigí al pueblo. Pasé delante del Ayuntamiento, que parecía un chalé de indiano, y caminé por calles con bloques de apartamentos de varios pisos, que tenían la estética funcional propia de estos pueblos residenciales, y entre zonas de esparcimiento bien urbanizadas donde antes había descampados. Vi una cafetería y me acerqué a la barra. El asiático de detrás del mostrador me preguntó qué quería en perfecto catalán. Parecía dispuesto a servirme o a pegarme un tiro, todo dependía de lo que le dijera. Le pedí un agua de Vichy con una sonrisa y él me la devolvió. Acababa de entrar y ya parecíamos aburridos el uno del otro.

Diez minutos antes de las doce, Badía llegó en un Audi negro tan lujoso que parecía ridículo que lo condujera él mismo. Era de esos coches que solo luce con un chófer. Me saludó con un gesto breve y encendió un cigarrillo. En aquel momento había tal silencio que pude escuchar el crujido del tabaco al quemarse a medida que inhalaba el humo. Cuando empezó a hablar, el tono

de su voz era monótono y sus movimientos desmadejados, como si se hubiera quedado sin nervios.

—¿Se lo has contado todo? —preguntó.

—Sí. Pero tendrás que repetirlo de principio a fin. Y te hará buenas preguntas, procura que las respuestas sean igual de buenas.

Nos identificamos ante el guardia del mostrador y subimos a la primera planta, hasta el despacho de Gonzalo. Cruzamos la sala entre las mesas de varios agentes de paisano a los que solo la pistola daba un aire oficial. Ninguno levantó la vista a nuestro paso. Los guardias tenían buena pinta, pero la estancia parecía la sala de espera de un dentista en horas bajas.

Eché un vistazo al minúsculo despacho con muebles heterogéneos, posiblemente heredados de alguna otra dependencia oficial. No tenía ventanas, estaba iluminado por un fluorescente amarillento y, si había aire acondicionado, no fui capaz de descubrirlo. En la pared colgaba una fotografía del rey de uniforme. El parpadeo de la luz daba a sus facciones apesadumbradas el aspecto de una máscara funeraria.

Gonzalo nos ofreció asiento en dos sillas de formica y se dirigió a Badía.

—Ya me ha contado el abogado lo que hay. Lo primero que tendrá que hacer es una declaración oficial y presentar una denuncia. Nosotros nos ocuparemos de llevarla a fiscalía y de que se ordene el secreto de las actuaciones. También dispondremos un dispositivo de seguridad para usted y su casa.

—Algo que ellos no vean, supongo —dijo Badía.

—No se preocupe por eso. Está hablando con profesionales. Y también lo investigaremos a usted —lo informó Gonzalo.

—¿A mí? ¿Por qué? Yo soy la víctima de todo esto.

—Eso parece, pero lo que yo crea no es lo decisivo. Lo importante es lo que crean el fiscal y el juez. Entiéndame, usted dice que hay un desaparecido que era amigo suyo, y que ahora le han dicho que ha muerto. Sin embargo, está aquí tan tranquilo con su abogado explicando que le exigen que se haga cargo de las deudas del muerto. Y usted ha estado pagando durante meses sin rechistar.

—Investigue lo que quiera —aceptó Badía—. ¿Cuándo lo detendrán? ¿El día del próximo pago?

—Eso vendrá luego —siguió Gonzalo—. Primero la denuncia, luego el fiscal y el juzgado y las medidas de vigilancia y protección. Le daremos unos dispositivos muy avanzados, son los mismos que usamos en los casos de terrorismo para los infiltrados, y usted grabará algunas conversaciones con Eduardo. Después, todo lo demás.

—Pero esta es una situación de riesgo —tercié.

—El riesgo es estar en manos de asesinos sin protección y durante medio año —me cortó en seco Gonzalo.

No era de esos policías maleducados que aparecen en las películas. Más bien mantenía un

estilo funcionarial algo ampuloso y bastante cursi, pero me miró como si hubiera pegado a su abuela.

—Por cierto, ese señor al que robaron en Bruselas...

—¿Prat?

—Sí, Prat —dijo Gonzalo—. ¿Conocía de antes a Pascal?

—Nos conocíamos todos, de la comarca —explicó Badía—. A Prat le vendí la casa yo. Bueno, se la vendió Pascal, que fue el que hizo de intermediario, pero la casa era mía.

—¿Y tenían buena relación?

—A Prat le encantaba Pascal —respondió Badía.

Y nos contó a su manera cómo había sido Pascal quien había hablado a Prat de los diamantes en ocasiones anteriores. Veladamente, y sin darle mucha importancia, como alguno de los chanchullos un poco golfos a los que se dedicaba de vez en cuando. Algo como los coches de lujo que importaba, por los que nunca pagaba impuestos y que ya le habían costado unos meses en la cárcel. Fue Prat quien le acabó pidiendo que le diera entrada en el asunto. Al final, Pascal cedió y organizó aquel encuentro en Bruselas con un judío de Amberes que era su proveedor habitual.

A Prat le gustaba cómo vestía Pascal, e intentaba imitarlo en lo que podía, aunque para ello le sobraban unos kilos y le faltaban toneladas de buen gusto. Lo máximo que él sabía hacer era dejarse caer por Bel, en el paseo de Gracia, y comprar la ropa según el humor y las indicaciones del dependiente. Cada pocos años una talla más de pantalón, todo muy bien conjuntado y él con pinta de acabarse de acicalar para una boda de pueblo.

Aunque también podía ser que no le gustara nada y que se muriera de envidia. Hasta que le tuviera un cierto asco. Ese asco que te dan las cosas de las que no sabes prescindir y te atraen como los burros a los tábanos. Pascal sabía de coches y vinos, y sabía dónde encontrar mujeres complacientes, de las que parecían encantadas con el cartonero. Chicas de ojos rasgados que le encontraban la gracia y cobraban como si el dinero no hubiera tenido nada que ver con el sexo.

—¿Fue Pascal quien propuso que el encuentro con el judío fuera en el club Pélican? —siguió Gonzalo.

—Sí. Dijo que lo conocía de otras veces y que era un buen lugar para pasar desapercibidos —repuso Badía.

—¿Y lo era?

—Era una auténtica mierda.

—Y los sospechosos del robo...

—No vimos nada raro. Es verdad que había unos chicos con pinta de magrebíes que nos miraban de vez en cuando, lo que no me extraña. Los españoles gritamos hasta en los estriptis, no sabemos ir por el mundo.

—¿Sabe si Prat llegó a sospechar de Pascal?

—Para nada. Pascal estuvo con nosotros todo el rato. Otra cosa es el cuñado, Pepe. Ese es un

mal bicho y lo miraba como si fuera a comérselo.

—¿Tenía algún motivo para ello?

—No. No le gustaba lo de los diamantes, y dicen que es un cocainómano. Supongo que esa gente es más desconfiada.

Era media tarde cuando Gonzalo cerró la declaración y Badía y yo firmamos el acta.

—¿Ahora qué? —preguntó Badía con tono lastimero.

—Ahora, usted a esperar. Mañana el abogado y yo nos vamos a la fiscalía y al juzgado de Sabadell y luego haré mis comprobaciones, lo llamaremos desde allí y le diré qué haremos —le explicó Gonzalo.

—Y la protección...

—La vigilancia y la protección empiezan ahora mismo —dijo Gonzalo—. Si habla con Eduardo o lo ve, llámeme al momento. Le presentaré a los guardias que van a ser su sombra. Habrá más, pero a esos ni los conocerá ni los verá. Aquí no hará falta que vuelva. Ya le diremos dónde encontrarnos, le daremos los dispositivos de grabación y le enseñaremos cómo usarlos.

—Estoy en sus manos.

—Tranquilo. Las hay peores.

Al salir, vi que Badía sudaba profusamente. Empecé a sentir un poco de pena por él. La cobardía física duele más que nada, sobre todo si tienes motivos.

—Este cuartel se cae a pedazos —observó—. ¿Esta gente es la que me va a dar dispositivos de escucha sofisticados?

—No hagas caso de las paredes —lo calmé—. La cacharrería electrónica se la mandan de Madrid.

—Pues además de la electrónica les podrían enviar una brigada de paletas.

Y tenía toda la razón.

III

El edificio de los juzgados estaba en el nuevo centro de Sabadell, una zona que se urbanizó cuando la euforia de las olimpiadas hacía que el país no reparara en gastos. Una plaza circular rodeada de bancos y hoteles, un parque bien cuidado con estanques y fuentes y una amplia avenida arbolada daban fe de que los alcaldes de la ciudad no habían sido de los peores, por mucho que alguno acabara en la cárcel.

Dejé el coche en el aparcamiento y caminé hacia la entrada bajo los plataneros. Unas tórtolas estaban de charla en las ramas e hicieron varios comentarios sarcásticos sobre mí al verme pasar.

Aún no habían abierto las puertas y ante ellas, formando una cola desordenada, se congregaban los visitantes habituales de este tipo de lugares. Acusados en chándal, testigos que esgrimían el papel de la citación como si fuera un salvoconducto y abogados con la bolsa del ordenador en bandolera. Recibí un mensaje de Gonzalo diciéndome que ya estaba dentro con la juez y el fiscal. Me sorprendió tanta puntualidad y, en mi inocencia, el hecho cierto de que aquellos funcionarios dispusieran de una entrada al edificio mejor que la que me correspondía a mí.

A las nueve en punto la cola empezó a moverse. Pasé el control detrás de una mujer magrebí tocada con un hiyab que empujaba trabajosamente un cochecito. Sentado en él, un niño de grandes ojos castaños me saludó con una sonrisa. Se la devolví y rio a carcajadas. Pensé que no había nada de malo en que las tórtolas y los niños vieran en mí algo gracioso, yo mismo provocaba mi hilaridad con frecuencia. Tomé el ascensor y subí hasta la séptima planta. Me identifiqué ante la oficial del juzgado y esta me hizo pasar al despacho.

Cuando entré, Gonzalo, el fiscal Fuentes y la juez estaban sentados a la mesa de esta, una mujer grande y de aspecto macizo cuyo rostro tenía una agradable fealdad. Su cabello rubio ceniza tiraba hacia el gris y vestía anchos pantalones de algodón verde y una camisa blanca lo bastante grande para su envergadura, como una tienda de beduinos en el desierto. Alzó la vista de un expediente abierto, pero no lo hizo para saludarme. Antes quería dejar claro lo insignificante que yo era.

El fiscal Fuentes era uno de los más jóvenes de la plantilla, un tipo delgado y pálido que iba vestido con un liviano traje azul marino de excelente corte y que se alzó con agilidad para tenderme la mano con una mueca amistosa. A diferencia de muchos de sus colegas, no creía que los abogados fuéramos un foco de infecciones. Las pulseras de cuero que llevaba en las muñecas transmitían una cierta informalidad y la corbata estrecha y elegante lo asociaba más al

periodismo o la publicidad que al mundo forense. Estaba adscrito a la fiscalía del jurado y como eso le encantaba solía introducir términos legales americanos en sus frases para que todo el mundo lo notara.

Gonzalo, también de traje y corbata, mantenía el culo en el borde de la silla y juntaba las rodillas como una colegiala. Sabía que era la estrella de la función y quería carta blanca, pero la representación no era para mí. Me saludó con un gesto de la cabeza que hubiera servido igual para apartar una mosca.

La juez Puig por fin se dignó a mirarme y me señaló una silla algo apartada de la mesa, pero, al menos, no ordenó que me pusiera mirando a la pared. Era una juez experimentada y con sus buenos momentos, pero esto último prefería mantenerlo en secreto.

—Tome asiento. ¿O prefiere quedarse de pie y echar una mirada?

Mascullé alguna cosa incomprensible que podría haberse entendido como que le daba las gracias.

—¿La brillante idea de pasarse medio año sin denunciar los hechos hay que atribuírsela a usted? —siguió, con sarcasmo.

—Difícilmente. Hace apenas una semana que los conozco. Le expliqué todos los detalles del caso al capitán —repuse, señalando a Gonzalo con el mentón.

Gonzalo asintió brevemente y su generosidad me perturbó. Siempre he sido un sentimental.

—Ahora el caso está judicializado y ya puede llamar a su cliente y decirle que se venga para aquí sin excusas ni pretextos —sentenció la juez—. Con la denuncia que presentó ayer he abierto un procedimiento, por lo que la causa está en marcha. Y lo primero que voy a hacer es designar a la Guardia Civil como policía judicial y ordenar el secreto de las actuaciones. Ya sabe lo que eso quiere decir.

—¿Que coja el portante y me marche? —pregunté.

—Más o menos. En este expediente su cliente va a constar, de momento, como testigo, y los testigos no necesitan abogado. Si algún día pienso que hay que cambiarle la condición y citarlo como investigado, no dude que será usted el primero en saberlo.

La juez hizo una pausa teatral y me miró echando la cabeza atrás, como si estuviera esperando que alguien le lavara el pelo. El fiscal Fuentes me echó un cable.

—No hace falta que le explique cómo va esto —dijo, como si fuera Perry Mason—, hay una *gag order* para facilitar las actuaciones, pero podrá hablar con su cliente, y yo mismo y la policía le daremos la información que nos parezca necesaria siempre sin perjudicar el resultado de la investigación.

—Ya saben que es muy posible que haya un muerto —respondí.

—Por eso las diligencias se abren por asesinato y el procedimiento irá por la ley del jurado —intervino la juez.

—Eso está muy bien —repuse—, pero más que a cuestiones legales me estaba refiriendo a la posibilidad de que muriera alguien más. El señor Badía sin ir más lejos.

—Eso déjalo en mis manos —terció Gonzalo.

—Y ahora llame a Badía —concluyó la juez.

—Voy a llamarlo, pero sepan que estoy aquí porque me han llamado y lo han hecho porque he sido yo quien aconsejó a Badía denunciar —dije con acritud mientras me ponía en pie—; que ustedes intervienen por esa denuncia, y si el capitán Gonzalo puede presentarse como James Bond es por la sencilla razón de que fui yo quien llevó a Badía a su despacho y se lo puso en bandeja.

—Nadie ha cuestionado nada de eso. —La juez me lanzó una mirada dolida, como si le hubiera preguntado por la talla del sujetador—. Está claro que las togas de oro del paseo de Gracia son muy susceptibles.

—Pura falta de autoestima. Buenos días.

Y me fui tan digno. Gonzalo me siguió y, una vez en el vestíbulo, intentó quitarle hierro al asunto.

—A mí tampoco me ha gustado. Ni en la forma ni el fondo, pero tampoco hace falta que la saques de quicio, ni que te hagas la ofendida. Ya sabes cómo es...

—Veo que hoy todo el mundo se preocupa por mis sentimientos, eso empieza a dolerme —respondí.

—Ahora, que Badía declare ante ella y lo pongo todo en marcha. Le diré a Puig que estarás al corriente de lo de los dispositivos de grabación. Seguro que Badía te lo contaría igualmente y prefiero que lo haga sin mala conciencia.

Llamé a Badía, que me dijo que llegaría en una media hora, por lo que aproveché la espera para acercarme al Viena, buscando con la mirada a algún tipo sospechoso. Fue tiempo perdido. Por su proximidad con los juzgados, la clientela se dividía entre abogados que rebuscaban afanosamente entre sus expedientes, oficinistas de los edificios de los alrededores, acusados, testigos y la fauna habitual de la justicia penal junto con desocupados de todo pelaje. Cualquier esbirro pasaría tan desapercibido como un cura en Montserrat.

Al cabo de quince minutos Badía ya estaba allí y él también se había puesto una corbata. Aquello empezaba a parecer una reunión en el Círculo Ecuestre. Le ofrecí un servicio vip sin restricciones y lo acompañé a pasar el control. Hasta pulsé el botón del ascensor. Antes de dejarlo en los atentos brazos de Gonzalo le expliqué lo que iba a encontrar tras la puerta.

—Lo mejor es no divagar —le dije—. La juez es afectuosa como una piraña, pero tiene experiencia y te preguntará con criterio. El fiscal es novato y se cree que está en Chicago, aunque es un buen tipo. Explícate sin reservas, y deja claro que es el miedo y la preocupación por Pascal lo que te ha hecho retrasar la denuncia.

—Está claro. ¿Seguro que no puedes entrar? —preguntó.

—Muchos jueces lo permitirían, pero esta no. Tranquilo. Llámame cuando acabes.

Gonzalo le pasó el brazo por la espalda y cuando se fueron juntos me pareció que compartían algo, como una especie de entendimiento que excluía a cualquiera que se aproximara. A pesar de

sus canas, Badía caminaba como un adolescente desolado.

Pasé la tarde en el despacho ocupado con un concejal acusado de corrupción. Según los informes de la policía, las evidencias contra él eran abrumadoras, pero cuando trataba de explicarme su versión de los hechos, la conclusión era aún peor. Se trataba de un hombre alto y calvo con unas gafas redondas de montura metálica que le daban aire de estudioso y un cierto parecido con Constantino Romero, un locutor magnífico que en sus tiempos doblaba la voz de Clint Eastwood. Estaba acusado porque habían detectado en sus cuentas jugosos ingresos en efectivo que, curiosamente, eran inmediatamente posteriores a la adjudicación de algunas obras públicas. Para acabarlo de arreglar, mi hombre no tenía ninguna fuente de ingresos conocida, más allá de su sueldo y una participación en un negocio de vinos que no daba más que pérdidas.

—Vuelve a intentarlo —le rogué.

—Ese dinero se corresponde con el pago de deudas de mis socios de la bodega por préstamos que les había hecho al montarla —repitió.

Su voz tenía un campanilleo administrativo y sus modales deferentes algo sacristanesco.

—Y si los citamos en el juzgado, ¿eso es lo que dirán?

—No. Lo negarán. Porque no reconocerán pagos en negro, aun menos cuando el negocio está en números rojos y estamos despidiendo a gente.

—Entonces, si damos esa versión y declaran vamos a quedar peor de lo que estamos. ¿Puedes acreditar préstamos a sus cuentas?

—No. Yo también les di el dinero en efectivo. Esas cosas se hacen en efectivo.

La verdad es que estaba haciendo cuanto podía para que lo consideraran culpable, lo que no quería decir que no lo fuera.

—Y ¿cómo explicamos que los contratos con las empresas sean de las fechas de los ingresos? —le pregunté.

—Eso es pura casualidad. Además, yo no tengo que demostrar nada, lo tiene que hacer la acusación, ¿no?

—Pero están tus conversaciones telefónicas con el gerente de una de ellas, el del alumbrado público... —objeté—. Allí dices, literal: «¿Cuándo me traes las bombillas para los niños?».

—¿Estas conversaciones telefónicas son válidas? —se asombró el avispado del cliente—. ¿No se puede hacer nada para anularlas?

—La verdad es que creo que no son válidas, y que existe alguna posibilidad de que las anulemos. La investigación era contra el alcalde por otro delito, y a ti te pinchan de rebote y tardan en pedir la autorización del juez.

—Eso es fantástico —dijo con cinismo—. Han violado mis derechos constitucionales.

Su mirada azul celeste echaba chispas, y el anterior empeño por justificar sus ingresos acababa de ser sustituido por un sincero entusiasmo por las garantías procesales y los derechos fundamentales. Mejor así. No tenía ningún interés en que el cliente me explicara la verdad, pero prefería no presentarme ante el juez con versiones de las que merecen ir acompañadas de una

nariz de payaso. El tipo de versiones que es capaz de elaborar alguien lo bastante estúpido como para ingresar el dinero negro en la cuenta corriente y hablar con un proveedor municipal de entregas de bombillas justo después de la adjudicación de un contrato.

—Mañana te acogerás a tu derecho a no declarar y dirás que lo haces por consejo de tu abogado —recomendé, mientras empezaba a cerrar el expediente —resumí.

—Y si hay prensa a la salida, ¿qué hago? —preguntó, mucho más preocupado que antes.

Por lo visto, estaba pensando en salvar su carrera política. Y a lo mejor lo conseguía, cosas más raras se han visto.

—Yo no soy asesor de comunicación, pero te diría que les sueltes aquello tan socorrido de que no dirás nada por consejo de tu abogado...

—Perfecto —dijo—. ¿Hay alguna posibilidad de que acabe en prisión?

—Eso siempre es posible, pero en tu caso no es probable. Podrían haberte encerrado antes, cuando llegó el informe de la policía a la fiscalía, y eso no ocurrió. No espero cambios.

—Ojalá tengas razón.

Nos levantamos y me tendió la mano. Se la estreché. Era fría y húmeda como una bayeta y resistí como pude la tentación de secarme con la manga de la chaqueta.

—¿Pago aquí o a la salida?

—Aquí. Lo de pagar a la salida es en los hospitales.

Lola lo acompañó y el tipo se puso tieso y metió la tripa. Era el efecto que mi secretaria solía causar en las visitas. En realidad, también me lo causaba a mí, pero esa es otra historia.

Ya eran las ocho cuando llamó Badía. Resollaba y se oía de fondo ruido de tráfico y una sirena de la policía, el sonido de los malos augurios y el desastre urbano.

—Ahora salgo —me dijo.

—¿Del juzgado?

—Sí —confirmó—. Primero mi declaración y después la reunión con Gonzalo y los guardias. Me han dicho que todo está en secreto y que no hable con nadie. Han hecho una excepción contigo... con todas las reservas...

—Ya lo imagino. Hablamos cuando quieras y ten cuidado.

—¡Como si dependiera de mí!

No era ningún héroe, pero su voz ahora sonaba llena de determinación, como si le sentara bien dejar de gimotear y pasar al ataque.

Salí a la calle y crucé la Diagonal. A aquella hora los paseantes ya habían cedido el lugar a los corredores en chándal y los paseadores de perros. Las bocas de metro engullían los restos de los oficinistas a deshora y unas estrellas escasas asomaban entre las nubes. Grupos de jóvenes fumaban y reían en los jardines dedicados al poeta Espriu, un hombre que según como le diera la luz se parecía a Henry Fonda en *Doce hombres sin piedad* y que dejó dicho en versos muy renombrados que estaba harto de esta tierra cobarde, vieja y salvaje, sin dejar por ello de ser muy apreciado por los políticos del lugar.

Sacudí los pensamientos con la mano, como si fueran moscas y me dirigí a cenar en el Ponsa, situado en la calle dedicada a Enrique Granados —un pianista leridano parecido a Hércules Poirot que murió ahogado en el canal de la Mancha, aunque los pocos que recuerdan su existencia crean erróneamente que fue en el hundimiento del Titanic—. El Ponsa seguía siendo un local fiel a sí mismo, que no había cambiado la decoración desde los tiempos de los juicios de Núremberg y donde se podía pedir el mejor lenguado menier de la ciudad. Un plato anticuado ideal para cenar con unos conocidos tan antiguos como él.

Cuando llegué, Adrián Poch y Paco Navarro esperaban acodados en la barra de mármol dando cuenta de una caña y sumidos en una de sus habituales discusiones políticas. Adrián era un hombre corpulento de abundante pelo rubio encrespado y barbilla ganchuda con unas gruesas gafas de carey que ocultaban de manera imperfecta sus ojos pequeños y llenos de curiosidad. En conjunto, su rostro y su cuerpo tenían la distinción que ocupa el lugar de la belleza en las personas que son conscientes de su volumen y lo reivindican sin complejos. Después de años auditando cuentas en una de las Cuatro Grandes y tras divorciarse de una mujer que hacía parecer a Mesalina una monja de clausura, había abierto una librería de segunda mano con la que inexplicablemente ganaba algún dinero. El suficiente para cumplir sus viejas aspiraciones de vivir cerca de las Ramblas y vestir como le diera la gana. Me saludó con una inclinación de cabeza y, sin preguntarme nada, pidió una cerveza para mí.

—¿Vienes de una boda? —dijo señalando mi corbata.

Era de esos tipos que creen, por propia experiencia, que todas las cosas malas de este mundo empiezan con gente bien trajeada. Debía saberlo. Había sido uno de ellos.

—Sí. De la de tu ex. Dice que te echa de menos. Que para suplir tu ausencia le haría falta un hipopótamo —le contesté.

Rio y se palmeó la panza.

—El pobre animal moriría de tristeza a los cuatro días. Son bichos muy fieles.

—Esto apunta a humor zoofílico. Faltaría la banda sonora de *El hombre y la tierra*... —terció Navarro con sorna—. «La vida sentimental de Adrián Poch y otros grandes mamíferos.»

Sonrió y sus dientes blancos relucieron en una boca rodeada por una barba muy negra dándole un aire lobuno. Tenía buen aspecto. Alto, delgado y muy moreno, vestía unos tejanos y una camiseta negra que marcaba la musculatura de sus hombros y hablaba de sus esfuerzos por aferrarse a lo que le quedaba de juventud. Trabajaba en una biblioteca del Ayuntamiento, o sea que el único de aquel trío que no pasaba el día rodeado de libros era yo.

—¿Por dónde iba la conversación? —pregunté.

—Por donde suele ir —contestó Navarro con gesto de fastidio—. Nuestro amigo insiste en la conveniencia de que Cataluña se independice y yo le digo que lo que tiene que independizarse es este barrio y poner una aduana para que no entre nadie de Pedralbes.

—Un nuevo Estado en el que empezar de cero, sin los lastres de una España ineficiente. Un país moderno y europeo, culto y libre... No digas que no te fascina la idea, Paco.

—Ya decía Víctor Alba que es mucho más fácil fascinar a un ilustrado que a un zote, y yo debo de ser un zote, porque no le veo a esos planes maldita la gracia. Pasatiempos de clases medias aburridas y de jubilados.

—¿Y tú qué, letrado? ¿Te has decidido ya por la libertad o quieres morir esclavo del Borbón?

—A mí no me marees —me escapé—. La política dejó de interesarme cuando algunas mujeres que conocía abandonaron el trotskismo. Lo único que quiero es un lenguado y contaros una historia de crímenes.

Pasamos a la mesa y, omitiendo cualquier dato que permitiera la identificación de los protagonistas y cambiando detalles y lugares, les puse al día del caso de Badía. Navarro, un fanático de la literatura negra, parecía fascinado.

—Es puro Ross McDonald, con viuda de buen ver incluida. La lástima es que no me imagino al guardia civil como Lew Archer.

—Si no te importa, Archer sería yo —respondí.

—Tú eres un picapleitos sin el menor glamur que no se va a enterar de nada hasta que se lo cuente un investigador de verdad.

Adrián movió la cabeza, observó con melancolía la raspa del lenguado y comentó reflexivamente:

—Macdonald o Erle Stanley Gardner, aunque aún falta para llegar a juicio. Lo que está claro es que hay un esbirro que conoce un dato que solo le ha podido facilitar un círculo muy restringido de sujetos: la sospecha de que el muerto (porque está muerto, de eso no hay la menor duda) era un ladrón y el robo que se cometió en la ciudad que te has inventado (porque por mucha buena voluntad que le pongo no consigo imaginarme un cabaret en Albacete...) lo organizó él.

—La respuesta es evidente —concluyó Navarro—: el muerto contrató a dos tipos para que robaran al otro colega en el cabaret. Y la víctima del robo contrató al esbirro y le facilitó toda la información sobre tu cliente. Como se les fue la mano y mataron al otro, tu cliente quedó de pagano.

—Es sugestivo —dije—, pero plantea algunos problemas. Cuando se produjo el robo, todos los de la cena estaban juntos y va a ser muy difícil establecer una conexión entre la víctima y el esbirro.

—No para el gran Perry Mason. Aún menos para ti. Le interrogas y el tipo confiesa a las dos preguntas —dijo Navarro.

—Sí. La confesión es la prueba reina en las historias criminales: al final todo el mundo canta —rio Adrián.

—Primero habrá que cogerlos —aduje.

—Son unos aficionados —planteó Paco—. Un verdadero grupo de pringados. El matón más malo se deja ver, se pasea con el coche de tu cliente, ofrece rebajas por pronto pago... Prepárate, porque todo va a estallar y te tiene que pillar a punto.

Mientras Navarro hablaba, su tesis ganaba coherencia por momentos. En realidad, era de una sencillez apabullante. La alternativa —que Pascal tuviera deudas con gente desconocida y estos hubieran enviado a un cobrador expeditivo— no tenía pies ni cabeza. Quedaban sin respuesta cuestiones como la tardanza en denunciar de Badía, pero no se puede tener todo en la vida y el relato no era de Conan Doyle. No tenía por qué cuadrar al milímetro. Navarro añadió:

—Hablando de Lew Archer, recuerda que el protagonista no es el detective, ni el asesino. El protagonista siempre es el muerto. Todo empieza y acaba en el muerto...

—Y ahora nos pagas una copa por asesoramiento literario altamente cualificado. Ya se la cobrarás a alguien como gastos periciales —añadió Adrián.

Descendimos por la calle Aribau hasta el Ideal, uno de los pocos bares en que los camareros seguían vistiendo chaqueta blanca y corbata. Pedimos las bebidas mientras Adrián seguía divagando sobre escritores de novela negra.

—Seguro que hay más asesinatos en las novelas suecas que en toda la historia del país. A asesinato por novela, ya no debe de quedar nadie en la Europa del norte —reflexionó.

—Y los que no mueren asesinados mueren de aburrimiento, como le pasa a cualquiera que lea a Mankell —remató Paco. Luego, me interpeló:

—¿Tú qué estás leyendo?

—Un informe sobre el blanqueo de capitales en España —respondí.

—Es lo que te pega. Me gustabas más cuando flirteabas con trotskistas.

—Eran otros tiempos.

Desde el extremo de la barra, Renée, una mujer trans de pómulos pronunciados, labios gruesos y ojos de color azul acero grisáceo me lanzó una mirada cargada de intención. Conocía esa mirada de vampiresa y sabía lo que implicaba. Le lancé un beso que voló entre los reflejos de las botellas de licor y, por un momento, noté como si una ráfaga ardiente me atravesara el pecho.

Las semanas siguientes Badía siguió con su vida y cumplió escrupulosamente el guion diseñado por Gonzalo. Se vio con Eduardo y le dio conversación. Llevaba un micrófono camuflado en el llavero del coche que se activaba con una presión imperceptible y grababa esas reuniones. El matón seguía con lo suyo, hablando de deudas y de sus misteriosos jefes y utilizando una jerga semiempresarial que abundaba en la idea de que Badía y Pascal se dedicaban a blanquear dinero dudoso. Badía protestaba débilmente y Gonzalo se mostraba claramente insatisfecho del contenido escasamente incriminatorio de esas conversaciones. Tan insatisfecho que aún no veía el momento de pasar a la acción.

Quedé con él en el Mauri. Últimamente no quería ir al despacho. Sabía que Vázquez querría asistir a nuestros encuentros y le cobraría las horas y, aunque Badía tenía un problema, lo cierto es que no era ningún imbécil. Tenía el periódico en la mesa y estaba pidiendo café a la camarera.

La mujer le dio una tarjeta de plástico para pagar la consumición y él la miró con extrañeza. Le pregunté por sus avances con Gonzalo.

—No se moja y cree que voy a necesitar defenderme.

—¿Lo que dice Eduardo te incrimina? —pregunté.

—Siempre lo hace. Ahora amenaza con que si alguien lo acusa de la muerte de Pascal dirá que yo se la encargué.

Negué con la cabeza.

—No tiene ningún sentido. ¿Por qué ibas tú a querer muerto a Pascal?

—Eso díselo a él. —Badía se encogió de hombros—. Y a la Guardia Civil. Y a la viuda. Me ha llamado un par de veces y, sin la menor ambigüedad, ha dejado claro que sospecha de mí. Dice que según Pascal yo le debía un montón de dinero.

—¿Y se lo debías?

—Ese tipo no me pagó ni un café en su vida y me sacaba lo que podía. Lo sabía todo el mundo: deberle dinero a Pascal no entra en la experiencia de nadie. Lo malo es que la viuda ya ha ido al juzgado y debe de haber explicado toda esa mierda.

—¿Es lo que te ha dicho Gonzalo? —le planteé.

—Gonzalo se limita a mirarme como si fuera a darme un par de hostias, a poner pegas a todo lo que le cuento y a decirme que tengo que sonsacar más a Eduardo.

—¿Y lo consigues?

—Bueno, eso es mucho suponer —dijo Badía—. Ayer dijo algo como que yo debería saber qué es lo que le pasa a la gente que no le paga. Hablábamos de Pascal, o sea que tendría que servir.

Reprimió un suspiro. Contener los suspiros se le daba bien. Debía de practicar en casa.

—De un modo u otro esto va a acabar pronto —dije.

—No lo sé. Puedo soportar a Eduardo, pero el otro día vino con el joven, el que llaman Oriol. Ese sí tiene cara de asesino. Abre unos ojos como platos y me mira sin decir nada. Lleva unos auriculares de esos inalámbricos con la música a tope y cabecea mientras se soba la entrepierna. Tiene la misma expresión que un filete crudo y el mismo color. No puedo olvidar que fue él quien le reventó la cabeza a Pascal con el extintor.

—Supongo que te vigilan cuando estás con ellos.

—Eso dicen.

De repente bajó aún más la voz.

—Me ha dicho que me vaya este fin de semana a la casa de la Cerdaña con mi mujer y los chicos y que no conteste a ningún teléfono que no sea el suyo.

—Hazlo. ¿Tienes un arma?

—Es lo mismo que me ha preguntado Gonzalo. Sí. Una cojonuda, una Glock de diecisiete tiros que me regalaron unos socios rumanos.

—¿Y sabes usarla? —inquirí.

—Contra una lata sí, pero contra ese hijo de puta no lo sé.

—Me dijo un cliente que sabía de eso que se trata de apuntar al centro del cuerpo y vaciar el cargador, nada de filigranas.

—Si los veo por allí lo tendré en cuenta —afirmó Badía.

Había contratado a un chófer con las hechuras de un armario y lo llamó para que pasara a recogerlo. El Audi negro se detuvo en la esquina y Badía salió con paso lento. Parecía que conservaba el aplomo, pero algo debía de ir mal. Ni siquiera había pagado los cafés. Me alegró que se marchara: no tenía nada que ofrecerle, ni siquiera una despedida ingeniosa.

Fui al juzgado a ocuparme de otros asuntos, o a alejarme cuanto pudiera de mi despacho y del fragor del dinero fresco. El día no prometía gran cosa: la atmósfera era húmeda y sofocante y la camisa empezaba a pegarse a la espalda bajo la chaqueta. Un grupo de jóvenes procedentes de una academia cercana colonizaba los bancos de la Rambla de Cataluña. El mundo a través de sus móviles parecía ser para ellos motivo de continua hilaridad. Abundaban los tejanos con el tiro a la altura de medio culo, las zapatillas sin cordones y los gestos acanallados propios de los adolescentes de buena familia.

IV

El lunes, el capitán Gonzalo me citó en Sabadell a primera hora. Obviamente, ni se le ocurrió preguntarme si me iba bien. Era un buen policía, pero, lo mismo que cualquier policía, era inflexible una vez que había tomado una decisión.

Conduje directamente hasta el siniestro *parking* que unos grandes almacenes compartían con los juzgados y que parecía el sueño húmedo de un violador emboscado. Una escalera mal iluminada, manchones de humedad en las paredes de hormigón y pintadas propias de una letrina animaban la ascensión hasta la calle. Los arquitectos de estos aparcamientos debían de ser parientes próximos de los de los edificios policiales, o lectores del *Necronomicón.*

En el despacho me esperaba la juez, que esta vez había acabado con todas las existencias de tela azul del país para agenciarse una camisa que, en su caso, se podría considerar entallada. Tenía la expresión abotargada de una experta en resacas, pero un fondo de excitación emergía de las profundidades de sus ojos. Gonzalo iba en uniforme de faena, lo que le sentaba mucho mejor que el traje, y el fiscal Fuentes parecía a punto de iniciar unos pasos de claqué. Fue él quien me dirigió la palabra, pálido y agitado, como si saliera de una discoteca con el sonido demasiado alto y le costara recuperar el tono de su voz.

—Todos detenidos la noche del viernes. Su cliente puede estar tranquilo. La Guardia Civil ha montado un operativo digno del FBI, a tiro limpio.

Fuentes soltó una risita incongruente y compuso una expresión de tipo duro habituado a los intercambios de disparos. Era una imitación de Harry el Sucio un poco floja. Debería probar sujetando la correa de un bulldog.

La juez Pujol me apuntó con un dedo a la cara y luego se lo mordisqueó con expresión ausente.

—Relativamente tranquilo —dijo—. El papel de Badía parece cualquier cosa menos claro.

Encogí los hombros y me revolví en la silla. Ella siguió, satisfecha con mi desconcierto.

—La suerte que tiene es que este señor —dijo señalando a Gonzalo con la cabeza— cree que hay muchas posibilidades de que estos tipos estén intentando tenderle una trampa. También ayuda el hecho de que mientan fatal.

Gonzalo esperó a que callara y tuvo a bien informarme de los últimos acontecimientos. Paladeó cada palabra.

—Badía no te ha llamado siguiendo mis instrucciones. Lo enviamos al campo para montar el dispositivo y aún no le he dicho que vuelva. Después de la última reunión con Eduardo (en

realidad se llama Luis, pero así nos entendemos) y su sobrino, que se hacía llamar Oriol y responde por Jefferson, decidimos que había llegado la hora de intervenir. Dejaron a Badía y se dirigieron a un chalé de Sant Cugat alquilado hace tres meses por una mujer, una albanesa. Sabíamos que podían estar armados y entramos sin contemplaciones. La mujer y el sobrino miraban los *Simpson* en el televisor de la planta baja y no opusieron resistencia, pero el otro sujeto estaba en el piso de arriba y lo oímos subir hasta el tejado. Cuando llegamos al exterior disparó a un palmo de mi cabeza y saltó a la terraza de la casa de al lado. Tras las voces de advertencia, apuntamos a las piernas y cayó. Lo demás fue coser y cantar. Los tenemos detenidos en el cuartel y hoy los traerán para aquí.

—¿Y el americano? —pregunté.

—También en Sant Andreu —siguió Gonzalo—. Lo cogieron esta mañana y el tipo aún está gimoteando. Empezó a cantar antes de que le preguntaran nada. Un aficionado que nos soltó el mismo rollo sobre la informática que le había contado a Badía. El tío y el sobrino son otra cosa.

—¿Ha dicho algo sobre Pascal?

—Pascal está muerto desde el primer día, pero dice que no lo supo hasta que se lo contaron los otros. Él solo tenía que acompañarlos para vigilar a Badía y cuando vio cómo se torcían las cosas en la nave de Castellar quiso poner tierra de por medio, pero tuvo miedo. Lo típico.

—Y Eduardo, o Luis...

—Es más creativo —dijo Gonzalo—. Le curaron la herida, que era poca cosa, un disparo limpio que atravesó el muslo, y primero se cerró en banda, pero cuando le dijimos que Jayden (te juro que se llama así) había hablado, decidió salir de su mutismo. Ayudó mucho el que quisiera fumar.

La juez intervino con una complacencia un tanto malévola.

—Técnicas de interrogatorio avanzadas. No hizo falta ni una hostia.

—¡Señoría! —repuso Gonzalo fingiendo indignación.

—Dígale al abogado lo que afecta a su cliente, que lo demás sigue en secreto.

—Según su versión, él y el chaval actuaron por cuenta de Badía en un ajuste de cuentas entre este y Pascal por temas de blanqueo —explicó Gonzalo—. Se trataba de darle un escarmiento y averiguar dónde tenía guardado el dinero de sus trapicheos. La lástima fue que Pascal plantara cara y hubiera que neutralizarlo. Luego empezó a hablar de su novia y se puso sentimental. Durante la segunda noche quiso negociar para que soltáramos a la chica, le prometí algo de benevolencia y una dosis extra de calmantes y nos dio las coordenadas del cadáver. Ahora están allí los de la científica, en un descampado cerca de Granollers; también están registrando la casa. Ya verás los informes cuando se levante el secreto.

El fiscal se aclaró la voz sin mucho éxito y me miró con los ojos muy abiertos.

—No crea que no hemos tenido nuestras dudas, pero las conversaciones que grabó Badía y el resultado de los seguimientos nos llevan a creer que su cliente no es más que una víctima. Lo

mejor para todos será que comparezca en el expediente como acusación particular y usted vaya siguiendo todas las diligencias.

La juez echó un rápido vistazo al fiscal y añadió:

—Sí. Su ex también quiere ejercer como acusación, pero primero habrá que identificar el cadáver. Cuando acabemos con esta fase de la investigación y se hayan practicado todas las detenciones, el juzgado levantará el secreto. Entonces ya podrá enterarse de todo y deleitarnos con su arte. De momento, tome nota de que la viuda no es tan pánfila como nosotros y mantiene vivas sospechas sobre su cliente. No le voy a ocultar que ese hombre no me gusta nada, y que las relaciones que tenía con el muerto tienen muchos puntos oscuros. Todo ese trapicheo de pisos, naves industriales y coches de lujo con un insolvente con antecedentes penales no parece trigo limpio.

Por una vez, estuve a punto de darle la razón, pero me pudo la deontología profesional y me limité a preguntar:

—¿Han encontrado el Porsche de Badía?

Gonzalo respondió:

—A la puerta del chalé. Limpio como una patena y con unas bragas de encaje en la guantera. Cuando acaben los de la científica se lo devolvemos.

—Creo que no quiere ni verlo y que lo venderá en cuanto lo liberéis —dije—. No le diré lo de las bragas, por si cambia de opinión.

Nadie hizo ademán de darme la mano y tras unos segundos de silencio incómodo me despedí con una inclinación de cabeza dirigida al retrato del rey, a la bandera y a un armario lleno de expedientes torcidos y me fui lo más animosamente que pude.

A los pocos días me informaron extraoficialmente del levantamiento del cadáver. No estaba mal enterrado, pero la información de Eduardo era extremadamente precisa. Apareció en un paraje del Vallès cerca de Granollers junto a una urbanización abandonada, a un metro de profundidad. Se notaba que alguien se había tomado tiempo y molestias, aunque la tierra húmeda de una riera próxima debía de haber facilitado el trabajo. Estaba envuelto en plástico atado con cinta americana y recordaba a una de esas momias egipcias de los documentales, tieso y con las formas de los pies y la cabeza bien marcadas. La policía aseguró la zona y mandó los restos al forense. No se esperaban sorpresas en la identificación, solo interesaban el momento y las causas de la muerte en la medida en que eso, siete meses después, pudiera averiguarse. En el instituto de medicina legal retiraron el plástico descubriendo un esqueleto con escasas zonas blandas adheridas a los huesos. Se le asignó un número de referencia, se etiquetó y se tomaron fotografías antes de iniciar el examen odontológico y de ADN. Para la dactiloscopia ya había pasado el momento.

Se trataba, efectivamente, de Antonio Pascal Gaillard, un empresario de Barcelona del que constaban en las bases policiales antecedentes cancelados por estafa y delito fiscal. Divorciado, con dos hijos y, hasta el momento de su desaparición, titular de un establecimiento de

compraventa de oro situado en las inmediaciones de la Sagrada Familia. El cráneo estaba parcialmente envuelto en cinta, como si lo hubieran vendado por alguna razón y presentaba una severa fractura en el parietal derecho. El cuerpo tenía otra fractura en el hueso hioides que indicaba estrangulamiento y veinte clavos de tres pulgadas en codos y rodillas de un impacto y una profundidad que sugerían el uso de una pistola clavadora. Habría tardado más o menos en morir, pero no tuvo una muerte fácil.

Durante las semanas siguientes Badía se dejaba caer por mi despacho una vez por semana. Le encargó a Vázquez que se opusiera a una reclamación iniciada por la viuda de Pascal referida a unas comisiones por la venta de un piso y reforzó su servicio de seguridad con un segundo guardaespaldas. Desde las detenciones su humor no había mejorado lo más mínimo.

—¿Qué ocurrirá ahora? —preguntó.

—Un día de estos la juez levantará el secreto y sabremos todo lo que hay, incluso si han recuperado algo de dinero —le aclaré.

—El dinero ya se lo pueden meter donde les quepa, el caso está en que esa gentuza no vuelva a pisar la calle o yo voy a tener que esconderme debajo de una piedra en el Congo.

—Seguirán en prisión provisional el tiempo que haga falta y luego vendrá el juicio —lo tranquilicé—. Si todo va como tiene que ir, no les caerán menos de veinte años al tío y al sobrino. Otra cosa es el latino. Ese puede librarse con menos: secuestro y extorsión, pero no parece que tuviera nada que ver con el asesinato. En cualquier caso, es muy pronto para lanzar hipótesis. Ya te explicaré cómo funciona eso del juicio cuando llegue el momento.

Mientras yo le hablaba, Badía iba cabeceando como aquellos perros con cuello de muelle que se ponían en la trasera de los coches durante mi infancia.

—Puedes empezar a explicármelo ya y, como seguro que la historia es larga, vamos a comer.

Fuimos a un restaurante lujoso de la zona alta donde el *maître* tocaba la moqueta con la frente cada vez que Badía entraba y se suponía que la comida era de primera. Seguramente era así, aunque desde hacía unos años la única manera en la que podías comerte una gamba en Barcelona era en *carpaccio* y una patata, *en coulant.* No había la menor duda de que los españoles eran cada vez más cursis en cuestiones de alimentación. Dejé que pidiera, como siempre, un vino muy caro y, siguiendo su ejemplo, elegí los platos fijándome en la columna de la derecha. En ausencia de criterio, el precio lo es.

Me clavó su mirada acuosa.

—Tengo que pedirte un favor.

—Claro —le dije—. ¿De qué se trata?

—Se lo tendría que pedir a Vázquez. Se trata de algo mercantil, pero prefiero que te ocupes tú.

—Eso no va a gustarle a Vázquez y me puede traer problemas. En firmas como la nuestra hay un profundo sentimiento de propiedad respecto a los clientes.

—O sea, ¿que yo soy propiedad de Vázquez? —Badía hizo como que se indignaba.

—No como la hermana de Ben-Hur, pero digamos que es así.

—Pues dile que te acompañe y me facturáis doble las horas, pero esto no es ver a un inspector de Hacienda o montar una sociedad.

Esperé.

—Inés, la viuda, además de amenazar con poner una demanda por esas supuestas comisiones ha pedido una reunión con ella y su abogado —me informó Badía—. Yo no pienso ir ni de coña, pero podrías acercarte tú.

—¿Por qué cree que le debes dinero? —pregunté.

—Porque Pascal le debió de explicar algún cuento. No le he debido nada en mi vida, en todo caso sería al revés. Supongo que él creía que no me enteraba de cómo inflaba el precio de los coches que traía de fuera, o de los picos en negro que se quedaba cuando le encargaba alguna venta. En cualquier caso, vete a saber qué pudo haberle contado de mí...

—Y eso que erais tan amigos...

Se lamió los labios despacio y no acabó de mirarme del todo.

—Es la clase de amigos que hace la gente como yo —dijo—. Siempre hay dinero por medio y si dejas de verlos de repente no sientes que hayas perdido nada. Es pura apariencia porque sabes que en cualquier momento pueden joderte y, si llegara el caso, tú también los joderías si eso no tuviera consecuencias. Todos los que estamos aquí lo sabemos.

Abrió las manos como si abarcara todo el salón y a sus ocupantes.

—Esta imagen virtuosa es una mentira —siguió—. Aquel tipo de la mesa del fondo, el gordinflón medio calvo que pone cara de conejo mientras come también se supone que era amigo mío. Hasta que tuvo ocasión de difamarme sin que yo le hubiera dado el menor motivo. Seguimos coincidiendo mucho por aquí como si nada, pero te aseguro que no descarto matarlo un día de estos. En realidad, disfruto tanto con la idea de matarlo que me va bien que siga vivo. Si entre nosotros hay algo parecido a la virtud, te aseguro que es muy frágil.

—Si te sirve de consuelo —le dije—, en mi barrio las cosas funcionan igual, aunque con menos dinero, lo que las hace todavía más mezquinas. Ya sabes lo que decían sobre los chivatos durante la caza de brujas en Hollywood, que no hacían el mal para salvar sus vidas. Lo hacían para salvar sus piscinas.

—Pascal me robó todas las veces que pudo —afirmó Badía—. Sin embargo, lo apreciaba. Era de lo mejor de mi entorno. Seguramente le habría timado una comisión, pero no le hubiera hecho daño...

—Iré a esa reunión, descuida. Frágil Virtud era el nombre que Katherine Hepburn proponía para el barco de Cary Grant en *Historias de Filadelfia.* Ella creía que había sido desleal con Gary y que su amor no valía nada.

—Ni idea. Si la ponen por la tele ya le echaré un ojo.

Dejé de mirarlo y me concentré en unos huevos con parmentier y caviar que sin la patata y el caviar hubieran estado mucho mejor. Y con un poco de pan. En todo caso, las miserias de

nuestras respectivas clases sociales me habían confortado extrañamente. El mundo era condenadamente idiota y no podíamos hacer nada para remediarlo, pero el asco y el odio resultaban consoladores.

V

Esta vez fue Vázquez quien vino a mi despacho acompañado de Magí, uno de los asociados jóvenes que le reía las gracias y lo imitaba hasta en la forma de mover el culo. Vázquez vestía una chaqueta de cuadros violáceos que conjuntaba con las rayas de su camisa. Una corbata de Kiton de un adecuado tono malva lo hacía parecer un maniquí de Santa Eulalia. Solo las arrugas de su cuello, como las de un galápago grisáceo, hablaban de lo cerca que estaba de la jubilación. Por lo demás, aún podría hacerse pasar durante un par de años por el novio de Barbie. Se apoyó en la pared con las manos en los bolsillos y pasó la vista a su alrededor con desaprobación.

—Ningún objeto personal: ni una foto, ni el título de licenciado en Derecho —dijo mirándome con escaso entusiasmo.

—Me gusta así, como la habitación de un hotel, o como mi casa. Lo más evocador que tengo es la cafetera —dije, cómodo con su desabrido sentido del humor—. El título nunca he llegado a colgarlo. En realidad, nadie me lo ha pedido, así que es muy posible que, a fin de cuentas, yo no sea más que un impostor.

—Hay un síndrome que se llama así, «síndrome del impostor». Lo padece la gente que nunca cree estar lo bastante preparada y teme que cualquier día la descubran. Eso vale para una buena parte de la plantilla de esta casa.

—¿No lo dirás por mí? —intervino Magí.

El chico ensayó una sonrisa pícara que tuvo poco éxito. Era muy delgado y llevaba un traje por encima de sus posibilidades, con el pantalón estrecho y lo bastante corto como para que asomaran tres dedos de calcetín. Alguien —probablemente el propio Vázquez— debía de haberle dicho que así vestían los abogados milaneses, aunque parecía más el relaciones públicas de una discoteca del Puerto Olímpico. Incluso el tono obsequioso que gastaba hacía pensar que te estaba invitando a pasar al salón vip y te iba a enviar una de esas bebidas con sombrillita de papel y una bengala.

Vázquez me miró y se encogió de hombros. Yo también. Suelo simpatizar con los abogados jóvenes que sobreviven en la base de la cadena trófica, pero este parecía demasiado sobrado, un problema lo suficientemente extendido en la profesión como para llenar el Estadio Olímpico.

—Lo he invitado a venir para que nos haga compañía —aclaró Vázquez—. Y para facturarle unas cuantas horas más a Badía.

—Creo que también estoy aquí por estar perfectamente al día de los negocios de Badía y de lo que consta de sus relaciones mercantiles con Pascal. He oído que tenéis una reunión con la viuda

—dijo Magí.

—¿Qué pueden tener de peculiar estos negocios? Badía me dijo que jamás le ha debido nada a Pascal. Supongo que si estuviera en deuda con él, a estas alturas la Guardia Civil y yo ya lo sabríamos —dije.

—Nada de peculiar. Lo que sí es cierto es que Pascal aparecía como apoderado de Badía en algunas transacciones, once para ser exactos, y quien las firmó y se ocupó de cobrar y escriturar fue Pascal. Yo mismo lo acompañé a la notaría en algunas de esas operaciones.

—Eso es perfectamente regular —comenté.

—Perfectamente —dijo Magí con un ligero temblor de voz.

Ahora debía de venir lo bueno, porqué me miró disfrutando del interés que acababa de despertar.

—El caso es que Pascal nunca cobró nada por esas gestiones —empezó—. Al menos no consta que lo hiciera de ninguna de las empresas de Badía ni de sus cuentas privadas. Reconoceréis que eso es muy raro, sobre todo tratándose de alguien que no te daba los buenos días si no tenía claro que ibas a pagar los cafés.

—Tal vez compensaba con otros negocios —sugerí.

Vázquez, orgulloso de su pupilo, intervino al instante.

—No hay ningún negocio de Badía del que no tengamos conocimiento. Llevamos todos sus asuntos desde hace más de veinte años y no hay siquiera indicios de una deuda con Pascal, o de que Badía le pagara algo por sus gestiones. Lo que sí hay es un piso en la mejor zona de Barcelona en el que viven la ex y los hijos y que Badía le vendió a un precio muy por debajo del de mercado. También una casa con jardín en Llavaneres con las mismas peculiaridades.

—¿Qué creéis que significa eso? —pregunté.

Magí levantó la cabeza y parpadeó.

—Se trata de gente que mueve dinero negro en cantidades importantes, y el dinero negro era el que acababa en manos de Pascal. A Badía no le interesa acumular efectivo, y necesita liquidez en las cuentas, pero el otro no podía tener nada a su nombre. Seguro que cuando lo mataron disponía de un buen montón.

Manteniendo el dedo índice en alto y exhibiendo el reloj, Vázquez concluyó:

—Lo que interesa de todo esto de cara a la reunión con Inés es que no hay nada que ella pueda negociar con Badía. No constan deudas, ni comisiones pendientes. Que demande lo que quiera, seguro que aún conseguimos una condena en costas y que se rasque el bolsillo. O sea, que podemos ser todo lo duros y desagradables que nos dé la gana. A no ser que tú digas que eso puede perjudicar a Badía en el procedimiento penal.

—No creo —dije—. Pero será mejor decírselo amablemente. Tampoco se trata de que lo vea como un enemigo que batir.

Vázquez me observó con atención. Ahora, las patas de gallo alrededor de los ojos y los mechones grisáceos que entreveraban su pelo rubio ceniza lo hacían parecer diez años mayor.

Solo la ropa le prestaba la clase de ayuda que necesita un hombre que nunca pasaría por delante de un espejo sin mirarse bien.

—Entonces, con guantes —dijo Vázquez—. Eso déjamelo a mí, que domino el protocolo. Es necesario hacer el ritual del duelo y la empatía. Los rituales son importantes para todo el mundo, incluso para los chanchulleros de barrio bueno.

—No parece que los tengas en gran estima.

Vázquez se dio cuenta de que lo estaba mirando fijamente.

—Lo siento. Me ocurre desde que dejé de fumar. O a lo mejor se trata de que durante años he estado ocupándome de los asuntos de un montón de gentuza que defrauda y miente como si fuera un acto reflejo, y viendo a personas honradas jodidas y sin esperanza. A lo mejor estoy un poco harto.

—Todo el mundo merece la mejor defensa que se pueda pagar, ahí entramos nosotros en acción —planteé.

—¿Vas a explicarme el abecé? —dijo Vázquez—. Como comprenderás, me sé de memoria todas las frases hechas sobre el oficio. Magí puede explicártelo. Magí, ¿verdad que te he enseñado todos los códigos deontológicos?

Magí no las tenía todas consigo ante la deriva de la conversación y se limitó a cabecear con una media sonrisa totalmente inapropiada y a mirar a Vázquez con arrobo. Este siguió:

—Según la estadística oficial se cometen en España unas veinticinco mil defraudaciones al año, sin contar las que afectan a los impuestos ni a la corrupción de funcionarios y políticos. Son fraudes privados, abusos entre socios, timos bancarios con las hipotecas, estafas que hunden pequeños negocios, ahorros que se volatilizan con las criptomonedas o chorradas así. Si todo va bien, nosotros conseguimos defender a la élite de los trapisondistas. Yo procuro que no se desmanden y los oriento para que floten sin apuros en un mar de mierda; para que sepan cómo quedarse con la parte de un socio machacándolo con ampliaciones de capital innecesarias, redacten facturas falsas por servicios inexistentes y puedan comprarse otra casa más a la que no irán, o un barco más grande que siempre pilotará otro.

—Todo esto parece demasiado malo como para ser cierto —dije.

—Pero lo es. Y ahora dile a esa secretaria esplendorosa de la que disfrutas por cortesía de la firma que concierte una reunión con Inés y su abogado.

Por primera vez, me pareció que compartía con Vázquez un entendimiento crepuscular. Cuando le daba descanso a su vanidad acababa por parecer un adolescente desolado. Se levantaron y salieron de mi despacho. Ahora, la sonrisa de Magí tiraba de su cara hacia abajo.

Cuando se fueron, Lola pasó para anunciar la visita de Judith Vila. Lola estaba junto a la ventana y podía ver el movimiento de la ciudad más allá del contorno de su cuerpo. Una mujer con inteligencia, orgullo y belleza atrapada en un trabajo que no le gustaba me dirigía una mirada que

tal vez no tuviera la intención de ser insinuante, pero que cualquiera habría considerado así. Hubiera deseado iniciar una conversación personal, sondear mis posibilidades y averiguar si aquella tensión entre los dos era la línea más corta que conducía a la cama, pero decidí no hacerlo. Cualquier error iba a comprometer nuestra relación irremediablemente, y el riesgo era mayor para ella que para mí.

Guie a Judith hasta la escalera de incendios del edificio y encendí el cigarrillo que sostenía ante sus labios. Iba vestida con un pantalón a cuadros muy ancho que resaltaba su delgadez, una camisa casi tan blanca como sus dientes y una gabardina liviana muy acorde con su oficio. El aire caliente de la tarde agitaba su pelo negro y la hacía parecer deseable y enojada, una de las peores combinaciones del mundo.

—¿Recuerdas que te hablé de mi contacto en Sentinel, el que se ocupaba de la seguridad en la fábrica de Prat? —dijo.

—Sí. Un tipo con la discreción de una cotorra, creo recordar.

—Ese mismo —corroboró Judith—, aunque no deberías subestimar mi capacidad de sugestión. Me llamó ayer muy misterioso y dijo que tenía que verme. Al principio pensé en sacármelo de encima. Es de esa clase de hombres que siempre parece que estén tirando la caña y no se dan cuenta de que antes te lo harías con una berenjena que con ellos, pero su tono de voz me llamó la atención.

—Y quedaste con él.

—Y quedé con él —confirmó—. Te aseguro que valía la pena y que tu cliente va a pagar a gusto cada minuto de mi tiempo. Incluso los dos whiskies que se tomó el amigo.

—Seguro que sí. Nunca regatea con tus honorarios. Y eso que no te conoce.

—Eres muy amable, pero eso parecía un piropo. Seguro que están prohibidos.

—No se lo digas a nadie. Cuenta.

—Supongo que se sabrá antes de mañana, pero de momento no se ha filtrado nada —dijo Judith con tono misterioso—. Ayer la Guardia Civil detuvo a Prat y al otro tipo del viaje a Bélgica, su cuñado Pepe. Los del grupo de investigación de crimen organizado aún están registrando los domicilios y mi contacto se enteró de pura casualidad: uno de sus hombres estaba en la casa de Prat controlando las pantallas del circuito de seguridad hasta que la policía lo hizo marchar. El vigilante grabó en un *pen* las imágenes de la entrada y se lo llevó a mi amigo, que perdió el culo por contármelo todo.

—¿Se enteró del motivo de la detención?

—No se enteró de nada, y eso que Prat es un cliente importante y Sentinel tiene buenos contactos con todos los cuerpos policiales. No lo dudes, intentó enterarse y si hubiera sabido algo, me lo habría dicho. De lo que estaba seguro es de que se trataba de algo gordo. Vehículos policiales sin logotipos, un montón de agentes de paisano llevándose los ordenadores y muy mala leche —repuso con firmeza.

—Esto solo puede estar relacionado con Badía. Sería mucha casualidad que, después de lo

que ha pasado los últimos días, fuera por otra cosa.

Le brillaban los ojos. Mantuvo la voz baja y dijo fríamente:

—El viaje. El viaje de los cojones. Algo pasó en Bruselas.

—Por una vez —quise bromear.

—Que Eduardo supiera que había pasado algo era definitivo. Lo único que no entiendo es cómo la policía ha podido establecer un vínculo entre la muerte de Pascal, Eduardo y Prat.

—Un amigo mío siempre dice que el protagonista de las historias criminales es el muerto, ni la detective ni el abogado: el muerto.

—O el asesino —dijo Judith—. Piénsalo bien. Prat está seguro de que le han robado por orden de Pascal, cree que Pascal y Badía son socios y, en realidad, lo que pretende es darle un escarmiento a Pascal y cobrar lo suyo de uno o de otro. Como los esbirros son un desastre, todo se tuerce y Badía acaba medio secuestrado y pagando el pato.

—Torturaron a Pascal antes de morir —le dije—. Con saña. Lo acribillaron a clavos con una de esas pistolas para profesionales.

Judith negó con la cabeza y encendió otro cigarrillo.

—Eso solo puede deberse a que querían que dijera algo.

—Si lo lograron —repuse— no lo sabemos. Parece que Eduardo confesó la muerte, pero calló sobre las torturas y lo que pudiera pretender de Pascal. Solo insiste en que lo hizo todo por orden de Badía.

—Prat siempre ha sido la clave —reflexionó Judith—. Hasta la casa en la que vive está relacionada con Pascal. Era de Badía y Pascal se la vendió.

—Lo sé. Y por lo que acabo de averiguar lo hizo por la cara. Un favor a un amigo.

—Siempre al mismo amigo, a Badía.

—Que, en el mejor de los casos, tiene un gusto extraño a la hora de hacer amistades.

—Y muy mala suerte.

Desde la escalera de incendios de la planta quince teníamos una visión insólita del monolito de la Diagonal. Experimenté la incómoda sensación de que el mundo nos esperaba allá abajo para hacernos partícipes de sus problemas.

Decidí no decirle nada a Badía por el momento y llamé a Gonzalo. No estaba disponible y tomaron nota de mi llamada. La agente al otro lado del teléfono me preguntó si era urgente y no supe qué responder. Su voz sonaba hermética y sombría, tal vez debido a que la luz del sol había empalidecido y el atardecer se desparramaba sobre los tejados hacia el oeste.

Bajé hasta la Gran Vía y entré en el club de billar Barcelona que ocupa los sótanos del teatro Coliseum. Dos niveles bajo el tráfico de la calle se accedía a aquel salón, vestigio de otra época, de cuando las nubes de humo de los cigarrillos flotaban sobre los tapetes verdes y Paul Newman encarnaba al gran Eddie Felson, el Rápido. Jugadores impertérritos tacaban las bolas que recorrían filosóficamente estudiados desplazamientos geométricos y comentaban las incidencias de las partidas en la jerga táctica de su tribu.

Parecía imposible que un local de estas características subsistiera —algo que los socios achacaban a la generosidad del empresario teatral— y hubiera sobrevivido a los últimos flujos de gentrificación de la zona. Turistas y funcionarios se mezclaban por arriba, con el acompañamiento habitual de músicos callejeros que no iban más allá del *Bella ciao* y la cohorte de mendigos que suele prosperar a la sombra de las terrazas de franquicia, mientras abajo billaristas de mediana edad se aferraban a los girones de otro mundo. Ninguna de las dos culturas parecía tener la menor curiosidad por la otra, y así les iba bien.

El único otro club de estas características que se podía encontrar en la ciudad no estaba en el centro, sino en el barrio de la Sagrera, junto a la Meridiana, un lugar de la periferia olvidado hasta que alguien recordó que sus habitantes también votaban y encontró parte de los fondos que se les birlaban desde tiempos de Alfonso XIII. Todavía una densa estructura de bloques de hormigón impedía disfrutar del paisaje, pero ya no era un lugar polvoriento y malogrado como en mi juventud. Unos sorprendentes años de políticas virtuosas habían dado paso a la esperanza y permitido que se mantuviera la magia de las tres bolas y las bandas en el club Monforte. También allí había roqueros y jubilados, chinos catalanes y latinos hipnotizados por ese juego de reyes que practican los rufianes. O al revés, como a mí más me gusta: ese juego de rufianes que practican los reyes.

Poch y Navarro se hallaban en una de las seis mesas centrales del Barcelona con el taco en la mano hablando de efectos y de rebotes a banda con el aire de quien sabe lo que se trae entre manos. Como mucha gente, eran sensatos y racionales en el juego, lo que no solía ser el caso antes o después de la partida.

Cuando descendía el último tramo de la escalera, levantaron la vista y me vieron llegar. Desde arriba parecían algo indefensos. Criaturas amables un poco perdidas en un mundo de estúpidas pretensiones y baja moral.

Navarro me señaló con el dedo y me dio la bienvenida a su manera:

—Nuestra máquina de hacer dinero favorita harta de los palacios baja a las cabañas.

—Y en todas partes deja memoria más que amarga —remató Poch.

—¿El Tenorio? Qué poco apropiado. Hubiera preferido algo con más ambiente —dije.

—¿Por ejemplo? —preguntó Navarro.

—Aquello de *El color del dinero*, de Scorsese: «Un dólar ganado en el juego es el doble de dulce que un dólar ganado de tu sueldo». Lo cual sería del todo cierto si apostáramos.

—Gran película mal entendida por una crítica pedante y torpe —dijo Poch, golpeándose la tripa con el taco—. Secuela más que digna de *El buscavidas*. Yo daría muy bien en el papel del gordo de Minnesota: impertérrito mientras el bocazas de Paul Newman se cuece a base de whisky de garrafa.

—Lo que se dijo es que era pura serie B y que se esperaba mucho más de Scorsese —apuntó Navarro.

—Era serie B aposta. Hasta en los trajes y las gafas de Paul Newman, pero ahí está la

grandeza de Scorsese. Lo que tampoco podían soportar es el papelazo que hace Tom Cruise, un tipo que no suele fallar y al que no se le perdona nada.

—Debe de ser por lo de la cienciología —dije.

—Si es por eso, ¿qué haces con los demás, los católicos, los judíos, los del partido republicano...? Solo se salvarían las películas de Marisol y Joselito —repuso Navarro.

—Ni esas. La una se hizo comunista y el otro mercenario. *Sic transit* —contestó Poch.

—También decían que *Vicky Cristina Barcelona* era una mierda porque esperaban algo más de Woody Allen, y no era una obra maestra, pero sí una película cojonuda —dijo Navarro.

—Nos gusta que las cosas pasen en Nueva York, si las sitúan en Barcelona y el director pone un restaurante donde nosotros sabemos que no hay ninguno ya creemos que es imbécil, cuando se trata de una visión idealizada que admitimos perfectamente en lugares que no conocemos. Seguimos siendo unos catetos, por si tenías la menor duda —siguió Poch.

—Como decía Margaret O'Brien en *Cita en San Luis*: «¡Qué suerte haber nacido en mi ciudad favorita!». Pero *Vicky Cristina*, etc. era una auténtica mierda —concluí.

Y Poch me tendió un taco. Le di tiza a la suela y apunté al diamante central de la banda corta como si no hubiera hecho otra cosa en mi vida. La bola, dócilmente, acarició la del punto e impactó finalmente en la roja con la suavidad de un beso. Nadie habló durante la hora siguiente y el juego impuso su ritmo sincopado y cortés, interrumpido tan solo por esas inevitables imprecaciones dirigidas hacia uno mismo. Maldiciones como las que deben de mascullar los delanteros al fallar un penalti.

Al terminar, ya ante unas cervezas, fue Navarro quien volvió al tema de la otra noche y preguntó por el caso.

—¿Novedades de Albacete?

—Sí. Tú tenías razón, al menos en parte, y el desaparecido ha resultado estar muerto. Ha salido algo en la prensa, pero muy discretamente. Encontraron el cuerpo hace pocos días.

—Es mejor así —dijo Navarro—. Si no aparece un cuerpo, si no existe una prueba de su muerte, nadie acaba de morir. Nos sigue manteniendo pendientes del vacío. ¿Han detenido a los autores?

Omití cualquier referencia a lo que me acababa de contar Judith.

—Sí. Y han cantado.

—Entonces ya está todo listo para que entres tú e intentes cubrirte de gloria.

—Puede ser que también tuvieras razón en lo del robo en el cabaret —le dije a Navarro.

—Era evidente. Hay que localizar la pasión que está detrás de cualquier crimen. Y las pasiones siguen la lista de los pecados capitales, sobre todo la soberbia, la lujuria, la avaricia y la ira. Creo que la gula queda un poco al margen, aunque mirando a Poch lo pondría en cuestión.

—Esa manifestación de gordofobia dice muy poco en tu favor —intervino Poch.

—La ira es la pasión más primitiva y sería propia de un asesinato irreflexivo, en pleno calentón, lo que nos parece ser del todo tu caso —reflexionó Navarro.

—Eso, si la ira no es de largo recorrido y se va rumiando a lo largo del tiempo, rencor, odio, envidia y desprecio que se van acumulando hasta que se decide acabar con ello, vomitar y sacarlo todo —dijo Poch.

—Está bien —asintió Navarro.

—La soberbia es apropiada para el crimen por encargo.

Poch miró con aprensión su vaso vacío y habló con un tono docto algo repelente.

—Un vicio típicamente español, la clave de la actitud española ante el mundo. Como decía Espronceda:

... porque en sus crímenes mismos
en su impiedad y altiveza
pone un sello de grandeza
don Félix de Montemar.

—Me congratulo al ver que incluyes entre los españoles a la gente de por aquí —dije.

—Es una contradicción, lo asumo, pero, puestos a creer en los caracteres nacionales, convendrás conmigo en que los catalanes tienen más como arquetipo al bondadoso Cassen que a un espadón castellano.

—Es mencionar la patria y ponerte a desbarrar —dijo Navarro—. Deja que siga con lo mío, que hoy me encuentras escolástico. La lujuria simplifica mucho las cosas y el crimen pasional tiene una larga tradición en las artes y en la vida misma, hasta el punto de que los crímenes de esta naturaleza solían tener un tratamiento más benévolo.

—Así es. Se les aplicaba una atenuante de arrebato y todos contentos —intervine.

—Son homicidios más propios de los corridos mexicanos:

El día que la mataron
Rosita estaba de suerte
de seis tiros que la dieron
solo uno fue de muerte.

El tema tenía maldita la gracia, pero no pude evitar la risa.

—Lo que mejor encaja con nuestro asunto es la codicia —dijo Navarro—, razonablemente aleada con buenas dosis de ira. Los protagonistas no engañan: gente de mediana edad para la que el dinero es el sustituto de cualquier afrodisíaco, de los polvos de cuerno de rinoceronte, las ostras con champán y la viagra. Pueden gastar dinero en mujeres, pero el sexo solo les interesa por lo que tiene de poder y dominación. Es ideal como práctica clasista, pero no creo que los motive en lo más mínimo. Los veo más excitándose al recalificar un terreno, o en el fútbol. Follar tiene algo demasiado humano y te hace visible, lo que no es muy deseable cuando empiezas a conocerte a ti mismo y no te gusta lo que ves.

Navarro se llevó el vaso a los labios y le hizo una seña a Poch para que siguiera por él.

—Entonces lo dejamos en soberbia, avaricia e ira. Y tú eres Brad Pitt en *Seven*, aunque no te espere la maravillosa Gwyneth Paltrow.

—Espero acabar mejor.

Sugerí salir a la calle y saqué un paquete de cigarrillos. Encendí uno buscando ese fogonazo de placer que el tabaco regala en alguna ocasión y no lo encontré. Una sirena de la policía ululó. Era un sonido que odiaba, que auguraba cualquier desastre. Hacía pocos meses que esa misma esquina había sido testigo de grandes concentraciones independentistas ante la Consejería de Economía. Se trataba de gente que apostaba más de lo que tenía y no creía en el precio que hay que pagar por los propios actos, lo que es tanto como ignorar la economía básica de la vida. Se fueron, unos a la cárcel y otros a hacer la revolución desde el sofá de casa y todo quedó un poco más sucio que de costumbre.

Me despedí de mis compinches y caminé hacia la plaza Universidad, una de las más desangeladas y frías de una ciudad que destaca por la fealdad de sus plazas. Marqué el número de Renée y saltó el contestador. Era muy probable que a esa hora estuviera ocupada con un cliente y pensé en Lou Reed y su amor por Rachel Humphreys, y en *Juego de lágrimas* y un deseo que era como el beso de un vampiro. Subí por la calle Aribau como una sombra ambigua. El reflejo en el cristal de una tienda me mostró a alguien demasiado mayor como para no saber quién era, un farsante imitando al hombre que a veces creía ser.

VI

Gonzalo no parecía tener demasiadas ganas de verme, pero me citó en el cuartel de Sant Andreu a la hora de comer. Conduje por la autovía del nordeste en dirección Martorell entre zonas residenciales pretenciosas e instalaciones industriales que habían conocido tiempos mejores escuchando a Ben Webster. Un viejo disco llamado *Atmósfera para amantes y ladrones* que ya no se podía encontrar, como casi todo lo que vale la pena.

Ya no fabricamos nada, lo hacen los chinos por nosotros. Por eso, cuando el virus nos golpeó ni siquiera sabíamos hacer una mascarilla, un objeto de indudable complejidad tecnológica. Hubo que esperar durante semanas a que los contenedores con tan preciado producto surcaran todos los mares del planeta y a que los mismos espabilados de siempre se hicieran de oro traficando con él ante la estupefacción de los Gobiernos. La crisis había pasado, ellos seguían fabricando cosas y nosotros preparando paellas y sangría. El doctor Fumanchú debía relamerse, mover sus largas uñas con delicados movimientos y anunciar que la era del jade y el marfil ya había llegado. A fin de cuentas, lo que no consiguió Mao lo iban a hacer los teléfonos móviles y las freidoras sin aceite. Es lo que ocurre cuando vives en un mundo en el que un puñado de ricachos puede abroncar a cualquier político que se atreva a subir un diez por ciento un sueldo de mierda y dejarlo en una mierda más un diez por ciento.

A un lado de la carretera en dirección sur se extendía el complejo de la Guardia Civil, rodeado por un lado de una cuidada zona ajardinada y por otro de un semidesierto limitado por una valla metálica y un profundo sentimiento de desolación. No hacía mucho que los hijos de los guardias que vivían allí habían sido humillados en las escuelas del pueblo por gente que les reprochaba la conducta de sus padres durante los días amargos de las manifestaciones independentistas. Todo el mundo sabía quiénes eran y dónde vivían y el miedo y el resentimiento habían sido moneda corriente. No sabía si aquel hongo negro de depresión y cólera se habría desvanecido ya o sus efectos se harían sentir al menos durante una generación, a fin de cuentas no soy ni un analista ni un filósofo y nosotros los abogados no tratamos con realidades últimas, tratamos con apariencias.

Aparqué en una plaza al sol y avancé hasta la puerta de entrada del bloque. La voz de las palomas torcaces sonaba como el lamento por la muerte de un amigo.

Gonzalo me tendió la mano y me invitó a sentarme en una butaca de escay con unas grietas en los apoyabrazos hábilmente disimuladas con cinta aislante gris.

—¿A qué tantas prisas? —dijo Gonzalo—. Querías verme y no tengo un no para ti. Aquí me tienes.

—Me pasé la tarde esperando una llamada tuya, pero como no se produjo, he tenido que mover ficha. Tenía el corazón destrozado.

—Y yo no tenía ninguna razón para llamarte. —Sonreía y tamborileaba con los dedos en la mesa—. ¿Qué te hizo pensarlo?

Su aspecto de colegial aplicado resaltaba tras el modesto escritorio. Si hubiera tenido un mapa de España a su espalda y el auricular de un teléfono analógico en la mano habría parecido el protagonista de una de aquellas fotos que nos hacían en el colegio para deleite de nuestras madres. Una de esas, con una versión inocente y repeinada de mí mismo, ocupó su lugar durante mucho tiempo sobre el televisor de mis padres hasta que fue a parar al mismo lugar que ellos y sus recuerdos.

—Esto va a ser más difícil de lo que pensaba si no vas a ayudarme —empecé—. Obviamente, no te diré cómo lo he averiguado, pero sé que habéis detenido al industrial de Mollet del que hablamos durante los interrogatorios de Badía. Prat, el tipo del viaje y los diamantes que ya había llamado tu atención.

El rostro de Gonzalo se ensombreció y adoptó el color de la tinta con la que imprimen los billetes de cien euros.

—No es difícil, lo que ocurre es que es grave. Supongo que lo has sabido mientras gozabas del privilegio del secreto profesional, otra de esas mierdas destinadas a complicar la vida a la policía, así que no te preguntaré quién te lo contó. Me limitaré a preguntar si te contó mucho o te contó poco.

—Lo último —dije.

Se repantigó en la silla y entrelazó las manos detrás de la nuca. Su sonrisa era fija y forzada y sus ojos oscuros atisbaban desde una red de pequeñas arrugas.

—Haz el favor de explicarme todo lo que sabes y déjame hacer unas llamadas antes de seguir.

—Dos detenidos, Prat y el cuñado, entradas y registros, gran número de agentes y vehículos sin identificación oficial. Nada más —dije.

—Vete al patio a fumar y te aviso para que subas cuando haya terminado —me dijo. Debió de notar que aquello había sonado poco hospitalario porque al momento añadió—: Bien..., si quieres espera aquí. Pero no hay aire acondicionado y el sillón es una mierda. Estarás mejor abajo.

—Te estás ablandando. Espero que me llames.

—Excelente. Ahora haz el favor de desaparecer de mi vista.

Pasó media hora antes de que el servicio de mensajería vibrara en el móvil. Subí los escalones de dos en dos y entré en su despacho con el entusiasmo de un testigo de Jehová y con su misma sonrisa.

—He hablado con la juez y con Fuentes de la fiscalía del jurado —dijo Gonzalo— y te voy a contar exactamente lo que me han autorizado a decirte si cumples con la condición que exigen.

—¿Que es...?

—Que no se lo cuentes a nadie hasta que el juzgado lo notifique a las partes. Y ese nadie incluye a Badía.

—Es razonable por lo que hace a todos los demás, pero ocultarle algo a Badía es deontológicamente impresentable —razoné.

—Pues coges el portante, te vas por esa puerta y tan amigos.

—Está bien —asentí—. Me comprometo a guardar silencio el tiempo que haga falta.

—No será mucho. Para el viernes la información estará al alcance de cualquiera —dijo.

—En todo caso, creo que siempre será mejor para mi cliente que yo disponga del máximo de información posible.

—Bien por ti. Escrúpulo superado. Ahora escucha.

Lo miré con atención, pero rehuyó mi mirada. La fijó en el retrato de nuestro melancólico rey, un hombre que parecía arrastrar un invencible desánimo en absoluto mejorado por el inquietante uniforme verde olivo de la Guardia Civil. El pobre tipo debía de tener todo un muestrario de trajes protocolarios, uniformes, togas, bandas y medallas; una estancia habilitada como cuarto de los disfraces en la que perder las horas ante el espejo. Su foto con toga presidía los juzgados, aunque no sabía si en el Colegio de Médicos tendrían una con la bata blanca. Aparté esos pensamientos como si fueran moscas.

—Prat y su pariente, Josep Tauler, conocido por todos como Pepe, contrataron a los sicarios que mataron a Pascal. Tenemos pruebas inapelables y ahora estamos atando cabos y verificando la historia.

Me recliné hacia atrás y valoré la información.

—¿Qué podía tener Prat contra Badía? —pregunté.

—Nada en concreto, pero no lo podía ni ver. Supongo que la habitual combinación de mezquindad y mala hostia que preside las relaciones entre la gente de postín.

Gonzalo parpadeaba como un búho. Su uniforme lo hacía parecer un soldado de infantería de alguna antigua película y se notaba que le costaba hablarme. Yo era un estorbo que había averiguado demasiado y, aunque le ponía buena voluntad, supongo que habría estado más a gusto enviándome a la mierda sin contemplaciones. Se expresaba con algo parecido a la amabilidad, pero, como casi todos los policías que he conocido, traslucía la desconfianza que le inspiraban las gentes de mi oficio. Siguió:

—Que Eduardo y compañía le sacaran la pasta a Badía formaba parte del plan, era como una especie de incentivo para redondear el precio.

—¿Un escarmiento a Pascal que se les fue de las manos? —aventuré.

—Para nada —descartó Gonzalo—. El encargo pasaba por matar a Pascal después de sacarle información sobre las grandes cantidades que este, supuestamente, tenía en efectivo. El plan llegaba hasta la ex y los hijos. Si hacía falta, también había que matarlos. No te equivoques, la ejecución fue más o menos chapucera, pero el encargo estaba claro y se cumplió. Y el precio no era demasiado alto, por cierto.

—¿Cuánto?

—Sesenta mil por todo, más lo que pagara Badía a quien, por cierto, Prat también tenía por socio de Pascal —dijo Gonzalo—. Cada vez está más claro que había algo entre esos dos que todavía no sabemos, aunque Badía ahora queda fuera de cualquier sospecha por la muerte.

—¿Sabéis por qué querría matarle? —pregunté.

—Por puro odio. Prat estaba seguro de que el robo en Bruselas fue cosa de Pascal.

—Pero, por lo que sé, Prat está forrado —dije—. Lo que le robaron no era una cantidad significativa para él.

—El dinero tiene algo misterioso —dijo él secamente—. Ningún rico cree ser verdaderamente rico, esa es la naturaleza mágica de la riqueza. Pero lo más importante era la humillación.

—Perdona, pero no veo cómo un industrial del cartonaje, un tipo de *calçotada* y palco del Barça va a contactar con un sicario —objeté—. No es un mercado al alcance de cualquiera.

Bajó la voz.

—Eso fue cosa del cuñado. Un auténtico hijo de puta, de esos que se ponen de droga hasta las cejas y cierran los bares de putas. Tiene antecedentes por lo que le hizo a una. En plena juerga, le empezó a tatuar su nombre con una navaja en el culo, pero ella se desdijo de la denuncia y se volvió a su país. Es de suponer que Prat se ocupó de pagarle el billete.

Durante un buen rato estuvimos tan callados que podía oír perfectamente las conversaciones de los guardias al otro lado de la puerta. Ni siquiera nos mirábamos. Llamaron y una de las agentes entró. Con sus tejanos negros y una camisa de algodón blanca bajo una chaqueta de piel iba lo suficientemente bien vestida como para hacer parecer a sus colegas un grupo de *grunges* de Seattle. Tenía pinta de dura, pero daba la impresión de que era mucho más dura de lo que se creía en realidad.

—Si da su permiso, nosotros nos vamos a comer, capitán. Se quedan ustedes solos en la planta.

—Gracias, Vanessa. Podéis iros. Nosotros no tardaremos —dijo Gonzalo.

La agente salió del despacho.

—¿Vanessa? ¿De verdad? —pregunté.

—El signo de los tiempos. Es la franja de edad. También tenemos una Jennifer y una Sharon.

—¿Ha disparado alguna vez?

—Te sorprenderías. Está en crimen organizado hace años y tiene más temple que muchos hombres que conozco, guardias experimentados y de pocas bromas.

—Creo que es de las que me gustan —dije.

—Contigo no tendría ni para empezar. Ni conmigo —añadió para consolarme. Siguió—: Ni Prat ni Pepe han confesado, pero los tenemos completamente atrapados. Ahora están en el juzgado y te aseguro que no saldrán de prisión hasta el juicio.

—Por lo que me dices, Badía ya está fuera de peligro.

—Eso no te lo puedo confirmar —dijo Gonzalo—. Por lo menos había uno más implicado en

todo esto y no lo hemos identificado todavía. De momento, mantendremos todas las medidas de protección. Ahora recuerda lo que te he dicho y mantente en silencio hasta que la juez informe.

—Valga mucho o poco, tienes mi palabra. ¿Os ha dicho el forense cómo murió Pascal?

Asintió bajando los párpados.

—La herida en la cabeza habría acabado siendo mortal sin llevarlo a un hospital, lo que no entraba en sus planes. Debajo del vendaje con cinta americana estaba el occipital fracturado y parte de los sesos a la vista, pero les dio tiempo a torturarlo durante unas horas. Cuando ya no pudo hablar, Eduardo lo estranguló. El jovencito y el informático lo envolvieron en plástico y cavaron la fosa. El pobre tipo no tuvo ninguna oportunidad. Debía de ser toda una joya, pero parece que lo mataron por bien poca cosa.

—¿Dónde lo hicieron?

—En un almacén que les dejó Prat —prosiguió Gonzalo— y que quedó lleno de restos biológicos, todos coincidentes con los que se encontraron en la nave de Badía.

—Y, sobre Eduardo, ¿habéis averiguado de dónde sale?

—Un tipo peligroso, con antecedentes por robo con violencia y lesiones graves. Tenía un pequeño arsenal en casa, hasta un *kalashnikov*. La novia y sus amigos de Albania tampoco están mal, aunque no parece que tuvieran nada que ver en el asunto.

—No puedo ni imaginar cómo habéis establecido el vínculo entre Pascal, Eduardo y Prat. En todo caso, ha sido un buen trabajo —lo felicité.

—Y suerte. Cuando lo sepas todo vas a flipar y a constatar la naturaleza de esta gentuza.

—Un tipo despechado y unos matones. Tampoco es tan sorprendente.

—Es lo peor —dijo Gonzalo—. El instigador es un hombre que lo tiene todo, dinero, familia, ¡hasta tiene nietos, el cabrón!, y es capaz de pagar para que maten a alguien por cuatro duros. Y no le importa que mueran una mujer y unos niños pequeños. Puedo entender a la gente que mata en un arrebato, puedo entender la violencia que se desata, lo que no soporto es a la gente que hace daño a otras personas en frío y procurando que se infrinja todo el dolor posible. A esos hay que apartarlos de circulación sin contemplaciones.

Decidí que debía darle toda la información que tenía.

—Esta tarde tengo prevista una reunión con la viuda y con su abogado. Creo que tiene algún tipo de reclamación contra Badía por sus negocios con el muerto.

—Tú sabrás lo que tienes que hacer. Si te vas de la lengua me enteraré. Yo también tengo que verla y no tiene ninguna simpatía por tu cliente ni, por extensión, por ti.

—Ya veo lo que te vale mi palabra —me quejé.

—Deformación profesional —se excusó Gonzalo—, pero, para que veas que no hay nada personal, te invito a comer. Aunque tiene que ser aquí, en la cantina del cuartel. El sueldo de la Guardia Civil no da para excesos. Así te explicaré algo que no tiene nada que ver con esto y que hace días que quería pedirte.

—Te sigo.

Dejamos su despacho y descendimos hasta una sala con el olor y la estética de un comedor de beneficencia. Me pareció lo más prudente seguir la recomendación de Gonzalo y pedir el estofado de lentejas y los huevos fritos con patatas. El televisor estaba sintonizado en las noticias del mediodía y un locutor con aspecto de vendedor de coches de segunda mano hablaba, mil millones arriba, mil millones abajo, de los beneficios de la banca aquel trimestre. Los policías mileuristas reunidos en aquel lugar, donde solo faltaba una foto de Franco para completar la decoración, comían en silencio y escuchaban resignadamente, sin pensar ni por un momento en liarse a tiros contra quien fuera. La gente es mucho mejor de lo que parece.

La comida era excelente y, a diferencia de mis últimos ágapes con clientes y abogados, esta vez no tuve la tentación de escupir en el plato de nadie. Al acabar, Gonzalo me llevó hasta el patio, encendió un cigarrillo y me contó su petición.

—Te propongo la defensa de uno de nuestros confidentes. Es un traficante que nos ha puesto sobre la pista de alijos muy importantes, pero lo han trincado los de la Policía Nacional y la fiscalía antidroga no ha querido ni hablar de hacer un trato. Parece que se ha caído con todo el equipo, junto con algún agente sobornado. Ahí está el problema, que el juez quiere ir a saco contra los policías corruptos y mi hombre no va a tener cuartel.

—Es un tipo de caso que no sé si encaja mucho con mi despacho de ediles y prohombres —respondí.

—Tú verás. El tipo te pagará sin problema y en billetes. Y nosotros te deberemos un favor.

—Siempre pasáis estos asuntos a otro tipo de abogados, los que andan habitualmente en milongas de drogas.

—Por eso preferimos que lo lleves tú —me explicó—, para que cuando entre Sánchez en el tribunal no lo miren con cara de asco y le claven cinco años más.

—¿Sánchez?

—Fernando Sánchez Rull, conocido en sociedad como Reguetón.

—¿Portorriqueño?

—No. Tiene una discoteca en Badalona donde ponen esa música.

—Solo por eso merece estar en la cárcel —dije.

—Tú di lo que quieras, tendrías que ver bailar a la guardia Vanessa.

—Iré a verlo esta semana. ¿Dónde está?

—En Brians II, con presos de categoría: los futbolistas y los inspectores de Hacienda. Es todo lo que he podido hacer por él.

Me miró con sorna y, por una vez, callé a tiempo. Por supuesto, acepté el caso del Reguetón. En el despacho no iba a hacerles mucha gracia, pero les podían dar por culo. Empezaba a estar un poco harto de bujarrones con trajes de Brunello y másteres en prestidigitación contable. Era un mundo en el que hasta los traficantes de caballo parecían aportar un soplo de aire fresco.

Aquella tarde tenía reunión de socios del despacho. Entré en la sala de la última planta con vistas panorámicas a la ciudad y me senté ante el cartel con mi nombre. Aunque siempre éramos más o menos los mismos y se suponía que éramos iguales, como los cerdos de la granja de Orwell, una rígida jerarquía determinaba el lugar en que debía sentarse cada uno. El director del área de fiscal no hubiera tolerado verse preterido por los infelices socios de procesal. Ni los de fusiones y adquisiciones demasiado lejos del CEO del despacho. Yo estaba en la periferia de los elegidos, como uno de esos asteroides subalternos que son planetas depende del día o son eliminados de la lista y del horóscopo en cuanto alguien afina los telescopios. El director de la oficina, varios cuerpos por delante de mí, en el círculo duro del poder, hablaba de las reglas de facturación, de su necesidad, del peligro y la estupidez que representaba apartarse de ellas.

Nos miró con una sonrisa, hizo una pausa teatral y siguió. Pese a su juvenil corte de pelo y su elegante corbata, su cara tenía la expresión de una vieja afligida.

—Hay que transmitir a todos los asociados la necesidad de facturar al cliente hasta el último suspiro que se dé en su nombre. Seguro que cuando salen del despacho y van para casa, alguna parte de su mente está ocupada en el trabajo. Eso son horas facturables. Seguro que todo el mundo busca en la prensa noticias jurídicas que se refieren a casos como los que están llevando: eso son horas facturables. Quien no factura traiciona a la firma. Quien se avergüenza por lo que factura es porque se avergüenza de su trabajo. El despacho no puede tolerar esa deslealtad y no la tolerará. Tenemos cola de gente esperando para entrar: veinteañeros con doble licenciatura y que hablan más idiomas que el traductor de Google. El que no asuma los valores de la casa tendrá que irse.

—Es cierto que las solicitudes de empleo se acumulan, hasta el punto de que puedes llevar los criterios de selección al límite. En caso de duda, quédate con el que habla chino, ja, ja, ja.

El que hablaba era Fuster, un hombre alto y delgado, de cabello oscuro, que rondaba los cincuenta. Tenía la piel clara y los ojos azules; el rostro anguloso, con hoyos muy marcados en las mejillas y un rictus de desprecio pintado permanentemente en sus labios demasiado finos. Pretendía exhibir un aspecto mundano, pero a lo que más se parecía era a un cadáver encorbatado. Vázquez lo miraba burlón y el otro le devolvía una mirada herida. Nadie facturaba como Vázquez, que se podía permitir ser todo lo desagradable que le diera la gana. Era como si dijera que por mucho que hablara el muerto, su fantasma no merecía ni siquiera una visita.

Cuando el CEO presentó los números del primer semestre y los comparó con los de la competencia, el coloquio se animó notablemente. Todos acabaron hablando a la vez, insistentes y contradictorios. Sus voces primero convertían las especulaciones en certezas, después en hechos incontrovertibles, como si pudieran monetizar hasta sus últimas palabras.

Miré hacia la ventana y me sentí tan aburrido como las veces anteriores. Las mismas viejas frases de tipos arrogantes consumiéndose día a día. Los mismos clientes, la misma competición entre grandes firmas, los mismos acuerdos inmobiliarios, las mismas animadversiones sobre ofensas insignificantes. Ganaban un montón de dinero y aun así la mayoría estaban más que

endeudados: pisos en la zona alta, apartamentos en la Cerdaña y el Ampurdán, barcos de doce y veinte metros por lo menos. Pocos de ellos podrían hacer frente a una multa imprevista, pero parecían los amos del universo. Es una de las cosas curiosas de este mundo: buena parte de sus clases privilegiadas estaban, en realidad, tan secas como un bacalao en salazón. Tampoco tenía demasiada importancia. Muchos de nuestros clientes tenían por norma no devolver lo que tomaban prestado. Devolver lo que debes es de patéticos y sinvergüenzas. Eran un buen ejemplo.

Vázquez me buscó al término de la reunión y nos fuimos de allí sin decir una palabra. Tampoco es que nadie lo esperara, al menos por lo que a mí respecta. Bajamos a la planta siete, donde Lola nos dijo que la viuda de Pascal y su abogado nos esperaban en la sala Shangri-La, así llamada porque al decorador le dio por poner unos jarrones chinos junto a la puerta.

Inés estaba tan hermosa como el día que la vislumbré a través del cristal de la casa de empeños. La luz del sol de la tarde reflejaba destellos dorados en el ventanal que había a su espalda y daba la impresión de que giraban alrededor de su silueta. Sus piernas eran largas y bonitas y sus pechos redondeados y perfectos. Era algo más que hermosa. Estaba más blanca de lo normal en esas fechas, ya avanzado el verano, y sus ojos grises tenían la típica expresión de alguien que se empeña en llevarse una decepción tras otra. Llevaba un vestido granate sin mangas que dejaba ver sus brazos sutilmente musculados. Sus dedos golpeaban impacientes sobre la mesa y, cuando Vázquez y yo entramos, nos miró, los iris tan oscuros como el hielo sobre el asfalto, como se mira a los vendedores de la *Gran enciclopedia catalana*.

A su lado, vestido con un traje gris de lino que parecía recién salido de la secadora, se sentaba Martí, uno de los abogados con peor reputación de la ciudad. Era un tipo ampuloso, una especie de estafador que captaba clientes alardeando de unos contactos con la policía y la fiscalía en los que debía de haber algo de verdad. Pese a la agresividad y ordinariez que solía exhibir en los juzgados, nunca había sido sancionado ni expulsado de la sala del tribunal. Era como si jueces incapaces de tolerar la más mínima salida de tono a abogados modestos e intachables con él practicaran una política de máxima tolerancia. El secreto estaba en que todos conocían su absoluta falta de escrúpulos y su amistad con los especímenes más corruptos de la prensa local. Le tenían miedo. Si Inés había ido a parar a sus manos porque venía dispuesta a declararnos la guerra había medido mal sus posibilidades y elegido la peor compañía posible. Martí podía acojonar a algún pardillo o a abogados de moqueta poco bregados en el cuerpo a cuerpo, pero le faltaba talla para jugar en la liga de Mordor.

Era un hombre corpulento cercano a la cuarentena, con abundante pelo rubio y una nariz violenta. Llevaba la barba recortada como con tiralíneas y el abdomen casi hacía saltar los botones de su camisa *slim fit*. Un abogado como aquel decía muchas cosas sobre su cliente, y pocas buenas, pero a la belleza hay que concederle, al menos, el beneficio de la duda, e Inés era muy bella.

Vázquez hizo las presentaciones, ofreció agua y café y tomó el mando de la reunión. Martí quiso decir algo, pero Vázquez levantó la mano y el otro se tiró atrás como un dóberman bien entrenado. Lola entró y se llevó todos los teléfonos móviles.

—En primer lugar, y a pesar de que sabemos que estaban ustedes separados desde hacía años, nuestro cliente, el señor Badía, y nosotros mismos en su nombre queremos expresar nuestras condolencias por el fallecimiento del señor Pascal y ponernos a su disposición para cuanto necesite.

Aunque tenía pocas dudas sobre sus aficiones, Vázquez nunca exhibía la menor pluma, por eso me extrañó su tono un tanto afectado y la expresión de candor de sus ojos acuosos.

—¿Eso quiere decir que Badía no va a venir? —dijo Martí.

—Es un cobarde. Siempre lo ha sido —afirmó Inés.

Era la primera vez que oía su voz. Era como el crujir del hielo en un vaso helado.

—Nuestro cliente tiene problemas de salud que le impiden estar aquí hoy —mentí—, pero no ha querido demorar ni un solo día esta reunión por si hay alguna cosa que pueda hacer por usted. Estamos autorizados a informarle de cuanto sabemos y a ayudarla en lo que sea preciso —seguí mintiendo.

Martí enarboló un bolígrafo de oro y me apuntó con él.

—Tu cliente no tiene lo que hay que tener para estar aquí, pero no vamos a perder más el tiempo. La cosa es muy sencilla, Badía debe a esta señora medio millón por comisiones de venta y queremos cobrar. Si no se atiende nuestra reclamación, vamos a ocuparnos de que en el juicio salgan todos sus trapos sucios y de que todo el mundo se entere. Hay gente que tiene una reputación que no merece mientras otros pasan por indeseables.

—Cuando hablas de indeseables, ¿a quién te refieres? ¿Al difunto señor Pascal? Porque desde la perspectiva de Badía, que era su amigo, Pascal era lo bastante bueno como para colaborar con él —dije.

—Por otro lado —comentó Vázquez, con cada vez más pluma—, Badía no nos ha dicho nada de ninguna deuda con Pascal, más bien al contrario, pero estamos dispuestos a estudiar todo documento que se nos muestre y a aconsejar la solución consensuada más favorable a cualquier contencioso que pueda existir. Lo primero sería echar un vistazo al libro de familia y conocer los términos de la sentencia de divorcio y del testamento, porque, de buenas a primeras, aquí los únicos que pueden tener alguna expectativa de derecho son los hijos de usted, señora. También ayudaría que se documentaran en la medida de lo posible unas deudas que nuestro cliente califica de inexistentes. Lógicamente, lo que queremos es simplificar las cosas y ayudar, o sea, que no me estoy refiriendo a ninguna escritura notarial ni a ningún contrato. Hablo de cualquier cosa que, por lo menos, dé alguna apariencia, aunque sea sutil, de derecho.

Martí me miró, como si Vázquez no mereciera su atención.

—Me parece que el compañero no sabe cómo va esto. Para empezar, si Badía era tan amigo de Pascal debía saber sobradamente que el divorcio era un mero paripé para salvar el patrimonio

de cualquier embargo. La pareja seguía tal cual, pero sin que Hacienda y el juzgado pudieran trincar el piso y la casa. Y lógicamente no hay ningún papel. Pascal solo operaba en efectivo y explicaba a Inés con todo detalle cada una de las operaciones. Ahora os las contará ella. Pero decidle a Badía que se ponga a tono o va a salir todo: el dinero en Suiza y Andorra, el negocio de los coches y todas las putas que Pascal le pasaba, porque el tipo no vale ni para buscarse las putas.

Miré a Inés para ver si traslucía algún malestar por una argumentación cada vez más escabrosa. A su manera pálida y distante, parecía embelesada por el discurso de Martí.

Vázquez decidió poner fin a la reunión.

—Veo que las posturas son irreconciliables por el momento, y lamento el tono amenazador utilizado por el letrado. Por supuesto, trasladaremos su reclamación a nuestro cliente, pero ya les avanzo que cualquier pretensión que tengan contra el señor Badía deberán hacerla valer por vía judicial.

Inés intervino. Se tocaba constantemente la cara y ahora tenía una mancha de rímel bajo el ojo que parecía el resultado de un puñetazo.

—No hay ningún papel —dijo—. Pero sé exactamente de qué casas y de qué naves se trataba y puedo dar todos los detalles. Cualquier inspector de Hacienda podrá ver que los valores escriturados estaban por debajo de los precios de mercado y los compradores tendrán que declarar.

—Dudo mucho que alguien declare que compró en negro —dije.

Sus ojos eran conmovedores y no podía obviar el contorno de su cuerpo, pero me mantuve frío e impasible. Eso a veces es difícil incluso para mí.

—Tengo miedo —dijo de repente.

—¿De Badía? —pregunté.

—No, de Badía no. Badía solo es un mierda y un hipócrita. De algo más. Han estado cavando en el jardín de la casa de Llavaneres. Hay más de veinte agujeros. Buscaban algo y pueden seguir buscando.

—¿El dinero de su marido? —apunté.

—Nunca me dijo que hubiera nada enterrado en el jardín. Eso es absurdo.

—Hable con el capitán de la Guardia Civil que lleva la investigación —indiqué—. En esto sí podemos ayudarla. En el juzgado y sin amenazas, por supuesto.

Se dirigió a Martí.

—No puedo más. Me voy, sigue tú, si crees que vale la pena.

Descruzó las piernas, consciente del efecto que causaba y se levantó, no nos tendió la mano y se fue. Había perdido el misterio y cualquier interés. A fin de cuentas, y como todos los que estábamos allí, solo quería dinero.

Cuando hubo salido, Vázquez miró por encima de la cabeza de Martí y habló. La afectación y los movimientos de manos habían cesado por completo.

—Si vuelves a presentarte aquí montando números como este los de seguridad te van a dejar en la fuente del vestíbulo. Dentro de la fuente, quiero decir.

Martí empezó a decir algo, pero Vázquez lo hizo callar.

—Escucha con atención lo que voy a decirte. No vamos a pagar ni un euro sin una sentencia judicial que lo ordene. Mírame, Martí.

Martí obedeció.

—He grabado esta conversación y la voy a hacer llegar a Hacienda informalmente, aunque solo sea por joder un poco —siguió Vázquez—. Ya sé que no se pueden grabar las conversaciones entre abogados, pero te juro que me importa una mierda. Lo mismo haré con la Guardia Civil, y ya veremos qué pasa con las amenazas lucrativas. A no ser que adoptemos un nuevo enfoque.

—¿Qué enfoque? —preguntó Martí, rojo como un tomate.

—Que le digas a tu cliente que la única reclamación posible es la judicial por vía civil y que es mejor no envenenar el tema penal ni desorientar al jurado con peleas entre las víctimas. Por supuesto, que la reputación de Badía ha de quedar limpia como una patena.

—Que te den por el culo.

—No serás tú, imbécil —dijo Vázquez—. Y piensa también en si quieres tener a toda esta organización en contra cuando, en cambio, lo que podrías es sacar una buena minuta y nuestra gratitud.

—¿Qué minuta?

—La que pagaría mi cliente en concepto de costas por el trabajo que admirablemente has llevado hasta la fecha. Yo diría que debe de ascender a unos cincuenta mil.

—Yo creo que son cien mil —resolló Martí.

—Setenta y cinco mil a tu disposición en billetes una vez declare la señora en el juzgado.

—Hecho.

—Recoge el teléfono al salir.

Y se fue como un campeón.

Me quedé a solas con Vázquez y lo miré con asombro.

—¿Cómo sabías que es un corrupto?

—Solo había que mirarlo —replicó—. Y su reputación lo precede.

—¿Lo has grabado de verdad?

—Audio y vídeo en alta definición.

—Pero ¿Badía estará dispuesto a pagar? —pregunté.

—Por supuesto que sí, ya había comentado con él esta eventualidad. En lo que dice la viuda podría haber más verdad de la que parece.

Un despacho como el nuestro era, sin duda, un buen lugar para vivir la mentira de que la vida es maravillosa.

—Lo has puesto en su sitio —dije.

Vázquez se pasó por los labios la punta de las uñas.

—Me da asco este tipo de abogados —dijo—, para mí son basura, como los ladrones de poca monta que entran en las casas para oler las bragas de las mujeres, pero peor. Destruyen cualquier ilusión de que pueda haber justicia o algo decente.

—No te hacía un moralista.

—Ya te dije que soy de Sabadell.

VII

La policía no es tonta y Gonzalo tenía razón. El viernes, el juzgado me hizo llegar el nuevo material del sumario. Era un archivo de audio de una hora de duración que tenía su origen en un *pendrive* hallado en una bolsa de lona negra en el armario del sótano de la casa de Eduardo en Sant Cugat. Estaba en un paquete de condones, dentro de uno de los envoltorios, y solo se detectó cuando la Unidad de Crimen Organizado decidió pasar los objetos por el escáner. No hubiera sido la primera vez que se encontraba una prueba decisiva en un paquete de arroz o en la carcasa de un microondas. El reportaje fotográfico mostraba los pasos del hallazgo y el mantenimiento de la cadena de custodia, la lectura del espectrómetro, el número de identificación del *pen* y la apertura del archivo en el departamento de criminalística de la Guardia Civil. Era imprescindible que todos los pasos fueran impecables para que la prueba no pudiera ser impugnada por la defensa y se descartara su presentación en juicio ante el jurado. Un archivo de Word contenía la transcripción del texto.

Era una conversación entre cinco personas, cuatro de las cuales habían sido identificadas sin ningún género de dudas cotejando la grabación con los audios de las declaraciones de los detenidos. Se trataba de Prat y su cuñado, del que se hacía llamar Eduardo y de su acompañante, cuya voz se correspondía con la de Jefferson, el sobrino del anterior. El quinto individuo tenía acento extranjero, de algún lugar del este, pero hablaba buen español. Su tono estridente me chirrió por toda la espina dorsal, igual que una tiza en una pizarra mojada. Parecía que ejercía alguna especie de autoridad sobre los otros y hablaba derramando las palabras, como si las hubiera tenido congeladas en su interior.

De fondo, se oía el tintineo de alguna vajilla, copas o tazas seguramente, y el sonido de un televisor que retransmitía un partido de fútbol. Los investigadores concluyeron que se trataba de un encuentro entre el Barça y el Sevilla y pudieron precisar con exactitud la fecha y la hora de la reunión. En una extraña nota a pie de página, quien redactara el atestado hizo constar que el Barça ganó el partido, lo que no tenía nada de particular.

No debía de ser la primera vez que se veían y se saludaron con educación, tratándose de usted y con las formalidades acartonadas propias de la cita en una notaría. Charlaban pausadamente, en el tono propio de una transacción de negocios rutinaria, pero hablaban sin subterfugios de matar a Pascal. Prat concretó el encargo en las primeras frases y sus interlocutores no se inmutaron. Pepe introdujo el tema del dinero, de los sesenta mil que ellos estaban dispuestos a pagar y de cómo Eduardo podía redondear esa cifra. Le proponía dos maneras de hacerlo. La primera,

sacándole dinero a Badía. A fin de cuentas, no era más que un cobarde que pagaría lo que le pidieran hasta que creyeran conveniente cambiar de aires. La segunda, preguntando a Pascal por las grandes cantidades en metálico que se decía que tenía. Ahí intervenía Prat diciendo que se podían quedar lo que encontraran, que él no quería ni los trescientos mil de Bruselas. Solo quería que muriera.

Eduardo hablaba con propiedad, como si tuviera práctica, y ponía de manifiesto algún problema logístico. Según dónde se hiciera el trabajo, existía la posibilidad de que se tuviera que acabar también con la mujer y los hijos de Pascal. Entonces se hacía un silencio ominoso, como si las voces quedaran clavadas. Luego Prat decía que adelante, que si había que hacerlo se hiciera, pero el precio no aumentaría por ello. Los silencios entre las frases eran lo peor de todo. El joven repetía «sin problema» a cada afirmación de Prat y daba a entender que sabía lo que se traían entre manos. El desconocido se alegraba de que los caballeros hubieran alcanzado un acuerdo y esperaba que todo el mundo acabara contento y satisfecho.

Judith escuchaba la grabación en mi despacho. En su silenciosa mirada escrutadora había algo intimidatorio. Esperó hasta el final, cuando los reunidos se despedían y celebraban el resultado del partido de fútbol, miró su reloj y suspiró con fastidio.

—Hay que ser imbécil para guardar algo como esto en casa —dijo.

—Supongo que para chantajear a Prat —respondí.

—Eso tiene sentido dentro de la torpeza. Lo absurdo es el lugar.

—Todo es absurdo. ¿Tres muertes por sesenta mil?, ¿de qué estamos hablando?

—De gentuza —convino Judith—. Y los peores no son los esbirros. Como suele pasar, en todas las cosas malas interviene gente de la llamada decente. Todo esto, ¿por qué?

—Porque pueden. Porque lo pueden pagar y porque tienen la moral de una ameba.

—Ni siquiera podía tener la seguridad de que le habían robado por encargo de Pascal.

—De alguna manera, debía estar seguro —opiné—. O debía llover sobre mojado.

Seguimos dándole vueltas a lo que habíamos oído. La expresión de Judith parecía sufrir continuos cambios, pasando de la aflicción, el miedo y la angustia a una fría cólera.

—¡Por Dios, esos niños tienen siete y doce años, son menores que los nietos de Prat! —exclamó—. ¿Qué explicación dará en el juicio que no sea hacerse pasar por loco?

—De eso ya se ocupará su abogado, aunque no creo que abra la boca. Les quedará impugnar la grabación y pedir la nulidad de las pruebas.

—¿Eso tiene algún recorrido?

—No.

Volví a mirar la vieja fotografía de Prat en mi dosier y la comparé con la que había tomado la Guardia Civil. En esa última, el peluquín torcido no contribuía a mejorar su aspecto. Después de lo que habíamos oído en la grabación, aquellos rasgos vulgares parecían definir a otro hombre, uno de los que pasan las noches de insomnio sintiéndose un asesino de leyenda. Le ocurre a mucha gente, aunque pocos dan el paso definitivo.

Pero Prat no parecía un mal tipo, sea lo que sea eso. Si me hubieran preguntado por él diría que era de aquellos a los que ni se les podía pasar por la cabeza joder a nadie más que a Hacienda. Aunque nunca se sabe lo suficiente sobre la gente y todos somos, en definitiva, una mezcla de impulsos y determinación guiados por el azar. Tal vez por eso cambió de opinión cuando menos lo esperaba y matar empezó a parecerle una excelente idea.

Es verdad que hay excepciones —la madre Teresa y gente así—, pero cualquiera puede matar. Si no, que se lo digan a aquellos nazis que dejaban las sonatas de Schubert o la mierda que fuera que escucharan y se iban a gasear judíos. Lo que pasa es que a las personas razonables les hace falta un motivo. A los demás, ni eso.

Prat no era la madre Teresa y llegó a creer que tenía un motivo. No era un gran motivo, pero los hay peores. Y siempre es mejor matar a un indeseable que te ha humillado que a un desconocido que va a lo suyo. Incluso a un perro que nunca ha hecho daño a nadie. Ahí estaba la clave. En la humillación. Porque Pascal le había robado, pero eso ya era lo de menos: lo había dejado inconsciente en el suelo de un tugurio con los pantalones bajados y la cara en un charco de orina. La policía le podía dar todas las vueltas que quisiera y construir un relato para convencer al jurado, pero lo único que había ocurrido es que a Prat le habían tocado los cojones y había decidido matar.

Entre él y Pepe lo explicaban perfectamente, y todo cuadraba con lo que el de la compañía de seguridad le había contado a Judith. La idea surgió durante el viaje a Bélgica. Un viaje que le hizo saber muchas cosas sobre los demás y sobre sí mismo. Sabíamos incluso cómo iba vestido. Unos pantalones de pana de color miel, una camisa blanca y un jersey negro de lana que debió de creer tan apropiado para la urbanización cercana a Rubí donde vivía como para las calles de Bruselas. En el volcado del teléfono móvil aparecieron varias fotografías suyas en Bélgica con esa ropa y un grueso chaquetón por encima, con el Rolex Oyster colgando en la muñeca y una expresión jovial.

Había salido de la casa poco después de amanecer. Era una bonita casa de tres pisos en la zona más elevada de la colina, con una puerta blanca lacada y ventanas con persianas oscuras en la fachada de la calle. Una casa que hablaba al mundo de su posición. Cogió el coche, un reluciente Jaguar V8 de 600 caballos, y condujo por la B-30 en dirección norte, hacia Barberà del Vallès, para recoger a Pepe, su cuñado y hombre de confianza. Porque, aunque astuto a su manera, Prat era un hombre confiado, y Pepe le aportaba las dosis de malevolencia de las que creía carecer. Pepe no tenía dotes para los negocios ni sabía nada del cartón y sus procesos, pero así Prat tenía contenta a su mujer. Además, era el tipo apropiado para según qué cosas. Entregador de sobres con dinero a quien hiciera falta, contratista de gitanos para vigilar las fábricas, montador de coartadas y de todo lo que oliera un poco mal. Su contacto con ese lado oscuro en el que se mueven los concejales corruptos y los intermediarios. Con los años, Prat le había cogido algo parecido al afecto. Aunque sabía que era de los que dejan pasar pocas noches sin su correspondiente juerga con coca a mansalva y putas, Pepe era puro control, con un oscuro

conocimiento de sí mismo adquirido a fuerza de palos. Lo recogió en su casa, en una urbanización de medio pelo, un laberinto de retorcidas calles secundarias y condujo hacia la AP-7 en dirección a Bélgica, a partir de ahí todo coincidía con el informe de Judith y los datos recopilados por la Guardia Civil.

La miré con un mal humor que nada tenía que ver con ella y me levanté de la silla. Hizo lo mismo y me tendió la mano.

—Entiendo que aquí acaba mi trabajo —dijo.

—Sí. Te pediré ayuda para el juicio, sobre todo para la selección del jurado. No pienses demasiado en lo que hemos oído.

—No lo haré. Hay demasiada gente buena en el mundo para perder el tiempo pensando en estos hijos de puta.

Y se fue, llevándose con ella lo único joven y fresco que había en el despacho.

A las ocho de la tarde me reuní con Badía y Vázquez y les puse el audio. Vázquez tenía los ojos en algún punto indeterminado por encima de mi cabeza mientras Badía cabeceaba con una expresión perpleja e introvertida, como si estuviera tratando de explicarse el pasado. Se dio cuenta de que lo observaba y me devolvió la mirada.

—Así que el cartonero fue el que me tiró a los perros —murmuró.

—Ya lo has oído —respondió Vázquez.

—Quiero que se pudra en la cárcel.

Me señaló girando la barbilla.

—De esto se ocupará el colega.

—No sé qué decirle a mi mujer —dijo Badía—. Conocía a la de Prat y habíamos coincidido alguna vez en el Liceo.

Estaba pálido, del color amarillo de la muerte. Su camisa rosa y la chaqueta azul de seda y cachemira parecían una obscena incongruencia y transmitía la sensación que se tiene cuando algo está a punto de estallar.

La situación era mía. Yo no la quería, pero hablé:

—Cuéntaselo todo a tu mujer. A fin de cuentas, vamos a tener a la prensa sobre el hombro durante todo el procedimiento judicial. Y si hay algo escabroso que pueda decir Prat, mejor que la tengas preparada.

—¿Qué va a decir, algún chisme sobre putas? Viniendo de un tipo capaz de encargar tres asesinatos me importa bien poco. Y eso que dices de la prensa, ¿cómo va a ir? —preguntó.

—Los periodistas de tribunales seguirán todos los movimientos del juzgado —le aclaré—. Normalmente lo hacen, en casos de asesinato sobre todo. Pero este, además, ha sido un gran éxito de la policía y ellos se ocuparán de que los reporteros afines pongan el foco sobre el tema. Hay que reconocer que la historia tiene de todo: gente con dinero, sicarios a sueldo, torturas, niños en riesgo de muerte y una viuda que para los relojes al pasar. No me extrañaría que hicieran una serie —dije.

—Pues estoy jodido. Malo para el negocio, ahora que tengo una promoción en venta en Granollers.

Vázquez puso los ojos en blanco y soltó una risita.

—Al contrario. Llevo toda la vida observando a la gente igual que se observan las moscas en la pared y la conozco. El morbo te ayudará en las ventas y te dará temas de conversación para lo que te queda de vida. Solo se trata de que quedes bien en el juicio.

—¡Qué tontería! Yo soy la víctima, no tengo que hacer ningún papel —dijo Badía.

Lo miré con algo parecido a la simpatía.

—Te van a mirar con lupa —le expliqué—. Ahora ya es imposible que nadie te acuse de nada, pero Eduardo, o Luis, o como coño se llame (no consigo acostumbrarme a su verdadero nombre) y Prat van a tirar toda la mierda que puedan. Tanto a ti como al muerto. Lo prepararemos a fondo, pero creo que tenemos que dejar claro que Pascal era tu amigo y un tipo decente.

—Eso no me será difícil, ya te dije que lo apreciaba. No permitas que esos cabrones vayan por ahí; los únicos indecentes que hay aquí son ellos.

—Lo intentaré, pero estos juicios son como un ciego con una pistola. Vamos a repasar todo lo que ocurrió en Bruselas.

Salí del *parking* del edificio y enfilé la Gran Vía en dirección a Badalona, dejando atrás la nube de mierda que pendía sobre la ciudad como una amenaza. Al día siguiente, siguiendo las indicaciones de Gonzalo, iba a ver a Sánchez el Reguetón a la cárcel de Brians y antes quería echarle una mirada a su discoteca por las mismas razones por las que fui a la tienda de empeños: pura curiosidad. Me acerqué a la playa de la Estación para comer algo y tomar una cerveza cerca del mar. El Rosa dels Vents tenía la clase de comida que le gustaba a mi madre —pescadito frito, calamares a la romana y mejillones al vapor— y las camareras también se comportaban como si fueran mi madre, solícitas y abnegadas, indignadas si no terminaba todo lo que había en el plato. Como si fueran a empezar a hablarme de los niños que pasan hambre en el mundo mientras aquí tiramos la comida. La temporada de verano no las había amargado y trataban a la gente con amabilidad, la luna brillaba sobre el mar y la cerveza estaba bien fría. Cerré los ojos y me aflojé el nudo de la corbata. Con aquel traje oscuro entre gentes con pantalón corto y chanclas parecía que hubiera venido a cobrarles la mensualidad del Ocaso. Lo que mi padre, con singular precisión, denominaba «el recibo de los muertos».

Comí los mejillones con los dedos y aspiré el olor salado de la noche. A mi lado, una pareja de mediana edad cenaba frente a frente. En un momento dado, él se levantó, se sentó al lado de ella y la abrazó. Era un hombre grande curtido por algún trabajo duro al aire libre, pero se movía con extrema delicadeza. Le acarició el pelo y la besó en la cabeza. Ella sonreía sin mirarlo, perdida en la suavidad de la noche. La terraza iluminada parecía una burbuja de luz frente a la superficie negra del mar.

El local de Sánchez se hallaba en uno de esos suburbios a las afueras, pasados los centros comerciales, las estaciones de servicio y los vertederos de chatarra. Había que tener una gran

confianza en la suerte para creer que en un sitio así se iba a encontrar algo parecido a la diversión. Se llamaba Salsa Empire y era el no va más en decoración de interiores para invidentes. El vestíbulo estaba lleno de plantas de plástico que trepaban desde unos enormes maceteros de piedra y un tronco de olivo más falso que la dentadura de mi abuela extendía sus ramas sobre un rincón en el extremo de la barra de metacrilato púrpura. Luces mínimas destellaban en las paredes y la sala estaba tan iluminada como la cripta de Drácula. El Salsa Empire era mucho más grande de lo que parecía desde fuera y la oscuridad era tal que uno podía acabar dándole conversación a un perchero.

Había bastante público para ser una hora tan temprana, pero poca gente bailaba. El *discjockey* probó hasta con «I'll Survive» antes de darse por vencido, conectar una *playlist* y salir a fumar a un descampado de tierra que hacía las veces de aparcamiento. Un par de horas más tarde llegarían los noctámbulos de los viernes y aquello se convertiría en una olla a presión; pero, de momento, solo un grupo de inglesas de despedida de soltera y bastante achispadas hacían oír su voz sobre la música.

Me acodé en la barra que se ubicaba a la izquierda de la sala y les eché un vistazo. Una de ellas llevaba una diadema de la que colgaba un velo de novia hecho trizas y las otras lucían camisetas negras con la inscripción Bridge Team y el dibujo de algo muy parecido a un pene. Tomaban chupitos de tequila como si estuvieran en una convención de mariachis y proferían gritos desafiantes cada vez que alguien de sexo masculino se aproximaba en un radio de diez metros.

El camarero se inclinó hacia mí desde su lado de la barra. Era un joven musculoso con más tatuajes que piel y voz clara y muy educada.

—¿Te pongo tequila a ti también? —me preguntó—. Hoy esa bebida está arrasando.

—No. No vaya a ser que las amigas se queden sin y tengamos un problema.

—Entonces ¿un San Francisco?

—Tú ni siquiera habías nacido cuando ese brebaje pasó de moda —le dije.

—Leo mucho.

—Una cerveza, por favor. Una Voll Damm bien fría.

Sonrió y sacó dos de la nevera. Las abrió, puso una ante mí y se quedó con la otra.

—Son de mi reserva personal. ¡Salud!

—Salud.

Brindamos con las botellas y bebimos un poco.

—Estas señoritas van a acabar pronto a gatas debajo de la barra —dije.

—Es muy probable. Solo es cuestión de tener un poco de paciencia. Pronto empezarán a rifar las bragas. Nadie diría que proceden del mismo lugar que Churchill. Aunque es raro que hayan venido aquí; estos grupos se mueven más por las discotecas del Puerto Olímpico, allá en la gran ciudad.

—Vuestra fama os precede: un lugar privilegiado y los mejores cócteles cerca del mar.

—Mientras sigas con la cerveza, no tendrás queja —dijo.

—¿Conoces al dueño de esto?

—¿Sánchez? ¡Claro, qué pregunta! —fingió un tono afectado y burlón—. ¿Conoces a Daddy Yankee, conoces al rey emérito?

—A Daddy Yankee no, la verdad.

—¿Pero tú de dónde sales?

Se puso a canturrear sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo.

Aquí ya somo' lo' mejore'
No te me ajore'
En la pista nos llaman los matadore'
Tú hace' que cualquiera se enamore
Cuando bailas al ritmo de los tambore'
Esto va pa' las gata' de to' colore'
Pa' las mayore', pa' las menore'
Pa' las que son más zorra' que los cazadore'
Pa' las mujere' que no apagan sus motore'

—Sublime.

—Gracias —respondió—. No se me da mal. El dueño hace días que no viene por aquí y dicen que tiene problemas, pero yo voy a lo mío y no me meto en nada. En la pista tienes a unos amigos suyos que tienen la misma pinta de maderos que tú, les puedes preguntar a ellos.

—¿Qué te hace pensar que soy policía?

—Con ese traje solo te falta la placa en la boca —dijo aparentando asombro.

—No lo soy, es que cuido mi estilismo.

Sonrió con todos los dientes y dejó de sonreír y fue como si no hubiera sonreído en su vida. Marchó a servir otra ronda de tequilas y miré hacia donde me había indicado. En un rincón de la pista ahora bailaban dos hombres y una mujer. Tendrían alrededor de la treintena y no lo hacían nada mal. Me pareció que los conocía de algo y estuve dudando hasta que identifiqué a Vanessa, la agente de Crimen Organizado. Ella sí sabía moverse. Sus movimientos sugerían suavidad y sexo, algo duro e íntimo a la vez. Quizá las otras mujeres bailaban igual y lo que cambiaba es que yo sabía que ella trabajaba de uniforme y con pistola, pero a mis ojos destacaba como un unicornio en un desfile de pingüinos. Pura coreografía erótica sin destinatario aparente.

Me acerqué al borde de la pista. Uno de sus compañeros se acercó y le puso la mano sobre la cintura. La mujer lo apartó con un golpe seco de cadera y levantó las manos a la altura de sus ojos mientras negaba con la cabeza. Él supo que no debía volver a intentarlo y siguieron bailando. Entonces me vio. Primero fijó la mirada en mí, como preguntándose de qué me conocía, después su expresión se iluminó e hizo un gesto con la barbilla mientras se acercaba sin dejar de bailar. Era una morena alta, con el pelo negro muy corto. Esa apariencia militar

acentuaba aún más su sensualidad. Llevaba una camiseta negra muy ceñida con algo de escote que marcaba el perfil de sus pezones y unos ceñidos pantalones de lino crudo que terminaban por encima de sus tobillos. Era delgada y su piel color miel estaba tostada por el sol. La musculatura no desentonaba con su feminidad, pero estaba claro que no era una mujer frágil y que su colega debió sentir el golpe: sus manos alargadas parecían capaces de doblar una tubería de plomo. Iba sin maquillar y tenía un tipo capaz de volcar un camión.

Se acercó y dejó de mover el cuerpo, lo que fue de agradecer. Mirarla me estaba dejando exhausto.

—El capitán me dijo que es usted un abogado con buena reputación —dijo con una sonrisa.

—Eso está muy bien si se piensa que lo que nosotros tenemos es una reputación —respondí —. ¿Vamos a tratarnos de usted?

—Tratamos a todo el mundo de usted por defecto, pero tienes razón. No hace falta. ¿No bailas?

—Un escritor que me gustaba decía que los hombres duros no bailan.

—Eso no es verdad. Mira a estos dos —dijo señalando a los otros guardias.

—Yo me refería a bailar. Lo que ellos hacen es otra cosa.

—Mejor que no te oigan —dijo ella—. Tutusaus cree que es un nuevo Gene Kelly.

—Vanessa, ¿verdad?

—Cosas de mi madre. Le gustaba mucho Vanessa Redgrave. *Camelot* era su película favorita, vete a saber por qué. Un musical del rey Arturo y la mesa redonda que vio en el pueblo, en Almería. Mejor llámame Van. ¿Tomas algo con nosotros?

Muchas veces no funciona, pero eso no significa que no deba intentarse.

—Tomaría algo, pero mejor solo contigo. Por mucho que admire a nuestros heroicos cuerpos de seguridad, tres guardias son demasiado para mí un viernes por la noche.

Abrió mucho sus grandes ojos oscuros y se puso a reír. Contra lo que pueda parecer, su risa fue un magnífico comienzo.

—Vale —aceptó—. Pero vámonos a otro sitio. Esto se va a llenar y hoy no tengo ganas de perrear. ¿Tienes coche?

—Sí a todo.

—Perfecto. Te avanzo que no quiero oír ni una palabra sobre el trabajo.

Se despidió de sus colegas y me cogió de la mano. Los dos me miraron como si les hubiera robado algo, y no les faltaba razón.

Cuando le pregunté adónde quería ir sugirió el apartamento en Masnou que compartía con una amiga. Era la alternativa a la residencia para guardias solteros en el cuartel, algo solo un poco más terrorífico que la cabaña en el bosque de *Posesión infernal*, aquella vieja película que deja claro que si te encuentras un libro escrito en latín lo último que tienes que hacer es leerlo en voz alta.

La amiga no estaba esa noche y Van tenía una botella de ginebra y unas tónicas. El piso

estaba a dos calles de la carretera, la vía del tren y el mar, y era sencillo y limpio, casi monacal. Bebimos y fumamos en el pequeño balcón, después me llevó a la cama y tomó el control. Me tumbó boca arriba de un empujón, dejó caer saliva sobre el glande, se colocó sobre mí y se introdujo el pene con un rápido movimiento. Luego me sujetó las muñecas y me inmovilizó. Sentía la presión de los músculos de la vagina alrededor del miembro mientras forcejeaba inútilmente para intentar desasirme y agarrarle las tetas. Cuando vio que iba a decir algo, me tapó la boca con la mano y aumentó la intensidad de sus acometidas hasta que se corrió entre suspiros. Se giró y se puso sobre mí buscando el pene, succionando metódicamente y ofreciéndome vistas inmejorables de un culo firme, duro y redondo, digno del anuncio de unas clases de zumba. Mientras, yo le lamía alternativamente el coño y el ano y la sentía retorcerse como una pitón. Eyaculé en su boca. Se volvió lentamente y dejó caer el semen sobre mi cara mezclado con su saliva. Estábamos pringosos y empapados en sudor, las pieles brillantes y los ojos alucinados. Aspiré una brisa cálida que entraba por la ventana y traía un recuerdo salobre y dejé reposar mi mano sobre su vientre. Por una vez, me besó suavemente.

—No te duches —dijo—, me gusta cómo olemos ahora.

Abrí los ojos y la miré. Cuando fui a besarla ya dormía.

El lunes llegué a la cárcel de Brians a la hora del vis a vis, esa previsión del reglamento penitenciario que permite a los presos no verse privados de sexo durante la condena. Eran las once de la mañana, pero en la cola ante el control había mujeres arregladas como para ir de fiesta. Los perfumes se mezclaban, las uñas pintadas de escarlata brillaban al sol y abundaban los tops ceñidos y los *leggins* de imitación a piel negra. Supongo que no hay manera de evitarlo, pero me parecía ver algo humillante en aquella exhibición precoital. Todos sabíamos que venían a echar un polvo y era imposible desligar su imagen de la inminencia de esos encuentros.

Los funcionarios las miraban de arriba abajo, y ellas aguantaban en la cola, con una bolsa en la mano donde debían de llevar sábanas y toallas, en aisladas comunidades de un solo miembro. Hacía poco que los tribunales habían relajado los requisitos para esas visitas. Antes hacía falta un certificado de matrimonio o de convivencia, un papel que acreditara que la visitante era pareja del interno por lo menos desde hacía seis meses, pero alguien derogó esa gilipollez. Todo empezó con una abogada a la que el centro penitenciario denegó una comunicación vis a vis con un preso porque no constaba que fuera su pareja sentimental. En realidad, la mujer figuraba como abogada de once internos en distintos centros, con cinco aparecía registrada como amiga y con dos como compañera sentimental. Aparte de admirar la sociabilidad de la letrada en cuestión, se podía entender que los funcionarios evitaran la prostitución, pero eso no los convertía en guardianes de ningún tipo de moral sexual.

Había gente en la calle que criticaba que los presos disfrutaran de este tipo de alivios. Eran los mismos que decían que las cárceles se habían convertido en clubes sociales con piscina y que eso

lo arreglaban ellos poniéndolos a picar piedra, lo que demuestra que el único progreso que existe es el de las máquinas. Los humanos estamos como el día antes de inventar el fuego.

Pasé junto a ellas con la mirada baja para evitar incomodarlas. Las había de casi todas las razas y países, de cuerpos frescos y ajados y no abundaban consortes de los barrios altos, aunque pude ver alguna con expresión ensimismada y ropa discreta, como si quisieran dejar bien claro que no venían a follar. Parecían heladas vírgenes de la Bonanova, de esas que sueñan con el sexo por la noche y lo odian durante el día.

Le enseñé mi credencial al funcionario y atravesé las sucesivas puertas y los pasillos que conducían a los locutorios. Para cuando llegué a ellos, la libertad era un recuerdo muy remoto.

Sánchez me esperaba al otro lado del cristal.

Cuando pienso en traficantes de drogas, me viene a la cabeza Al Pacino en *El precio del poder*, con la cabeza hundida en un montón de cocaína y el cuello de la camisa por encima de las solapas de la chaqueta, pero Sánchez exhibía el aire de un galán maduro de película española. Tenía el pelo negro peinado hacia atrás y unas patillas un centímetro demasiado largas, rostro afilado, unos crueles ojos azul claro y la estatura necesaria como para pasarlo mal en los aviones. Todo en él hablaba de un hombre satisfecho de sí mismo. Vestía un chándal Louis Vuitton estampado con el logotipo de la marca que en cualquier otro habría dado risa, lo que dejaba claro que sus compañeros de módulo no le inspiraban la menor inquietud. El chándal sería de petimetre, pero estaba claro que Sánchez no era de los que padecen temblores. Era de los que los provocan.

Como quería adoptar un tono profesional, saqué una libreta y un bolígrafo. Es un buen truco. Confiere el aspecto de un abogado diligente y además así no tienes que pasar el rato mirando la cara del otro.

—El capitán Gonzalo dijo que me ocupara del asunto. Así lo haré, siempre que usted esté de acuerdo —dije.

—Encantado de conocerlo —dijo Sánchez—. Viene muy bien recomendado y este es un buen caso para hacer eso tan raro de contratar al abogado que te propone la policía.

—La policía lo propone, pero ahí acaba la relación con su defensa. No informaré a nadie que no sea usted y la estrategia la definiremos nosotros, sin interferencias.

—Empezamos mal. Estoy aquí por una guerra entre policías y tal como están las cosas solo puedo confiar en la persona que lo envía aquí. Hable con él siempre que pueda y no hace falta que le oculte nada; para él soy transparente. Siempre nos hemos llevado bien.

—Lo que no quita que usted se dedique a lo que se dedica... —dije mientras dibujaba un corazón en la libreta.

—Yo me dedico a los negocios de hostelería. Le habrán dicho que soy propietario de un establecimiento de ocio de primera calidad en la costa norte.

Era una forma un tanto pedante de referirse al Salsa Empire y a Badalona, pero hay gente que habla así; normalmente son abogados.

—Conozco el local.

—¡No me diga! —se sorprendió Sánchez—. No puede decir que no es un club con estilo.

Tenía tanto estilo como una bañera, pero después de mi encuentro de la otra noche era el último local del mundo al que pondría alguna pega. Lo había elevado a la categoría del Harry's bar de Venecia.

—Sí, pero está la cuestión de la droga —intenté avanzar.

—Lo de la droga es un servicio público —afirmó Sánchez—. Intermedio en alguna operación de entrega controlada y ayudo a los polis a sacar mucha mala gente de las calles. Sobre todo, negros y colombianos, tipos peligrosos que hacen que los industriales autóctonos se hallen en franca decadencia. Si mira usted en las noticias verá alguna redada sonada, como la del puerto de Barcelona que hizo que ascendieran los galones de toda la unidad antidroga, y, de paso, del fiscal. Fue gracias a mí —dijo con modestia.

—El mismo fiscal ahora ha pedido prisión incondicional sin fianza...

—El mismo hijo de puta —asintió—. Un traidor que no tardará en saber cómo las gasto.

—Vamos por partes.

Respiró hondo y echó una mirada al paquete de Winston con que jugueteaba. Había algo en sus ojos que le impedía dejarlos quietos.

—Me metí en un pase de veinte kilos de material de primera —aclaró—. Yo nunca pruebo esa mierda, pero uno de los míos lo hizo y dijo que era lo mejor que había visto en meses. La dejaban en un almacén mío y yo se la guardaba y me quedaba un kilo a buen precio.

—Y se lo dijo al capitán.

—Somos más finos que eso. Se lo dije a un sargento de la Guardia Urbana de Badalona y este se lo dijo a la sala de coordinación policial. Entonces avisé al capitán, que llegó al punto de entrega antes que los *mossos*.

—Hasta aquí todo bien.

—La parte que está bien se acaba ahora mismo —rezongó—. La Policía Nacional los pilló en pleno intercambio. Son unos chechenos y unos gitanos muy chungos que se abrieron paso a tiros en medio de Santa Coloma. Uno se quedó allí tieso. Al poco llegaron los *mossos* cuando ya todo estaba hecho.

—Les pasa mucho, dicen.

—¡Bah! No lo hacen mal —dijo Sánchez—, lo que pasa es que no tienen el gatillo tan suelto como los maderos y los picoletos.

Tenía ese aspecto de quien no se toma nada demasiado en serio.

—¿Se detuvo a los que se tenía que detener...? —aventuré.

—Se detuvo a uno —dijo él—, que fue el que dijo que yo andaba por medio y los había jodido. En eso último no le faltaba razón. Era uno de los chechenos o georgianos o la mierda que sea. Siempre los confundo. Los *mossos* cogieron la droga y se la llevaron a comisaría. Dos días después, cuando iban a pasar todo el material al juzgado, acabaron de hacer las analíticas de los

polvos y dijeron que solo había perico en diez paquetes. Los otros nueve contenían sacarosa y yeso.

—Con lo que llegaron a la conclusión de que...

—De que me los había quedado yo y el soplo fue un paripé para joder a los otros con cobertura policial.

—¿Y no fue así? —pregunté.

—Para nada. Esto fue una movida de los chechenos para joder a los compradores. Todos estábamos seguros de que era perico del mejor. Todos, menos los cabrones que dieron el cambiazo. El problema es que ahora el juzgado cree que la droga que falta se la han quedado los maderos, y esto no va así. Al menos esta vez. Tiene que sacarme de aquí.

—De eso se trata —respondí.

—De momento, me va bien que me hayan trincado, porque en caso contrario iban a sospechar de mí, pero esto no puede durar demasiado. Soy un empresario y, prácticamente, un colaborador policial.

—Antes ha hablado de guerra policial, ¿a qué guerra se refiere?

—Todos contra todos —explicó Sánchez—. Tenga por seguro que la droga se la han quedado los chechenos, pero ahora los polis aprovechan para ajustar cuentas entre ellos. Eso de la coordinación policial no es más que una milonga, aquí cada cual va a la suya y, de paso, me trincan a mí y perjudican las operaciones antidroga de la Guardia Civil: dos pájaros de un tiro y Sánchez en la cárcel.

—Hablaré con el fiscal e intentaré averiguar los movimientos del juzgado.

Lo miré con atención.

—Hágalo. Veo que tiene una libreta. Apunte estos nombres.

Y empezó a dármelos, junto con números de teléfono que traía anotados en el paquete de tabaco y otros datos que fui apuntando dentro del corazón que había dibujado. Hablaba muy flojo por el teléfono del locutorio y me costaba oírlo, pero no lo interrumpí. Cada una de sus palabras salía de la boca como si llevara una amenaza cosida.

Sánchez quería fumar, y yo volvería a verlo dentro de un par de días. Antes de despedirnos le pregunté si había tenido problemas con el otro detenido.

—Lo llevaron a Brians I —respondió—. Pero esta mañana se ha cruzado conmigo un tipo en el patio y me ha escupido en las zapatillas. Hay dos cosas que no se pueden permitir: que le hagan daño a tu familia o que te escupan. Cuando te escupen es como si violaran a tu madre. Si alguien le hace algo así, mátelo si puede. Eso es lo que haré yo. Le juro por Dios que lo único que me ha producido algún placer desde que estoy aquí es pensar que voy a matarlo. Es mejor que follar.

Metí la libreta y el bolígrafo en la cartera y me despedí. Hizo una señal al celador, que abrió la puerta que conducía al patio. Le dio las gracias muy atentamente, pero en sus ojos azules brillaba una luz que decía: «No me toques los cojones».

VIII

Tenía excelentes noticias para el concejal de los sobornos con las bombillas. El tribunal había estimado mi apelación y decidió que las observaciones telefónicas de la policía eran ilegales y no podían ser utilizadas como prueba de cargo. La cuestión residía en que hacía tiempo que lo investigaban y las sucesivas prórrogas no estaban bien motivadas. Eran un mismo modelo estereotipado en el que se repetían las fórmulas estándar. El fiscal y la juez tendrían que haber controlado, pero no lo hicieron. Para colmo, una de las solicitudes de prórroga se tramitó cuando la anterior ya había caducado. El típico desastre causado, en el mejor de los casos, por el exceso de trabajo y la rutina. Como no había nada más que lo incriminara, el tema se desmoronó y hubo que decretar el archivo.

Cuando pasé por el juzgado a recoger la sentencia, la juez me clavó los ojos como si tuviera la lepra. Eché de menos los días del virus. Me hubiera alegrado muy seriamente de llevar la mitad de la cara tapada con una mascarilla. Sobre todo, porque se me estaba dibujando una sonrisa de oreja a oreja.

—Dígale a su cliente que si lo vuelvo a ver por aquí, aunque sea por conducir con dos copas, no pararé hasta meterlo en la cárcel —abroncó la juez—. ¡Qué vergüenza! Un tipo que traiciona la confianza de los ciudadanos y utiliza el cargo público para enriquecerse y corromper el Ayuntamiento. ¡Y todo por un tecnicismo insignificante!

—Usted no quiere que le diga eso. Quiere que le diga que está encantada de vivir en un sistema garantista en el que los medios son tan importantes como los fines. En realidad, lo que quiere es que lo felicite por haber contribuido desde la política a que tengamos un sistema así —dije, ensayando una mueca amable.

Miró por encima de las gafas y me señaló con el índice manchado de rotulador rojo.

—Cuando hable así, sonría. Para que yo sepa que está bromeando.

Sonreí con ganas. Las mujeres altas sentadas detrás de un escritorio y rodeadas de banderas siempre me han dado miedo, pero ella tenía algo de maternal que me hacía sentir muy joven otra vez. Me dieron ganas de prometerle que nunca más volvería a permitir que la maquinaria se parara debido a su propio peso y que acabaría la verdura de la cena sin rechistar. Hizo una seña para que me acercara y señaló la única silla que no estaba atestada de expedientes amontonados.

—La cagamos y usted movió lo que tenía que mover —resumió—. En este juzgado pasa dos o tres veces al año, hagamos lo que hagamos. Es como una maldición. Cuando trabajo, desconfío

de muchas cosas, y no me ha ido del todo mal, pero de vez en cuando todo se conjura para que algunos sinvergüenzas se salgan con la suya.

Miré a mi alrededor. Un despacho aséptico diseñado por alguien que no sabía cuánto papel podía llegar a acumularse en un juzgado y que tampoco lo preguntó. En la pequeña estantería a su espalda había algunos libros de leyes, más pilas de expedientes en precario equilibrio y la vieja fotografía de una mujer parecida a ella con dos niñas y un perro. Las niñas eran rubias y guapas y tenían la clase de cara que la gente hereda de sus padres.

—Los sinvergüenzas se salen con la suya mucho más que dos o tres veces por año. Ya sabe que cuando se construyó este edificio cobraron comisiones hasta las gaviotas del puerto. Debe de ser la condición humana —dije.

—Veo que es usted un experto en psicología de la chusma —repuso—. Le voy a contar algo de su cliente, algo que no estaba en el expediente y que averiguó la policía. —Adoptó un tono malicioso y sus ojos brillaron como los de alguien mucho más joven—: Un empresario del municipio al que habían llegado rumores sobre el temperamento de su concejal creyó que sería una magnífica idea hacerle llegar un sobre que lo compensara de las fatigas asociadas al cargo. Dicho y hecho: metió sesenta mil euros en billetes grandes en un sobre y pidió una cita en el Ayuntamiento. Este hombre, un espíritu delicado a fin de cuentas, creyó que el gesto de tenderle un sobre sería demasiado crudo, incluso grosero.

—¡Cuánta *finezza*!

Sonrió mostrando sus dientes regulares teñidos por el té y la nicotina.

—Así que pensó y pensó hasta que dio con una solución. La Cámara de Comercio había editado un libro hacía poco. Uno de esos libros lujosos con fotografías y entrevistas a notables locales que promocionan las diputaciones, la Caixa y las compañías de seguros. Ya sabe a lo que me refiero.

—Sí. *Terrassa desde el aire, Mil años de Santa Coloma* y cosas así.

—Exacto —siguió ella—. El empresario saludó a su cliente y tras las cortesías de rigor le tendió el libro que contenía entre sus páginas el sobre con el dinero. Su cliente le dio las gracias y se despidieron. Aún no había llegado a la calle cuando escuchó su nombre y vio que un ujier lo había seguido. «Me indica el concejal que se ha dejado usted esto», le dijo tendiéndole el libro. Nuestro hombre lo cogió pensando que tal vez había cometido un grave error y se había topado con alguien honrado, pero el error era otro: el de dejarse el libro, porque el sobre ya no estaba. El concejal no quería el libro para nada, ¡ni para guardar las formas! ¿Qué le parece?

—Que mi cliente es de esos pocos hombres avispados que entienden que el verdadero saber tiene que ocupar muy poco lugar —dije—. Y que no carece de gusto para los libros, si quiere que le diga la verdad.

Rio con ganas y entonces pareció por un momento una chica traviesa preguntándose si quería ser juez y arreglar el mundo. Nos despedimos tan amigos y llamé a Lola para darle los datos para

la factura. La conversación con la juez me había aligerado el ánimo y puesto de un humor excelente. Eso incrementó los honorarios en diez mil euros.

Cuando llamé para darle la buena nueva, el cliente se alegró tanto que me invitó a la fiesta mayor del pueblo. Una vez limpio, veía abierto el camino a la alcaldía. Jugaba a su favor que la investigación la hubiera llevado la Guardia Civil; ahora podría decir que se había tratado de una persecución política como consecuencia de sus altas virtudes patrióticas. Lo animé a seguir por esa vía. Les había funcionado a muchos de sus colegas. ¿Por qué no a él?

Su desfachatez era prodigiosa y tenía algo de divertido. Daba que pensar sobre el tipo de gente que quiere dedicarse a la política, y sobre los imbéciles que los votamos. Encadenaba tópicos sin contenido con la mayor convicción y tanto le daba prometer parques paradisíacos y viviendas de protección oficial como futuras repúblicas independientes. Nadie le pediría cuentas por ello, ni siquiera sus rivales, que ofrecían más o menos lo mismo con idéntico desparpajo. Pero era un hombre entretenido y con algún tipo de encanto, aunque fuera, como todo en él, por los motivos incorrectos. Cuando tratas con gente perfectamente virtuosa la experiencia acaba siendo aburrida. Con estos pasa al revés, aunque al final te sientas un poco estúpido.

Dejé el *parking* de la Ciudad de la Justicia y llamé a Badía para decirle que quería visitar la nave de Castellar donde todo había empezado.

La policía ya había acabado de procesarla y, al día siguiente, el juzgado me había citado para los interrogatorios de los acusados. Tenía el reportaje fotográfico del atestado, pero no bastaba para darme una visión de conjunto. Al menos, no la suficiente como para dejarles claro que sabía de lo que hablaba y conocía el lugar tanto como ellos. Solía ser una buena manera de empezar un interrogatorio: que el acusado viera que el único imbécil que había allí era él —por eso estaba en la cárcel—, y que los demás no nos chupábamos el dedo. Porque cualquiera que se dedique a este oficio debe saber que incluso un caso con viento a favor se puede torcer con un mal interrogatorio.

En este, si Prat y los otros tenían dos dedos de frente se limitarían a guardar silencio o contestar tan solo a las preguntas de sus abogados, pero no podía descartarse que quisieran darme alguna alegría cavando aún más su fosa con los dientes. Particularmente, tenía grandes esperanzas depositadas en el informático que respondía por Jayden. Sobre todo, porque era el único que tenía alguna posibilidad de librarse de la acusación por asesinato y ya había empezado a colaborar en los calabozos de la Guardia Civil.

Por la misma razón, completaría el paseo con una visita al hotel de Barberà donde pasó la noche con Badía el día que todo empezó.

Interrogar tiene algo de arte. Un arte de listillos, pero arte a fin de cuentas. No es lo mismo prepararse para un interrogatorio abierto que para uno cerrado. En el abierto, basta con formular preguntas genéricas que den pie a que el acusado o el testigo cuenten su vida y milagros.

Preguntas del tipo: «¿Por qué fue a la nave aquel día?», «¿de qué hablaron mientras estuvieron en el interior?». Estas funcionan cuando el declarante está a tu favor y tienes la historia bien ensayada: él puede dar respuestas impertinentes o capciosas, pero tú no has hecho ninguna pregunta impertinente, te has limitado a permitir que las cosas fluyan y el juez no se revolverá contra ti.

El cerrado es el apropiado para el declarante a la contra, el que no quiere darte ni la hora y viene dispuesto a negarlo todo. A este es al que hay que preguntar si estuvo a las 10:45 en la gasolinera de la carretera a la entrada del polígono, de forma que sepa que había cámaras de seguridad que lo captaron y que mentir puede ser una mala decisión. Por supuesto que no hay que llevar un papel con las preguntas escritas para irlas recitando como la lista de la compra ni empezar ninguna con un «¿por qué?». Siempre me han sorprendido los fiscales y abogados que durante los interrogatorios miran papeles y escriben sin posar los ojos sobre el declarante. Deben de ser como la gente que dice que va a los estriptis por la música. Los que viven lejos de donde está la acción.

Estaba seguro de que Eduardo no me respondería, pero, aunque lo asistiera el peor abogado de Cataluña, ya debía saber que ese sería un juego peligroso dentro de unos meses, cuando empezara el juicio y el jurado lo mirara como se mira a un escarabajo bajo una lupa. Daba el perfil de los que lo niegan todo e inventan una historia que demuestra que se trata solo de un pobre hombre muy proclive a los accidentes y las casualidades, pero tenía un punto exhibicionista que podía dar juego. Por lo que sabíamos hasta ahora, se trataba de un sádico, y no de los que se conforman con buscarse un amigo masoquista. Los clavos en las articulaciones de Pascal decían mucho de él.

Por un momento, intenté comprender la razón de ser de alguien así; entender el impulso que puede llevar a infligir dolor a un tipo malherido e indefenso al que no conoce de nada y que nada le ha hecho. La respuesta era ridículamente sencilla. Tenía poder y quería dinero, la levadura que levanta cualquier masa. Como dijo alguien que no recuerdo, la gente que cree que el dinero puede hacerlo todo puede hacerlo todo por dinero.

Badía seguía en la Cerdaña y no podía acompañarme, pero se ofreció a enviar a uno de los hombres de su servicio de seguridad con las llaves para cuando quisiera. Consulté el reloj y le dije que estaría allí en una hora. Me pareció de buen gusto preguntarle por su estado de ánimo. Respondió con cautela.

—Bien, dentro de lo que cabe. Los domingos voy a misa a la iglesia de Puigcerdà y me encuentro con la misma gente que en Sabadell y en Barcelona. Todos me miran como si tuviera cáncer y me hablan como si quisieran consolarme, pero con los días se vuelven más atrevidos. Ahora ya piden detalles y ensayan sus propias teorías —dijo en tono malhumorado.

—¿Cuándo volverás?

—Cuando diga Gonzalo. Supongo que pronto, en un par de días. Será lo mejor, porque el otro día iba a ir al campo de golf y, en vez de los palos, estuve a punto de coger la escopeta y

llevarme a unos cuantos por delante. Hay uno de los que juega conmigo que te conoce.

—¿Quién es? —quise saber.

—Alguien al que defendiste y quedó contento. Aunque le sabe mal lo que os pagó.

—Si salió bien librado y le sabe mal lo que pagó es que no pondera las cosas adecuadamente.

—Más o menos eso le dije yo —repuso Badía—. Bueno, lo que le dije es que no fuera miserable.

—¿Y qué te contestó?

—Que nos podían dar por el culo a ti y a mí.

Lancé una carcajada amarga.

—Lo siento por ti —le respondí—. Yo ya estoy acostumbrado. Te iré informando de cómo van los interrogatorios.

—Hazlo solo si es imprescindible. Lo único que me interesa es saber si estoy fuera de peligro, y no creo que tú puedas decírmelo. No se me va de la cabeza que todavía está suelto uno de los de la grabación.

—Estará debajo de una piedra —le dije—. Y no tardará en caer.

—Lo que tú digas. —Badía colgó antes de que pudiera intentar tranquilizarlo con frases en las que ni yo mismo creía.

Tomé la Meridiana y conduje por la C-58 en dirección norte hacia Castellar del Vallès avanzando entre el tráfico pesado de camiones. Es lo que ocurre cuando tienes un servicio de trenes de mierda; que todo va por carretera. El país se había gastado lo que no tenía en lujosas lanzaderas de alta velocidad y gracias a eso se llegaba antes a Madrid que a Mataró. Cosas de nuevo rico que bebe champán a morro, solo un poco más desagradable que el rico de toda la vida.

Estaba escuchando a Dexter Gordon, «I’m a Fool to Want You», y recordando el sabor a tabaco de la saliva de Van, deseando que el viaje no acabara nunca, que no condujera a ningún lugar.

Castellar no era un mal sitio. Aunque los especuladores de los años duros del boom de la construcción habían hecho cuanto habían podido para acabar con cualquier rastro de armonía urbana, conservaba una modesta belleza, un recuerdo de tiempos menos duros, si es que alguna vez los hubo. Su población aumentaba de año en año con los jóvenes que no podían vivir en la ciudad, expulsados por precios de escándalo. Pronto Barcelona sería como Venecia: un cementerio para turistas y un refugio para mafiosos y nómadas digitales y todos estaríamos en el Vallès tocándoles las narices a los lugareños.

Llegué a las afueras atravesando barrios de clase trabajadora: seats, fords y kias aparcados delante de bloques impersonales en cuyos bajos proliferaban tiendas estrechas, bares con nombres irlandeses y locutorios de internet. Dejé atrás alguna zona ajardinada y las áreas de servicio previas al polígono. Este era un recinto desolado en el que no se advertía la menor actividad. Su construcción finalizó pocos meses antes del estallido de la gran crisis inmobiliaria,

cuando se movían fortunas alrededor de cualquier páramo y se vendían a precio de oro solares apenas aptos para la cría de arañas. La basura se acumulaba en las aceras y, a diez minutos del centro del pueblo, parecía un paisaje lunar.

En la entrada, un cartel de la inmobiliaria plagado de grafitis prometía eficiencia energética y prosperidad, y en los mástiles todavía ondeaban los girones descoloridos de las banderas de la Unión Europea, Cataluña, Castellar del Vallès y cualquier otro lugar del mundo que no guardara la menor semejanza con lo que aquí llamaban desdeñosamente el Estado español. No era de extrañar que Badía viera el cielo abierto cuando Pascal le dijo que tenía comprador para las naves. Lo extraño es que lo creyera.

Fue fácil localizar la que buscaba. A la puerta estaba aparcado un impoluto Volkswagen Golf blanco con una rana verde de peluche en el salpicadero. Un hombre vestido con un traje negro fumaba apoyado en él. Era un poco más bajo que la torre Agbar y por poco no tenía la anchura de un camión, por lo que deduje que era el guardaespaldas de Badía. Aparqué frente a él y bajé del coche. Se enderezó y me saludó llevándose dos dedos a la sien.

Parecía un policía: tenía el pelo cortado casi al rape y un bronceado envidiable, llevaba corbata negra y una camisa blanca muy ceñida que permitía advertir que no cargaba ni con un gramo de grasa. Se abrochó la chaqueta con lentitud, la justa para dejarme ver la pistolera en la cintura. Era de esos tipos de ademanes tranquilos que siempre parecen estar buscando pelea.

—Buenos días —saludó—. El señor Badía nos ha dicho que quería ver la nave. Aún están los precintos de la policía, pero he llamado a la unidad y no hay problema. Podemos entrar.

—Detrás de usted.

—Mi nombre es Borja —dijo con lógica satisfacción.

—Encantado.

Sacó un manojo de llaves del bolsillo y nos dirigimos a la puerta. En el suelo del muelle de carga había profundas grietas, como si el hormigón no se hubiera endurecido bien porque los chapuceros que lo construyeron habían utilizado proporciones incorrectas de agua y cemento para hacer la mezcla. Los goznes rechinaron y pasamos al interior.

Tenía tres niveles. Una planta baja diáfana de unos dos mil metros, una planta superior con las oficinas y un altillo proyectado como almacén. El polvo se acumulaba en las ventanas y el cadáver de una paloma momificada contribuía a alegrar el conjunto. Era evidente que la orden que había dado Badía al servicio de limpieza para que dejara de pasar por allí había sido cumplida a rajatabla. Subimos a la oficina, el lugar donde todo ocurrió, por la escalera guarnecida por una barandilla del color de las bombonas de butano. Bajar por allí cargando con el cuerpo de Pascal no habría sido fácil.

La oficina tendría unos veinte metros cuadrados y estaba amueblada con una mesa de formica blanca y cuatro sillas de plástico. En el suelo había varios rollos empezados de cinta americana y manchas marrones. El extintor con el que habían golpeado a Pascal en la cabeza ya no estaba colgado en la pared. En las fotografías del atestado aparecía en el suelo, pero la policía se lo

había llevado como pieza de convicción al terminar la inspección. Había unas fotografías en la pared que mostraban una simulación de la nave repleta de maquinaria y a pleno rendimiento dignas de algún departamento de efectos especiales de Hollywood: la visión ideal de un paraíso industrial frustrado. Un desconchón en la pared se correspondía con el lugar donde había impactado la bala después de llevarse medio dedo de Pascal.

Borja se rascó la cabeza y lanzó una mirada panorámica al despacho.

—Una carnicería —dijo.

—¿Usted cree?

—Se lo digo yo —afirmó—. Trabajé mucho tiempo en la policía, aunque ahora estoy en excedencia. Ya sabe, las ventajas del sector privado y la emprendeduría. Las manchas son de sangre, y donde intentaron limpiar aún extendieron más el rastro. Un trabajo de inútiles.

Se agachó para mostrar una mancha más clara detrás de la mesa.

—Aquí pasaron una bayeta y extendieron la sangre por la pared. Es como si hubieran empezado a borrar el rastro y se hubieran cansado.

—Sí, es extraño —corroboré—. Como si hubiera sido algo improvisado. Aunque no lo fue.

—Ya lo sé —replicó Borja—. Una explicación es que pensaran que el señor Badía se ocuparía de limpiarlo. Aunque hay otra más sencilla.

Sonrió y prosiguió:

—La más sencilla y la más frecuente: que se trate de unos auténticos tarados. La mayoría de la gente no está preparada para matar. Pueden creer que es fácil y que solo hace falta determinación y mala leche, pero no es cierto. Para matar con alguna posibilidad de salir impune hay que tener un talento especial y suerte. Por eso los sicarios que prosperan son los que han pasado por experiencias de combate en el ejército o los que han vivido de la violencia durante tiempo. O los que aciertan al bingo.

—Esos deben de ser los menos —sugerí.

—Según como lo mire. Ahora mismo hay en España unos quinientos asesinatos sin resolver. Algunos son famosos y los periodistas les dedican atención durante algún tiempo, luego se olvidan y prescriben. La policía los tiene como una espina clavada y, a veces, con el ADN o con alguna indiscreción de alguien que se relaja con el paso de los años, pueden resolver alguno, pero son los menos.

—Está usted muy informado de todo esto.

—Estudié criminología, y en la policía estuve un tiempo en una especie de unidad de casos abiertos —me aclaró Borja—. Se trataba de un castigo por una pelea que tuve con un superior, pero quedé enganchado. En uno de ellos estuvimos buscando el cadáver de una chica en el vertedero de Garraf.

—Lo recuerdo. La chica desapareció y nunca se volvió a saber nada de ella —dije.

—Conseguimos un radar que la policía inglesa había utilizado en la casa de los horrores de Gloucester, en Inglaterra, y estuvimos buscando entre toneladas de basura. Encontramos de todo,

hasta el cuerpo de un caballo, pero a ella no. Aún no puedo dormir pensando en esa pobre chica. Y en mi sospechoso estrella, que se salió con la suya...

—Y dejó la policía.

—La dejé. Cobraba dos mil euros al mes, tenía los nervios a flor de piel y mi mujer se hartó de mí. Pero sigo sintiéndome un policía —resumió Borja—. No crea que lo echo de menos. Yo valgo para esto y pronto tendré mi propia compañía de seguridad. Vivimos de una manera que genera ricos cada vez más ricos y gente más y más violenta que quiere una parte del pastel. Son buenos tiempos para el sector. Hasta quien no tiene nada que le puedan robar pide un sistema de alarma y un servicio de vigilancia.

—Y su superior, ¿cómo quedó?

—Con la oreja colgando. Juró que me mataría.

Hizo una pausa y me miró reflexivamente.

—¿Me permite que le pregunte si es usted quien va a llevar el caso en el juzgado?

—Sí. Soy yo —respondí.

—El señor Badía me ha contado algunas cosas y me tomaré la libertad de hacerle una sugerencia.

—Lo escucho.

—Hay que encontrar al quinto hombre, el que aparece en la grabación y nadie ha identificado —planteó Borja—. Y vale la pena hacer un trato con cualquiera de los detenidos para que dé la información que permita atraparlo. Yo votaría por el drogadicto. Y dejaría que se pusiera hasta el culo de perico si hace falta. Esta gente vendería a su hija a un violador para meterse una raya más, y no es bueno que haya flecos sueltos.

Estaba completamente de acuerdo con su valoración. Salimos de allí y nos dirigimos a la puerta como si repentinamente nos hubiera entrado prisa. Ya había hecho lo que quería, empaparme del ambiente y visualizar el lugar. Los zapatos crujían sobre el polvo mientras bajábamos los escalones y yo pensaba en *Caso abierto*, aquella serie sobre una unidad de la policía que resolvía casos fríos en Filadelfia en la que Lily Rush y John Stillman transmitían una profunda tristeza, un desánimo abrumador. Por eso debieron de dejar de producirla.

A veces hay que ir a una discoteca cutre o a un polígono abandonado en la periferia para conocer a alguien con algún interés. Borja me ofreció su teléfono y yo le di el mío. No sabía si era un hombre dispuesto a tomar una copa o un fanático de la comida macrobiótica, pero algún día le propondría un whisky japonés en el Alchemix, uno de los pocos bares elegantes y con estilo de la ciudad que no estaba poblado exclusivamente por carcamales presuntuosos.

De vuelta, paré en el hotel donde Badía pasó la primera noche retenido. Era un rectángulo blanco próximo al nudo de carreteras de la N-150, un lugar tan funcional y acogedor como un tanatorio y con algo menos de glamur. Estaba a tan solo veinticinco kilómetros de la nave, cerca del que dicen que es el pueblo más rico de Cataluña, Sant Cugat, y era tan apropiado para retener

a un secuestrado como el baile de fin de año de los *mossos d'esquadra*, aunque también es verdad que no hay barrotes mejores que impidan la huida que los que forja el miedo.

Se trataba de esa clase de hoteles en los que pernocta la gente que acude a congresos y no quiere pagar las tarifas del centro de Barcelona, o quienes hacen una parada en un viaje de trabajo, o donde celebran reuniones los empleados de algunas empresas próximas carentes de salas de juntas. La clientela era básicamente masculina, ejecutivos dos niveles por debajo de la dirección que no despegaban los ojos del teléfono y jóvenes encorbatados dispuestos a vender hielo a los esquimales. Había mucho movimiento en el vestíbulo, siempre debía de haberlo, y Badía y Jayden podrían haber caminado haciendo el pino sin llamar demasiado la atención. Dos tipos de mediana edad rezongaban ante un recepcionista con rasgos de esfinge a propósito del bufet del desayuno y al tiempo demostraban que todos los palurdos del mundo tienen problemas semejantes.

—Por nueve euros esperábamos mucho más —decía uno cuya barriga en forma de pera se desparramaba por encima de la hebilla del cinturón.

El recepcionista no parecía nuevo en estas lides y con sonrisa resignada y tono profesional recitó las bondades de la bollería industrial y el zumo de naranja de bote y los envió a tomar viento con extrema cortesía. Era el último exponente de un honor nacional en declive. El empleado del aparcamiento se dirigió a ellos y les preguntó si era suyo un Kia mal aparcado que bloqueaba la salida. El de la hebilla lo miró de arriba abajo y chuleó.

—¿Tenemos pinta de conducir un Kia?

Era el tipo de especímenes que le ha declarado la guerra de clases al personal del servicio. Le guiñé el ojo al del aparcamiento y él me devolvió el guiño. Los que trabajamos de cara al público sabemos sobreponernos a estas cosas.

—Rafa Nadal conduce uno —dijo el empleado. Era un hombre con un aire un tanto tímido y algo tronado, pero los dejó con un palmo de narices.

Todas las dudas de Gonzalo y la juez Puig sobre Badía cobraban nuevo sentido aquí, y era fácil imaginar la defensa del portorriqueño. Aquello no había sido un secuestro, sino una noche de diversión de dos amigos: hamburguesas del servicio de habitaciones, un buen *late night show* en la tele y Badía que se fue a casa al día siguiente en cuanto le dio la gana. Afortunadamente, estaba la grabación de Prat y la confesión en comisaría y era muy probable que ninguno de los jurados hubiera puesto los pies en aquel hotel.

Ya había perdido bastante el tiempo, así que conduje hacia el despacho. Cuando llegué, puse al día otros asuntos y me ocupé del papeleo. Llamé a unos cuantos clientes para que no creyeran que los había olvidado y contesté los correos de otros socios de la firma que se acumulaban desde hacía días en el buzón. Cuando acabé, todos seguían creyendo que me desvivía por ellos y que, a fin de cuentas, yo era un tipo decente. De los que es mejor tener dentro de la tienda meando para fuera que fuera de la tienda meando para dentro. En esta vida puedes darte o no

darte, según sea tu voluntad, pero yo había optado por alquilarme, como una vivienda de paso en la que no piensas envejecer.

Después volví al caso de Badía. Repasé el atestado y la transcripción de la grabación y tomé cuatro notas. Sobre todo, me dediqué a mirar las fotografías de los detenidos, las del levantamiento del cadáver y las de la discreta autopsia que se pudo hacer con los restos hallados. Apenas si había unos jirones de carne en la cabeza alrededor de la boca, los labios habían desaparecido por completo y todo lo que quedaba de la expresión de Pascal era una mueca de marfil.

Los fotógrafos de la policía tienen poco interés en buscar el lado bueno de la gente y los cinco hombres que pasaron por el cuartel de Sant Andreu tenían cara de ser capaces de asesinar a su abuela. Pero era posible que al día siguiente parecieran misioneros mormones, devotos, pero a la defensiva.

IX

Nada más pasar por el arco detector del juzgado de Sabadell vi a unos viejos conocidos. Eran dos abogados de Barcelona habituales en asuntos criminales, en delitos graves de los que llenan los pódcast de sucesos ahora tan de moda.

Uno de ellos, Portela, era un hombre alto y apuesto, siempre un poco demasiado bien vestido. De los que gastan camisas con doble puño y te obligan a ponerte gafas de sol para soportar el brillo de sus gemelos. El pelo cortado casi a cepillo le daba un aire juvenil pese a su edad, y sus patrocinadas lo adoraban. Siempre pensé que había mujeres que cometían algún delito solo para que él las defendiera.

Llevaba mucho tiempo en el negocio, tanto que parecía salido de una vieja película de Perry Mason; una en blanco y negro de cuando aún se estaba redactando el Código Penal y los criminalistas de la ciudad cabían en un taxi. Ahora todo el mundo se atrevía con estos asuntos —el derecho penal era como hablar francés, bastaba con acabar todas las palabras con una «e» acentuada—, pero no hacía tantos años que eran el feudo de una secta de iniciados. Cuando parecía que los ricos delinquían menos o que lo ocultaban mejor y las buenas minutas las abonaban chavales que imitaban al Vaquilla y conducían un R-12. Tenía una buena base de clientes de los que pagan con rulos de billetes sujetos con gomas de pollería; la clase de dinero que habla de dosis de caballo menudeadas por las esquinas y putas maltratadas por chulos puestos de basuco hasta las pestañas. A pesar de ello era un buen hombre, aunque como el de muchos buenos hombres, su defecto consistía en que se creía mejor de lo que era.

El otro, Segarra, era un tipo bajo y retorcido extremadamente delgado, que recordaba a esos hombrecillos de alambre que venden los artistas callejeros por las Ramblas. Llevaba la barba enmarañada veteada de blanco y tenía una mirada burlona tras los pesados anteojos de pasta. Siempre vestía igual: un traje gris marengo de Boss y una corbata negra bien anudada en la camisa blanca y limpia sobre cuyo cuello caía el cabello oscuro. Pero por mucho que gastara en ropa, nunca iba a parecer elegante, le faltaba algo de volumen y dejar de moverse como un muñeco en manos de un niño. Habría querido ser juez, pero ganaba demasiado dinero con lo suyo y, tras décadas en cartel, mucha gente aún creía, no sin razón, que podía ser la mejor opción. No hacía falta ser Nostradamus para adivinar que se ocuparía de la defensa de Prat, el único en condiciones de atender sus minutas.

Había coincidido con los dos en otros asuntos y no nos llevábamos mal, aunque las amistades entre abogados suelen ser tan cordiales como las que establecen las ratas hambrientas en las

cloacas. Ellos sentían un cierto desprecio por los socios de despachos como el mío, a los que creían petimetres vanidosos carentes de astucia y oficio, y nosotros los mirábamos a ellos como vestigios obsoletos de la época en la que uno podía ganar un juicio sin saber inglés ni tener un par de másteres. Ni que decir tiene que ambos teníamos razón.

Portela abrió los brazos con ademán de estrujarme, como si fuera un hijo muy querido que volvía de Irak. Afortunadamente, no lo hizo.

—Un hombre puntual y en buena forma siempre es bienvenido. Y si tiene un cliente rico, como es el caso, corre de su cuenta pagar los cafés. Aunque también es verdad que podrías haberte afeitado, pequeño saltamontes.

Me pasé la mano por el mentón acariciando mi barba de tres días.

—Es una moda iraní, en señal de duelo por algún profeta —dije.

Segarra me tendió la mano y la apretó con una fuerza sorprendente.

—Es una moda metrosexual propia de jóvenes en edad de merecer —dijo.

Que me llamara joven me dejó perplejo, aunque, desde su punto de vista, podía ser de lo más normal. Debía de rondar los sesenta mal llevados, la nicotina teñía los dedos de su mano derecha y acumulaba los divorcios como otros acumulan trienios.

—Gracias por lo de joven —dije.

—La juventud es un valor en sí misma —replicó Segarra—. Mira la política, parece un concurso de nuevos talentos, o un *reality* de cocina, y yo me estoy oxidando. Necesito amigos jóvenes.

—Esa es una afirmación un tanto equívoca. Te pueden tomar por un cura sobón y cancelarte a la primera de cambio —dijo Portela.

—No te falta razón —replicó su compañero—. ¡Encima de abogado, julandrón!

—¿Vamos para arriba? —pregunté.

—Espera a que se despeje el ascensor, no vamos a subir siete pisos a estas horas —dijo Portela—. Llegaríamos jadeando y pareceríamos culpables.

—Si esperamos a que suba toda esta gente, se hará tarde —objeté.

Me miró con una cierta conmiseración.

—Amigo mío, no hace falta que te diga que esto es como una boda. Hasta que no lleguemos nosotros no empieza la ceremonia. De todas formas, vamos a tener que esperar más de una hora: la conducción desde las cárceles aún no ha llegado.

—He visto que te ocupas de Eduardo y el sobrino —dije.

—Efectivamente. Dos ciudadanos ejemplares falsamente acusados, víctimas, como todo el mundo, de las circunstancias y que solo esperan que se haga justicia —declamó Portela con tono ampuloso.

—No sabía que fueras un sentimental —rio Segarra.

—Tengo mi lado oculto —dijo Portela—. Y como la espera puede ser larga, propongo salir a tomar café y a fumar antes de que llegue Martí, un colega excelente, espejo de toda clase de

virtudes, al que no puedo ni ver.

Segarra se encogió de hombros ante su propuesta y compuso una extraña sonrisa. No paraba de moverse. A su lado un hormiguero parecería un remanso de paz.

—Ese ya está arriba haciéndose el encontradizo con la Guardia Civil. Así luego nos chuleará diciendo que es íntimo de toda la unidad, que los conoce desde que fueron a la guardería y que se hacen pajas juntos —dijo.

—Es su negocio, y parece que le funciona —dije.

—Porque hay maderos que aún son más corruptos que él —zanjó Portela.

Segarra hizo una mueca cuando contestó.

—Equivocó el oficio. Siempre ha querido ser cigüeño o madero, pero era demasiado estúpido y demasiado venal para que lo admitieran. Para compensarlo, les hace la rosca, va a las fiestas del Ángel Custodio y se pone una chapa con la bandera de España. Al salir se la quita y se trabaja el sector *mossos*, y como la burricie es transversal y no entiende de patrias y territorios, por allí también hace sus pinitos.

Estaba claro que Martí no iba a ganar ningún concurso de popularidad con ellos. Portela se dirigió a mí.

—Si se puede preguntar, ¿vas a llevar una estrategia coordinada con él?

—Como uña y carne —respondí.

—Yo diría mejor como culo y mierda —acabó Segarra.

Salimos a tomar café al chiringuito de la avenida estratégicamente situado frente a los juzgados. Las mesas estaban llenas de abogados y funcionarios que habían pensado lo mismo que nosotros sobre el ascensor y las virtudes de la puntualidad. Pedí un café tan malo que casi salió de la taza para pegarme dos hostias y seguimos hablando sobre aspectos colaterales del caso sin desvelar ningún dato que los otros pudieran utilizar en su favor. Es una regla básica de este oficio y de cualquier otro, lo que no quita que haya más de un canelo que la incumpla.

El camarero nos alcanzó la nota, pagué los tres euros con ademán principesco y añadí otro de propina. El joven magrebí nos preguntó con una sonrisa cándida si todo había estado a nuestro gusto. Mentimos con ganas y le dijimos que sí, lo que indica que nunca hay que subestimar el valor de las sonrisas.

Cuando conseguimos llegar a la séptima planta, los presos acababan de ingresar en los calabozos del sótano del edificio, unas dependencias con el nivel de confort de una nevera oxidada. Martí esperaba ante el mostrador del juzgado y se dirigió a nosotros con extrema cordialidad. A despecho de lo que llevábamos hablado hasta entonces y recordando que la hipocresía es el homenaje que rinde el vicio a la virtud, también lo tratamos como si fuera un viejo amigo muy querido rescatado de un naufragio y devuelto al fin a nuestros brazos. La verdad es que rezumábamos almíbar. Martí me tomó del brazo y me llevó hasta el hueco de la escalera, lejos de la mirada de los otros.

—Estamos completamente de acuerdo y vamos a por estos cabrones sin contemplaciones —

dijo, relamiéndose.

—¿Y Badía? —contesté.

—Como la Virgen de Montserrat. Por encima de cualquier sospecha.

—¿Tu cliente está de acuerdo? —pregunté.

—Ha sido un delicado trabajo de persuasión, pero la he convencido de que aquí estamos para lo que estamos y de que las reclamaciones económicas son más eficaces por la vía civil —informó Martí.

—La pura verdad —dije.

—Así que tú y yo, mano a mano. —Bajó el tono de voz—. ¿Te has ocupado de lo mío?

—Eso lo lleva Vázquez.

—¿Tengo que seguir tratando con ese maricón? —se quejó.

—No me parece buena idea que me hables así de un socio de mi despacho. En realidad, es una idea pésima, entre votar en las elecciones y comprarse una freidora de aire.

—Eres muy delicado, chaval. Dile que quiero lo mío en cuanto Inés declare —resopló.

—Así se hará, y no te excites: durante un tiempo vamos a necesitarnos el uno al otro —zanjé.

La prepotencia y la grasa le inflaban la arrugada chaqueta de franela azul. Chasqueó la lengua y se alejó contoneándose, cada vez más parecido a Dennis Nedry en *Jurassic Park*.

También esperaba una mujer de unos cuarenta años y algo menos que alta que parecía indiferente a nuestra presencia. Vestía un discreto traje chaqueta de pata de gallo con falda y tenía una media melena rubia que enmarcaba unos rasgos delicados con un punto de picardía. Llevaba una cartera negra muy baqueteada y se veía tan a gusto como en un funeral de Alcohólicos Anónimos. Era la abogada de oficio de Jayden, el único que se ve que no estaba en condiciones de pagar una defensa particular, y parecía el tipo de mujer que uno llevaría a casa para presentarla a su madre y darle una alegría.

Me acerqué para saludarla.

—Buenos días, Carmen. ¿Te han asignado este asunto para que lo lleves de oficio? —pregunté.

—Y he pinchado una rueda viniendo hasta aquí —dijo con media sonrisa—. Así es mi vida.

—¿No estaba en condiciones de pagar un abogado?

—Seguro que sí, lo que ocurre es que tú estabas ocupado y se decidió por el talento local —bromeó.

—Para mi gusto carecía de una de las cualidades básicas que me gusta hallar en un cliente: el dinero —repliqué.

Rio un poco y después me miró con severidad.

—El dinero no puede ser el obstáculo para que alguien tenga una buena defensa —dijo.

—Trabajo en un edificio que prueba justo lo contrario.

—Tampoco es como para sentirse orgulloso.

Tenía los ojos de un color verde claro que le daban un aire algo triste, y la piel blanca como el

mármol. Parecía una buena persona, pero su idea sobre la ética era un tanto estrecha. Los abogados de oficio tenían pocos motivos para estar de buen humor y aún menos para simpatizar con gente como nosotros. Hacían un trabajo duro y agobiante, trataban con los más necesitados, los más indefensos y la parte baja de la pirámide criminal y recibían escaso reconocimiento. Muchos lo hacían con dedicación y entrega, pues el porcentaje de sinvergüenzas era asombrosamente bajo entre ellos, y a cambio recibían una retribución de mierda y alguna declaración pomposa sobre lo mucho que hacían para darle lustre a nuestra inmarcesible Constitución.

Me acerqué a la oficial del juzgado para decirle que quería hablar con el fiscal antes de que empezaran los interrogatorios. Al cabo de demasiados segundos alzó la vista de *El Mundo Deportivo* y me miró como si le hubiera propuesto ir a un local de intercambios. Finalmente, suspiró y se dignó a levantarse con escaso entusiasmo. Aunque fuera por las razones equivocadas, ella había despertado mi interés, pero yo no conseguí despertar el suyo. Ni siquiera me miró cuando le di las gracias.

Fuentes estaba sentado tras la mesa de la fiscalía ojeando las fotos de la autopsia de Pascal. Sus dedos largos pasaban las páginas con delicadeza, evitando ocasionar alguna molestia más al cadáver, pero eran imágenes que no inspiraban la menor conmoción. Nadie siente heridos sus sentimientos cuando ve manipular una momia egipcia por mucho que aquello fuera un hombre alguna vez, y lo que quedaba de Pascal se parecía mucho a una momia. Las imágenes tomadas poco después de la muerte son diferentes. Aunque sus labios permanezcan cerrados en una intimidad decorosa, los cadáveres recientes acotan los límites de su ira, interpelan a quien los mira y piden venganza.

Fuentes se levantó al verme y me tendió la mano. Pretendía dar imagen de energía y determinación, pero hoy parecía mucho más joven e inseguro que otros días. Había elegido un traje azul eléctrico demasiado desenvuelto para la ocasión y su pelo parecía húmedo por efecto de la gomina. Su aire de amabilidad venía de antiguo, como transmitido por generaciones de ancestros bien educados.

—Le hicieron mucho daño —dijo bajando la vista al expediente—. No imagino por qué.

—Querrían saber algo —aventuré.

—O castigarlo. Iban armados y podrían haberle disparado, pero prefirieron algo más personal. Y estrangularlo es de lo más personal. Eso, sin contar la tortura...

Fuentes movió la cabeza en un gesto de negación y suspiró. Pensó un momento y adoptó un tono más mundano. Le propuse cambiar el orden de los interrogatorios y empezar por Jayden, cuya fama de chivato podía poner nerviosos a los que vinieran detrás, y por Pepe, en su condición de yonqui. No puso inconveniente, aunque se mostró escéptico hasta que le comenté que la idea procedía de un guardaespaldas ilustrado y con pocas tonterías y se animó un tanto.

—No creo que aporte nada, pero como quiera. Lo más seguro es que no declare nadie y les oigamos la voz el día del juicio. ¿Algún cambio más? —preguntó.

—Tan solo dejar a Eduardo para el final, como estrella de la función.

—OK. Le diré a la juez que suban a Jayden Padilla en primer lugar. ¿Su compañero, el abogado de la viuda, estará de acuerdo?

—Somos como hermanos, ya verá.

Le di las gracias y ocupé mi asiento a su lado, en el banco de la acusación. Normalmente actúo como defensor y cambiar de posición me hizo sentir virtuoso, pero un poco triste. Puse ante mí la copia del expediente abierto por la página de las declaraciones de los acusados ante la Guardia Civil y esperé a que entraran los otros. La sala de madera clara olía a cerrado y a papel fotocopiado y una fina capa de polvo cubría la parte superior de las cajas de cartón que contenían viejos expedientes. Una mosca zumbaba en la ventana y se propinaba ocasionales cabezazos contra el cristal. Al final se quedó quieta. Supuse que se lo estaba tomando con filosofía, que es lo único que se puede hacer cuando se es un insecto sin más alternativa que huir o que algo mucho más grande que tú te aplaste. Más o menos lo que le ocurre a cualquier bípedo.

La juez entró, tomó posesión de su asiento y nos dio los buenos días en el tono que se reserva para aquellos que no te importa lo más mínimo qué clase de día tengan. Una vez aposentada, levantó la vista y nos fue mirando. Se detuvo un momento en mí y no pareció alegrarse demasiado de verme, pero me costaba imaginar que llegara a alegrarse de ver a cualquiera. Se dirigió a mi amiga la oficial y dio orden de que los *mossos* hicieran pasar al primero.

Jayden iba esposado y emparedado entre los *mossos* que lo acompañaron hasta el banquillo situado frente a la mesa de la juez. Puig lo miró con cara de fastidio y le indicó que se sentara. Uno de los policías se dirigió a ella.

—¿Quiere que le quitemos las esposas mientras declara?

—Ni en broma. Ya se las quitarán cuando vuelva a la cárcel.

A continuación, leyó su nombre y sus datos y le preguntó si iba a declarar.

—Por supuesto, señoría —dijo Jayden.

—Pues conteste a las preguntas del fiscal.

Jayden ladeó el cuello y dirigió al fiscal una mirada triste y húmeda. Era un hombrecillo de unos treinta años con el cabello tan erizado como si estuviera conectado a una toma eléctrica y un bigote poco poblado que le daba un aspecto ratonil. Debía de medir un metro setenta y era de constitución enclenque. Vestía un chándal con el anagrama de una marca de neumáticos que había sido adquirido para un hombre más grande y unos incongruentes zapatos negros de piel sin cordones y muy limpios. Sus primeras palabras se refirieron a las dudas que pudiera suscitar su atuendo.

—Quisiera disculparme por mi aspecto. Estoy esperando que mi hermano me envíe algo de ropa y, como no tengo a nadie más en España, he de llevar esta que me han dejado los funcionarios de Brians, ¡que Dios les bendiga!

Fuentes se encogió de hombros y empezó el interrogatorio. Jayden fruncía el ceño para demostrar su concentración. La culpabilidad emanaba de él como el humo de hielo seco que usan

en las discotecas.

Todos los acusados siguen una estrategia en su declaración. En el mejor de los casos la elaboran con su abogado, en otros la improvisan y hay que construir más prisiones, pero siempre intentan ceñirse a un guion. El de Jayden era presentarse como un infeliz pardillo ansioso por cooperar y facilitar las cosas al fiscal; un hombre muy religioso y un buen hijo que se había desviado del recto camino como consecuencia de una afición desmedida a la marihuana. Era ese hábito el que lo había puesto en contacto con Jefferson y el que motivó que de una cosa se pasara a la otra y que, a pesar de su carácter pacífico y sus innegables dotes como técnico informático, se hubiera visto atrapado en las redes de unos auténticos malvados. Negó conocer a Prat y a Pepe Tauler y describió sus horas en el hotel con Badía como la amistosa reunión de dos viejos colegas hablando de sus cosas y disfrutando de los amenos e instructivos programas de la televisión local. Como siempre me ocurre con los latinoamericanos, quedé sorprendido por la riqueza de su vocabulario. Los españoles apenas usamos un par de centenares de palabras y no sabemos construir una frase sin emplear un par de veces las palabras «hostia» y «coño»: lo que queda de nuestra civilización se ha refugiado en aquel continente.

Fuentes lo hizo ratificar sus declaraciones ante la policía y le sacó poco más. Contó que trataba solo de asustar a dos viejos que les debían dinero y se esperaba que él, con sus rasgos y su acento, sugiriera que alguna mafia colombiana o mexicana estaba detrás de todo. El hombre no parecía exactamente Danny Trejo, pero había puesto lo mejor de su parte. Pretendía ser un comparsa que no conocía el plan global y al que ni siquiera dejaron una pistola para meterse mejor en el papel. La idea era llevarse a Pascal después de algunos golpes y dejarlo en la carretera a unos kilómetros del lugar, pero todo se torció cuando este se tiró sobre la pistola y Eduardo disparó: el tipo empezó a sangrar como un cerdo y a gritar y Jefferson lo hizo callar con aquel golpe.

Fuentes lo interrumpió.

—¿El golpe con el extintor lo dejó inconsciente?

—Cayó como un saco, pero no estaba inconsciente. El cráneo estaba abierto y lo vendé con cinta, se veía el hueso astillado —respondió.

—¿Qué hicieron entonces?

—Eduardo detuvo al joven, que seguía con el extintor en las manos e iba a golpear de nuevo —siguió Jayden—. Nos ordenó que lo lleváramos al Hummer.

—¿Se enojó con el más joven por lo que había hecho?

—No me pareció. Pero dijo que había que mantenerlo vivo. Entonces le vendé el dedo también. La bala lo había arrancado por la mitad y había quemado y desgarrado parte de la mano. Yo me quedé en el coche con el herido y traté de ayudarlo. Jefferson volvió adentro.

—¿Cómo lo ayudó? —continuó Fuentes.

—Le hablaba, lo consolaba y lo ponía derecho cuando se caía sobre el salpicadero. Tenía miedo y no sabía qué más hacer. Estuvieron un buen rato dentro y cuando salieron venían con el

otro hombre, Badía. No lo apuntaban y los acompañaba sin resistirse. Eduardo me dijo que lo llevara al hotel del centro comercial y que esperáramos a que telefoneara. Yo subí con el señor Badía a su Porsche. Me hubiera gustado manejarlo, pero estaba muy nervioso y me puse a fumar yerba. Eduardo me dio un vergazo en la mano y me tiró el canuto, Jefferson se rio y dijo que me contuviera, que ya fumaría en el hotel.

Pareció indignarse al recordar el incidente y miraba al fiscal como si buscara comprensión. Fuentes asintió sin mucho entusiasmo y siguió.

—Al día siguiente, después de que se fuera Badía, ¿qué hicieron usted y los otros?

—Eduardo me llevó a un almacén. Allí estaba el señor Pascal tendido sobre unos plásticos y cubierto de sangre.

—¿Ya estaba muerto?

—Sí —afirmó Jayden—. Tenía clavos largos clavados por todo el cuerpo y Jefferson estaba sentado a su lado, fumando un porro y escuchando música con el móvil. Le hablaba al muerto y tenía sangre en la cara y las manos. Yo les dije que aquello no era el plan y que me quería ir, entonces Jefferson respondió que podría hacerlo cuando su tío lo dijera, y que había que deshacerse del cuerpo.

—¿Usted aceptó?

—No tenía otra. Me habían prometido quinientos euros y me dieron mil. También me dieron unos gramos de maría. Enterramos al pobre señor y me dejaron marchar.

—¿Los volvió a ver? —preguntó Fuentes.

—Sí. Jefferson me pasó a ver un par de veces. Solo fumábamos y bebíamos, pero estaba claro que quería que supiera que no se olvidaba de mí.

—¿Le hablaron del señor Badía?

—Sí —confirmó el acusado—. Dijeron que estaba metido en esto, que era el que había montado el contrato para cobrar del muerto.

—¿Y usted vio algo que lo hiciera pensar que eso era cierto?

—No. En el hotel, al señor Badía lo traté como a un padre. Seguro que es un buen hombre.

—¿Conoce a algún extranjero, de algún país del este que tenga relación con Eduardo y Jefferson? —preguntó entonces Fuentes.

—La novia de Eduardo es de Albania y tiene familia por aquí. Solo eso.

—¿Sabe cómo se llama ella?

—Lea.

—¿Le hablaron de una reunión con Prat?

—No —dijo Jayden—. Mi abogada me ha hablado de esa reunión. Yo no sé nada de todo eso. Si lo hubiera sabido, ahora estaría muy lejos de aquí.

—No hay más preguntas —concluyó el fiscal.

La juez Puig nos dio la palabra a los demás, pero solo Carmen le hizo alguna pregunta. Todas del género lacrimógeno sobre la vida y milagros del declarante, con especial énfasis en sus

buenas obras y en su propósito de enmienda. Era su obligación y la cumplió a rajatabla. Los *mossos* levantaron a Jayden y lo llevaron de vuelta al calabozo. Puig se dirigió a ellos.

—En la medida de lo posible, quiero que mantengan a este caballero incomunicado, y que no se vea en ningún caso con los otros.

El *mosso* la miró con algo parecido al asombro.

—Ya conoce los calabozos, señoría. Lo máximo que podemos hacer es ponerlo en uno lo más apartado posible, pero, en cuanto levanten un poco la voz, se podrán oír perfectamente.

—Pues que uno de ustedes se siente delante de él e impida que se hablen. En fin —dijo con un cierto hastío—, hagan lo que puedan, los medios son los que son. Y que pase el siguiente. Josep Tauler.

Segarra tomó la palabra.

—Avanzo que mis dos clientes se van a acoger al derecho a no contestar.

—Me parece lo mejor que he oído esta mañana —dijo Puig—, pero eso tendrán que decirlo ellos cuando les pregunte. Usted ya sabe cómo funciona esto, ¿o es que llevaba demasiado tiempo callado?

Segarra le taladró la cara con los ojos. Su hostilidad era tan manifiesta que casi resultaba graciosa.

Pepe fue conducido hasta el banquillo y miró a la juez con chulería. Era bajo y nervioso y parecía pertenecer menos al mundo de los vivos que a una pintura de El Bosco. Una especie de hiena extraña o un coleóptero de fragilidad engañosa cargado de veneno. A través de su cabello castaño asomaban porciones de piel rosada y sus ojos oscuros, demasiado grandes y vacíos escrutaban entre profundas arrugas. Tenía los labios muy finos, apretados hasta formar un tajo que dividía la cara en dos, y no aparentaba los cuarenta y dos años que figuraban en su ficha policial. En realidad, parecía que hubiera muerto tiempo atrás sin conseguir un cadáver con buen aspecto. Lo había visto en muchos drogadictos. Se administran dosis de muerte hasta que la muerte toma el mando y dentro de ellos solo queda resentimiento y frustración.

Estuvo apenas un par de minutos en la sala. El tiempo justo para decir que no pensaba declarar y dirigirnos una sonrisa de superioridad, la clase de sonrisa que te dirige un imbécil que cree que sabe algo que tú ignoras.

Jefferson fue el siguiente. Tenía la constitución de un pitbull, los músculos de los brazos como jamones y un tatuaje de tela de araña que partía de su codo izquierdo extendiéndose hasta la muñeca. Para algunas bandas, cada aro de la telaraña representa un año de condena por asesinato, lo que, en su caso, muy probablemente era algo más que una premonición. Tenía aspecto estúpido y peligroso, como una amenaza de violencia inminente, y sus antecedentes parecían un catálogo de lo mejor del Código Penal: conducir bajo los efectos del alcohol, hurto, robo, allanamiento, agresión, lesiones... Solo le faltaba la falsificación de efectos timbrados, posiblemente porque tenía los dedos demasiado gordos.

Al pasar junto a él de vuelta al calabozo, su abogado le dirigió un gesto de asentimiento y una

sonrisa paternal. Yo no era tan listo como Portela, pero sí lo suficiente para identificar a un hijo de puta cuando aparecía ante mí.

La juez echó un vistazo al reloj, ordenó un receso de veinte minutos, abandonamos la sala con la parsimonia de una estampida de bisontes y empezamos a manipular los teléfonos móviles. No éramos bomberos ni ginecólogos y cualquiera podría haber pensado que tanta precipitación era ridícula. A mí también me lo parecía, pero fui el primero en llamar.

Lola me dijo que Vázquez quería hablarme. Le pedí que me pasara con él y al primer tono escuché su voz engolada.

—¿Cómo va todo? ¿Han contestado a tus preguntas?

—No van a declarar, se acogen a su derecho y se reservan para el juicio, que es lo más normal. En todo caso, tampoco iba a preguntarles nada. Sus abogados ya han avanzado que no responderán —contesté.

—Eso es lo que ha hecho que en la Facultad de Derecho todavía se hable de tus habilidades —rezongó.

—Ahora estamos en una pausa, pero creo que a mediodía habremos terminado.

—Bien. Así tal vez puedas acompañarme al tanatorio de Les Corts.

—¿Al tanatorio?

—Hoy entierran a Pascal y habrá un pequeño responso —me aclaró Vázquez—. Badía quiere ir y me pide que lo acompañemos.

—No sé si es muy oportuno que se deje ver por ahí —dije.

—Lo inoportuno sería no ir. Llámame cuando estés de camino.

Y colgó, dejando claro que no era un buen lector del reconocido superventas *Haga amigos por teléfono: los buenos modales al aparato*.

Tenía el tiempo justo para llegar a la calle y fumar. En uno de los bancos de la plazuela de hormigón que se extendía ante la puerta de entrada del edificio de los juzgados, un hombre mayor custodiaba un carrito de supermercado lleno de trapos y bolsas de plástico y tocaba la armónica. Era una canción muy triste, una especie de *blues* aterciopelado, y me acerqué para escucharlo. Tenía un perro a sus pies, un animal limpio y bien alimentado, y un vaso de papel que contenía unas monedas. Añadí una de las mías y el tipo ni se inmutó. El perro, en cambio, me dio las gracias con formalidad.

Cuando volví a entrar en la sala de interrogatorios, Prat ya estaba allí. Pedí disculpas y ocupé mi asiento mientras la juez me lanzaba una mirada malévola. Era evidente que no le caería peor aunque se enterara de que me había tirado a su madre.

Prat parecía cansado y alerta. Se lo veía mucho mayor que en las fotografías, tal vez porque al renunciar al peluquín había ganado en gravedad. Llevar peluquín en la cárcel, sobre todo en el módulo de presos preventivos, hubiera sido una mala idea y estaba claro que Segarra lo había aconsejado bien: vestía un traje marrón de buen corte, una camisa blanca abrochada hasta el cuello sin corbata que le daba un aire un tanto flamenco y unos mocasines granates de esa marca

que, para sorpresa de los habitantes de Maine, tanto gustan a los españoles de mediana edad. Sobre la torcida nariz descansaban unas gafas ligeras de montura de acero que suavizaban sus facciones y que, a buen seguro, carecían de graduación y no tenían otra finalidad que la de dulcificar su aspecto. Lo había visto varias veces antes con los clientes de Segarra, hubieran hecho lo que hubieran hecho, todos acababan con pinta de sacristanes.

Escuchó las advertencias de la juez y también se negó a contestar preguntas. En su cráneo pelado relucían pequeñas gotas de sudor y se dirigió al micrófono plantado ante el banquillo.

—¿Puedo decir una cosa aunque no conteste a preguntas?

—Puede decir lo que quiera, aunque no suele ser aconsejable —dijo Puig.

Segarra parecía sorprendido y en absoluto satisfecho.

—Quiero hablar de la grabación.

—Usted dirá.

Segarra se retorció más de lo habitual. Ni siquiera le importaba que todos notaran su malestar. Empezó a toser aparatosamente y pidió un breve receso para reponerse. La juez lo miró sin decir palabra hasta que Segarra, rojo como un tomate, tuvo que parar. Prat no entendió, o no quiso entender, el sentido de las contorsiones de su abogado y se dirigió al micrófono sin hablar para nadie en particular.

—Quiero que conste que soy incapaz de hacer daño a nadie, mucho menos de matarlo, y si dije lo que dije fue por hablar —señaló Prat—. Era una exageración de charla de sobremesa, de esas cosas que se dicen sin mala intención. Como cuando dices que matarías al árbitro o alguna tontería así.

La juez lo miró con mala cara.

—Tiene usted unas sobremesas muy entretenidas. ¿Quiere decir algo más?

—Nada más.

—¿Algo sobre un señor con acento extranjero que estaba allí tan ricamente hablando de matar a mujeres y niños?

—No. Nada más —concluyó Prat.

—Me lo imaginaba.

Era una figura patética, un hombre que se había quedado sin futuro. El sudor le goteaba por la punta de la nariz y parecía enfermo, aunque no tanto como su abogado, y la juez, pese a ejercer como ejemplo de cómo no hay que vestirse para ir al trabajo, empezó a gustarme.

Por fin, entró Luis Martínez Pons, al que todos conocíamos como Eduardo. En su caso, había que reconocer que las fotografías no le hacían justicia y que mejoraba al natural. Era un hombre de unos cuarenta años y metro ochenta de estatura en buena forma. A pesar de la muleta y de la férula que le inmovilizaba la pierna en la que recibió el disparo de la policía, se comportaba de un modo que sugería una amenaza que ni se molestaba en disimular. Llevaba una camisa negra que permitía apreciar su vientre liso y unos tejanos de marca, y miraba con aire despreocupado a todos los presentes, como si proclamara con los ojos que había muertos que tenían más

posibilidades de llegar con vida al día siguiente que nosotros. Su aspecto no auguraba nada bueno.

Estaba claro que Portela instruía a sus clientes mejor que Segarra, porque Eduardo se limitó a decir que la declaración que hizo ante la Guardia Civil después de la detención era nula. Se había obtenido cuando estaba atontado por los calmantes que le administraron tras el disparo, al llegar al hospital, y el interrogatorio fue una tortura. Los guardias le habían presionado con la detención de su compañera y habría reconocido hasta el asesinato de Kennedy. Eran dos guardias; el que estaba al mando, un hombre alto y moreno, y una mujer más joven con el cabello muy corto. El hombre miraba y ella preguntaba sin parar, sin hacer caso de sus respuestas. Lo que constaba en su declaración sobre la muerte de Pascal eran palabras de ella, en ningún caso suyas.

—Le aseguro que me hubiera gustado hablar con esa mujer en otras circunstancias —dijo, casi en un susurro.

Pensé en Van y me estremecí. Aquel hombre destilaba algo dañino y viscoso, aunque parecía que ella tampoco era una pastorcilla indefensa. El deseo me golpeó como un camión de mudanzas, tecleé un mensaje algo subido de tono y se lo envié. Van me contestó al momento diciéndome que era tonto y le di la razón. Yo no era muy inteligente, pero al menos lo sabía, lo que me hacía más inteligente de lo que ella pudiera pensar.

Puig dio la sesión por acabada y se despidió de nosotros con la cordialidad de una iguana. Los trámites de investigación habían terminado: lo que quedaba se resolvería ante un jurado y ella ya no estaría allí.

X

Era un otoño caluroso y a las siete de la tarde el sol todavía hacía sentir sus efectos. La luz había adquirido una textura lechosa a causa de unas nubes sucias y grises, alargadas como los dedos de un muerto. Cuando llegué al cementerio de Les Corts reinaba una tranquilidad que presagiaba lluvia, no se oía el canto de pájaro alguno y de la avenida Juan XXIII parecía emanar un fulgor recalentado y asfixiante.

Un grupo de sintecho colonizaba un par de bancos del paseo central y se pasaba un tetrabrik de vino de mano en mano con gesto ceremonioso. Compartían el color y los rasgos de la gran nación de los miserables y era difícil adivinar de dónde eran. Vieron pasar un coche fúnebre cargado de coronas y dos de ellos se persignaron como hacen los cristianos ortodoxos, así que tal vez procedieran del este, de alguno de aquellos países que pretendían crear un hombre nuevo y acabaron produciendo lo mismo que nosotros: mendigos y desesperados. Era una zona próxima al campo del Barça y dentro de unas horas tomarían el relevo sus otros pobladores, las putas que se exhibían semidesnudas a los conductores y sus macarras. Pero eso sería mucho más tarde, entre el fin de la noche y el inicio de la madrugada. Ahora era el momento de los estudiantes de las facultades próximas y de los cortejos fúnebres.

Vázquez y Badía estaban a unos metros de la entrada del recinto, ambos con traje oscuro y corbata. Cuando me uní a ellos, parecíamos el trío Los Panchos.

Dado el estado del cadáver, no iba a haber una ceremonia de cuerpo presente. El ataúd herméticamente cerrado ya había sido depositado en uno de los nichos laterales, a pocos metros de la capilla que ocupaba el centro del cementerio. Alrededor de una veintena de personas se congregaba en pequeños grupos en las cercanías de la puerta. Una pareja de ancianos vestida de negro hablaba en voz baja e intercambiaba gestos solemnes. La mujer sollozaba calladamente y él le pasó el brazo por los hombros y la apoyó contra su pecho. Pensé que serían los padres de Pascal, venidos de Francia para despedir a un hombre más joven que ellos. Mujeres de luto, bien peinadas y con expresión reservada, fumaban en silencio. Pertenecían a la secta de los que creen que, si no vas a los entierros de los demás, ellos después no irán al tuyo. Dos niños, visiblemente incómodos con el traje, cogían a Inés de las manos.

Pasamos al interior y el sacerdote leyó la plegaria y un discurso que debía de tener redactado desde tiempos de Wojtyła. Una retahíla de tópicos que hubieran valido para cualquiera: padre amantísimo, esposo fiel, hijo abnegado, cristiano devoto... Por lo menos acertó en el sexo del difunto. A la salida, Inés me dedicó una ligera inclinación y un gesto de reconocimiento. Badía

levantó la mano para saludarla y ella le lanzó una mirada cargada de desdén y volvió la cabeza. Avanzamos despacio hacia la tumba, escuchando el sonido de los pasos sobre la grava. No éramos muchos y eso parecía crear entre nosotros una especie de vínculo, una extraña intimidad. Había unas pocas coronas con el nombre de pila de Pascal, una de ellas con una dedicatoria en francés, y otras ofrendas florales. Los dos niños cogieron una y la apoyaron en la pared del columbario, luego siguieron a Inés y se introdujeron en un Mercedes negro. Su belleza no había disminuido lo más mínimo desde nuestra última reunión en el despacho y su dignidad estatuaria me hizo pensar que entonces la juzgué mal: quería dinero, pero había organizado un duelo discreto y de buen gusto, lo cual es mucho más de lo que suele hacer la gente que quiere dinero.

Una silueta alzó la cabeza y fijó su atención en nosotros. Era Martí. Me saludó con la mano y yo le devolví el saludo. Vázquez hizo un gesto llamándolo.

—Ahora dejadme un momento a solas con él —dijo.

Badía y yo nos apartamos y Vázquez y Martí se dirigieron a otro de los bloques de tumbas, en un lugar donde quedaban fuera de la vista de los pocos asistentes que aún formaban corrillos y mataban el tiempo en el lugar más apropiado a ese efecto. Martí enfiló el camino de la salida a paso ligero y Vázquez volvió con nosotros.

—Misión cumplida —dijo.

—¿Le has dado el sobre? —preguntó Badía.

—Sí. Antes de que se abalanzara sobre mí y me mordiera en el cuello.

—Podrías haber elegido otro lugar —suspiré.

—No estaba dispuesto a volver a quedar con esa sanguijuela. La otra mitad ya se la darás tú —respondió Vázquez.

—¿Y te perderás un intercambio inteligente de impresiones con un colega? ¿Dónde está tu deontología?

Badía nos miraba con cara de pocos amigos. Había perdido peso en los últimos meses y su cuello emergía del cuello de la camisa como el de un quelonio. Cada vez parecía más un viejo al que el mundo va dejando en la cuneta.

—Esa mujer me odia —dijo.

—Esa mujer sospecha de ti y no puedes hacer nada. Tal vez cuando vea el juicio y te escuche cambie de opinión.

—Eso espero.

No sería así.

Fue la última vez que la vimos viva.

Gruesos goterones nos sorprendieron de camino al aparcamiento.

Llegué a casa sobre las nueve con la chaqueta empapada. Podría haber ido a comer algo al 4 Latas, apenas a cincuenta metros en el cruce de Provenza con Enrique Granados, y disfrutar de unas tapas decentes. Cualquier cosa menos aguantar a algún chef que jugara a impresionarme en alguno de esos restaurantes en los que el minimalismo de los platos se compensa con lo abultado

de los precios. La lástima era que el día había sido largo y estaba harto de mí y de cualquiera que se me pareciera, y para eso bastaba con que tuviera un par de piernas y una cabeza.

Cuando trabajo, no me conmueve la muerte. Incluso puedo hablar con indiferencia y buenas dosis de humor de sus circunstancias con otros picapleitos mientras pasamos las horas esperando en las sillas de plástico de comisarías y juzgados. Ese humor negro es imprescindible para examinar las heridas y las mutilaciones, las contusiones en los rostros amoratados de los cuerpos y las miradas turbias de sus verdugos. Para dedicarse a este oficio hay que poner distancia, pulsar el interruptor que desconecta las pasiones y no precipitarse: identificar el problema legal que se agazapa como un espectro tras las evidencias del crimen, valorar las pruebas y utilizar lo que pueda haber en favor del cliente, se opine lo que se opine sobre él. En realidad, es muy sencillo, pero a veces te dan náuseas y solo deseas abrazar a las víctimas y darles lo que piden.

Abrí la puerta y entré aspirando la oscuridad y el olor a cerrado. Fui hasta el balcón, separé las persianas y miré caer la lluvia sobre el asfalto. Los coreanos del restaurante recogían las mesas de la terraza y los pakistaníes del colmado 24 horas fumaban en silencio. El piso estaba como cuando lo heredé de mi abuela hacía unos años: cien metros distribuidos por uno de los largos pasillos de la izquierda del Ensanche de suelos con baldosas hidráulicas de cemento pigmentado y altos techos. El Ensanche había sido uno de los distritos más aburridos de la ciudad, un lugar de pequeños negocios, pensiones de medio pelo y profesionales modestos hasta que fue animado, durante la guerra civil, por los bombardeos de los fascistas italianos y, ahora, por el sector del ocio nocturno. Tras más de un siglo de tedio casi podía parecer una mejora. Al menos si no te importaba que los fines de semana los borrachos convirtieran las calles en un meadero al aire libre.

La luz procedente de las farolas de la calle iluminaba tenuemente el salón, las butacas con tapetes blancos, la vieja pantalla de las lámparas y el extremo granate de la alfombra raída. Un costoso aparato de música había sido mi única aportación a la decoración, pero los fantasmas familiares no tienen nada contra el *jazz*. Puse en el plato un vinilo de baladas de John Coltrane y bebí un whisky a su salud entre aquellas paredes que sabían quién soy. Después dormí como en la primera noche de la quietud, tranquilo y sin sueños, en una especie de limbo ubicado en la porosa frontera que me separaba de mis muertos.

Era muy pronto cuando me levanté y tomé una larga ducha fría en la galería semidescubierta que daba a un patio interior donde gatos y gaviotas se disputaban sin miramientos el cadáver de una paloma. Iba a preparar café cuando llegó Irsa, la empleada que además de cuidar de la casa manifestaba un empeño obsesivo en adoptarme. Era una mujer de unos cincuenta años que vestía una falda negra ajustada, blusa naranja y unas zapatillas deportivas en las que abundaba el fucsia. El cuerpo le rebosaba de cada una de las prendas y daba la impresión de que se había hinchado misteriosamente en algún punto entre el momento de vestirse y la llegada al trabajo. Llevaba diez años en Barcelona, pero parecía que hubiera abandonado Santo Domingo el día anterior, pues todo en su vida giraba alrededor de la República Dominicana y la familia que había dejado allí.

Añoraba el clima, la comida, el paisaje y hasta su casucha en el barrio de La Zurza, uno de los más pobres de la capital. Por añorar, hasta añoraba al pastor de la iglesia evangélica, sobre el que dejaba caer algún comentario que me llevaba a pensar que lo había conocido en el sentido bíblico del término.

A pesar de ello, Irsa era tan española como la reina Letizia y su sufrido consorte. Yo la había ayudado a obtener la nacionalidad y a traer aquí a su madre, así como con los trámites para que pudiera alquilar un apartamento mínimo en Nou Barris por el que pagaba la mitad de los sueldos que obtenía conmigo y lavando ropa en una residencia de ancianos, razón por la que había decidido adorarme. Debía de trabajar más de diez horas diarias sin contar desplazamientos en metro, pero estaba convencida de que quien merecía compasión era yo. Su piel negra tenía un tono azulado y su voz algo de infantil, muy alegre y antiguo. Me traía un *croissant* del Baluard en una bolsa de papel marrón y la habitual retahíla de reproches.

—Ahora mismo le preparo un buen café, que lo de esas cápsulas no es café ni es nada, y un zumo de naranja. Ayer compré naranjas, ¿las vio en la nevera?

—Solo abrí el congelador para coger hielo —respondí.

—Tiene la nevera que da pena, su mamá no estaría orgullosa, ni su abuelita. Solo hay agua y cerveza y una lata de anchoas. Y yo le podría dejar cosas cocinadas para la cena, pero usted no se fía porque cree que no sé cocinar y se equivoca, porque los dominicanos cocinamos muy bien.

Su expresión parecía tan triste como una película sueca y decidí levantarle la moral.

—Es posible que esta noche venga una amiga a cenar y estaría bien tener algo preparado —le dije—. Compra lo que quieras en el mercado y sorpréndeme.

Su cara redonda se iluminó y empezó a canturrear posibles menús con una sonrisa que recordaba a Oprah Winfrey. Me temí una exhibición culinaria de un barroquismo excesivo y utilicé mi tono más ecuánime.

—Lo dejo a tu criterio, aunque todavía recuerdo aquel maravilloso pollo asado que preparaste una vez. Y el arroz al estilo de tu país.

—No le va a dar arroz con pollo a una señorita —objetó Irsa—. Va a pensar que a usted no le importa la cita. En cambio, hay platos que ya dejan ver que luego lo van a pasar muy bien. Déjeme dinero antes de marchar y ya me contará el resultado.

—Dudo mucho que te cuente nada.

—Como quiera, pero me alegra que traiga a una mujer a esta casa tan vacía. Usted ya no tiene edad para estar viviendo solo, y además es un hombre muy guapo. Pronto tendrá cuarenta años y seguro que puede comprar unos muebles bonitos y modernizarlo todo un poco.

—Gracias, Irsa —le dije—, pero la casa me gusta así y no sé qué pensaría mi abuela si tirara sus muebles. En cuanto a lo de vivir solo, ya sabes que dicen que bajando al infierno o subiendo al trono, viaja más rápido quien viaja solo.

—Usted no va a ningún trono ni a ningún infierno —dijo persignándose—. Va al despacho a trabajar y poca cosa más. Por lo menos podría ponerse corbatas más alegres: hasta el pastor de

mi iglesia lleva corbatas más alegres que usted.

—Seguro que tratar con Dios y contigo lo pone de buen humor. Los trajes y las corbatas oscuras son un uniforme y me dan la seguridad de que puedo ir a cualquier sitio sin tener que pasar a cambiarme. No me negarás que eso es una ventaja. Además, a las mujeres os gustan los hombres con traje.

—Eso es verdad, pero no es necesario que sean todos oscuros.

Siguió refunfuñando y empezó a trastear en la cocina mientras sintonizaba en el teléfono los cánticos religiosos de su congregación. Había viajado desde la miseria y había mejorado muy poco, pero a ella parecía bastarle. Lo extraño, aún más viniendo de donde venía, es que no recordara que casi todas las cosas malas empiezan con hombres encorbatados.

Tomé el zumo y el café ardiente y encendí el primer cigarrillo del día. Le había dicho a Irsa que una mujer vendría esta noche, pero eso no dejaba de ser algo parecido a un deseo o una mentira. O un juguete mental al que darle vueltas durante el día antes de hacer una llamada prospectiva. Eché un vistazo a la casa. A las estanterías que apenas contenían unas pocas fotografías antiguas y los objetos de cristal que podían gustar a una anciana, a las sillas de madera con cojines de cretona sujetos con lazos y a los sillones de piel verdosa de un brillo mate. Tenía la impresión de que si introducía cambios reafirmaría por fin mi lugar en vez de seguir fundiéndome con los recuerdos de las vidas pasadas atrapados entre las paredes; en vez de parecer un inquilino fugaz.

No tenía la menor intención de hacer eso.

Le di el dinero a Irsa; ella sonrió y siguió enfrascada en su tarea entre cánticos sobre ángeles y la Jerusalén celestial.

Llegué a la Ciudad de la Justicia tras una hora arrastrándome por la calle Tarragona y la Gran Vía entre el tráfico lento de la mañana. La fiscalía ocupaba un edificio propio dentro del complejo al que se accedía cruzando el atrio que distribuía la entrada a los juzgados. En su centro, unas escaleras mecánicas conducían a las plantas superiores donde estaban las salas de vistas. Abogados con toga daban el último repaso a cantidades dickensianas de papeleo y gentes con expresión preocupada deambulaban por los pasillos en espera del inicio de los juicios. Yo había llegado antes de la hora prevista y me acodé en la larga barra de la cafetería para echar un vistazo a los periódicos. Ojeé *La Vanguardia* y me enteré de los últimos chismorreos políticos y de las opiniones de reputados expertos sobre las ventajas fiscales del poliamor o la conveniencia de que solo los dermatólogos borren esos tatuajes que convirtieron al grueso de la población de todos los sexos en muestrarios de tonterías grabadas indeleblemente en sus cuerpos. El experto entrevistado decía que lo primero que quería borrar la gente eran los nombres de sus antiguas parejas, lo cual era perfectamente comprensible. Aunque tal vez deberían haberlo pensado antes, el día que decidieron marcarse como ganado con el nombre de sus amantes. Lo que nadie estaba dispuesto a eliminar eran los nombres de sus mascotas, lo que daba mucho que pensar sobre la evolución del *Homo sapiens*. El redactor de la noticia no acababa de entender toda esa furia

tatuadora, motivada tal vez por las estrellas del fútbol y de los círculos criminales. La verdad es que yo tampoco.

Había empezado a llover. El agua de lluvia dejaba marcas en las cristaleras como las lágrimas del replicante Roy Batty en *Blade Runner*, y caía sobre los usuarios de la justicia que a aquella hora se dirigían a una de sus frecuentes citas con la fatalidad. Mientras leía, percibí el movimiento de una silueta que se acercaba a mí y el olor inconfundible de la colonia de Segarra, una Eau Sauvage de Dior que dejó de estar de moda en tiempos de Felipe González.

—¿Tienes un momento para mí? —dijo con su voz peculiar.

Sus ojos risueños pero fríos me observaban detrás de los cristales de las gafas. Recientes gotas de lluvia relucían sobre su pelo apelmazado.

—¿Quieres hacerte un tatuaje? —respondí.

—Tuve un cliente hace muchos años que lucía una inscripción sobre la tetilla izquierda. «Todas putas», decía. No sé qué pensaba su madre acerca de ello, pero me pareció una buena leyenda para mi escudo de armas —bromeó Segarra.

—Cuando quiera tatuarme algo ya sé a quién preguntar. ¿Qué se te ofrece?

—Como pudiste observar en los interrogatorios de ayer, mi cliente, el cartonero Prat, es un cretino con balcones a la calle —comenzó—. Después de su exhibición de burricie y de dar por buena la grabación que lo deja en la miseria estuve hablando con él en el calabozo. A causa de mi abnegación, me perdí una comida estupenda en el Xemei con una señora de atractivo indiscutible y una concepción de la moral sexual no demasiado restrictiva. Gajes del oficio.

—Créeme que lo siento.

Segarra resopló y puso los ojos en blanco, en una imitación no demasiado lograda de la madre de Bambi.

—El caso es que ese puntal de la sociedad, que se ve perdido, sobre todo después de escuchar mis imprecaciones, cree que tiene algo con lo que puede negociar y conseguir una cierta misericordia por parte del fiscal y, por supuesto, por parte de tu cliente. Realmente, lo que sabe no está mal. Aún no te lo puedo avanzar, pero necesito saber si Badía está en una posición inamovible o hay algún resquicio para la compasión hacia un ciudadano ejemplar que tal vez, movido por fuerzas irresistibles, dio un mal paso.

—Badía es un hombre razonable —le dije—. Como comprenderás, todo va a depender de la calidad de lo que ofrezca Prat.

—Lo sé, lo sé, mi sagaz amigo —replicó Segarra—. Deja eso en mis manos y te agradezco la buena disposición. Prat va a mejorar notablemente la situación de tu cliente, en vez de complicarla como era su deseo antes de mi intervención, y va a facilitar un dato de interés para la investigación que hará que el fiscal se relama. No te digo más.

Eché un vistazo al resto de la cafetería. El camarero miraba distraído a una chica que daba cuenta de un bocadillo de mortadela y un par de abogados hacían cuanto podían para captar la atención de Segarra y mostrarse obsequiosos con él, aunque fuera de vista. Era conocido que

Segarra derivaba los asuntos de los que no podía ocuparse a otros colegas, lo que lo convertía en un dispensador de favores muy estimado en la profesión.

—Lo que no sé es qué te podrás encontrar hablando con la viuda —dije.

—Es una piedra en el zapato, pero las negociaciones difíciles son uno de mis pasatiempos favoritos, junto con todo lo que está prohibido en la Biblia, claro. Te llamaré pronto.

Me dijo adiós y se dirigió hacia las escaleras mecánicas como si estuviera a punto de perder el vuelo. Lo estuve observando hasta que desapareció. Si todo me iba bien, dentro de un par de décadas yo sería como él. La idea era tan perturbadora que hacía que una mancha de huevo en la corbata pareciera bonita.

Mi cita en la fiscalía era a las nueve y media y el encuentro con Segarra me había retrasado. Tomé el ascensor junto con un fiscal veterano con el que había celebrado un par de juicios en el pasado que arrojaban un contador 2:0 a mi favor. El tipo pareció recordarlo, porque ni siquiera me saludó. Frunció la boca y aquel gesto hizo que pareciera un besugo lamentando su captura.

Pasaban cinco minutos desde la hora convenida, pero, cuando entré en su despacho, Fernando, uno de los fiscales antidroga, sostenía en la mano derecha un bolígrafo con el que golpeteaba la esfera de un reloj supuestamente inteligente. Era un tipo esbelto y tenía un aspecto más o menos elegante, si por elegancia se entiende la de alguien que se ha acicalado para asistir a la boda de un primo segundo. Aparentaba unos cuarenta y cinco años y vestía un traje negro con algún brillo en codos y mangas, una camisa blanca algo desbocada y una corbata verde con el nudo de la anchura de una coliflor. El pelo engominado, largo y en bucles, le tapaba las orejas, y lucía la palidez de los que hace tiempo que han olvidado cuándo fueron las vacaciones.

Para lo que circulaba por la profesión, Fernando no estaba mal. Cuando le pedías hora, procuraba darla lo antes posible, contestaba las llamadas telefónicas y te estrechaba la mano como si no temiera que le contagiaras la peste. Había pasado años en la fiscalía de delitos económicos y de corrupción y conseguido un par de condenas vistosas. Alguno de los orondos financieros de la ciudad había conocido la cárcel —siempre con demasiada brevedad— gracias a él y, en conjunto, su saldo moral estaba en números negros. Había cambiado a los banqueros y las actas de los consejos de administración por yonquis y traficantes y no parecía descontento, lo que, por otro lado, tampoco tenía nada de especial.

—No te apresures, por favor. A la fiscalía le sobra el tiempo. Bienvenido. Toma asiento.

Señaló con el bolígrafo una silla desocupada y me senté. El respaldo estaba suelto y por poco no me voy de espaldas al suelo, así que me incliné hacia delante.

—El negocio no va mal, veo.

Se encogió de hombros con indiferencia.

—Las quejas a la ministra. Una señora que cree en las virtudes de la austeridad en materia de decoración de interiores.

—Ya veo que es muy querida entre los del oficio —dije.

—Tiene sus cosas, pero me permite un placer del que tú no disfrutarás nunca.

—¿Que es...?

—Cuando voy a salir de casa por la mañana, me miro en el espejo y me digo: «Fernando, este es otro bendito día en el que no vas a tener que sonreír a nadie si no te da la gana». No es poca cosa.

—Funcionaría igual con una silla en condiciones —dije.

—Exacto. ¿Cómo estás?

—Como siempre —respondí.

—¿Tan mal van las cosas?

—Simplemente van.

—En fin, ¿qué te trae por mi humilde morada? —quiso saber Fernando—. Creía que ya no te ocupabas de los asuntos propios de mi negociado.

—Lo hago de vez en cuando. Cuando me dan buenas referencias.

—Del tipo de referencias que se llevan en la billetera, entiendo.

—Más o menos. Me hago cargo de la defensa de Sánchez, el Reguetón, en el tema de la droga de Santa Coloma y tengo información para ti.

Por primera vez, Fernando me miró con atención.

—Sánchez me cae bien. Ha elegido el camino del crimen, pero acepta el castigo que va con ello, dentro de lo que cabe, con bastante ecuanimidad. Aquí lo tiene mal. El caso ha caído en el juzgado de Tusquets y ya sabes cómo lleva las instrucciones. Pronto veremos helicópteros en el cielo y fotógrafos como en un pase de modelos.

—Sí. Hay que ver lo que le gusta a este hombre salir en las noticias —dije.

—Es de la generación que se hizo juez para ser como Garzón: antes muerto que discreto.

—Sánchez tiene cosas que contarte, pero no puedes ir a verlo a la cárcel porque se iba a enterar hasta Belén Esteban —le aclaré—. Tampoco es cuestión de que hables con él en el juzgado, porque lo sabría la policía y no se fía de nadie. Así que, de momento, tendrás que arreglarte conmigo.

—Dime lo que tengas y veré. Ya sabes cómo funciona esto. Sin compromiso por mi parte: tú das y yo decido si doy o me fumo un puro.

Ahora Fernando se miraba las manos y rehuía mis ojos. Tenía los dedos largos y las uñas cortas y bien cuidadas. En los tiempos que corren, era todo un detalle por su parte. Le expliqué todos los detalles sobre la entrega controlada y la desaparición de la droga y le di los nombres y teléfonos que Sánchez me había soplado. Fernando tomaba nota cuidadosamente con su caligrafía colegial. Cuando le hablé de la llamada a la policía local, la intervención de la Guardia Civil y la posterior de los *mossos* frunció el ceño.

—Me temo lo que va a hacer Tusquets con esto. Es lo que más se adapta a su estilo: entrar como un rinoceronte en un velatorio y llevárselo todo por delante. Si puede dirigir una operación

anticorrupción contra todos los cuerpos policiales de Barcelona va a creer que se le ha aparecido la Virgen. Ya se verá en la Audiencia Nacional, subiendo las escaleras con un loden verde.

—¿Contra todos los cuerpos? Querrás decir contra los *mossos* —comenté.

—Para eso tendría que creerse la versión de Sánchez y no ver cosas raras en un bisnes de perico del tres al cuatro en el que acaban operando maderos de todos los colores —dijo Fernando —. Lo primero que haré será hablar con la Guardia Civil y verificar que Sánchez estaba en contacto con ellos y después con el CNP. Luego intentaré minimizar los daños, pero no te prometo nada.

—Han amenazado a Sánchez en Brians. ¿Qué harás si te pido la libertad? —pregunté.

—Haz lo que quieras, pero de momento me voy a oponer. Necesito algo de tiempo para valorar si cambio de opinión. Puedes pedir que lo pongan en aislamiento en el módulo de ingresos —señaló Fernando.

—Si lo hago, no habrá cuerpo de policía que no sepa que está en tratos con la fiscalía —repliqué— y, si tiene razón, sus posibilidades de seguir con vida cotizarían muy a la baja.

—Pues que se ande con mucho ojo. Hoy por hoy es todo lo que puedo darte.

—Esto puede ser muy gordo, no hace falta que te lo diga.

—A ver si al final el que se va a Madrid soy yo y no el juez. Te llamaré.

Salí de la fiscalía con la adrenalina por las nubes. Fernando tenía razón y Tusquets era muy capaz de montar una operación que pusiera en jaque a todas las policías de la ciudad sin que le temblara el pulso. Contra lo que mucha gente pudiera pensar, entre ellos mis elegantes socios, en la muy diseñada y turística Barcelona también pasaban estas cosas, por mucho que algunos creyeran que los barceloneses nos pasamos el día salvando ballenas y tomando té chai. Es la ciudad de las primeras oleadas de heroína, de cuando el sida se llevó por delante a un montón de *bona gent* que no pudo pagar lujosas clínicas o una abducción *hippie* a Ibiza o Formentera. De chicas de buenos colegios que acabaron haciendo la calle o enrolladas con camellos africanos; que caían por los huecos de la escalera o aparecían en los retretes de los bares con la aguja clavada en la vena. Luego llegó la cocaína, que había venido para quedarse y arrastraba un cierto prestigio vip: *American psycho* y Easton Ellis, Al Pacino con la cara enterrada en perico, una cosa *beautiful* de bares caros, hasta que la gente empezó a empalmar los brotes psicóticos y a hacer de putas como en los buenos viejos tiempos. No dejaba de ser uno de los signos distintivos de la ciudad orgullosa e hipócrita, uno de los lugares del mundo donde más cocaína se consume, por delante de Zúrich y Amberes. Lo único que faltaba era que un juez empezara a hacer correr que quienes se encargaban de mover el perico eran nuestras patrióticas y variadas policías.

Abandoné el edificio de los juzgados y caminé hacia el *parking*. El lugar era muy parecido a la cárcel, excepto por el pequeño detalle de que podías marcharte cuando te diera la gana.

Pasé la tarde en mi oficina cambiando papeles de sitio y despachando con Neus, la responsable de contabilidad. Gracias a Badía mi facturación del trimestre iba viento en popa y ella me trataba como a una planta delicada y exótica. Cuando le hablé de Sánchez y del

presupuesto de honorarios que había aceptado, casi se puso a llorar dando muestra de poseer un gran corazón. Era una mujer en la cincuentena, alta y de facciones duras pero regulares que vestía una elegante falda azul por debajo de la rodilla y un liviano jersey de angorina negro. Una de esas cruces de oro que conmemoran a Akenatón y una extraña reforma religiosa ocurrida en el antiguo Egipto le colgaba del cuello con una gruesa cadena e iba a parar al valle que formaban unos pechos algo más que voluminosos. Reparó en mi mirada y pasó una uña por el dorso de mi mano con la fuerza suficiente para dejar una marca blancuzca en la piel.

—Hay que portarse bien no solo facturando —dijo en un tono sibilante, como la cobra de *El libro de la selva*.

Puse cara de *escolanet* de Montserrat en manos de algún pederasta y sonreí con candor.

—Una cruz preciosa. En *Sinuhé, el egipcio* cuentan la historia de esa época y de la cruz de la vida de Atón —dije.

—¿Es una película? —preguntó.

—Un libro y una película. Pero mejor el libro. Lo escribió un finlandés a quien ya nadie recuerda.

—La buscaré en alguna plataforma, ahora no estoy para novelones.

—¿Y para qué estás? —pregunté.

—Un día de estos haré que lo averigües.

Y se fue con sus papeles y su ordenador bajo el brazo frunciendo la boca como si estuviera a punto de dar un beso o acabara de recibirlo.

Me había contagiado su lujuria solapada y llamé a Van. Respondió al quinto tono, cuando ya iba a colgar.

—¿Has tenido un mal día? —preguntó.

—Para nada. Me han felicitado de contabilidad. ¿Por qué lo dices?

—Porque me llamas —respondió.

—Ya sabes por qué te llamo.

—Sí. Me parece bien. Necesito ver a alguien y tú me vales.

—¿Te pasa algo?

—Todo es una mierda —se quejó ella—. Un cabrón ha matado a su mujer a puñaladas. La chica estaba embarazada de seis meses y el otro niño de cinco años lo ha visto todo. Llevamos desde la madrugada con esto y tengo ganas de liarme a tiros con el primero que pase.

Su voz parecía proceder de una cueva oscura y húmeda, de un lugar poblado por sombras que es mejor no visitar si se quiere conservar la cordura.

—¿Prefieres dejarlo para otro día?

—No. Prefiero follar —respondió.

Le di mi dirección y le pregunté cuánto tardaría.

—Ya he terminado mi turno, llegaré a la hora que quieras.

—A las nueve está bien —dije.

—OK. ¿Quieres que traiga algo? —preguntó.

—¿Hay ropa interior de la Guardia Civil? —dije, medio en broma.

Su voz dañada sonó algo más alegre y hubiera jurado que sonreía al teléfono.

—Te traeré algo mejor.

A pesar de la lluvia que había caído durante todo el día, aún hacía un bochorno insoportable cuando salí del edificio del despacho. Estaba oscureciendo y los turistas empezaban a atestar los consabidos bares irlandeses y los chiringuitos que vendían cócteles ya preparados en vasos de plástico. Los que decían que Dios había inventado el alcohol para que los irlandeses no dominaran el mundo se habían equivocado de medio a medio. El asfalto negro y brillante por efecto del agua parecía la piel de un reptil adormecido a punto de devorar a todo ser vivo.

Van llegó a las nueve en punto. Se quitó una chaqueta de piel negra cruzada por cremalleras metálicas y la dejó sobre el sofá. Lanzó a su alrededor una mirada dubitativa.

—¿Vives con tus padres? —dijo.

—No. Vivo solo. Me limito a dejar las cosas como estaban.

—Pon música, no tengo muchas ganas de hablar.

Fui hacia el plato y puse un disco de Helen Merrill acompañada por Clifford Brown y Gil Evans. A las primeras notas de «Don’t Explain» ya tenía su lengua en la campanilla y la cara rodeada por sus manos. Me desnudó con movimientos rápidos y empezó a mordisquearme el pecho. Cuando llegó a los pezones se detuvo y clavó los dientes con fuerza mientras su lengua jugueteaba. La sensación de dolor me hizo dar un respingo, pero ella bajó la mirada hacia el pene, vio que progresaba adecuadamente y siguió mordiendo. Intenté apartarla e iniciar una secuencia más suave, pero empezó a abofetearme con el derecho y el revés de la mano. No con la fuerza suficiente como para que los golpes parecieran una agresión, aunque tampoco sugerían una caricia. Me miró fijamente con sus ojos pardos, me escupió y volvió a besarme. Entonces se alejó dos pasos y me valoró de arriba abajo paseando la mirada por mi cuerpo, como si estuviera decidiendo qué partes usar. Una estrecha camiseta blanca marcaba los largos y delgados músculos de sus brazos y la curva de sus pechos. Se despojó de ella y siguió con el tejano negro. No llevaba bragas y la primera visión de su coño rasurado me dejó al borde del orgasmo. Me concentré en la música y conseguí evitarlo no sin esfuerzo. Entonces, me tumbó bocarriba sobre el sofá, se giró de espaldas y me puso el culo sobre la boca.

—Cómeme el coño. Haz que me corra ya —ordenó.

Recorrí con la lengua todas sus cavidades y succioné el clítoris como si la estuviera besando en la boca. Gimió y se corrió a chorros. La saliva se mezclaba con sus fluidos y goteaba sobre mi cuello. Se apiadó de mí y se introdujo la polla en la boca. Traté de retirarla cuando noté la inminencia de la descarga, pero me apartó la mano con impaciencia y siguió succionando.

Retuvo el semen hasta que dirigió el rostro hacia mí, sonrió y lo dejó caer sobre mi pecho. Volvió a acercar su boca a la mía, me besó dulcemente y me mordió el labio inferior.

—¿Esto es lo que ibas a traer? —pregunté.

—No seas impaciente —susurró—. ¿Dónde está el dormitorio?

La llevé hasta una habitación burguesa ocupada por una vieja cama de matrimonio de madera oscura con un cabezal rematado por un crucifijo. Las impolutas sábanas blancas parecían almidonadas. Van dijo que me tendiera, sacó unas esposas de la cazadora y me inmovilizó los brazos con ellas.

—Nunca había practicado este juego —dije.

—Te gustará. Déjate llevar.

Me levanté cuando aún no era medianoche. Me sentía magullado y exhausto, pero me miré ante el espejo del baño y no vi ninguna marca en zonas visibles. Fui junto a ella y la abracé, dejando que se acurrucara hasta que abrió los ojos.

—Tengo en la cocina una sopa con gambas que huele a todas las especias del Caribe.

—¡Qué bien! Estoy hambrienta.

—Creía que ibas a comerme a mí —le dije.

—No parecías sufrir demasiado.

—No. Creo que hasta me ha llegado a gustar, aunque mantengo mis dudas.

—Ha estado bien —sopesó Vanessa—, pero creo que empiezo a preferir a las mujeres. Los tíos me dan cada día más asco.

—¿Te doy asco yo?

—Tú en concreto no, eres un chico limpio y no dejas la tapa del váter levantada, que es más de lo que se puede decir de mucha gente. Me dais asco en conjunto. Tendrías que haber visto a la niña a la que violaron el lunes en el centro comercial de Badalona. La machacaron a conciencia, por el coño, por el culo, por la boca, y todo a hostias mientras lo filmaban con el teléfono. Lo peor es que eran unos críos, ninguno llegaba a los dieciséis. Espero que les coja un cáncer en la polla y revienten.

—Así sea. Y, en cuanto a lo del lesbianismo, estaré pendiente de tus noticias.

Comió con apetito y volvió a la cama. Le puse la sábana sobre los hombros y la estuve mirando hasta que se hizo de día.

XI

Hacía un par de semanas que no volaba a Madrid, lo que constituía toda una anomalía. En España todo acaba pasando por Madrid: las finanzas, los procedimientos judiciales y las biografías de unos políticos tan tontos como no se habían visto en el mundo desde el caso Watergate. Allí estaban el kilómetro cero de las carreteras, las tertulias con los bocazas más influyentes e, incluso, la Audiencia Nacional y el Tribunal Supremo. Eso quiere decir que abundan los asuntos que se pueden facturar con seis cifras y que hacen las delicias de los abogados de la ciudad. De vez en cuando, alguno de los de la periferia nos hacemos con una parte del festín. Entonces empezamos a decir «fenomenal» en cada frase y a silabear como si hubiéramos estudiado en el colegio del Pilar.

Creo que era Vázquez Montalbán quien decía que el dialecto de Madrid es muy parecido al chino: se trata de separar todas las sílabas con un guion cuando vocalizas: «Bue-nos-dí-as, -se-ño-ría, -con-la-ve-nia». En el caso de los abogados, ayuda mucho el doble puño de camisa y los gemelos. Y los zapatos con hebillas, como en tiempos de Godoy.

Desde la pandemia, decían que Madrid se había convertido en la ciudad más derechista del país, aunque yo, que venía de una de las más izquierdistas, no era capaz de notar la diferencia. Veía los mismos turistas desocupados paseando entre todo tipo de chiringuitos de productos típicos fabricados en Hong Kong, los mismos ricachos globales haciendo cola en las tiendas de bolsos de la Milla de Oro y el mismo pavimento que parece picado de viruelas, de tantos agujeros como hay en él. Lo que cambia son los camareros: en Madrid no tienes que tomar a uno de ellos como rehén para que su compañero te traiga una cerveza. Por lo demás, estaba como en casa.

Tenía una reunión en María de Molina, en las oficinas de una multinacional que era una de las mejores clientes del despacho. La compañía, en una revisión contable que no hay cursi que no llame *due diligence*, había detectado un agujero de seis millones de euros. Me habían llamado cuando empezaron a tener evidencias y me pidieron que les recomendara un detective. Hablé con Ayala, el director general, y le propuse a Judith Vila. Al principio, mi recomendación no pareció entusiasmarlo.

—Su nombre no me suena, y en la empresa no la conoce nadie.

—Si todo el mundo la conociera, ¿cómo iba a ganarse la vida como detective privado? Si quieres contarle tus secretos a alguien más popular, prueba con el comisario Villarejo —dije.

Ayala encontró el argumento irrebatible y encargó sus servicios. Aquel día iba a presentar su

informe y, en función de lo que dijera, yo debía recomendar la estrategia judicial que seguir.

Judith ya estaba en la sala de reuniones del despacho de Ayala cuando llegué. Me había propuesto que viajáramos juntos, pero no soporto el tren. Básicamente porque todos los pelmas aprovechan la libertad de movimientos para darte conversación. Eso, los que no se dedican a increpar a alguien por el móvil. En el avión siempre llega el momento en que la gente se queda atada en su asiento, desconecta el teléfono y te deja en paz, aunque creo que están haciendo inversiones para acabar con eso.

Ayala era un cuarentón con la anatomía de un galgo que vestía como un banquero inglés. Llevaba un par de divorcios a las espaldas, pero era todo un sentimental y en cuanto conoció a Judith quedó prendado de ella. Nuestras conversaciones sobre este tema podían aburrir a la estatua de Felipe IV.

—¿Crees que le gusto? —preguntaba.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿Qué hay en mí que no pueda gustarle?

—Es lo más presuntuoso que he oído en mi vida.

—¿En serio?

—¿Qué te parece un par de exesposas de la misma promoción que lady Macbeth y colegios de niños a pagar hasta la jubilación?

—¿En serio? —repitió Ayala.

—¡Yo qué sé! —rezongué.

—Voy a quedar con ella para comprobarlo.

—Haces bien. Y ahórrame los detalles.

Estaban los dos solos ante una mesa de aspecto ministerial suficiente para veinte personas. Me senté frente a Judith, que empezó su exposición. Había traído hasta un Power Point, demostrando que sabía cómo lidiar con este tipo de clientela. La cosa era tan sencilla como que en una empresa modelo, con auditores y decenas de mecanismos de control, donde cobraban los botellines de agua mineral a los trabajadores, se controlaba el horario de trabajo como en un campo de concentración camboyano y el kilometraje de los vehículos se registraba al milímetro, el jefe de cobros había transferido a sus cuentas particulares seis millones por el sencillo procedimiento de mantener como pendientes deudas que ya estaban pagadas por diversas Administraciones públicas. Como la empresa estaba habituada a que el Estado pague cuando le da la gana y el jefe de cobros alardeaba de ser íntimo de la mitad del PP de Madrid, nadie llevó a cabo la menor verificación en cinco años. Para decirlo en pocas palabras, la broma salía a más de millón por ejercicio.

Las pesquisas de Judith habían dado con parte de ese dinero. Un piso lujoso en la mejor zona de Madrid, unas reformas dignas del Valle de los Caídos y una afición sin tasa a las apuestas en todo tipo de establecimientos. Desde el casino de Torrelodones hasta la lotería de Doña Manolita.

Con esos datos, era evidente que poco dinero iba a recuperar la empresa, y que la cara de besugo que se les iba a quedar a los *controllers* internos iba a ser memorable. Propuse una querella por estafa y falsedad y Ayala me miró sin soltar prenda.

—Citaremos a los responsables del Ministerio, al Ayuntamiento y a los auditores internos. Va a ser un festival cuando expliquemos el mecanismo del timo —dije.

Ayala rio con amargura.

—Ni se te ocurra. Es mejor que los funcionarios no se lo huelan, o perderemos los contratos.

—¿Entonces? —pregunté.

—Prefiero una discreta demanda civil sin testigos, con nosotros como únicos perjudicados y sin que nadie más se entere —dijo Ayala—. Eso es lo que vale dinero para mí, y para el consejo de administración.

—Por lo menos lo despedirás, ¿no?

—Claro, claro. Qué menos. No lo voy a proponer para la medalla del trabajo.

—¿Nos ocupamos de la demanda civil? —seguí.

—Por supuesto. Siempre contamos con vuestro despacho.

—Pues se lo diré a Vázquez.

—Perfecto. Y si no se enteran en la fiscalía y todo pasa discretamente, podréis proponer una prima de éxito.

Ayala se despidió y vi que Judith no se levantaba para marcharse conmigo.

—¿Te quedas? —pregunté.

—Sí. Me ha invitado a comer.

—Aaah. ¿Dónde?

—No recuerdo. Me ha dicho que es uno de los restaurantes favoritos del rey...

—Si miras a la mujer del rey, no parece que esa sea la mejor recomendación —le dije a Judith.

Entornó los ojos y cambió de tema.

—¿Novedades con Badía?

—Es posible que Prat quiera colaborar y busque un acuerdo —le dije—. Con eso, el juicio se simplificaría aún más.

—Espero que no le rebajen ni un día. Los que dicen que las penas de prisión son demasiado largas no conocen a esta clase de gente.

Me encogí de hombros y le tendí la mano.

—Que seáis muy felices —dije.

Me dio un puñetazo en el brazo. Había varias mujeres atractivas que en los últimos días consideraban una idea excelente pegarme. Tal vez debería empezar a preocuparme.

—Vete y sube al avión.

Iba a decir algo más, pero todo lo que me venía a la cabeza parecía sacado de una serie turca de sobremesa. Sonreí y callé, como tantas veces me había recomendado mi madre. Lo que estaba

claro es que hasta para robar había que tener suerte. Por lo que nos había dicho, Ayala parecía dispuesto a darle aún más dinero al ladrón a cambio de que callara como un muerto.

A mí no me había invitado nadie, pero eso no iba a suponer que me quedara sin comer. Tomé un taxi hasta Las Reses en la calle Orfila y di cuenta del mejor *steak tartar* de Madrid. En las paredes colgaban carteles taurinos y ni el *maître* ni el chef se creían *influencers* icónicos, lo que aún ponía mejor las cosas. Podría haber ido a un sitio de moda en la calle Jorge Juan, pero la última vez que pasé por delante el interior se veía tan oscuro como las intenciones de un concejal de urbanismo y la gente que entraba seguía el código indumentario del cártel de Sinaloa.

Fuentes me llamó desde la fiscalía en cuanto aterricé en Barcelona. La terminal del puente aéreo estaba casi vacía a esa hora, víctima del AVE y de su propia codicia. Apenas se veía gente en los pasillos y en las tiendas, ya que todo el mundo debía de estar en Madrid haciendo grandes negocios y pasándolo genial.

—Me dijo Segarra que había hablado con usted de las intenciones de Prat.

Su voz sonaba juvenil y algo engreída.

—Lo hizo, pero no me avanzó nada en concreto. Habló de una posible colaboración y de facilitar información —respondí.

—Sí. De aclararlo todo y simplificar el juicio.

—¿A cambio de qué?

—De buena voluntad —aclaró Fuentes—. De que ni la fiscalía ni su cliente pongan pegas durante la ejecución penitenciaria. Que si Prat presenta un certificado sobre su salud que resulte favorable para acortar la condena, lo demos por bueno y dejemos que el juez de vigilancia decida sin más prueba, sin contrainformes ni escritos de oposición por nuestra parte. Lo mismo respecto a los permisos penitenciarios y al tercer grado.

El tercer grado penitenciario se concede en España a los presos de buena conducta y con buen pronóstico de reinserción en los que haya funcionado satisfactoriamente eso que llaman el tratamiento y que consiste básicamente en dejarlos fumar en el patio hasta la hora de la cena. Por este mecanismo, y cuando se han abonado las indemnizaciones económicas a las víctimas, el condenado puede empezar a cumplir la pena en un régimen de semilibertad. Primero, yendo a la cárcel solo a dormir cinco noches por semana, después cuatro y, por fin, ninguna, pasando tan solo por unos controles semanales por parte de la Administración. Sería una fórmula estupenda si alguien fuera capaz de determinar con precisión cuándo un criminal ha dejado de ser peligroso, lo que no es nada fácil. El sistema es muy eficaz para condenar culpables, bastante inepto para absolver a inocentes y una calamidad para adivinar el futuro. Sin embargo, todo el empeño que pone para meter a la gente en la cárcel después se convierte en una prisa extraordinaria por sacarla. Las víctimas y los ciudadanos en general muchas veces no lo entienden. Yo tampoco.

—¿Ya sabe qué ofrece?

—Nos entrega al albanés de la reunión, a un par de socios de Eduardo buscados por robo con homicidio y nos pone en bandeja a la novia de Eduardo, Lea, por blanqueo de capitales y complicidad —recitó Fuentes.

—¿Al fiscal qué le parece?

—A mí me parece una mierda y se lo puede meter donde le quepa. ¿Cuento con usted?

—El criterio de Badía, que coincide con el mío, es el de hacer exactamente lo que usted diga —aclaré.

—Bien. Entonces estamos de acuerdo. *Let's go!*

Estaba claro que el pobre Fuentes no podía evitarlo.

Pasaron pocos días antes de la llamada de Gonzalo. Su voz parecía proceder de un planeta oscuro y lejano cuando me dijo que estaba por el centro de Barcelona y que le urgía verme. Eran las siete de la tarde y lo cité en el Gimlet de Santaló para que viera un poco de mundo. Era un bar atemporal que poseía algo tan escaso y valioso como la clase. Lo habían abierto antes de que yo naciera, en la época en la que dicen que Barcelona era alegre y bulliciosa y tenía los mejores locales del mundo. Entonces venían los americanos y los japoneses a sacarles fotos y publicarlas en las revistas de diseño. En alguno se llegó a ver a David Bowie, y hasta a Tina Turner, que, por alguna misteriosa razón había sido contratada para actuar en una fiesta del Partido Socialista. Para compensar, en el mismo Gimlet se dejaban caer de tanto en tanto Maradona y su extraño séquito, una mezcla de corte de los milagros y barra brava que hacía las delicias de los clientes más dipsómanos hasta que el dueño, un tipo amable pero con poca cintura, los echó de allí a patadas. Era una ciudad imposible de encontrar hoy, tan exótica como El Cairo o Chicago, si es que en esos sitios también tienen la manía de servir tapas en todas partes y es imposible tomar una copa sin oler a fritanga.

Cuando llegué, Gonzalo ya estaba allí, acodado a la barra y vestido de paisano, con esa elegancia desconjuntada propia de los hombres de acción. Vestía marcas de primera, pero las debía de haber comprado en un *outlet*, ya que era de esa gente que piensa que si de verdad has pagado el precio que piden por esa ropa es que eres imbécil. Las mangas del polo azul eran demasiado estrechas para sus bíceps y el corte de pelo juvenil contribuía a remarcar que estaba envejeciendo, pero se imponía a su entorno tanto como cuando iba de uniforme y con la Beretta 92 en la cintura. Tenía delante una bebida que parecía intacta.

—¿Un negroni? —pregunté.

—Ya ves.

—No te hacía tan sofisticado.

—He pedido lo que me ha dicho la camarera. Ya sabes que nosotros solo tomamos pacharán —respondió de mal humor.

—Tomaré lo mismo.

La *bartender* se alejó al otro extremo de la barra para preparar la bebida y nos dedicó ese tipo de sonrisa que las mujeres reservan para los ficus. Era una chica espigada de rasgos duros que componía una expresión aún más dura. Debía de estar más que harta de los ligones de barra y juzgaba a todos los hombres por igual. Le sobraban razones para ello.

Gonzalo ni siquiera hizo ademán de tenderme la mano. En su inmovilidad, parecía profundamente alterado.

—¿Qué querías? —dije.

—Quería hablarte de mí, pero antes tienes que saber otra cosa.

—¿Qué?

—La han matado —soltó Gonzalo—. Han matado a la viuda de Pascal. Esta mañana encontraron el cuerpo.

Quedé noqueado por la noticia y la imagen de Inés me vino a la memoria. En la tienda de empeños de Sagrada Familia, en el despacho y, por fin, despidiendo el pellejo de su difunto exmarido en uno de esos oficios fúnebres que van incluidos en las pólizas de entierro. Yo creía que, como les pasa a quienes han experimentado la muerte violenta de alguien muy próximo, Inés se marchitaría bajo la influencia de la sombra que proyectaba sobre su vida el asesinato de Pascal, pero nunca pensé en ella como un cadáver. Al recordarla me sentí como un mirón ante el escaparate de la tienda, como si hubiera sido testigo de algo que no debería haber visto y hubiera herido su frágil intimidad. Aunque no llegué a conocerla, pensé que sentía su muerte. Nunca pude saber si hubiéramos congeniado, pero creo que no, aunque solo fuera por su pésimo gusto a la hora de elegir abogados. No merecía acabar así. Miré a Gonzalo y pregunté:

—¿Cómo?, ¿quién?

—Quién no lo sé. —Dio un sorbo a su bebida y murmuró—: Todavía no lo sé, pero no ha sido pasional. Alguien quería saber algo y le ha estado preguntando. No sabría decirte si ha disfrutado con ello, aunque parece el trabajo de un profesional, no de un sádico. Hizo daño mientras le hizo falta, y podría haber seguido porque muchas zonas del cuerpo estaban intactas, pero paró y le puso fin a todo rápidamente. Quizá Pascal no pudo hablar, pero alguien no se resignó a que las cosas acabaran de aquella manera, sin bonus.

Lo dejé hablar, incapaz de intervenir. Quise sacarme de la boca el sabor amargo del negroni y bebí un sorbo de agua. Gonzalo siguió hablando, seco y funcionarial, como si leyera un informe proyectado en una pantalla que solo él podía ver.

—Afortunadamente los niños estaban en Francia con los abuelos —prosiguió—. Es difícil saber si les habrían hecho daño para engrasar su locuacidad. La encontraron en Llavaneres tumbada boca abajo en el jardín, sobre un parterre de hierba y flores, y tenía las manos atadas a la espalda con un alambre que se le clavaba en las muñecas. El cráneo estaba dañado y el impacto de algo contundente, posiblemente la culata de una pistola, le había ocasionado heridas a ambos lados, pero no eran golpes mortales. La mató un único disparo en la base de la nuca. Según los compañeros que estuvieron en la escena, tenía tierra incrustada en las rodillas y lo más

posible es que estuviera así, arrodillada, cuando la ejecutaron. Le habían roto la nariz y tenía moratones en las mejillas con la forma de los dedos de la mano; las mangas de la blusa estaban subidas y los antebrazos cubiertos de quemaduras de cigarrillo, pero no se la habían rasgado por delante ni había marcas en los pechos. No había llovido y, cuando llegaron los guardias, dijeron que aquello seguía oliendo a carne quemada.

—¿La agredieron sexualmente? —pregunté.

—No. Las bragas estaban en su sitio y no encontraron nada en el pubis. No había mordeduras, ni moretones ni escoriaciones y alguien le cerró los ojos cuando todo terminó. Las facciones estaban contraídas en una mueca de dolor, lo que no es de extrañar.

—¿Crees que la interrogaron y se les fue de las manos? —seguí preguntando.

—Creo que la interrogaron, llegaron hasta donde querían llegar y la mataron —continuó Gonzalo—. Había una caja fuerte en un altillo sobre el dormitorio y la habían abierto con la llave y la combinación. También había un único agujero en el jardín, en un lugar junto a la maquinaria de la piscina donde había una arqueta de cemento de más o menos un metro de largo y medio de ancho. El lugar ideal para ocultar algo como una caja o una maleta. Cavaron con una pala y luego volvieron a cubrir el agujero. Hasta lavaron la pala: no había ni una huella en el mango. Nada que ver con la vez anterior, después de la muerte de Pascal, cuando dejaron el césped como un colador.

—¿Y huellas en el cuerpo? —le pregunté.

—Creen que nada. Ya lo dirán los de la científica, pero no lo parece.

—Sí que parece que el único profesional que había en este asunto es justo el que no está en la cárcel —reflexioné.

—Eso quiere decir que el caso no está cerrado ni mucho menos —dijo Gonzalo.

Hablaba como si no sintiera nada —ni compasión, ni culpa, ni pena— por la mujer muerta. Nada en absoluto. Pero los dedos golpeaban obsesivamente el borde del vaso y sus ojos verdosos parecían pozos oscuros que irradiaban rabia.

—El caso de Pascal está más que cerrado con lo que hay. Nadie va a esperar para juntar las dos muertes en un mismo juicio. Esto abre un caso con una nueva víctima y un nuevo autor, o sea, que se te acumula la faena —dije.

—A mí no. ¿No sabes nada?

—¿Saber de qué?

—Estoy apartado de todas las investigaciones y suspendido de funciones —dijo—. Y toda la Unidad de Crimen Organizado de Sant Andreu está fuera del caso de la cocaína por orden del juzgado y de nuestro coronel. Hasta me han retirado el teléfono móvil profesional. Estoy jodido. Se habla de que van a acusarme por tráfico de drogas y siento el aliento de los de la Unidad de Asuntos Internos en el cogote.

Intenté encontrar algo apropiado que decirle sin mucho éxito.

—¡Joder, lo siento!

—Ya. Tuve que pedirte que defendieras a Sánchez, pero ahora vas a tener que ocuparte de mí. Tusquets ordenó una entrada y registro en nuestras dependencias del cuartel y se llevó hasta los ordenadores. Cuando nos entregó el oficio que lo ordenaba, vimos que la investigación estaba en secreto.

—Entonces es seguro que tienes el teléfono intervenido —dije.

—Te he dicho que se lo llevaron.

—Quiero decir el tuyo particular —le aclaré—. ¿O es que has comprado uno de esos con tarjeta prepago?

—No. Llevo el mío de siempre —dijo Gonzalo—. Es el que uso para hablar con mis padres en Lugo y para asuntos propios. Tienes razón. Seguro que está pinchado, y probablemente también lo esté el de Vanessa, así que ándate tú también con cuidado.

Me lanzó una mirada cargada de intención y me pregunté hasta qué punto estaría enterado de mis encuentros con Van. Opté por la vía más prudente y di por supuesto que conocía hasta el último detalle.

—Mis conversaciones con Van pueden publicarse en *La Vanguardia* —dije.

—Mejor en alguna publicación para adultos o en el Tinder —rezongó—. En cualquier caso, eso no es asunto mío. ¿Te harás cargo de la defensa? Dudo mucho que pueda pagarla, pero haré lo que pueda.

—No te preocupes. Me doy por pagado con la minuta de Sánchez —le respondí.

—Ya sabes que Sánchez es la clave, y que el fiscal no cree que nosotros tengamos nada que ver con el cambiazo de la cocaína.

—Lo sé. De momento, mientras la investigación del juzgado esté en secreto hay algunas cosas que podemos hacer, y vamos a hacerlas.

—¿Como qué? —preguntó Gonzalo.

—Te voy a pasar el guion de una llamada que vas a hacerme y en la que vamos a hablar de los hechos y a dar gracias a Dios por que sea una lumbrera como el juez Tusquets quien lleve el caso.

—¿Crees que eso servirá para algo? —se inquietó.

—No puedo estar seguro, pero la experiencia me dice que las entradas y registros van muy bien para que el juez encuentre lo que tú quieras que encuentre, y las observaciones telefónicas tres cuartos de lo mismo: que oiga lo que tú quieras que oiga.

—Trampas de picapleitos —resumió Gonzalo.

—Que te van a ir la mar de bien —lo animé yo.

A nuestra izquierda, en el extremo de la barra, un tipo calvo y pasado de kilos desplegaba sus dotes de seducción con la camarera. Gastaba una barba rubia mal recortada, tenía cara de comadreja y la expresión de un cerdo hozando en la mierda, aunque se parecía notablemente al actor Peter Ustinov haciendo de Nerón en *Quo vadis*. Vestía una sudadera con un emblema deportivo en el pecho y unos chinos amarrados por debajo de la tripa y su tono de voz era agudo

y resentido. El tipo no debía de saber que no hay nada más ridículo que un cuarentón disfrazado de adolescente y rebelándose contra el mundo cruel y estaba en ese punto de las copas, previo a la borrachera, en el que cualquier bocazas se cree un dandi. Cuando hablaba, partículas de saliva mezcladas con *gin tonic* salían de su boca y caían sobre la barra, iluminadas por la luz cenital de los focos.

—A mí el *gin tonic* me va muy bien para follar —enunció por enésima vez—. Me la pone como una roca. Es algo que seguro que quieres probar.

El rostro de la camarera parecía una efigie de marfil. Ella se desplazó al otro extremo y se situó frente a nosotros. El gordo siguió su desplazamiento y se puso a nuestras espaldas.

—¿Qué pasa, que prefieres hacértelo con tres? —soltó.

—No me hable en ese tono —pidió ella—. Me va a obligar a llamar a seguridad.

—Llama a quien te salga del coño. Soy un cliente que se gasta un montón de pasta y que lo único que hace es aguantar las insinuaciones de un putón. ¿O es que crees que no he visto cómo me mirabas?

En ese momento llamó nuestra atención poniéndonos las manos sobre el hombro. No sé si estaba buscando un poco de solidaridad masculina, pero fue lo que encontró. Gonzalo se giró lentamente, lo miró directamente a los ojos enrojecidos mientras se sacudía y le sacaba la mano de encima.

—Haga el favor de no molestar más a la señora y de no tocarme —dijo, con el tono de un sacristán en pleno rezo.

—Yo hago lo que me sale de las bolas. ¿Lo has entendido, pedazo de maricón?

—Yo lo he entendido. Y tú también lo vas a entender —respondió.

Gonzalo no dijo una palabra más, se bajó del taburete y se puso frente al tipo. Dio dos pasos atrás con las manos abiertas y le propinó una patada con todas sus fuerzas en la entrepierna. El tipo no emitió ningún sonido, aparte de una ráfaga apestosa de aire y saliva que salió de su boca mientras se desplomaba.

El empleado de seguridad llegó en ese momento, lo levantó por los sobacos y lo agarró para sacarlo del local.

—Sabes que es posible que nos denuncie —dije.

—No entiendo por qué. ¿Tú has visto algo? —preguntó Gonzalo a la camarera.

—Que se ha caído sin que nadie le pusiera un dedo encima —respondió.

—¿Y tú? —dijo, dirigiéndose al guardia de seguridad.

—Lo mismo que ella —replicó.

—Pues todos conformes.

—Tal vez te has pasado un poco —dijo ella.

—Es muy posible. Y lo lamento —dijo Gonzalo—. Pero mi prioridad era que lo lamentara él.

—¿Qué te debemos? —dije, aportando mi grano de arena a la escena.

—Nada —dijo ella.

—¿Invita la casa? —pregunté.

—No. Invito yo —repuso la joven.

Salimos a la calle Santaló con la seguridad de que había sido una de las veladas más animadas del Gimlet desde los tiempos de Maradona. Dos mujeres muy elegantes, sentadas a una de las mesas próximas a la puerta de cristal saludaron a Gonzalo con la punta de los dedos y una sonrisa. Estaban despidiéndose de los cuarenta, pero se veían con la mitad de años y el doble de guapas de lo que ellas creían.

Fuimos a buscar el coche entre la animación de las terrazas, un bloque de pisos verdoso y una entrada de *parking* tan fea que hacía que hasta Gaudí tuviera alguna gracia. Miré a Gonzalo buscando algún signo de alteración después de la trifulca. No lo había. Alguien podría haber dicho que daba unas caladas demasiado profundas al cigarrillo, pero poco más. Le hablé como debe hacer un abogado con su cliente, como si tuviera alguna idea de cuál era la estrategia correcta para su caso.

—Piensa que te están escuchando, pero no dejes de usar el teléfono que tienen pinchado. Que no puedan pensar ni por un momento que sospechas y te comunicas por otro canal. Obviamente, no les vas a explicar a tus padres el contenido de una investigación secreta, pero no te cortes cuando hables con otros guardias de la unidad. El mensaje siempre ha de ser que tienes plena confianza en el juez y en los de asuntos internos y que esto se va a aclarar en cuestión de días.

—Está claro —dijo—. ¿Hablo también con mis amigos de *mossos*?

—¿Lo haces frecuentemente?

—No. Más que nada, algún mensaje de WhatsApp con chorradas. Memes de fútbol y cosas así —me explicó.

—Pues sigue igual, pero no sobreactúes. Procura no parecer un policía de serie española, de esos amargados y que sueltan dos tacos en cada frase —dije.

—Pues tú podrías pasar por el abogado de una de esas series. Una especie de sabelotodo que odia a la policía.

—Está claro que tus encuentros con abogados han sido algo insatisfactorios —le dije.

—Juzga tú mismo: eres el abogado en quien más confío.

—Creo que eso se debe a que no has conocido a suficientes —valoré.

—Yo creo que se debe a que he conocido demasiados.

XII

El despacho de Portela estaba en la calle Bruc, cerca del mercado de la Concepción. El mercado era un hermoso edificio modernista de estructura metálica que pertenecía a la época de Eiffel, Les Halles de París y La Boquería. De cuando la funcionalidad no estaba reñida con un cierto sentido de la armonía y se podía comprar un besugo sin que te estrujasen las legiones de cruceristas que paseaban entre los puestos y engullían unos vasos de plástico con zumos de tonalidades radioactivas. Eso si no masticaban una especie de macedonias de fruta mustia que los tenderos habían conseguido hacer pasar por un producto típico local. Los bajos en la calle Valencia estaban colonizados por una tienda de flores y plantas que, cuando la policía municipal bajaba la guardia, se convertía en una especie de jungla tropical que invadía las aceras. Entre ficus y limoneros enanos los consabidos mendigos exhibían carteles sospechosamente idénticos con sus catálogos de enfermedades y los detalles de su prole mientras, de tanto en tanto, se levantaban para fumar y consultar sus teléfonos móviles.

La doble puerta blanca de la entrada al edificio de Portela estaba abierta. Tras una mesa en la que no cabría ni un tablero de parchís, un hombre delgado vestido con el mismo uniforme que los empleados de los servicios funerarios del ayuntamiento me dio las buenas tardes y me indicó el piso donde estaba el despacho. Su mirada me acompañó con tristeza mientras iba hacia el ascensor. Como si supiera que lo más probable era que no volviera.

Llamé al timbre y sonó el zumbido del dispositivo de apertura. Frente a la puerta se extendía un mostrador de madera oscura con dos puestos de trabajo vacíos y una centralita telefónica de los tiempos de Nino Bravo. A la izquierda del mostrador, junto a la pared, había un gran escritorio y detrás de este una mujer en la cincuentena que conservaba algo más que los vestigios de una belleza que debió de ser notable y que iba vestida como en un catálogo de modas. Llevaba una camisa de color burdeos de refinada elegancia y un collar de perlas que tenían toda la pinta de ser auténticas. El cabello le caía sobre los hombros y era de ese color rubio con mechas que tanto han popularizado las políticas españolas de los últimos tiempos. No parecía aficionada a los cosméticos, o tenía una extraordinaria aptitud para aplicarlos sin que se notara, y su voz sonaba autoritaria y áspera como la de un fumador fatigado. Justo como las voces que me gustan.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —me preguntó.

—Vengo a ver al señor Portela —contesté.

—¿Padre o hijo?

—Supongo que padre. No sabía que hubiera un Portela hijo —repuse.

—Ha habido un Portela hijo desde hace generaciones. Yo diría que desde Adán —replicó ella.

—Tiene razón. Que sea el padre, pues.

—¿Tenía usted hora concertada?

La verdad es que ya empezaba a estar harto de que me hiciera sentir como un recluta de Clint Eastwood en *El sargento de hierro*.

—Usted sabrá. Vengo porque me lo ha pedido el propio señor Portela y porque, como es un colegiado más antiguo, era yo quien tenía que venir a su despacho.

—Ah, es usted —dijo, como si acabara de descubrir la penicilina.

—Eso me temo.

—Ahora mismo lo recibirá. Disculpe, pero es que estamos desbordados de trabajo y no aceptamos nuevos asuntos. Por eso le preguntaba.

Y lo que yo me preguntaba era por dónde andarían todos esos asuntos que tenían a Portela tan ocupado en aquel despacho vacío y silencioso.

Sonó el teléfono y ella escuchó lo que le decían con expresión compungida.

—Lo acompaño.

—La sigo.

Y la seguí, observando que llevaba medias negras con costura —algo que no veía desde alguna vieja película de Joan Crawford—, por un pasillo que acaso hubiese sido blanco en otros tiempos, entre estanterías repletas de papeles que parecían llevar ahí desde el asesinato de Prim. Incluso había enormes pilas sobre la moqueta grisácea, en las mesas vacías y en la cocina junto a la cafetera: una moderna y reluciente Krups que llamaba tanto la atención como un bidé en el Medievo. Estaba claro que Portela no era un entusiasta de la digitalización documental y que en su despacho el uso del ordenador era tenido por caprichoso. Y que le gustaba el café.

Al superar el recodo del pasillo se veía la puerta abierta de su oficina y a Portela aguardando de pie en el umbral. Vestía un traje de cheviot gris que daba calor solo con mirarlo, una camisa blanca y una corbata de seda granate y se lo veía muy animado. De fondo sonaba música de ópera («Nessun dorma») y él sostenía entre los dedos de la mano derecha un habano descomunal. Solo le faltaba una chistera para parecer un capitalista de tebeo. Me tendió la mano para saludarme y sonrió de oreja a oreja.

—Gracias por venir, joven colega. Me hubiera desplazado con mucho gusto a tu despacho, pero agradezco ver que aún hay compañeros que respetan las viejas tradiciones.

—Es un placer. Lo que no sabía es que tu hijo trabajara contigo.

—Así es. Tal y como yo trabajé con mi padre. La pena es que a ninguno de los tres nos ha gustado el diseño de interiores —dijo, mirando a su alrededor.

Cerró la puerta a mi espalda y esperó a que me sentase al otro lado de su mesa. Abrió con todo el ceremonial imaginable una caja de Montecristo del número dos y me la ofreció con ademán principesco.

—Gracias, pero si no te importa prefiero un cigarrillo.

—Por supuesto, fuma cuanto quieras. Estás en un territorio al margen de las leyes de los hombres.

El despacho era grande, con suelo de mosaico y unos dobles ventanales que daban a las copas de los plátanos de la calle Bruc. Junto a ellos se veía una inmensa pajarera de un metal que una vez fue dorado en cuyo interior se dedicaba a picotear una manzana una cacatúa gris con cresta amarilla. Portela la miró con expresión arrobada y el bicho giró sin contemplaciones hasta darnos la espalda.

—Este es Robespierre, un tribuno del pueblo como su amo. Dicho sea con toda la modestia.

—¿Qué se te ofrece? —dije.

—Poca cosa. Tener un cambio de impresiones que pueda ser beneficioso para ambos.

—Te escucho.

—Como sabes de sobra —empezó a contar Portela—, la situación de mis clientes, Eduardo y su sobrino, es poco menos que crítica. Me dirás, y tendrás razón si lo haces, que eso es lo que le pasa a la gente que va facturando a sus semejantes al más allá y, además, se toma la molestia de dejar pruebas irrefutables en su contra al alcance de la policía —declamó.

—Efectivamente. Te diré exactamente eso.

—El caso es que tengo una línea de defensa que no te perjudica para nada, que a mis dos patrocinados puede irles más o menos bien y que a tu cliente, el distinguido Badía, a no ser que tenga un afán vengativo que no le supongo, le puede venir de perlas. Ya sabes que la semana que viene empieza la selección del jurado para el juicio y, si lo que expongo es de tu interés, deberíamos proceder con agilidad —dijo Portela, entrando en materia.

—Sigo escuchando.

—No me preguntes cómo, pero sé que Segarra se ha movido para conseguir un acuerdo para Prat. Mis clientes se imaginan qué es lo que puede ofrecer para ganarse algo de clemencia y están dispuestos a superar su oferta. Prat puede tener alguna idea de quién es la persona que falta, y sobre la que ahora se ciernen ominosas sombras, y sospechar cómo dar con ella, pero Eduardo lo sabe de primera mano y está en condiciones de garantizar el éxito de la captura.

—Y a cambio...

Dejé la frase en el aire. Me asaltó la sensación de que sabía qué me iba a pedir y por qué.

Portela permaneció prácticamente inmóvil mientras veía crecer la ceniza blanca del cigarro y lo iba girando entre los dedos con extrema delicadeza. Por fin habló.

—No hace falta que te diga que he preparado una defensa. No es una maravilla, pero tiene aspectos que pueden funcionar. Jurídicamente, podría discutir la intención de matar. Mis clientes querían dar un escarmiento, que es lo que les encargaron, pero las cosas se salieron de madre y acabaron en un homicidio imprudente.

—Para ello tendrían que invalidar la grabación —opuse.

—Claro, pero ya tengo una pericial en ese sentido. Un magnífico técnico de sonido que está

dispuesto a jurar que no es la voz de Eduardo la que se oye en la cinta.

—¿Y la confesión? —pregunté.

—Torturas por parte de una unidad de policía tan sospechosa que ahora mismo está apartada de funciones por un presunto caso de corrupción.

—Tú sabes que eso de la corrupción es mentira.

—Yo puedo saber lo que tú quieras —replicó Portela—, pero es un dato oficial que consta en un documento judicial que no he inventado yo. Por supuesto que lo usaré. Para este caso y para cualquier otro caso donde hayan intervenido y existan sospechas de comportamiento irregular.

—No veo qué puede importarle todo eso a mi cliente.

—Después de la triste muerte de la mujer de Pascal no creo que haya nadie en el mundo más interesado en que capturen al autor que Badía —dijo Portela.

—¿Porque puede estar en peligro? —insinué.

—No sé. Se lo preguntaré a Eduardo, si quieres —soltó Portela—. Eduardo tiene el máximo interés en evitarle a Badía cualquier percance, pues le tomó un cierto cariño, tal como es de ver en las grabaciones que el propio Badía realizó. Además, y por circunstancias que soy el primero en lamentar, ahora resulta que la única acusación que queda al margen del fiscal es él. El juzgado ha ofrecido a los padres de Pascal seguir con la acusación en nombre de los hijos, pero no quieren saber nada. Eso ha hecho subir el valor de cualquier acuerdo contigo varios enteros. Es evidente que también estoy ofreciendo mi colaboración al fiscal en términos similares, aunque no idénticos, a los que te ofrezco a ti —dijo Portela para terminar.

—¿Y la diferencia está en...? —pregunté.

—En que mi cliente, un hombre cuyas acciones en general son muy de lamentar, sigue sosteniendo que el incitador de todo lo que pasó fue Badía. Que utilizó a un tonto útil como Prat, por supuesto, pero que siempre estuvo detrás.

—Eso, sin pruebas, no vale nada —afirmé, cada vez más indignado.

—No vale mucho —convino Portela—, pero hace daño. Y la defensa de Eduardo y Jefferson va a ser la misma con la comprensión de Badía o sin ella. Si lo miras desde este punto de vista, mis clientes no solo no están restringiendo las opciones de Badía, sino que las están ampliando.

El olor del humo del habano empezó a molestarme y me entraron ganas de estrangular a la cacatúa. Ella me miró con sus ojos como botones negros dejando claro que el sentimiento era mutuo.

—Imagino que lo que quiere Eduardo es una beligerancia nula y que, como mucho, me limite a dejar hacer al fiscal —aventuré.

—Quiere algo más, pero no está en tu mano. Quiere inmunidad para su novia.

—Es un sentimental.

—Sí. Su ídolo es Michael Bublé. Sobre este tema ya hablaré con Fuentes —dijo.

—Te deseo suerte.

—No creas, mi inglés ha mejorado mucho.

Hizo una pausa y sonrió benévolamente, como el tiburón Bruce de *Buscando a Nemo*.

—Estamos hablando de gente peligrosa, y de la tranquilidad de Badía. Mi cliente es de esa clase de personas capaces de hacer daño tan solo por dinero. Cabe imaginar de lo que son capaces si, además, tienen una motivación personal.

—¿Ha amenazado a Badía? —pregunté.

—Como sabes, somos abogados y nuestros clientes esperan de nosotros un cierto grado de discreción. Yo no digo nada de Eduardo, otra cosa es lo que profesionales inteligentes puedan imaginar y la clase de consejos que la prudencia les inspire.

—Está claro. Hablaré con Badía. ¿Puedo comentarle todo lo que me has dicho?

—Por supuesto —respondió Portela—. Aunque me reservo el derecho a jurar que nunca lo dije, para el caso improbable de que ello fuera necesario.

Se levantó de la mesa, se acercó a la puerta y la abrió. Estaba claro que la reunión había terminado. Me tendió la mano otra vez.

—Ha sido un placer verte. Cuento con que me digas algo después de hablar con Badía y Fuentes.

Iba a añadir algo, pero la puerta se cerró a la misma velocidad a la que su sonrisa había desaparecido. Lo dejé allí con sus montones de papel y el aroma a tabaco. Algo del polvo y del olor vinieron conmigo. Definitivamente, la reunión con Portela no había mejorado en exceso mi paz mental.

Fernando me llamó desde la fiscalía antidroga avanzando que Tusquets le había hecho caso e iba a dejar a Sánchez en libertad. Como era costumbre de la casa, el juez no iba a decir en su resolución que concedía la libertad atendiendo mi petición y a la vista de mis doctos argumentos. Dejaría bien claro que había llegado a esa conclusión por sí solo, sin que ningún abogado del tres al cuatro lo aburriera con doctrinas y sentencias que él conocía mejor que nadie. Gracias a Fernando podía visitar a Sánchez antes de que lo soltaran y atribuirme un éxito que, a fin de cuentas, era mío en buena parte.

La orden de libertad iba a enviarse a Brians por fax a mediodía. No dejaba de sorprenderme que alguien utilizara el fax todavía, y aún más que ese alguien fuera la administración de justicia, pero en este caso lo obsoleto del método jugaba a mi favor. Ni siquiera terminé el café y salí disparado para Brians. De repente, tenía la sensación de que el tiempo corría demasiado deprisa.

Tomé la Diagonal hasta la B-23, el tramo bueno de acceso a la ciudad, con vistas al Club de Polo y a algún hotel de lujo de cuya quiebra hacía ya años. Luego seguí por la E-90 en dirección sur hasta llegar a Martorell y de ahí al polígono industrial de Sant Esteve Sesrovires, el pueblo de la cantante Rosalía y de la campeona de boxeo Tania Álvarez, dotado por esas hijas ilustres de un innegable glamur. Pasé por delante de la gran fábrica de afiladoras Vollmer y tomé la carretera de Can Brians. El paisaje estaba salpicado de naves de todos los tamaños, talleres,

estaciones de servicio y solares vacíos. Alguna especie de pudor administrativo hacía que los indicadores del camino a la prisión fueran tan discretos que era casi imposible verlos, y el único mensaje que daba el navegador del coche al dejar la carretera principal era el de «Cuando pueda, haga un cambio de sentido». Llegué sin problemas al amplio aparcamiento principal. Sin duda, la empresa con apariencia más próspera de la comarca era el presidio.

Sánchez llegó pronto al locutorio. En esta ocasión llevaba un chándal negro de Balenciaga con bandas blancas longitudinales en las mangas y el anagrama de Adidas en medio del pecho. Parecía la vestimenta ideal para cualquier actividad que no implicara el menor ejercicio físico, pero le quedaba estupendamente, lo cual, dado que costaba unos cinco mil euros, tampoco era de extrañar. Me sonrió con la mitad de la boca, aplastó la palma de la mano contra el cristal para que se la chocara y cogió el auricular del intercomunicador. Hoy en día, la única manera de ponerse en la oreja algo parecido a un teléfono convencional es ir a comunicar a la cárcel.

—Hoy no saca la libreta —observó.

—Hoy vengo a darle buenas noticias y me las sé de memoria —respondí.

Su expresión se alteró, aunque solo un poco, o al menos la mueca de indiferencia se atenuó ligeramente.

—Hoy sale. A lo largo de la tarde llegará la notificación del juzgado. No sé cuánto tiempo llevará, pero seguro que esta noche duerme en casa.

La impavidez había desaparecido por completo. Ahora Sánchez parecía incapaz de poner cara de póquer y lanzarle al mundo una mirada retadora.

—Gracias, *crack*. Estaba hasta los huevos de chupar talego. ¡Tutéame, hombre!

—De acuerdo. Pues se te ve bien. Aunque no sé si es muy prudente pasearse por aquí con ropa como esta —dije.

—Tú sabes de leyes, pero de cómo funciona la cárcel no tienes ni idea.

—No creas, tengo buenos amigos aquí dentro. A ambos lados de la ley.

—Entonces no te extrañará que yo también los tenga —dijo Sánchez—. Hay gente que me debe favores, que ha hecho negocios conmigo y piensa seguir haciéndolos, y que no se tomaría a bien cualquier menoscabo de mi integridad física. Claro que también puede haber algún zumbado incontrolable, pero esos valoran la posibilidad de fumarse un canuto por encima de todo. De mí se podrán decir muchas cosas, pero no que no practique la caridad.

Parecía que lo tenía todo bajo control, pero bajo la dureza se percibía cierta fragilidad. Su andamiaje mantenía un peligroso equilibrio entre traficantes al por mayor, su propio negocio minorista y la colaboración con la policía. Había visto funambulistas en posiciones más seguras que la suya. Normalmente, siento tanta simpatía por los traficantes de drogas como por las hienas, aunque simpatizo aún menos con los cretinos que un buen día las prohibieron y crearon un problema criminal donde no lo había. Al mismo tiempo, fomentaron un negocio estratosférico para cualquier empresario que decidiera correr riesgos y saltarse la prohibición. La droga era el producto capitalista por excelencia, el sueño de cualquier mercader: los clientes acudían de

rodillas suplicando que les vendieran sin que importara la calidad o el precio. De paso, hasta se les podía pedir una mamada.

Sánchez era uno de esos, y que a la policía le interesara mantenerlo en circulación y protegerlo no lo hacía mucho mejor. Era algo que hablaba más del tipo de sociedad que tenemos que del propio Sánchez. Sin embargo, tenía una cierta clase y, a su peculiar manera, era un hombre de honor. Era un soplón, pero tenía su propio código de conducta y sus principios, y si no resultaba demasiado costoso se atenía a ellos, como cualquiera de nosotros.

—¿Sabes que han jodido a Gonzalo?

—Sí. A Gonzalo y los suyos, a cuatro *mossos* y a tres de la policía nacional —recitó—. Están viendo fantasmas donde no los hay. El juez sigue la teoría de que fueron los maderos quienes se quedaron la droga cuando la explicación es mucho más sencilla. Los chechenos timaron a los gitanos y les colaron nueve kilos ful entre el perico. Todo lo demás es *fer volar coloms*, como decimos en Cataluña.

—¿No es muy raro que alguien se atreva a estafar al comprador en esta clase de negocios? —pregunté.

—Era muy raro antes, cuando aquí éramos los de siempre con algún gallego, gitanos, moros y los de los países hermanos de Latinoamérica. Esta gente del este es otra película. Son tipos que proceden del ejército, de los cuerpos especiales y de la policía y que, como mínimo, han pasado por Turquía, Grecia e Italia liándola parda. Llevan los asuntos de las putas con mano de hierro, hasta el punto de que los macarras locales parecen la virgen de Montserrat. La verdad es que da pena de las pobres fulanas que caen en sus manos. Usan armas largas con la facilidad con que tú y yo nos tomamos un cortado y hay que andar con muchísimo cuidado con ellos.

—Pero tú les has jodido —apunté.

—No pueden saberlo. Por eso necesito toda la cobertura policial posible y por eso me ha parecido bien pasarme aquí un par de meses, pero la broma ya está durando demasiado. Por suerte puedo ver las retransmisiones de *castellers* en la TV3, es mi único consuelo.

—¿Te han vuelto a amenazar?

—No. Todo está controlado —afirmó—. Esta noche voy a pinchar música en mi club y a echar un polvo en condiciones, que no he tenido sexo desde que entré aquí.

—¿No te beneficias del vis a vis?

—Si quieres que te diga la verdad, la idea de follar en la cárcel me da asco.

Se incorporó lentamente y volvió a posar las palmas de las manos sobre el cristal. Cuando las retiró habían quedado marcas de humedad y, de repente, no parecía tan seguro. Si creía que lo tenía todo controlado se equivocaba. Nadie lo tiene todo controlado y los únicos diagnósticos certeros son los que se hacen a toro pasado.

Mientras tanto va muriendo gente.

Llamé a Lola y le di los datos para que preparara la factura de Sánchez. Estaba acostumbrada a las minutas elevadas, pero cuando le canté el importe silbó entre dientes.

—Te van a poner en el cuadro de honor como en el McDonalds: «Abogado del mes» —rio.

—Es lo que tiene el estudio y el trabajo honrado y abnegado, que acaba por dar sus frutos. La oración también ayuda.

—Yo también estudio, trabajo y rezo, y no hay manera —replicó.

—Entonces es que te falta suerte.

—Al final todo se reduce a eso —resopló.

Le dije que llamara a Badía y le propusiera que almorzáramos juntos. Incluso le sugerí el restaurante: el Gorría de la calle Diputación, un clásico de la cocina tradicional vasco-navarra que evitaría que acabáramos comiendo una esferificación de tonterías en cualquiera de esos establecimientos de la zona alta decorados como un salón de peluquería. Badía envió un mensaje a mi teléfono anunciando que estaría allí a las dos y media. Calculé que llegaría antes a rastras que en coche o en taxi gracias a las *superilles* y el celo municipal por la preservación del planeta y decidí tomar el metro.

Era la línea que llevaba hasta la plaza de toros Monumental, un lugar que, como es habitual en Barcelona, valía para cualquier uso, excepto para aquel para el que fue construido. Hacía años que las autoridades autonómicas habían prohibido las corridas de toros, lo que me parecía una excelente idea. Valoro más la vida de cualquier cuadrúpedo inofensivo que las de mis congéneres, y las excusas culturales en defensa de la fiesta nacional no me convencen lo más mínimo. El que a Picasso y a Hemingway les gustara es más bien un sólido argumento en contra, y que Lluís Companys fuera un gran aficionado aún pone las cosas peor. En realidad, lo único que me molestaba de la prohibición de las corridas era la gente que las había prohibido y el mal trago de tener que darles la razón en algo. Esperaba que la campaña contra el *foie gras* tuviera el mismo éxito: las ocas me recordaban los países nórdicos y los cuentos de Selma Lagerlöf que tuve que leer en el colegio, unos tostones aburridísimos sobre niños que recorren Suecia a lomos de un ganso.

Advertido de las costumbres locales, me pasé la billetera al bolsillo delantero del pantalón y entré en el vagón. Allí me dediqué a observar atentamente a los pasajeros, cosa que años atrás me hubiera supuesto algún improperio, incluso una trifulca, pero no ahora cuando todo el mundo contemplaba con adoración la pantalla de su teléfono. Los más amables usaban auriculares, los demás obsequiaban a sus semejantes con el TikTok a todo volumen. Afortunadamente, se imponía sobre el fragor de todos ellos una mujer de aspecto simpático que recorría el vagón arrastrando un potente amplificador y cantando con sentimiento viejas canciones de Mari Trini.

Un joven negro, alto y guapo, vestido con esas prendas deportivas anchas que usan los cantantes de *hip hop*, hacía lo mismo que yo y pasaba a intervalos regulares una mirada atenta sobre la gente sin detenerla en exceso en nadie. Parecía que sus ojos brillantes proyectaban sobre ellos una luz, como el haz de un faro sobre la superficie del mar. Al final, nuestras miradas coincidieron y nos sonreímos como dos amigos que se encuentran en un lugar extraño sin

pretenderlo. Le hice un gesto con la mano y me lo devolvió. Bajé en mi parada, pero podría haber seguido mirándolo hasta el final del trayecto.

Badía ya estaba en la terraza del Gorría cuando llegué. Llevaba puestas unas gafas de sol y, como siempre, salvo en los entierros, vestía con ropa informal pero cara. Fumaba con expresión reconcentrada cuando me vio y me tendió la mano sin levantarse. A dos mesas de distancia se hallaba Borja, su guardaespaldas, que parecía mucho más grande que la última vez que lo vi y que no dio el menor signo de haberme reconocido. Tomé asiento junto a Badía, decidí que me daba igual tener la cabeza clara y pedí un Campari con soda. Badía elevó las cejas.

—Hacía años que no veía a nadie pedir esa bebida. Es muy de Marcello Mastroianni y la *dolce vita* —dijo.

—A mi padre le gustaba, como la canción «Volare» cantada por Dean Martin —dije.

—Tu padre era un hombre de buen gusto.

—También le gustaba Jordi Pujol. Nadie es perfecto.

—Borja ya ha mirado dentro. Todo está correcto y la mesa preparada. Él esperará aquí fuera, controlando —dijo Badía.

—Vamos cuando quieras.

—¿Te gusta este sitio? —preguntó.

Parecía extrañado, como si comer en un lugar donde la descripción de cada plato no ocupa tres líneas en la carta fuera una rareza.

—Me encanta. Es serio, fiable y honesto. La comida es de primera, las botellas de vino no valen lo mismo que un coche pequeño y los camareros se jubilan aquí, lo que habla de una política laboral mejor que la de un campo de trabajos forzados a orillas del Misisipi, que es lo que prima en otros restaurantes.

—Te veo muy socialista. ¿Jamón de Jabugo y unas habitas con calamares de la costa?

—Por supuesto.

—¿Y un chuletón?

—¿No será mucho? —dudé.

—Podemos pedir uno pequeño —replicó él.

—Eso es una *contradictio in terminis*.

—¿Qué?

—Nada. Uno de esos latinajos que enseñaban en la Facultad de Derecho junto con unas clases prácticas que hacían que el asesinato y el suicidio parecieran una buena idea —le aclaré.

—He de reconocer que a mí también me gustan este tipo de restaurantes —dijo él—, pero siempre acabo en los otros. La verdad es que cuando voy por el sexto servicio ya me he olvidado de lo que había comido antes.

—Eso es porque a esas alturas ya estás borracho con el maridaje de vinos y te has zampado hasta las migas de pan que caen en el mantel.

Comimos mientras le ponía al día de mis idas y venidas y daba cuenta de un vino excelente

cuyo precio yo nunca habría pagado. No vi a ningún conocido en las mesas próximas, lo que me ratificó como un apasionado defensor del lugar. Los parroquianos semejaban personajes de algún pintor del barroco flamenco, burgueses sonrosados, discretos y de buen humor. Badía parecía abstraído, como si escuchara una voz distante superpuesta a la mía que le impidiera prestarme toda su atención. Su mirada se fijaba en algún punto por encima de mis hombros y tenía los ojos apagados y vidriosos.

Levantó un dedo para interrumpirme y preguntó:

—¿El fiscal estará dispuesto a entrar en tratos con esa gente?

—Hasta ahora no, aunque no sé si la muerte de Inés y la información que puedan aportar Prat o Eduardo lo harán cambiar de opinión —respondí—. Tengo que volver a hablar con él al respecto, y para eso tengo que saber cómo lo ves.

—La muerte de Inés... —susurró—. Hace días que no puedo dormir pensando en ella. Pobre chica, supongo que el siguiente seré yo.

—No tiene por qué ser así —tercié yo—. Quien lo haya hecho ha corrido un riesgo extraordinario y la policía te tiene vigilado las veinticuatro horas. Sin contar a Borja, que no parece manco.

—¿Esos pactos son posibles? —quiso saber Badía.

—Hasta cierto punto —le aseguré—. Nadie puede evitar que les caiga una buena condena, pero las consecuencias se pueden modular en cierta medida según el acuerdo a que se llegue con las acusaciones. Excepto, tal vez, al portorriqueño, a todos les van a caer unos cuantos años de prisión, pero la cifra total se puede reducir. Por ejemplo, con una atenuante de colaboración con la justicia. Y una colaboración que implicara la captura del asesino de Inés el fiscal la podría considerar valiosa. Lo que ocurre es que parece que Eduardo está en mejores condiciones para negociar eso que Prat.

—Su abogado debe ser muy hábil, si ha conseguido convencerte —dijo.

—Lo es. Pero podría haberlo hecho un abogado de los que se sacan el máster en línea en una de esas universidades domiciliadas en un bloque de apartamentos de Miami. Todo depende de si lo que tiene lleva o no al asesino.

—¿Esas componendas son legales?

—Absolutamente —afirmé—. Son los mecanismos extrajudiciales del sistema, ruedecillas que hacen que las cosas funcionen medianamente. Una especie de tribunales paralelos en los que se llega a acuerdos y, cuando conviene, se hace la vista gorda para conseguir un bien mayor. En este caso, esclarecer otro crimen.

—Ese es un punto de vista muy pragmático —reflexionó Badía—. ¿Tú lo ves bien? ¿Los fiscales lo ven bien? ¿O es que no os interesa la verdad y la justicia?

—No sé lo que piensa el fiscal, aunque me imagino que algo parecido, pero a mí, cuando estoy trabajando, la verdad no me importa lo más mínimo. La dejo para casa, para cuando me

indigno en el sofá. Cuando entro en materia lo único que tengo que hacer es defender el interés de mi cliente.

—¿Aunque sea culpable? —preguntó.

—Especialmente si es culpable —le dije—. Entiéndeme, siempre puedo negarme a defender un caso (puedo permitírmelo), pero si lo defiendo, he de defender la posición de mi cliente hasta el final. ¿Que es culpable?; seamos serios, por favor: eso es trabajo del juez. Sobre todo, en un mundo en el que no se trata tanto de encontrar la verdad como de encontrar una verdad que satisfaga más o menos a las partes implicadas. En un mundo donde lo único cierto es que todo el mundo miente.

—¿Y los muertos? —preguntó Badía.

—Solo ellos conocen la verdad y ya no les importa gran cosa.

Badía hizo una mueca, como si estuviera oliendo un pedazo de mierda.

—Dices que las cosas pintan mejor para Eduardo que para Prat...

—Eso parece.

—¿Y qué nos ofrecía Prat a cambio? —quiso saber él.

—No decir nada contra ti, lo mismo que Eduardo —le aclaré—. Pero eso no vale nada.

—Tú lo has dicho. No vale nada.

—Entonces ¿qué quieres que haga? —pregunté.

—Lo que te parezca y lo que le parezca al fiscal, siempre que creas que es lo mejor para mí.

—Tal vez sea lo más prudente —respondí.

—Está claro que eres de los precavidos —sentenció él.

—Me consta que eso no le hace daño a nadie.

Badía parecía nervioso y empezó a juguetear con el paquete de tabaco.

—Vamos a fuera a fumar —dijo.

—De acuerdo.

Pagó la cuenta y salimos a la calle Diputación. Nos plantamos junto a uno de los ceniceros de la terraza y encendimos los cigarrillos.

—Me es igual que cumplan quince o veinte años —dijo—, lo que no quiero es que luego vengan a por mí. O que envíen a alguien como el que anda suelto. Si un poco de vista gorda es útil para que lo atrapen, me doy por contento. Hubiera preferido que la opción se presentara antes, cuando eso podía haber ayudado a Inés.

Le dije que lo haría lo mejor posible, pero no pareció impresionado. Calló, aspiró una profunda bocanada y dio el encuentro por acabado. Borja se acercó a nosotros a la vez que el aparcacoches detenía el inmenso Audi de Badía ante la entrada. Se ofreció a llevarme, pero preferí caminar. El sol se desparramaba hacia el oeste y alargaba las sombras de los transeúntes. Pasé por delante del centro de servicios sociales de la antigua carretera de Horta, donde los necesitados de toda la vida hacían cola junto con los recién llegados a la pobreza. Todos buscaban raciones de comida para llevar, pero unos ya se habían acostumbrado a la miseria y los

otros la sentían como algo que debían ocultar mientras les quedara un gramo de esperanza. Más arriba las calles estaban sembradas de basura y media docena de autocares hacían sonar los intermitentes dando vueltas en las proximidades de la Sagrada Familia. Pensaba que la habían vendido, pero seguía allí. No puede uno creerse todo lo que oye en las noticias.

XIII

Portela tenía razón. Había que profundizar en el estudio de la lengua inglesa para usarla, al menos, con la misma soltura que Fuentes.

Cogí un viejo ejemplar de la *New York Review of Books* que no acumulaba polvo porque Irsa pasaba el aspirador hasta por el techo y me centré en los anuncios clasificados personales. Eran lo que más me gustaba de una publicación en la que abundaban los ensayos literarios petulantes y esos artículos para los que se inventó el término «corrección política». Hubo una época en la que incluso llegué a estar suscrito, pero eso era cuando leía libros y creía que podía encontrar algo parecido a una respuesta en ellos.

Con los anuncios por palabras se abrían mundos nuevos, atisbos de vidas que podrían ser vividas después de dejarlo todo atrás. Me preguntaba cómo sería aquella profesora de Harvard de cincuenta años que se definía como hermosa, culta, deportista, amante de los perros y propietaria de un apartamento en Manhattan y una casa en la Toscana. O la viuda de Wyoming que se dedicaba a restaurar obras de arte y buscaba un compañero de hasta setenta años, funcional sexualmente, para dar largos paseos por el parque nacional de Yellowstone, el mismo donde habita el oso Yogui. Casi podía imaginarme al que se presentaba como un editor de Portland, amante de la pesca con caña y los poemas de Eliot: un intelectual pueblerino con pluma y gafas de carey salido de algún cuento cruel de Stephen King. Seguí fantaseando con ellos un rato, cambiando de edad y de sexo según el anunciante y sintiéndome un gigoló global sin salir de casa.

Está claro que quien se aburre es porque quiere y que todos aquellos libros que me recomendaban Poch y Navarro eran más útiles para calzar muebles que para sentir el pálpito de otras almas, cosa que se lograba mucho mejor con los clasificados. La última novela que me obligaron a leer era sobre un tipo de Nueva Jersey que se dedica a hacerse pajas y a matar gente por cuenta de la mafia. Curiosamente, el autor ponía más acción en las pajas que en los asesinatos, tal vez porque con las pajas sí sabía de qué hablaba.

Fuentes no me había llamado, por lo que todavía debía de estar consultando con sus superiores y la policía la posibilidad de cerrar el trato. Por el momento, las investigaciones sobre la muerte de Inés no habían dado el menor resultado. No se encontró ADN y ningún vecino había visto nada en los alrededores de la casa de Llavaneres, lo que tampoco era de extrañar. Se trataba de una construcción de dos plantas que se alzaba en la parte más alta de una urbanización de lujo. Una pendiente cubierta de césped descendía por el jardín hasta el borde de una piscina sin

fin de mármol blanco y una vista despejada de las copas de los árboles de la ladera y el mar. Tenía muros de dos metros de altura a ambos lados para preservar la intimidad y setos de ciprés aún más altos que los muros. Parecía diseñada por el sindicato de esbirros como casa modelo para cometer un crimen discreto. La Guardia Civil había removido todos los avisperos balcánicos a partir de los conocidos y parientes de Lea, la novia de Eduardo, sin ningún resultado y las cámaras de seguridad de la fábrica y el almacén de Prat ganaron el premio a los dispositivos más ineficientes de su especie. Los teléfonos tampoco ayudaron: aunque se enviaron requerimientos a las compañías telefónicas para obtener listas de llamadas de hacía más de un año, las respuestas fueron descorazonadoramente concretas. En el mundo de las nubes y la más sofisticada tecnología era imposible encontrar datos de más de seis meses de antigüedad. Por decirlo en pocas palabras, si algún caso había estado alguna vez necesitado de un chivatazo, era este.

Ya había oscurecido cuando me enfundé un chándal mucho más barato que los de Sánchez y salí a correr. Sujeté el teléfono al brazo, puse un billete de diez euros en el bolsillo por si me hartaba y quería volver en taxi y arranqué a buen paso por la calle Provenza. Bajé por la Rambla de Cataluña, sorteando las mesas de las terrazas de esos restaurantes en los que ningún barcelonés ha puesto jamás los pies, razón que, junto con las paellas descongeladas y la sangría, debe de explicar su innegable éxito.

Giré por la Gran Vía y seguí por el paseo San Juan hasta llegar al edificio del palacio de justicia, una mole entre modernista y neoclásica iniciada en los tiempos de Alfonso XII y concluida en los de Alfonso XIII, lo que prueba que la velocidad no ha sido una característica de la justicia española ni siquiera a la hora de construir sus sedes. Sin embargo, el edificio tenía su gracia. Era un ejemplo de arquitectura liberal, con estatuas sobre temas jurídicos como el Moisés con las tablas de la ley de la entrada principal; históricos, como uno que conmemoraba a Colón en Barcelona y que seguramente había dado pie a la celebrada teoría de que el navegante era catalán; o simplemente curiosos, como el dedicado a las mujeres de Jaime I el Conquistador, un simpático polígamo afectado de erotomanía. Había que reconocer que en aquella época la gente sabía hacer edificios monumentales.

Me detuve, saltando sobre el terreno, en la parte central del paseo, frente a la escalinata principal, el lugar en el que se producían las concentraciones de alcaldes y simpatizantes cuando acudían a ser juzgados los políticos independentistas. Eran los tiempos en los que una buena parte del país quería construir un Estado independiente y otra buena parte se oponía mientras algunos lo mirábamos pensando en los zombis de alguna serie de la televisión por cable: dispuestos a devorarnos en cuanto incurriéramos en algún descuido.

A esa hora no quedaba ningún alcalde ante el palacio. Tan solo grupos de jóvenes que practicaban boxeo y se entrenaban con unos ejercicios tan extremos que hacían su efecto en mis músculos con solo mirarlos. Parecían bailarines de pieles mojadas y brillantes en la oscuridad, como fantasmas creados por los sueños de otro, o nativos de una tribu remota dispuestos a tomar la ciudad.

Crucé el parque de la Ciudadela y las inmediaciones del zoológico, donde las pocas fieras que quedaban eran sometidas a cursillos de reeducación vegana por parte de los funcionarios municipales, bajé hasta la Barceloneta y llegué a la playa. A mi derecha se elevaba la silueta del hotel Vela lamida por las olas y con la luna reflejada en sus paneles de cristal. A sus pies, el *beach club* entretenía a sus clientes de quinientos euros por noche y el viento jugueteaba con la arena húmeda. La ciudad cambiaba y su perfil también, aunque algunos de sus vestigios más antiguos permanecían. Gente del barrio con sillas plegables tirando la caña y escuchando el oleaje o viejos bares como el Vaso de Oro o Cal Pep de la plaza de las Ollas, donde la comida siempre había sido buena y no necesitaban novedades. No tardarían mucho en convertirse en recuerdos.

Percibí el sabor del mar como una prueba de vida y tomé un taxi de vuelta a casa.

El lunes a primera hora subí la monumental escalera de la Audiencia que conduce al salón de los pasos perdidos, un gran vestíbulo cuyo nombre no indica necesariamente confusión: también puede referirse a gente que camina sin objetivo marcado, dispuesta a cruzarse con cualquiera, como ocurre en los patios de las prisiones. Allí encontré a los consabidos grupos de abogados esperando el aviso para entrar en las salas de juicios. Carmen se levantó de uno de los sofás carmesí adosado a las paredes y se acercó lentamente. Un haz de luz matutino la iluminó suavemente. Era una luz benévola que eliminaba las arrugas bajo los ojos y las canas que se filtraban en su pelo. Se había maquillado poco y cuidadosamente, como una mujer a quien la atrae mirarse en el espejo y le gusta la imagen que ve reflejada.

—Parece que vamos a asistir a un pacto sonado —dijo sonriendo.

—Mientras no sea como el germano-soviético...

—¡Muy bueno!

—¿Tienes alguna confirmación? —pregunté.

—Poca cosa. Que tendremos una reunión con el fiscal antes de entrar en la sala.

En aquel momento vimos a Fuentes en el extremo del salón, en la parte que daba a su despacho y a las nuevas dependencias del Tribunal Superior, una especie de fantasía de mármol y tapizados rosa que haría las delicias de cualquier decorador de bombonerías. Hizo una seña levantando el brazo y nos dirigimos hacia él. Segarra casi corriendo, Portela a paso ceremonial, haciendo ondear los faldones de su toga con las manos. Entramos en uno de los despachos de la fiscalía, una sala polivalente repleta de repertorios de jurisprudencia antiguos convertidos en basura por la digitalización, códigos derogados hacía años y esas publicaciones del ministerio lujosamente encuadernadas que nadie lee. Había dos archivadores disparejos y dos tableros de corcho en la pared en los que no parecía que nadie hubiera colgado ninguna nota desde el asesinato de los marqueses de Urquijo. Una mujer estaba sentada a la cabecera de la mesa ovalada que ocupaba el centro de la habitación.

Era Martínez, la fiscal jefe, que nos invitó a sentarnos con un movimiento de sus manos de dedos largos. No contábamos con su presencia, pero estaba claro que Fuentes necesitaba su

autorización para cuestiones delicadas. Estaba tan delgada como siempre y su cabello negro recogido con severidad desde una frente ancha y plana estiraba sus facciones pálidas y le daba el aire de una porcelana antigua. Sus ojos claros algo separados me sorprendieron observándola atentamente y desvió la mirada. Portela, a mi lado, desprendía un aroma a colonia antigua, mezcla de limón y tabaco.

Martínez utilizó un tono amable. A diferencia de otras mujeres en posiciones de poder, no creía necesario exhibirlo innecesariamente. Sabía que ninguno de los presentes iba a cuestionar su autoridad y obraba en consecuencia.

—Usted no lo sabe —dijo dirigiéndose a mí—, pero la fiscalía ha aceptado un acuerdo con los clientes de sus compañeros. El señor Fuentes me dijo que habían hablado previamente y que estaba dispuesto a aceptar los términos que propusiera la fiscalía.

Miré a Carmen con una cierta sorpresa. No tenía la menor idea de que Jayden hubiera formado parte de ninguna negociación, pero ni un solo gesto la había delatado. Encogió los hombros sin parecer muy preocupada por lo que yo pudiera pensar. A fin de cuentas, se había limitado a hacer honor a la palabra que había dado al fiscal y a no desvelar nada. Siempre es mejor eso a que te endilguen una sarta de mentiras, de mentiras a medias o de verdades que aún valen menos que las mentiras, como suelen hacer otros abogados.

—Sí —dijo Carmen—. Mi cliente acepta la propuesta del fiscal y la ratificará en cuanto entremos en la sala. El acuerdo al que se haya podido llegar con los otros acusados ni me afecta ni pretendo comentarlo.

Martínez posó la vista sobre mí y esperó a que hablara.

—No conozco esos términos, pero ya le dije al señor Fuentes que mi cliente seguiría el criterio de la fiscalía sin oposición —dije.

—Entonces ha llegado el momento de ponerlo en antecedentes. Como verá, el acuerdo implica una atenuación de las penas, pero no supone la menor impunidad. Los autores de la muerte del señor Pascal, sean los ejecutores materiales o los instigadores, van a pasar largos años en prisión. El señor Jayden, que quiso colaborar desde el primer momento, está clasificado como cómplice, pero tampoco se irá de aquí con las manos vacías. La fiscalía ha eliminado la solicitud de prisión permanente revisable para los otros cuatro, que hubiera podido pedir sin problemas al tratarse del asesinato cometido por una organización criminal.

Segarra resopló mientras se retorcía en su silla. Martínez lo miró e intentó sonreír, pero le salió una expresión desagradable, como una grieta en un mármol viejo.

—No vamos a tener esa discusión otra vez, Segarra. Hay lo que hay: o lo toma o lo deja.

—Lo tomo, lo tomo —suspiró el otro.

—Bien. Además de no solicitar la prisión permanente, la fiscalía está dispuesta a aplicar una atenuante analógica de confesión y cooperación con la justicia que implicará una pena de quince años menos un día por los delitos de asesinato y secuestro. Igual pena para los cuatro. El señor Jayden se quedará con la complicidad para el asesinato y el secuestro, con las mismas

atenuantes, con lo que en seis años estará limpio de polvo y paja. De propina, la fiscalía no interferirá en los expedientes penitenciarios: aceptaremos lo que el Juzgado resuelva sin rechistar.

—¿La misma pena para los cuatro asesinos? —pregunté.

—Sí. Unas informaciones han sido más útiles que otras, pero la voluntad de todos ha sido colaborar, así que no vamos a hacer distingos —respondió Martínez—. ¿Sigue usted de acuerdo?

—Sí. ¿Cuál ha sido el resultado de la colaboración? —pregunté.

Martínez apuntó a Fuentes con el lápiz y le cedió la palabra.

—Ya sabe que se abrió otro procedimiento por el asesinato de la exesposa de Pascal que corresponde a otro juzgado —comenzó este—. Las actuaciones están declaradas secretas, de modo que no entraré en detalles, pero sí les puedo decir que la información ha sido útil. Aún es pronto para establecer si la policía ha llegado al presunto autor de la muerte de Inés, pero sí podemos asegurar que se trataba de la quinta persona presente en la grabación en la que se encarga el asesinato.

—¿Lo ha reconocido? —pregunté.

—Poca cosa podrá reconocer. Intentó abrirse paso a tiros en la urbanización de Torredembarra donde lo localizó una unidad de los *mossos* y fue abatido. Una bala le impactó en el centro del corazón y murió en el acto. Ha sido identificado como el primer contacto de Pepe, el cuñado de Prat, y el hombre que designó a Eduardo para hacer el trabajo.

Portela, que no había dicho nada hasta ese momento, se balanceaba ligeramente en su silla y tenía en los ojos la expresión de un gato viejo que se ha quedado sin ratón. Pactar un juicio no tiene maldita la gracia, aunque celebrarlo para perder solo sea un poco peor.

—Esto cierra el círculo —afirmó por fin—. La policía científica ya determinará si mató a la mujer, pero toda la información que han proporcionado Eduardo y Jefferson ha resultado exacta. Según eso, él la mató, sin duda, y si había dinero se encargó de ponerlo a buen recaudo. Porque ¿encontraron dinero?

—Sí —dijo Fuentes.

—¿Mucho? —pregunté.

—No se lo puedo decir, pero era la cantidad suficiente para que alguien creyera que valía la pena matar.

—Eso no tiene por qué ser demasiado. Prat encargó tres muertes por tan solo sesenta mil euros —dije.

—Ya sabes que hay quien lo haría gratis —repuso Segarra—. Bien mirado, los asesinos por dinero son menos peligrosos que los otros, al menos tienen un motivo y participan de una cierta lógica.

Martínez lo miró atentamente. Pese a lo mucho que Segarra le desagradaba, daba la impresión de que confiaba en su criterio.

—Tiene usted razón. El profesional mata calculando las consecuencias y lo hace de manera

pragmática. Los otros son simplemente psicóticos o algo peor, malvados a los que les gusta lo que hacen y se corren de gusto con el contacto con la muerte.

Calló por un momento, abrió la carpeta que tenía en la mesa frente a ella y repartió unos documentos.

—Aquí tienen el nuevo escrito del fiscal que recoge los términos del acuerdo y el relato de lo que pasó —nos explicó—. Tenemos una hora antes de entrar en la sala y será la última oportunidad para introducir algún matiz o alguna corrección que no desvirtúe lo esencial. Si les parece bien, pueden quedarse en esta sala. Si no les gusta, vayan adonde quieran y quedamos dentro de cuarenta y cinco minutos. Recuerden que tendrán que firmar como muestra de conformidad y que después los acusados han de ratificarlo.

Todos se quedaron en la sala, pero yo me fui al Mesón Castellano, un lugar que conservaba el interiorismo de tiempos de Arias Navarro y donde servían buen café. Me senté en la terraza, encendí un cigarrillo y empecé a leer.

Posiblemente nadie llegará a saber si el relato del fiscal que recogían aquellas páginas de amarillento papel reciclado se correspondía con lo que ocurrió realmente. Con lo que había iniciado aquella secuencia de acontecimientos que desde un bar con mujeres en *topless* en Bélgica acabó con un hombre asesinado en el almacén de un pueblo del cinturón de Barcelona y una mujer —su mujer— torturada y ejecutada con fría precisión. Era una versión consensuada y lo más próximo a la verdad que podíamos obtener. Lo que se llama con encomiable modestia la «verdad procesal». La verdad material reside en otro lugar alejado de los tribunales de justicia, donde siempre reina la oscuridad y las sombras se burlan de nuestros esfuerzos.

Todo había empezado —así lo decía el fiscal con su prosa administrativa llena de lugares comunes y subterfugios— con un hombre humillado que había traspasado hacía tiempo la mediana edad y que no inspiraba el respeto que creía merecer. Pero tenía dinero. Eso tendría que haber bastado para que nadie lo considerara un personaje ridículo, un hombrecillo obeso y calvo que sudaba demasiado y no sabía vestir. Ni el pijo de Badía, con sus aires de suficiencia y esos coches deportivos ridículos que la gente como él usa como sustituto de la polla, ni, mucho menos, un golfo como Pascal. A diferencia de otros hombres insignificantes, pobres tipos que sudan tinta para llegar a fin de mes y pagar la hipoteca, Prat era rico. Lo suficientemente rico como para pagar la cuenta en los restaurantes elegidos por otros con la esperanza de llegar a ganarse su simpatía, de que compartieran con él sus mundos de negocios fáciles, viajes elegantes y mujeres accesibles. Lo bastante rico como para hacerles pagar las ofensas.

Prat no tenía la menor seguridad de que Pascal le hubiera robado en Bruselas. Fue lo que consideró una deducción lógica, sin la menor base fáctica. Pascal lo había engañado en la compra de la casa y le había hablado de los negocios con diamantes. De alguna manera sucia y mentirosa lo había inducido a participar en ellos y a desplazarse con trescientos mil euros en efectivo hasta aquella ciudad gris y aburrida. Tenía contactos suficientes como para conseguir a dos esbirros que lo asaltaran en el cabaret y después repartir el botín con ellos entre risas, y tenía

el tipo de moral que lograba que dejar a alguien que creía ser su amigo inconsciente y magullado en un charco de orina no tuviera mayor importancia. Prat estaba seguro, y las pocas personas con las que comentó el asunto, gente de su entorno y, sobre todo, Pepe, alentaron sus sospechas. Fue así como se fraguó el primer asesinato.

Pepe tenía contactos con gente dudosa y entre ellos estaba Pavli, un excombatiente de la guerra de Kosovo con base en España y en el puerto de Durrës que transportaba heroína a Europa a través de las rutas del sur de Serbia, el Medellín de los Balcanes. Cuando todos los albaneses de Kosovo fueron calificados como «refugiados», Pavli vio el cielo abierto: nadie era capaz de distinguir a esos albaneses del resto y eso amplió su libertad de movimientos por toda la Unión Europea. Ya había países como Alemania y Suiza donde monopolizaban el tráfico de opiáceos, pero Pavli era un hombre industrioso y no tenía bastante con las drogas. La trata de blancas era su segunda línea de negocio, y Pepe era un buen cliente de ambas. Cuando tuvo un incidente con Dior —una puta sumisa, aunque no lo suficiente—, y consideró una buena idea grabar su nombre con una navaja en el culo, fue Pavli quien intervino. La hizo callar, le consiguió algo de dinero y la envió de vuelta al país de las águilas, desde donde podría refacturarla a Turquía o Grecia sin problemas y seguir sacándole un buen rendimiento. Solo tenía diecinueve años y aún le quedaban otros diez en la zona de los resorts, antes de acabar en algún campamento para yonquis a las afueras de Belgrado.

Fue Pavli quien puso a Pepe en contacto con Eduardo, un matón de segunda con el que había trabajado alguna vez y que buscaba ganar puntos en la organización. Hasta la fecha había intervenido en algún robo de droga a bandas rivales y era discreto y de gatillo fácil. Le pareció que era un trabajo ideal para alguien dispuesto a matar por cantidades razonables. Sobre todo, si se le proporcionaba el incentivo de sacarle dinero a Badía. Porque extorsionar a Badía había formado parte del plan desde el primer momento, era una especie de propina con la que Prat se sacaba la espina de insultos del pasado que muy probablemente solo existían en su imaginación. Tal vez Pavli hubiera debido contar con que Eduardo era ambicioso y no demasiado listo, con que quisiera cubrirse las espaldas grabando la reunión del encargo y dejando las evidencias en un lugar de fácil acceso, pero no lo hizo. Eduardo se ocupó de reclutar a la gente que necesitaba para la operación y trajo a su sobrino, un pedazo de carne que creía que le gustaba matar y estaba ansioso por demostrarlo. A Pavli no le agradó, pero ya era tarde. Una frase de la grabación daba pleno sentido a lo que pasaba por su mente en aquellos momentos. Era Pavli quien hablaba:

—Tendrá que andar con cuidado. Nunca hay que confundir el trabajo con el placer.

Alguien dejaba escapar entonces un sonido gutural y se oía a Eduardo hablar con impostada seguridad.

—Usted me conoce. Lo tengo todo controlado.

Fue Prat quien dijo a Eduardo que Pascal tenía grandes cantidades de dinero en efectivo. No lo sabía, pero en aquel momento en él solo había rabia y determinación y ambas confluyeron en el mismo propósito, dando forma de hecho a lo que solo eran viejos chismes. Eduardo tenía que

trabajar a Pascal hasta que este le dijera dónde guardaba el dinero. Cuando Jefferson le reventó la frente con el extintor, Pascal ya no estuvo en condiciones de dar esa información. O quizá sí y prefirió callar a pesar de los clavos que Jefferson iba insertando en sus articulaciones. Según el informe del médico forense, no pudo tardar demasiado en morir.

Es posible que fuera ahí donde se fraguara el segundo asesinato. Cuando Pavli supo lo que había ocurrido y pensó en hacer caja antes de abandonar España por una temporada. No me extrañaría que hubiera pensado en ello cuando lo encontraron en aquel chalé de Torredembarra e intentó abrirse paso con una Smith & Wesson 10. Cuando sintió una presión en el pecho seguida de un intenso dolor, cayó al suelo como un saco de mierda y se encontró con el destino que venía burlando desde las guerras de Yugoslavia.

La confesión de Eduardo había facilitado otras detenciones, pero eso era objeto de otro procedimiento y yo no llegaría a conocer los detalles. Solo tenía la sensación de que un asesino no muy listo había firmado su sentencia de muerte, porque no habría gánster de Europa que no supiera que había cantado.

Portela y Segarra habían cumplido su parte del trato y el escrito de acusación no recogía ninguna referencia a Badía que fuera más allá de su papel de víctima inocente de una jauría de imbéciles. Las sospechas sobre él no habían tenido más base que la de haber sobrevivido. Estar vivo, a fin de cuentas, no es una mala razón para echarle a alguien la culpa de lo que sea.

Llamé a Vázquez y le expliqué los detalles.

—Buen trabajo. Ahora ya no habrá que celebrar el juicio, ¿no? —preguntó.

—Las penas son de más de seis años y hay que celebrarlo igual, pero ya será un puro paripé, un mero trámite para que el juez dicte sentencia.

—Pues se lo podrían haber ahorrado.

—No pueden —le expliqué—. Nuestro envidiado sistema de garantías.

—Ya.

—Pero todo ha terminado. Por lo menos todo lo que me tocaba a mí.

—Sin embargo, ahora tienes que quedarte hasta que acabe ese trámite —me recordó Vázquez.

—Había pensado otra cosa, pero depende de ti —dije.

—Deslúmbrame.

—Aquí ya no hay nada que hacer, pero estaba pensando que a un abogado joven, ambicioso y que conoce los hechos le podría gustar asistir a un juicio así, verles las caras a los asesinos y foguearse ante el jurado. Cuando le toque hablar solo tendrá que decir que está de acuerdo con el fiscal y que pide la misma pena.

—¿Badía tiene que asistir como testigo? —quiso saber Vázquez.

—No. Todas las partes han renunciado a esa prueba.

—¿Y a quién habías pensado endosarle el marrón?

—A tu pupilo —le dije.

—¿A Magí?

—Justamente.

—Me parece una idea excelente. Se lo digo y, si no pone pegas (que no las pondrá, por la cuenta que le tiene) —reflexionó Vázquez—, estará en la Audiencia en media hora.

—Media hora, no más.

—Ahora te lo envío.

Volví al interior del palacio de justicia y me dirigí a la sala de los fiscales. Encontré a Martínez por el pasillo. Tenía algunas grietas en la comisura de los párpados que podrían haber pasado por arrugas y parecía cansada. Me hizo una señal de asentimiento con la cabeza y le respondí con el mismo gesto. Entonces inició una sonrisa triste y me entraron ganas de proponerle que lo enviáramos todo a la mierda, cogiéramos un avión y nos fuéramos a las playas del sur, a Zahara de los Atunes, aprendiéramos a surfear y a asar sardinas junto al mar y no volviéramos jamás. Creo que oyó mis pensamientos, porque aflojó el paso, como si entrar en aquel despacho fuera cada vez más difícil.

Firmamos sin problemas y nos dirigimos a la sala de vistas. En la puerta esperaba Magí vestido como uno de esos abogados de serie americana que parecen pasar más tiempo ante el espejo que entre los libros jurídicos. Los pantalones seguían siendo demasiado cortos, pero la toga le hacía unos años mayor y parecía cortada a medida.

—¿Tienes tu propia toga? —pregunté.

—Por supuesto. Es de la sastrería Gavilanes, de la calle Argensola. Un regalo de mi padre.

—¿Tu padre es abogado?

—No —me explicó—. Tiene una tienda de ultramarinos en la calle Valencia.

—Pues es un hombre de buen gusto —lo alabé.

—Sí. Tiene un programa de radio en el que habla de quesos y caviar.

—Más a mi favor.

Magí era redicho y algo arrogante, pero tenía clase. Iba a sonreírle, pero recordé que me había prometido a mí mismo no sonreír a nadie nacido después de 1995.

—Te agradezco mucho esta oportunidad —me dijo—. Te haré quedar bien.

—Sabía que te gustaría. Te veo más en los juicios penales que pisando moqueta.

—Todos nos hacemos abogados para llevar juicios criminales, luego entran en juego otros factores.

—Como el dinero —apostillé.

—Como el dinero —repitió Magí—. Pero nadie estudia Derecho para redactar las cláusulas de una hipoteca.

La puerta se abrió y la oficial los hizo pasar. Vi sentada a la mesa de la presidencia a la juez Guevara, una mujer que lanzaba miradas capaces de reducir a ceniza a los abogados con más temple. Me hizo un gesto con la mano y me acerqué.

—Buenos días, señoría.

—Buenos días, letrado —dijo ella—. Me dicen que no va a quedarse a esta misa

concelebrada. Es verdad eso de que las ratas abandonan el barco cuando se hunde.

—No veo que se hunda nada, pero la dejo en la mejor de las compañías —dije señalando a Magí— y le deseo lo mejor.

—Los abogados pijos tienen esas cosas, pero usted debería haberse quedado hasta el final, facturando hasta el último minuto.

—Hay que dar paso a los nuevos valores.

—Pues ha de saber usted que si su joven colega no está a la altura me lo pienso comer con patatas —advirtió la juez—. ¿Está claro?

—Meridianamente. Su señoría es tan comprensiva como docta.

Me miró como si fuera a procesarme por desacato, pero se echó a reír.

—Salga de mi sala ahora mismo —terminó.

—Sus deseos son órdenes.

Me fui esperando que nunca me volvieran a ver.

Al menos hasta al cabo de un par de días.

XIV

El juicio acabó con una sentencia en los términos pactados y los acusados volvieron a prisión para cumplir sus condenas. Badía hubiera preferido que los fusilaran, pero quedó conforme con el resultado y celebró no haber tenido que ir a declarar y ahorrarse el mal trago de volver a verles la cara. Le pasé la minuta final y no se puso a saltar de alegría, pero tampoco se quejó y pagó a los pocos días. Al fin había vendido las naves de Castellar y, por lo que decía Vázquez, sus nuevas promociones iban viento en popa, con lo que el quebranto fue menor.

Era una tarde de diciembre cuando pasó por el despacho para verme. Una bruma sucia y húmeda se extendía sobre la ciudad presagiando lluvia y confiriendo al aire una densidad fantasmagórica. Acababa de encenderse el alumbrado de las calles y los haces de luz de las farolas dejaban ver las partículas en suspensión creando la impresión de una vieja fotografía en tonos sepia. Aún no había caído ni una gota, pero el tráfico ya parecía paralizado en la intersección del paseo de Gracia con la Diagonal. Un gran autobús rojo, articulado como el caparazón de alguna extraña cucaracha, bloqueaba el paso de peatones. Los transeúntes intentaban cruzar la avenida entre los huecos que dejaban los coches parados y se desparramaban por la calzada como sombras enojadas.

Badía parecía haber encogido en los últimos días y lo vi más pequeño de lo que lo recordaba. Tenía una sombra de barba blanquecina y el cuello emergía de una camisa comprada para un hombre más grueso. Se quitó un abrigo negro de cachemira más caro que un Patek Philippe y se sentó a la mesa de reuniones. Sacó el paquete de tabaco del bolsillo de la chaqueta, lo observó con tristeza y lo volvió a guardar.

—Leí la sentencia que me enviaste.

—Es idéntica al escrito de acusación que consensuamos con el fiscal.

—Sí —dijo en tono pesaroso—. Cuando lo ves redactado, negro sobre blanco, es cuando te preguntas cómo pudo pasar.

—El comportamiento humano es imprevisible. Me parece que ese tópico es lo único que se puede decir, dadas las circunstancias.

—Tienes razón —concedió Badía—. Pero debe haber algo más, alguna explicación clínica, porque lo que ocurrió ha de tener algo que ver con algún tipo de enfermedad mental.

—Según los médicos que examinaron a Prat, está tan cuerdo como tú o como yo —le dije—. Y todos los demás son gente perfectamente razonable: hacen el mal por dinero, lo que no supone

ninguna novedad. Los enfermos mentales suelen ser gente pacífica. En realidad, es muy injusto para ellos que llamemos locos a los que no son más que malvados.

—Se podría decir que Prat, Eduardo y los otros son psicópatas, ¿no?

—Seguro que se puede decir, lo que ocurre es que los psicópatas no son enfermos. Son unos hijos de puta, con toda la complejidad que le quieras poner al término «hijo de puta».

—No sé nada de psicología criminal —admitió Badía—. Lo que dicen en televisión y poco más.

—Estamos igual —le confesé yo—. Y dudo que los psiquiatras sepan mucho más que nosotros sobre el mal. Creo que la mayoría piensa que ni siquiera existe.

Badía se encogió de hombros y les quitó importancia con su gesto a mis consideraciones psiquiátricas de andar por casa.

—¿Qué le ocurrirá a Prat? —preguntó.

—Lo normal es que pase unos cuantos años, por lo menos cuatro, sin pisar la calle. Después vendrá todo lo que te expliqué de los grados penitenciarios y los permisos.

—Cuando empiece a salir ya será un viejo. Ahora es un viejo.

—Un viejo que necesita un examen de conciencia —le aclaré—. O descubrir qué pueda ser eso de la conciencia.

—Ya —tosió—. Su mujer se encontró con la mía en la calle, en Sabadell.

—¿Cómo fue?

—Mi mujer la miraba sin saber qué hacer —dijo Badía—. Tuvo la tentación de saludarla, de acercarse a preguntar si necesitaba algo y de darle algún consuelo. No deja de ser uno de los nuestros... Las mismas peluquerías, el mismo gimnasio...

—¿Llegó a decirle algo?

—Iba a hacerlo. Empezó a caminar hacia ella y la otra, cuando vio que se acercaba, levantó la mano así. —Badía puso la mano extendida a la altura de su pecho con la palma hacia el exterior —. Y le lanzó una mirada de odio de la que mi mujer aún no se ha recuperado. Luego se giró y se fue.

—Me temo que vuestro círculo de amistades se ha visto un tanto reducido.

—Les pueden dar por el culo a todos —sentenció Badía—. Ya hablamos de esto una vez. Es gente a la que el dinero no ha dado más que apariencia, pero debajo no hay nada.

—Tú también tienes dinero —dije.

—Sí, y desde que pasó todo esto no hay noche en la que me tumbe en la cama y no piense en si yo, en la situación de Prat, no hubiera hecho lo mismo.

—¿Y...?

—Quiero creer que no, pero no lo sé. No sería la primera vez que fantaseo con matar.

—Eso lo hacemos todos —aseveré.

—Pero algunos creemos que, gracias al dinero, podemos llevar ese deseo a la práctica.

Se dirigió hacia la ventana observando cómo la lluvia había despejado las aceras y dotado a

las calles de una falsa apariencia de tranquilidad.

—Vi la película que me dijiste —murmuró.

—¿Cuál?

—*Historias de Filadelfia*. Aquella conversación entre Cary Grant y la Hepburn sobre el nombre del yate, Frágil Virtud —me recordó.

—Era un bonito nombre para un barco.

—Es un bonito nombre para todos nosotros.

Lo acompañé al vestíbulo. Las puertas del ascensor se abrieron y Badía bajó en silencio para desaparecer luego en las calles.

Prat y Pepe pidieron cumplir la condena juntos y ser trasladados a un centro donde no tuvieran que coincidir con los otros. Por consejo de Segarra, eligieron Lledoners, un lugar cerca de Manresa que se hizo famoso cuando cumplieron allí condena los líderes independentistas hasta que fueron indultados por el Gobierno en una decisión que todavía da que hablar. Eso había hecho crecer el rumor entre la población criminal y el público en general de que se trataba de una prisión a la que apenas un par de detalles separaban de un hotel de lujo. No era cierto, pero así se construyen las leyendas.

Lledoners era una prisión como cualquier otra y al preso le pasa lo mismo que al protagonista de un poema de Kavafis que leí hace años. Si has muerto en un lugar da igual adónde te traslades, seguirás muerto. Y Prat había muerto hacía meses, en una nave desierta en Castellar del Vallès, cuando no fue capaz de entender cómo podía salir mal un plan como aquel.

La única ventaja residía en que tenía menos internos que Brians y La Roca y en que no había preventivos en espera de juicio. Los preventivos disparan el nivel de adrenalina de la cárcel; no disfrutan de permisos ni pueden acceder al tratamiento penitenciario y la incertidumbre sobre lo que los espera los convierte en un manojo de nervios. Si el manojo de nervios se aliña con una buena dosis de pastillas y marihuana, entonces el resultado es una olla a presión.

En Lledoners todo el mundo sabía lo que le había caído y el tiempo que le faltaba por comer, y solo le quedaba procurar acortarlo. Como Prat, que tal vez muriera allí a no ser que el sistema hiciera alguna concesión y le permitiera acabar en un geriátrico. Si sabía lo que le convenía, empezaría a trabajar enseguida su imagen de anciano bondadoso y arrepentido y, aunque había sido la causa directa de un par de asesinatos, tal vez reventara en su propia cama. Es muy posible que aún lleve las gafas sin graduación que le recomendó Segarra.

Pepe era más joven y no moriría en la cárcel, a no ser que sus aficiones hicieran que se consumiera en su propio fuego. Por lo que sabía de él, parecía desear fervientemente consumirse así.

Jayden pidió ir a Quatre Camins, en La Roca del Vallès, y Eduardo y Jefferson se quedaron en Brians II, cuidando el uno del otro y con los ojos bien abiertos por lo que pudiera pasar. Jefferson

no tuvo que esperar mucho tiempo para tener un encuentro realista con sus circunstancias.

Lo sorprendieron en el pasillo que llevaba a la cocina. Eran dos y actuaron rápido. Primero le clavaron un pincho en los riñones, luego le partieron la clavícula con una barra de hierro o una maza. Uno de los golpes debía dirigirse a la cabeza, pero Jefferson intentó detenerlo con el brazo y el impacto le destrozó el húmero. Siguieron golpeándole hasta que cayó de rodillas: otro golpe le abrió la frente y dejó la masa gris sanguinolenta del cerebro a la vista. El que posiblemente fuera el último impacto le partió los dientes y le arrancó la mandíbula inferior. Cuando lo dejaron tirado en un charco de sangre apenas habían transcurrido un par de minutos. Tenía once huesos rotos y los órganos internos reventados. Pero seguía con vida. Falleció cuatro horas después en el hospital de Martorell. Cuando iba a exhalar su último suspiro intentó hablar, pero nadie oyó lo que decía.

Eduardo fue puesto en aislamiento e ingresado en un módulo de máxima seguridad, lo que implica veintitrés horas en la celda y una paseando en un patio de seis por seis en completa soledad y con fuerte vigilancia. Por lo que me dijo Fuentes, todavía sigue ahí, recibe visitas de su novia, intenta aprender inglés y se anda con pies de plomo. Extrañamente, lo compadezco.

Pasé las siguientes semanas encerrado en el juzgado de Tusquets asistiendo a los interrogatorios de un buen número de policías. Eran sesiones maratonianas al final de las cuales la sala olía a transpiración y a otras cosas peores, pero todos los presentes hacíamos como si no nos importara. Como suele ocurrir en todos los edificios «inteligentes» de la Administración, la calefacción no podía graduarse y no había ventanas que abrir en aquellas peceras de material acrílico y vidrio templado. Los policías vestían sus uniformes y al cabo de un rato sus rostros resplandecían por el sudor. Parecían tan culpables como cualquiera al que se le ponga un foco encima y le aparezcan manchas en los sobacos. En realidad, el único que pareció inocente fue el checheno, un hombre que debía de estar acostumbrado a interrogatorios peores que los de Tusquets —por mucho que este fuera capaz de hacer sudar a un iceberg— y que se limitó a cerrar la boca, sonreír y desabrocharse el botón de arriba de la camisa por una cuestión de simple comodidad.

Al final, Tusquets hubo de tirar la toalla y concluir las investigaciones sobre la desaparición de la cocaína en la entrega controlada por Sánchez. Se había convertido en la némesis de todos los cuerpos policiales de la ciudad, pero no llegó a ningún sitio y la próxima vez que necesitara algo de algún tipo armado iba a tener que llamar a los marines o a los *rangers* de Texas.

Levantó la acusación contra Sánchez, que declaró como testigo protegido. Se suponía que así nadie —especialmente los chechenos— iba a tener conocimiento de su verdadera identidad, porque esa es una fantasía que corre mucho por los juzgados, donde aún hay quien cree que los secretos se guardan y basta con que la ley prescriba algo para que se haga realidad.

La versión de la estafa de los nueve paquetes de yeso no convenció en ningún momento al juez, pero no encontró nada mejor que le permitiera seguir adelante. Dictó un archivo provisional de la causa para los policías y envió a juicio al checheno. El abogado de este se frotaba las manos

ante las posibilidades de defensa que ofrecería el expediente. Un tema en el que las sospechas habían recaído más sobre la policía que sobre su cliente era un regalo caído del cielo: dinero en el banco. Los talibanes de la Unidad de Asuntos Internos de la Guardia Civil estuvieron a punto de llevar a Tusquets a un callejón sin salida del que solo podría haber salido haciendo el ridículo. Al final, un sexto sentido lo advirtió de que todas aquellas teorías conspirativas olían peor que el aliento de un muerto y le dio carpetazo al asunto. Había prometido acabar con la corrupción y, cualesquiera que fueran sus defectos, no era hombre que incumpliera sus promesas, pero los años lo habían vuelto osado e indiferente a las consecuencias.

Cuando tuve el auto de archivo de Gonzalo en las manos conduje otra vez hacia Sant Andreu. No esperaba encontrarlo en su despacho de Crimen Organizado, pero la guarida donde lo habían instalado empeoraba cualquiera de mis expectativas. Era un cubil enano en la planta baja del edificio central del cuartel al que se accedía por una puerta de contrachapado abollada y formaba parte un laberinto de pasillos estrechos y pequeñas estancias. Algunas carecían de puerta, en otra se podía ver una fotocopiadora desvencijada de los tiempos del desembarco de Normandía, otras parecían usarse como almacenes: de cajas de cartón con el precinto de la Guardia Civil manchadas de humedad, herrumbrosas estanterías de mecano con chalecos reflectantes amarillos fuera de uso, las tripas de un ordenador sin pantalla. Las plantas superiores del cuartel no eran el Ritz, pero aquel no parecía ni de lejos el lugar en el que esperas encontrar a un policía altamente condecorado.

Gonzalo fumaba sentado tras una mesa de formica blanca que pertenecía a la casta de los parias de la industria del mobiliario. En ella solo había un cenicero de Campari lleno de colillas, un bolígrafo y un montón de folios. Sobre el primero de ellos se veían dibujadas varias versiones muy logradas del Pato Donald, corazones ensangrentados y la leyenda «Amor de madre». La decoración de las paredes se componía de reproducciones de carteles de la Unidad de Vigilancia Aduanera sujetos con chinchetas y un banderín del Barça del campeonato de liga 1990-1991. Gonzalo llevaba el uniforme de faena, aunque se lo veía tan ocupado como al ministro de la Vivienda.

—¿Intentas dejarlo?

Gonzalo miró el cenicero y casi se sorprendió de no llevar un cigarrillo en la mano.

—¿Traes la sentencia de archivo?

—Aquí la tienes. —Se la tendí con gesto magnánimo y me la arrancó de los dedos—. Creía que el fiscal te la habría pasado —dije.

—No. Me ha llamado y me ha dicho el resultado, pero no me la ha querido enviar.

—Así acaban las viejas amistades —afirmé.

—No creas. Es más fácil que acaben a hostias.

Se puso a leer con avidez y, al acabar, soltó un profundo suspiro de alivio.

—Entonces ¿ya está? —me preguntó.

—Ya está. Por encima de cualquier sospecha.

Cabeceó y me señaló una silla frente a él, al otro lado de la mesa.

—¿Por qué no salimos al patio o vamos a tomar algo? —le planteé—. Reconocerás que no es el lugar apropiado para recibir a tu abogado. Está lleno de viejos trastos de mierda.

—No son trastos viejos, son antigüedades y tú ya no eres mi abogado. El caso ha terminado y vuelves adonde te corresponde, al lado de los malos —rechazó.

—Y tú te quedas del lado de los ángeles en esta mierda de guarida.

—Vamos, pero salgamos del cuartel. Aún no tengo ganas de entrar en la cantina y dar explicaciones a mis hombres —dijo Gonzalo.

—Conozco un bar aquí cerca que regenta un chino muy simpático.

—Conduce tú.

En el bar solo había un puñado de personas cuando entramos, lo que pareció complacer a Gonzalo. Pedimos dos Vichy y nos miramos pensativamente.

—Supongo que ahora te repondrán de inmediato en tu unidad —dije.

—Mierda —dijo entre dientes—. Aquí no hay nada que pase de inmediato. De todas formas, tengo otros planes.

—¿Vuelves a la vida civil y buscas un trabajo honrado? Conozco a un expolicía que ahora está en seguridad privada y que puede orientar tus primeros pasos.

Me miró como si hubiera visto a un unicornio y negó con la cabeza.

—Esta es mi vida y no voy a renunciar a ella por una mala experiencia —me dijo—, pero no voy a quedarme aquí. ¿Quieres creer que mi superior, que también había hablado con Fernando y conocía el archivo, ni siquiera me ha llamado?

—¿Y adónde vas a ir?

—Seguiré en Crimen Organizado, pero en la unidad central de Madrid, en el polígono Canillas —anunció Gonzalo—. Ya he hablado con el coronel y me están esperando. En un par de días tramitará todo el papeleo, haré la maleta y tiraré para allí. Lo único que siento es perder de vista a mis guardias. Solo puedo llevarme a uno de ellos conmigo.

—¿A quién te llevas?, ¿lo conozco?

Vi una sombra de humor en sus ojos, pero duró solo un instante.

—No. No lo conoces. O no lo conoces mucho, aunque lo hayas visto. Se llama Tutusaus.

—¿Uno que baila? —le pregunté.

—No sabría decirte. Miraré en el currículum.

—¿Se lo ofreciste a Vanessa?

—Fue la primera a la que se lo ofrecí —afirmó Gonzalo—, y no lo quiso, pero no te animes demasiado. También ha pedido el traslado: la unidad que conocías va a cambiar de arriba abajo, y ella no estará.

—¿Sabes adónde va?

—Sí, pero no te lo diré. Habla con ella. Hoy tiene el día libre y la puedes encontrar en Masnou, pasado Badalona —me dijo.

—Gracias por la lección de geografía, Gonzalo, pero yo soy de aquí y sé perfectamente dónde está Masnou. ¿Qué ha pasado con ella?

—No le gustó mi suspensión, ni que estuviéramos todos bajo sospecha, ni cómo nos trató la Unidad de Asuntos Internos. No creas, entendemos su trabajo. Hay demasiado poder en la Guardia Civil y esto tiene que estar limpio como una patena, pero el trato fue algo más que duro. Vanessa no cree que lo mereciéramos.

—¿Y tú? —quise saber yo.

—Si alguien tiene la sospecha de que la policía está delinquiendo tiene derecho a poner el mundo patas arriba. Eso es lo que yo creo.

—Pero...

—Pero quiero que me traten como yo trato al peor criminal, con respeto y educación.

—Eso parece una queja —le dije.

—Tal vez lo sea.

—Me alegra que todo haya acabado bien.

—Tú has contribuido a que todo acabara así y quiero darte las gracias —me dijo Gonzalo—. Me cuesta confiar en los abogados, pero has estado a la altura y nunca lo olvidaré. Si alguna vez necesitas algo en Madrid, ya sabes dónde encontrarme.

—Te pasaré a ver, siento una gran curiosidad por tus progresos en materia de mobiliario y diseño de interiores. ¿Te llevo al cuartel?

—No, vete. Iré caminando —descartó.

A los dos pasos se volvió y me lanzó una mirada conmiserativa.

—Ya te dije que era demasiada mujer para ti. —Hizo una pausa teatral—. Y para mí.

Dicho esto, Gonzalo se fue y otro caso quedó cerrado.

Van contestó al primer timbrazo. Tenía una voz oscura, llena de matices, que proyectaba una sombra de distancia.

—Hacía días que no llamabas.

—Te tocaba a ti —respondí.

—Ya sabes que soy tímida.

—Como una colegiala. ¿Tienes una falda de cuadros?

—No.

Creí que estaba dispuesta a seguir una conversación frívola, pero me equivocaba.

—Tienes razón. Debería haberte llamado. Tengo cosas que explicarte —dijo.

—Lo sé. Esta mañana he estado con Gonzalo —repliqué.

Oí un suspiro al otro lado de la línea.

—Te ha dicho que me voy.

—Me ha dicho que habías pedido el traslado de Crimen Organizado y que lo demás te lo preguntara yo —le expliqué—. También me ha dicho que eras demasiada mujer para mí.

—Eso no es verdad. Lo que ocurre es que tú eres un hombre extraño, con esa música, esa casa

con muebles antiguos en la que no parece haber nada tuyo...

—Creía que te gustaba.

—Y me gustaba —dijo Van—. Me gusta. El sexo contigo está bien, es duro y tierno. Te dejas llevar y no tienes miedo y puedes soportar dolor, pero no quieres causármelo. Eres dulce, pero no me necesitas.

Callé. A ella se le notaba una cierta ansiedad, una especie de avidez errática alimentada por la decepción.

—Te diría que vinieras a casa, pero ahora no soy capaz de verte. Si te veo, vamos a follar y volveré a dudar de las decisiones que he tomado estos días.

—¿Puedo saber cuáles son?

—He pedido el traslado a Agua Amarga, en Almería, muy cerca de donde vive mi madre —dijo Van—. Hay un puesto pequeño en el Cabo de Gata y tenían una vacante de cabo jefe. No sé si será por mucho tiempo, pero me han aceptado y el lunes me incorporaré.

—Es toda una decisión, pero has dicho que había más.

—Sí. Ya te dije que estaba harta de tíos, incluso de ti, que eres el tío del que estaba menos harta. Tal vez si hubiera visto algo diferente, si hubiera pensado que me amabas, si no hubiera creído que solo soportabas la vida estando solo...

—No lo veo exactamente así —repliqué—. Cuando oigo cómo lo dices suena triste, solitario y final.

—Es igual. Tengo una amiga. Una novia, si quieres, y ella sí me necesita.

Hubiera jurado que Van estaba llorando, pero no me atreví a decir nada.

—¿Ella se va contigo a Almería? —le pregunté.

—No. Ella está aquí, se queda en el piso de Masnou. Vendré a verla cuando pueda. También bajará por vacaciones al Cabo de Gata. ¿Sabes?, son las playas más hermosas de España.

—Me gustaría verlas.

—Te llamaré. Dame un poco de tiempo y te llamaré —prometió Van.

—Está bien. No estoy seguro, pero es posible que espere esa llamada —respondí—. ¿Estás segura de que no quieres que nos veamos ahora?

Siguió un breve sonido parecido a un sollozo.

—No.

Y colgó.

Llegué a casa y puse una vieja canción. Era «That Feel», del disco *Bone Machine*. Una especie de coro de borrachos melancólicos en un sótano, uno de ellos Keith Richards, el otro Tom Waits. Aquella gente sí sabía cómo hay que sentirse triste de una manera apropiada. Serví una buena cantidad de *single malt* en un vaso con hielo y me dejé llevar por aquellos aullidos de licántropo enamorado. Beber parecía, como pocas veces, una idea excelente.

Un tipo —creo que Bukowski— dejó escrito que hay que decir en defensa del alcohol que las peores decisiones se toman estando sobrio. Por eso seguí bebiendo.

XV

Pasaron un par de meses que dediqué a ponerme al día sobre uno de los productos estrella del despacho y a atender a nuevos clientes.

El producto eran los protocolos de *compliance*, una especie de timo que endosamos a los incautos que creen que el crimen en las empresas se puede evitar por el simple hecho de encargar un informe a un despacho de relumbrón. Hubiera sido más honesto que les vendiéramos el Código Penal, y bastante más barato e instructivo, pero teníamos una reputación que defender en un mercado muy competitivo.

Los nuevos clientes eran iguales que los antiguos, deportistas con problemas con Hacienda, nigromantes de las criptomonedas, vendedores de humo en el metaverso y algún estafador de altos vuelos. La máquina de facturar iba a todo trapo con delitos de cuello blanco que no manchaban de sangre la moqueta y mis socios estaban todo lo contentos que pueden estar los abogados. Podría haberme aburrido después de mis días de gloria con Badía, pero nunca he sido de los que piensan que uno va al trabajo a entretenerse. En realidad, la gente que habla de vocación y de disfrutar en la oficina siempre me hace pensar que para barrer los suelos con serrín bastaría con darles un garrotazo en la cabeza.

Mi cliente favorito de los últimos días era un senador por Barcelona que llevaba tanto tiempo en el Senado que seguro que aparecía en alguna vieja película de romanos. Estaba investigado por haber financiado irregularmente a su partido y acusado de delito electoral. El pobre tipo ardía en justa indignación.

—Yo no le he dado ni un euro al partido, ni en época electoral, que es casi siempre, ni en la otra —clamaba.

—Pero hay gente que dice que sí que le hizo entregas de dinero —opuse.

—Y todo el dinero que me entregaron está declarado a Hacienda como donación y pagados los correspondientes impuestos —repuso.

—Ellos dicen que se lo daban para el partido.

—Porque son unos chorizos y unos corruptos —dijo—. Yo jamás hubiera infringido la ley electoral haciendo entrega de esas donaciones.

—Ya. Pero se quedaba el dinero.

—Por supuesto, por las molestias. Pero lo declaraba.

—Eso está muy bien —le dije—. Así, por lo menos, nos ahorramos el delito fiscal.

—¿Y qué más nos tenemos que ahorrar?

—Hombre... Tal vez una estafa...

—Corríjanme si me equivoco —continuó—, pero hablaríamos de estafa si yo les hubiera pedido el dinero diciendo que era para el partido.

—En efecto.

—Pero yo no lo pedía: ellos venían y me lo daban —explicó—. Lo de que era para el partido sería un sobreentendido para ellos. En ningún caso para mí. Yo jamás hubiera puesto a mi partido en la triste tesitura de tener que aceptar dinero turbio.

—Tiene usted toda la razón —dije con mi mejor sonrisa—. Esto no es ningún delito. Técnicamente hay quien lo llama estafa en negocio ilícito, pero da igual. La conclusión es que no tenemos nada que temer, excepto a la prensa.

—¿Alguien va a ir a la prensa a decir que hacía donaciones irregulares desde la empresa? —preguntó.

—No creo.

—Pues yo tampoco —zanjó.

Y se fue tan contento. Solo le faltaba una cuadriga aparcada en la Diagonal.

Pocos días después, Fernando me llamó desde la fiscalía antidroga. Su voz tenía un tono metálico y amargo, carente de cualquier afabilidad.

—¿Cuándo puedes pasar por mi despacho? —preguntó.

—No sé. ¿Mañana?

—Mejor hoy. Agradecería que hicieras lo posible.

—¿Ocurre algo?

—Se supone que te llamo y te pido que vengas para explicártelo. Si no, ya te lo hubiera dicho por teléfono —respondió secamente.

—Bajo enseguida. Llegaré en una hora —le aseguré.

—OK.

No podía ni imaginar las razones de esa llamada ni el motivo por el que un miembro de Antidroga quería hablar conmigo. Después del asunto de Sánchez y los policías no me había ocupado de ninguna cuestión relacionada con estupefacientes y, por lo que podía saber, aquel estaba más que liquidado. Tomé un taxi hasta el edificio de los juzgados, un Skoda destartalado que sintonizaba en la radio una de esas tertulias que describen con la precisión del libro del Apocalipsis los males de España. Los tertulianos decían conocer los remedios para poner fin a la agonía, pero nadie parecía demasiado dispuesto a hacerles caso. Así paga la patria a sus grandes hombres.

Fernando estaba sentado a la mesa de su despacho contemplando la pantalla del ordenador con expresión fúnebre. Tenía los ojos enrojecidos y el pelo le caía en desorden sobre la frente. Parecía que llevara sin dormir una semana.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Sánchez.

—¿Qué?

—Mira.

Me hizo un gesto con la mano y me indicó que rodeara la mesa hasta ponerme a su lado, mientras seguía sin apartar los ojos de la pantalla. Estaba mirando la fotografía en color de un cuerpo desmadejado sobre la arena de una playa. Se veía la cinta de control de la policía y el resplandor de los *flashes* de los agentes de la científica. Fernando siguió pasando fotografías con el ratón y tuve que apartar la mirada, porque había reconocido a Sánchez y noté su presencia sobre mí, como una sombra plomiza. Identifiqué su chándal de Vuitton y el largo de las patillas acabadas en punta, incluso el peinado con la raya en medio. Cuando los hombres del forense giraron el cuerpo y lo colocaron en posición de decúbito supino pude apreciar cómo lo habían matado. Algunos llaman a ese método la corbata colombiana, que consiste en rajar horizontalmente el cuello de la víctima, meter la mano por ahí y extraer la lengua por la herida abierta. También dicen que es el castigo idóneo para chivatos y confidentes.

No podía imaginar qué tendrían que ver los colombianos con los chechenos o los gitanos, pero supuse que la hermandad de los esbirros comparte tradiciones, fuentes de información y aficiones cinematográficas.

Me obligué a seguir mirando. Fernando pasaba las fotos una y otra vez en un silencio airado. Se observaba una fractura en el borde superior de la cuenca del ojo izquierdo, pero ese golpe no fue mortal, como tampoco lo fue el que le rompió la nariz. La cara estaba cubierta de sangre y le habían practicado la corbata cuando aún estaba vivo. Llevaba en la muñeca lo que parecía un grueso Rolex de oro y un diamante de buen tamaño en el lóbulo de la oreja. Alguien había querido dejar varios mensajes en el cuerpo. Uno de ellos era que no se trataba de un robo. Sánchez murió con los ojos fuertemente cerrados y las facciones deformadas en una mueca grotesca.

Fernando señaló la silla situada frente a él con un gesto malhumorado. Daba la impresión de haber absorbido la energía y la oscuridad de las fotos como un agujero negro con forma humana.

—¿Un trabajo profesional? —pregunté.

—De primera calidad. La forense dice que el tajo en el cuello y el desplazamiento de la lengua se hicieron con precisión quirúrgica. No era la primera vez que usaban esta técnica.

—No parece que pudiera defenderse.

—Solía llevar un arma, una Beretta 92 como las de la Guardia Civil registrada en la Intervención de Armas, pero no ha aparecido —dijo Fernando—. A fin de cuentas, algo sí que se llevaron.

—¿Cuándo ha sido?

—Esta noche, en la playa del Coco, en Badalona —explicó—. No muy lejos del Salsa Empire. El pobre diablo había estado pinchando toda la noche y, por lo que dice el jefe de barra, trasegando tequila en abundancia. Se marchó a las tres de la madrugada, antes del cierre, y salió solo. Debió de ser entonces cuando lo sorprendieron y se lo llevaron. Su Mustang no estaba en el

aparcamiento y apareció cerca de la playa, lo que lleva a la policía a pensar que fue asaltado por más de dos hombres.

—¡Joder! —exclamé.

—Estaba cantado. Jugaba con demasiadas barajas y había subido demasiado las apuestas. Tú eras su abogado. —Me miró fijamente—. ¿Temía a alguien en especial?

—No lo parecía. Siempre hablaba de que tenía protección policial.

—Eso demuestra que era menos listo de lo que creía.

—Y en Brians un tipo le escupió en las zapatillas cuando se lo cruzó —le dije.

—Debían ser unas Gucci, lo raro es que no lo matara allí mismo. —Tamborileó con el lápiz sobre la superficie de la mesa y se encogió de hombros—. Tusquets está como una hiena. Era su testigo protegido y parece que lo hayan matado solo para molestarlo a él. Está pensando en investigar a cualquiera que tuviera acceso al expediente y conociera su identidad. Eso te incluye.

Lo miré con sorpresa.

—¡Y a ti!

—Y a mí, y a un montón de policías y a, como mínimo, un par de mafias —afirmó Fernando —. Sánchez tenía la identidad secreta más conocida de Cataluña. Era como el Clark Kent de la cocaína: todo el mundo sabía que era Superman.

—Sí. La protección de testigos en su caso ha funcionado como un letrero de neón con un dedo señalándolo —afirmé.

—Eso no se lo digas a Tusquets que, por si no te habías dado cuenta, no forma parte de tu legión de admiradores.

—Eso me temía.

—Y sería una buena idea que conservaras todos tus mensajes con Sánchez, incluso que te fueras a un notario y los protocolizaras —me recomendó—. Nunca se sabe.

—Lo haré. Gracias.

Me levanté para irme y le tendí la mano. Volvió la vista al ordenador y ocultó la imagen del cadáver de Sánchez que seguía en pantalla. Después de una breve vacilación, me estrechó la mano.

—Sánchez me gustaba —dijo.

—A mí también —respondí—. Tenía estilo, y algo parecido a una moral, aunque le gustaba una música horrorosa.

—Eso lo dirás tú —respondió Fernando con cara de pocos amigos.

—Te hacía más de Frank Sinatra.

—No sabes nada de mí. Ahora voy a hablar con los de Homicidios y empezaremos a remover los hormigueros. No es bueno que pasen estas cosas. Hacen quedar mal a todo el mundo y envalentonan a la chusma.

—Y eso no conviene —dejé caer.

—¿A ti qué te parece? Claro que no. Ve con cuidado.

Descendí al vestíbulo y salí del edificio de los juzgados lentamente, sin reparar en las caras conocidas ni hacer la parada habitual en la barra de la cafetería. Miré hacia los altos edificios oficiales de alrededor, los bloques de oficinas y los nuevos hoteles que dominaban el perfil de la Gran Vía. Sobre sus ventanas se reflejaba el sol de invierno y las nubes blancas que surcaban el cielo. Era un día despejado y azul y el aire se percibía fresco, como si parte de la inmundicia de la ciudad hubiera desaparecido con la lluvia de los últimos días.

Vázquez me llamó cuando ya estaba en el taxi de vuelta al despacho.

—Siempre lejos de la oficina. Debes de pensar que esto se paga solo —empezó.

—De que giren las ruedas ya te ocupas tú —respondí.

—Por poco tiempo.

—No te entiendo.

—Te lo explicaré —me dijo—. ¿Dónde estás?

—En un taxi camino de la Diagonal.

—Perfecto. ¿Te apetece comer?

—Sí. Uno de mis clientes ha muerto y merece un homenaje —le dije.

—¿Cáncer?

—Degüello.

—Entonces pediremos champán —propuso Vázquez—. Te espero en el Roig Rubí.

—Voy para allá.

Eran las dos cuando llegué a la calle Séneca y recorrí la zona peatonal llena de camiones hasta llegar al restaurante. Pasé por delante de los comercios de ropa de diseño, las agencias de publicidad y una tienda de muebles cuyo dueño debía de ser algún protestante de una secta indefinida, de alguna iglesia escandinava a cuyos feligreses les gustan los bancos duros y las sillas sin respaldo. Vázquez ya estaba sentado a la mesa y sostenía entre los dedos una copa. Eché un vistazo al cuello de la botella que emergía de la cubitera y vi que era un Roederer Cristal de trescientos euros. Lancé un silbido de admiración y entorné los ojos.

—Veo que lo decías en serio.

—La ocasión lo merece —respondió.

—No conocías a Sánchez. Te lo hubiera agradecido, pero me sorprendes.

—¿Sánchez? —se extrañó—. No, hombre, no. Celebramos otra cosa. —Tomó un sorbo y chasqueó la lengua—. Una de esas cosas que solo se pueden celebrar una vez en la vida.

—¿La amputación de un miembro? —pregunté.

—No. La jubilación.

—¿Te jubilas? —Me había pillado por sorpresa—. No me lo puedo creer.

—Me jubilo por cojones —dijo—. Como ya sabes, nuestra inmarcesible firma limita la edad de permanencia de los socios e impone la retirada. En cuanto se cumplen los sesenta, el despacho

recompra las acciones y te indica amablemente el ascensor de salida. Es cierto que existen algunas categorías subalternas en la que los séniors que no quieren irse a casa pueden aburrirse durante unos pocos años hasta que los mata el aburrimiento, pero a mí no me verán en ese trance, recibiendo palmaditas en la espalda de un montón de arribistas que no sabrían reconocer una oportunidad de negocio ni aunque se la cruzaran por la calle.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ahora te lo cuento —prometió—. Pero cómete el arroz. Dejar que se enfríe es propio de bárbaros y de anoréxicos.

La verdad es que era un arroz con alcachofas y espardeñas después del cual ya muy pocos arroces pueden impresionar.

—Voy a montar mi propio despacho y hacer lo que me dé la gana hasta que llegue el momento de trasladarse a Sant Nicolau —dijo.

—¿Es un pueblo de la Cerdaña?

—No. Es el cementerio de Sabadell.

—Suena bien —le dije—. Lo del despacho, no lo del cementerio.

—Ahí es donde entra la propuesta que te hago.

—Tú dirás —dije, cada vez más sorprendido.

—El caso es que voy a recibir una cantidad de dinero más que importante por la recompra de mis participaciones del despacho y que tengo unos ahorros dignos de un expresidente de la Generalitat —me informó Vázquez—. De esos ahorros forma parte un magnífico piso de quinientos metros en la plaza Francesc Macià que heredé de unos padres estajanovistas y tacaños y que nunca he utilizado. Es el lugar ideal para una *boutique* jurídica, el Prada del derecho. He hablado con Magí y vendrá conmigo. Cree en el proyecto y sabe que con mi clientela y el porcentaje que le ofrezco podrá abrirse una cuenta en Santa Eulalia y vestir como Lord Brummel para lo que le queda de vida. Y ahora hablo contigo.

—¿Conmigo? ¿Quieres contratarme? —le pregunté.

—Quiero que seas mi socio a partes iguales. No hace falta que te diga que en la firma, si todo te va bien, vas a pasarte años nadando por el fondo de la pecera. Yo te ofrezco ejercer de tiburón en altamar.

—¿Magí, tú y yo? —sopesé.

—Y un par más para mis asuntos —dijo él—. Tú también tendrías que buscar alguien que te ayude en lo penal, aunque Magí quedó envenenado por la experiencia del juicio y querrá colaborar contigo.

—Si tú le dejas.

—Si yo le dejo.

Lo miré con atención. Vestía un traje gris que parecía nuevo y la corbata de seda gris, con el nudo perfecto, le ceñía el cuello de una camisa blanca impecable. Sus ojos parecían

rejuvenecidos por alguna nueva emoción y el habitual rictus desdeñoso había dado paso a una sonrisa inesperada.

—Si quieres, puedes pedirle a tu admirable secretaria que venga con nosotros —me tentó—. Ofrécele lo mismo que está cobrando y te seguirá encantada. Como ves, todo son alicientes. ¿Qué te parece?

—Ni siquiera necesito tiempo para pensarlo.

Le tendí la mano y me la estrechó cálidamente. Alzamos las copas a la altura de los ojos y brindamos.

—¿Cómo se llamará el despacho? —pregunté.

—Con tu nombre y el mío. Empezando por el mío, obviamente. Olvídate del orden alfabético.

—¿Joan Vázquez y Ginés Rovira, abogados?

—Tanto nombre sobra: «Vázquez & Rovira. Advocats».

—Hecho.

—Ahora mismo encargo una placa y esta tarde te paso la escritura de constitución —dijo Vázquez con ilusión.

—Todo eso lo dejo en tus manos.

Ya estábamos en la puerta del restaurante cuando me miró fijamente y me guiñó un ojo. Le devolví el guiño y lo miré alejarse hacia el edificio de la firma para empaquetar los vestigios de treinta años. Le bastó con una caja de cartón.

Me invadía una sensación de vértigo y una leve punzada de vergüenza por estar vivo y con nuevos proyectos mientras el cadáver de Sánchez era despiezado en la morgue. Fue solo un momento, luego llamé a Renée.

Esta vez sí contestó al teléfono.

Cuando llegué a la puerta del Boadas, al inicio de las Ramblas, ella ya me esperaba. La observé desde la distancia y me pareció insegura. Miraba a derecha e izquierda buscándome, aunque aún faltaban diez minutos para la hora de nuestra cita. Era como si dudara que fuera a presentarme. Vestía un abrigo de espiga ceñido y con las solapas levantadas que protegía su nuca del aire frío, y sostenía entre los dedos un cigarrillo que apenas llevaba hasta los labios. Aceleré el paso y la besé suavemente, otra vez sorprendido por la palidez de hielo de sus ojos. Introdujo la lengua en mi boca y emitió un leve jadeo. Nos cogimos de la mano y entramos en el bar.

Afuera quedó la noche.

Frágil virtud. Basado en un caso real
Javier Melero

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Javier Melero, 2023

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño, 2023
© de la imagen de la cubierta, Shutterstock, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.ariel.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2023

ISBN: 978-84-344-3685-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



Los trazos que hablan

Millán González, José Antonio

9788434436824

488 Páginas

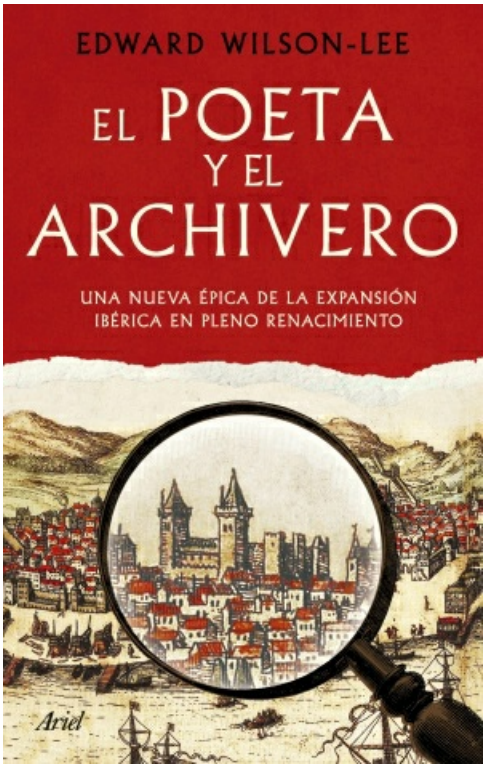
Cómpralo y empieza a leer

Un libro divulgativo capaz de «despertar en el lector el sentido de maravilla ante ese logro intelectual que supone la escritura».

La obra analiza histórica y sociológicamente la escritura en el sistema alfabético proveniente del latín que utilizan hoy el español y otras muchas lenguas. Como lente desde la que se realiza el análisis, se hace uso de una exhaustiva documentación y de muchas disciplinas académicas. Tras un recorrido minucioso por la historia de la escritura, también hace especial hincapié en España y, en el momento de la aparición de la imprenta, la individualidad de la letra y la firma y la evolución moderna de los instrumentos de escritura, desde la plumilla de acero hasta el ordenador. Para acabar,

habla sobre las opciones actuales en la enseñanza de la escritura, así como sus posibles consecuencias y los últimos refugios de la escritura manuscrita.

Cómpralo y empieza a leer



El poeta y el archivero

Wilson-Lee, Edward

9788434437265

400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una nueva épica de la expansión ibérica en pleno renacimiento

30 de enero de 1574. El cuerpo sin vida del Archivero del Estado, Damião de Góis, fue hallado en las calles de Lisboa. Pronto su fallecimiento se rodeó de incógnitas: ¿cómo murió y qué secretos quedaron sin revelar tras su muerte? ¿La Corona portuguesa o la Inquisición tuvieron algo que ver con el misterioso suceso? ¿Cuál fue su relación con Luís de Camões, el mayor poeta de la lengua portuguesa?
En busca de cultura y riqueza, el historiador humanista, de Góis, y el poeta, Camões —tan diferentes entre ellos y, a la par, tan parecidos en su deseo de comprender el mundo—, cruzaron sus caminos y se enfrentaron a peligros mucho más cercanos de lo

que podrían haber concebido.
A través de los prodigiosos viajes por tierras y mares de ambos aventureros, descubriremos una perspectiva inédita de la expansión colonial europea por Asia, África y el Nuevo Mundo, las filosofías nacientes, las disparidades culturales, los conflictos religiosos y las conspiraciones internacionales del siglo xvi.
Con un ritmo desbordante, *El poeta y el archivero* ofrece un fascinante relato sobre aquellas visiones de la historia global contrarias al orden europeo que fueron acalladas durante siglos. Una lectura adictiva que nos descubre realidades sociales, políticas y económicas que han estado censuradas durante siglos por una Europa ávida de poder, al tiempo que rinde tributo a dos figuras relevantes del Renacimiento.

Cómpralo y empieza a leer



Así se domina el mundo

Baños Bajo, Pedro
9788434427204
472 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Alianzas, manipulación, rivalidad, guerra psicológica… Mejor que Juego de tronos: las claves de la geoestrategia mundial.
Desde hace algunos años, debido a la compleja situación actual, la ciencia de la geopolítica está adquiriendo una importancia que había perdido en cierto modo tras la segunda guerra mundial. ¿Cómo se relacionan los países? ¿Qué estrategias de poder utilizan?
A través de numerosos ejemplos, veremos que existen una serie de estrategias clásicas, todas con un trasfondo de hipocresía y de aprovechamiento de las debilidades ajenas, que han prevalecido a lo largo del tiempo. También descubriremos que a lo largo de la historia se han cometido una serie de errores geopolíticos que se siguen

repitiendo. Porque, aunque hoy en día las reglas han cambiado, existen unos fundamentos inamovibles en este campo.
El coronel y experto estratega Pedro Baños nos adentra en las incógnitas de estos juegos de dominio entre países y nos desvela las claves y trucos del poder mundial, que son ni más ni menos que unas eficaces reglas universales para conseguir nuestros objetivos manipulando al adversario.

Cómpralo y empieza a leer



Príncipes y esclavos

Pereda, Marcos

9788434437005

256 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una historia social y cultural del deporte

El deporte encierra muchas más historias que las del terreno de juego, el balón o la canasta. Porque el deporte no es, nunca ha sido, simplemente «minuto y resultado». Palanca de cambios sociales, espacio para reivindicaciones políticas, espejo inclusivo (o exclusivo), aparato propagandístico, herramienta cultural, el mayor generador de mitos que tenemos en las sociedades modernas (y también en las pretéritas). Los deportistas son nuestros héroes, son Aquiles y Patroclo en el siglo xxi. Son estampas donde contemplar una sociedad, un tiempo.
Príncipes y esclavos busca centrarse en lo que hay más allá de las competiciones, los

cromos y el palmarés. Las mujeres que rompieron barreras, la lucha racial vehiculada en el baloncesto o el atletismo, la identificación entre colores e ideología, una historia que va desde los austeros espartanos hasta la exuberancia capitalista actual. También, sí, los golfos, los tramposos y el humor. Desde Olimpia hasta los E-Games, desde el Cid hasta Michael Jordan.
Solo con lo evidente ya sería bello el deporte.
Nosotros iremos más allá.

Cómpralo y empieza a leer



Criminalmente

Velasco de la Fuente, Paz

9788434427631

376 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El crimen siempre nos ha generado una gran fascinación, tal vez porque nos cuesta comprender cómo el ser humano puede ser capaz de atravesar según qué límites. La palabra «asesinato» arroja en Google más de 36 millones de resultados, y «asesino en serie» supera los 3 millones. La criminología está más vigente que nunca tanto por el impacto del cine, las series de televisión y las novelas como por los crímenes reales que nos impactan casi a diario.
En este apasionante libro, la autora —criminóloga, abogada y gran comunicadora— nos invita a adentrarnos en el desconocido mundo de la criminología, la ciencia forense y la psicología criminal. ¿Cuáles son los métodos que siguen los profesionales de la investigación criminal? ¿Cómo se elabora un perfil criminológico completo? ¿Qué

relación existe entre la biología y la conducta criminal? ¿Cuáles han sido los asesinos en serie que conforman la particular historia negra de España? ¿Qué lleva a algunas mujeres a enamorarse de los peores criminales? Y por encima de todas estas preguntas, tal vez la más importante y la que desconcierta, asusta y a la vez atrae a todos los amantes de la criminología: ¿por qué el ser humano mata?

Cómpralo y empieza a leer